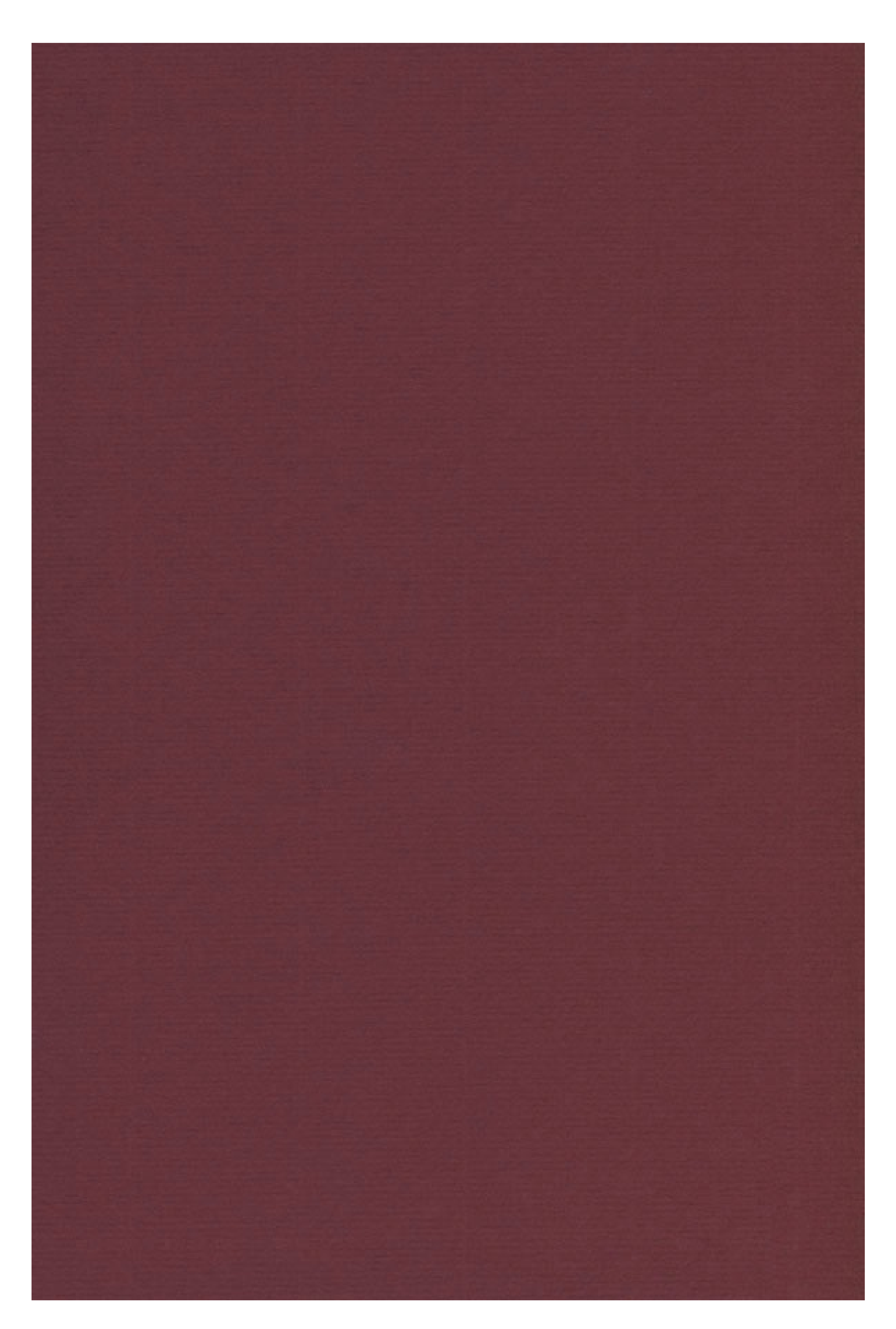


Vampiras

Antología de relatos sobre mujeres vampiro

Stephen King · Le Fanu · Bloch · Leiber · Matheson





Bajo la mirada cómplice de la Luna, «las damas de la noche» abandonan sus fríos sepulcros, sus estériles aposentos de la nada, y su cuerpo incorrupto, mortalmente bello y subyugante, se yergue en la Vida y se instala de nuevo en la Naturaleza… «La mujer Vampiro» subsiste gracias a la fuerza de los que todavía no han muerto, una fuerza que absorbe a través de su sangre, pues la sangre es vida. Debe chupar el aliento de aquellos que viven, o no podrá respirar. Debe beber su sangre, o morirá de hambre… Vaga en la noche alimentándose incesantemente de los vivos, reclutando nuevos miembros con que engrosar las horrendas filas de su estirpe maldita…

En esta antología se recogen los mejores relatos sobre mujeres vampiro que se han escrito a lo largo del tiempo. Desde “*La muerta enamorada*” de Téophile Gautier y “*Carmilla*” de Sheridan Le Fanu, hasta “*Roja como la sangre*” de Tanith Lee, pasando por Stephen King, Richard Matheson, Robert Bloch, Fritz Lieber y la época dorada de Weird Tales. Un viaje a las sangrientas criptas del terror primigenio en brazos de unas damas nada complacientes…

Lectulandia

AA. VV.

Vampiras

Antología de relatos sobre mujeres vampiro

Valdemar: Gótica - 79

ePub r1.1
Titivillus 10.10.15

Vampiras

Antología de relatos sobre mujeres vampiro

Colección Gótica Nº 79

Varios Autores

Vampiras

Antología de relatos sobre mujeres vampiro

Traducción

Albert Solé
Juan Antonio Molina Foix
Pablo González

Epublibre

2010

Título original: *La morte amoureuse / Carmilla / Ken’s mystery / Luella Miller / For the Blood is the Life / Restless Souls / The Drifting Snow / The Cloak / When it was Moonlight / Heredity / The Girl with the Hungry Eyes / The Last Grave of Lill Warran / Dress of White Silk / She Only Goes Out at Night / One for the Road / Red as Blood*
AA. VV., 2010
Traducción: Albert Solé, Juan Antonio Molina Foix, Pablo González
Diseño de cubierta: Óscar Sacristán López
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

INTRODUCCIÓN

Por qué hay tantas «damas de la noche»

Las vampiras son uno de los temas más comunes y populares de los relatos de monstruos. Este libro contiene dieciséis ejemplos que abarcan ciento cuarenta y seis años, desde *Clarimonda* (1836) a *Roja como la sangre* (1979).

Se cree que el primer relato en que apareció una vampira fue *No despertar a los muertos*, que ha sido atribuido a J. L. Tieck. Después de haber sido antologado en 1823, hubo un mínimo de dieciséis ejemplos adicionales producidos por otros escritores del siglo XIX como Alejandro Dumas (*La dama pálida*, 1848) y Sir Arthur Conan Doyle (*El parásito*, 1892). Hemos incluido tres de los mejores: el ya mencionado *Clarimonda* de Théophile Gautier, *Carmilla* (1872), de Sheridan Le Fanu, que ha sido llevado varias veces al cine, y *El misterio de Ken*, un cuento de la víspera de Todos los Santos escrito por Julián Hawthorne (¿1888?).

El siglo XX ha presenciado la publicación de un número muy superior de relatos en los que aparecen vampiras. El más antiguo de los que hemos seleccionado es «Luella Miller» (1902), un relato de Mary Wilkins Freeman donde se describe a una vampira psíquica. Siete cuentos pertenecen a los años álgidos de *Weird Tales* (1923-1954) y *Unknown* (1939-1943): *Almas en pena*, de Seabury Quinn (1928), *La capa*, de Robert Bloch (1939), *Entre la nieve*, de August Derleth (1939), *Cuando había luz de luna*, de Manly Wade Wellman (1940), *Herencia*, de David H. Keller (1947) y *La última tumba de Lill Warran*, de Manly Wade Wellman (1951). El relato más reciente es *Roja como la sangre*, de Tanith Lee, una revisión de «Blancanieves» a la que la autora le ha dado un considerable mordiente.

Si damos por sentado que los vampiros y las vampiras no existen (y es algo por lo que no apostaría mi vida), hay por lo menos siete posibles razones que explican su aceptación y popularidad.

Los animales y los insectos vampíricos existen en el mundo real. Entre los ejemplos están la hembra del mosquito y ciertas variedades de murciélagos y mariposas. Obviamente, esas criaturas le han servido de trampolín a la fértil imaginación humana.

Bruce Wallace (*Omni*, 1979) sugiere que el temor a los vampiros pudo originarse entre los moradores de las cavernas. Durante las primeras etapas de la enfermedad quienes habían sido mordidos por murciélagos rabiosos irían internándose cada vez más en la oscuridad para escapar a la luz. Durante las últimas etapas emergerían de ella convertidos en locos agresivos que intentarían morder a los demás. Las nuevas víctimas de sus mordeduras harían que el ciclo volviera a empezar. Saber reconocer a

esas criaturas y evitarlas tendría un valor de supervivencia, por lo que es posible que, como resultado de la selección a lo largo de muchos siglos, esas características llegaran a formar parte de la herencia genética humana.

Basil Cooper (*The Vampire in Legend and Fact*, 1973) observa que a lo largo de la historia ciertos individuos profundamente perturbados han obtenido «una morbosa satisfacción física… bebiendo la sangre de los vivos o, —lo que todavía resulta más horrible— de quienes llevaban poco tiempo muertos».

Douglas Hill (*The History of Ghosts, Vampires and Werewolves*, 1970) sugiere que antes de la revolución médica producida durante los últimos cien años el entierro prematuro pudo ser algo bastante frecuente. Cuando la gente moría inexplicablemente a causa de toda una variedad de plagas —entre otras cosas—, los aldeanos supersticiosos podían buscar vampiros desenterrando cadáveres. Los que «hubieran sido enterrados prematuramente despertaban en la tumba y morían intentando salir de ella sin conseguirlo», por lo que habrían sido encontrados en una posición distinta y con «una expresión terrible en sus rostros, y sangre en sus manos y en las uñas de sus dedos».

Para los adultos los relatos de fantasmas, vampiros y hombres lobo son una fuente de distracción y emociones que les hacen olvidar los asuntos cotidianos. Los padres pueden usar esas amenazas (como la del peligro que supone estar fuera de casa después del anochecer) para controlar la conducta de sus hijos. Para los que no pertenecen a ningún grupo o no pueden defenderse, aludir a una posible venganza sobrenatural quizá ofrezca una forma desesperada de protección.

Las razones que explican la popularidad de las vampiras parecen igualmente numerosas.

Entre los aficionados a la literatura fantástica hay un gran porcentaje de varones adolescentes que le tienen un miedo terrible a las mujeres jóvenes. (Véase la autobiografía de Fritz Leiber en *The Ghost Light*, 1984). Por lo tanto, la lógica del mercado hace que los relatos sobre vampiras siempre tengan buena acogida. Permiten introducir alusiones sexuales y ofrecen la posibilidad de caricaturizar a las mujeres convirtiéndolas en inciertas combinaciones de peligro y atractivo.

Los vampiros tienden a lograr sus fines mediante la seducción y la hipnosis, por lo que las hembras de la especie encajan en la tradición judeocristiana de Eva la tentadora. Los escritores también pueden utilizarlas sin verse obligados a enfrentarse con los problemas del tamaño y la fuerza.

Otros factores que han contribuido a ello pueden ser la estrecha relación existente entre las mujeres y la sangre; una tendencia a una mayor palidez de la piel como resultado de la moda, el que realicen menos actividades al aire libre que los hombres y una mayor posibilidad de sufrir anemias causadas por falta de hierro; así como una especie de simbolismo ying/yang que oponga a las señoras de la noche y los amos del día.

Aunque gran parte de lo que acabo de decir parece negativo, los relatos de

vampiras también pueden tener características positivas. Ésa es la razón de que hayamos compilado esta antología. Un gran número de estos relatos poseen una gran capacidad de entretener: están bien escritos y cuentan con un buen argumento, personajes memorables e ideas originales. Algunos iluminan las desigualdades a que las mujeres deben enfrentarse en la vida, algunos permiten presentar mujeres fuertes y capaces de afirmar su voluntad ya sea de forma directa o comparativa, y algunos tratan temas típicos del feminismo en una forma revisada y trascendente que sorprenderá a quienes no estén familiarizados con ellos.

Charles G. Waugh

TÉOPHILE GAUTIER

La muerta enamorada

[Le Morte amoureuse]



Traducción de Pablo González

La muerta enamorada



Hermano, tú me preguntas si conozco el amor. Pues bien, lo conozco. Se trata de una historia singular y terrible y, aunque ya cuento con sesenta y seis años, casi no me atrevo a remover las cenizas de semejante recuerdo. No me negaré a contártela, pero nunca relataría esta historia ante un alma menos noble que la tuya. Los hechos ocurridos son tan sorprendentes que me niego a pensar que hayan existido. Pese a ello, lo cierto es que durante más de tres años fui víctima de un espejismo único y diabólico. Yo, un mísero sacerdote de provincias, viví en sueños, noche tras noche (¡y quiera Dios que sólo fuese un sueño!), una vida disipada, una vida mundana, una vida de Sardanápalo. Fue suficiente que posara una mirada complaciente sobre una mujer para que arriesgase mi alma. Al final, con la ayuda de Dios y de mi santo patrón, conseguí conjurar al espíritu maligno que se había adueñado de mí. Mi existencia se había dividido en una existencia nocturna totalmente diferente. Durante el día era un humilde sacerdote, casto y consagrado a la oración y a sus santos deberes; al anochecer, y en cuanto cerraba los ojos, me convertía en un joven señor, agudo conocedor de mujeres, perros y caballos, amante de los dados, bebedor y blasfemo. De este modo, al amanecer, cuando despertaba, creía dormirme para soñar que me convertía en sacerdote. De esa vida sonámbula conservo innumerables recuerdos de objetos y expresiones y, aunque nunca abandoné los muros del presbiterio, quien me escuchara pensaría que soy un hombre ahíto de placeres mundanos, que ha buscado en la religión un modo de confiar a Dios la culminación de sus días desaforados, y no un humilde seminarista que ha envejecido en una parroquia perdida en medio del bosque, y sin relación con su tiempo.

Sí, conozco el amor: amé como nadie, con furia y tesón, y con tal fuerza que me sorprende que no haya explotado mi corazón. ¡Ah, qué noches! ¡Qué noches!

Desde mi más tierna infancia tuve vocación de sacerdote, y a ello dediqué todos mis estudios; hasta los veinticuatro años, mi vida sólo fue un largo noviciado. En cuanto hube terminado mis estudios de teología y aprobado cuando correspondía los grados menores, mis superiores me consideraron digno, a pesar de mi corta edad, de dar el último paso, el más temible. Decidieron ordenarme sacerdote en la semana de Pascua.

Yo desconocía todo sobre el mundo; éste, para mí, se limitaba al ámbito cerrado

del colegio y del seminario. De forma vaga, sabía que había algo denominado «mujer», pero nunca me paré a pensar en ello; mi inocencia era completa. Sólo veía, dos veces al año, a mi frágil y anciana madre. Ésa era mi única relación con el mundo exterior.

No tenía nada de qué lamentarme y nunca vacilé ante este compromiso irrevocable; estaba lleno de impaciencia y alegría. Jamás novio alguno contó con un ardor tan febril las horas que lo separaban de su boda. Apenas dormía: soñaba que celebraba misa. Nada en el mundo me parecía más hermoso que el sacerdocio; mi ambición no lograba concebir nada más digno y me habría negado a ser rey o poeta.

Te lo digo para que comprendas que no tenía por qué haberme ocurrido lo que finalmente me ocurrió, para que te des cuenta de que fui la víctima de un inexplicable sortilegio.

Llegó el gran día. Me encaminé a la iglesia con pasos tan leves que creí estar levitando en el aire, tener alas sobre los hombros. Me consideraba un ángel y el aspecto grave y sombrío de mis compañeros —porque éramos varios— no dejó de llamar mi atención. Había dedicado la noche entera a la oración, y mi estado era cercano al éxtasis. El obispo, un anciano venerable, me parecía el propio Dios, contemplándome desde su eternidad. A través de las bóvedas de la iglesia, yo veía el cielo.

Ya conoces los detalles de la ceremonia: la bendición, la comunión de las dos formas, la unción de las palmas de ambas manos con el óleo de los catecúmenos y, por fin, el santo sacrificio que se ofrece al lado del obispo. No me entretendré en ellos. ¡Oh, cuánta razón tenía Job! ¡Qué imprudente es el que no sella un pacto con sus propios ojos! Por casualidad levanté la cabeza, que hasta entonces había tenido agachada, y vi delante de mí, a una distancia tan corta que casi habría podido tocarla —aunque en realidad estaba muy lejos, al otro lado de la balaustrada—, a una mujer extrañamente bella y espléndidamente vestida. En ese instante fue como si de mis pupilas cayesen las escamas que las cubrían, y tuve la misma impresión del ciego que repentinamente recobra la vista. El resplandor del obispo se disipó, palidecieron los cirios igual que las estrellas al alba, y una oscuridad absoluta cubrió el templo. La deliciosa criatura se destacaba entre las sombras como si fuese la aparición de un ángel; parecía iluminada por su propio fulgor, del cual el día era apenas un triste reflejo.

Desvié la mirada, dispuesto a no dejarme dominar por la influencia de objetos externos, porque la progresiva distracción apenas me dejaba ser dueño de mis actos.

Un minuto después abrí los ojos de nuevo, porque a través de mis pestañas conseguía verla radiante con los colores del prisma, en medio de una penumbra púrpura, semejante a la que aparece cuando encaramos al sol.

¡Era tan hermosa! Los pintores más célebres, que después de buscar en el cielo la belleza ideal nos han legado el divino retrato de la Virgen, ni siquiera logran acercarse a una realidad tan maravillosa. No hay verso de poeta ni paleta de pintor

capaz de describirla. Era alta, con un talle y un porte dignos de una diosa; sus cabellos, delicadamente rubios, se deslizaban sobre sus sienes como si fuesen ríos de oro: parecía una reina con su diadema; su frente, con su traslúcida y azulada palidez, se extendía de forma serena y apacible sobre el arco de sus cejas castañas, en una característica que lograba acentuar el efecto de sus ojos verde mar, de una vivacidad y esplendor sencillamente insondables. ¡Qué ojos! Podían determinar, con un guiño, el destino de un hombre; nunca he visto otros ojos tan llenos de vida, de limpidez, de ardor, tan brillantes y rutilantes; despedían rayos que, como venablos, me alcanzaban el corazón. No sé si la llama que los encendía procedía del cielo o del infierno, pero no hay duda de que venía de alguno de estos dos lugares. Esa mujer era un ángel o un demonio; puede que ambos. Desde luego no procedía del vientre de Eva, nuestra madre común. Una dentadura perfecta resplandecía en su sonrisa, y pequeños hoyuelos herían el delicado raso de sus adorables mejillas con cada leve gesto de la boca. Su nariz mostraba la suavidad y orgullo propios de una reina, demostrando la nobleza de su origen. Sobre la piel tersa y reluciente de sus hombros titilaban brillantes de ágata, y le caían sobre el pecho hileras de gruesas perlas doradas, de un tono idéntico al de su cuello. A veces su cabeza se erguía con un movimiento ondulante de serpiente o de vanidoso pavo real, dotando de un ligero temblor a la alta gorguera bordada que la rodeaba como si fuese un enrejado de plata.

Lucía un traje de terciopelo nacarado, y de sus amplias mangas forradas de armiño brotaban sus manos patricias, infinitamente delicadas, con dedos largos y torneados, cuya transparencia ideal el día atravesaba como si fuese la aurora.

Recuerdo cada detalle con la misma nitidez que si lo hubiese visto ayer, y aunque me abrumaba absolutamente todo aquello, nada se me escapaba; el rasgo más leve, el pequeño lunar en el extremo de su barbilla, el imperceptible vello de la comisura de sus labios, el terciopelo de su frente, la trémula sombra que las cejas lanzaban sobre las mejillas: todo lo percibí con asombrosa lucidez.

Noté que al admirarla se abrían en mí puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas; huecos taponados se despejaban para dejar pasar una luz que bañaba ahora ignoradas perspectivas. La vida cobraba un aspecto completamente múltiple; nacía en mi interior una nueva existencia, otro orden de ideas. Una espantosa angustia me oprimía el corazón; cada minuto que transcurría me parecía, al mismo tiempo, un segundo y un siglo.

Mientras tanto proseguía la ceremonia, y me alejaba de aquel mundo cuya entrada asediaban mis incipientes deseos. Dije «sí» aunque ansiaba decir «no», aunque todo mi ser se rebelaba y rechazaba la violencia que mi lengua ejercía sobre mi espíritu; un poder furtivo me arrancó las palabras. Lo mismo debe de sucederles a tantas muchachas que se dirigen hacia el altar con la determinación de rechazar clamorosamente al marido que les ha sido impuesto, sin que ninguna cumpla sus intenciones. Lo mismo debe de sucederles a tantas pobres novicias que toman el hábito incluso estando dispuestas a desgarrarlo en el momento mismo de pronunciar

sus votos. No nos atrevemos a provocar semejante escándalo ante el mundo, a decepcionar tantas expectativas; tantas intenciones, tantas miradas parecen agobiarnos como una plancha de plomo; por otro lado, se han dispuesto las medidas con tanta precisión, todo ha sido tan bien preparado de antemano y de una forma tan irrevocable que el pensamiento sucumbe a la violencia de las circunstancias.

El rostro de la hermosa desconocida cambiaba de expresión conforme avanzaba la ceremonia. Su ternura y delicadeza se transformaron en desdén y frustración, como si no la hubiesen entendido.

Hice tantos esfuerzos para gritar que no deseaba ser sacerdote que habría podido arrancar una montaña. Pero no lo logré; la lengua se me clavó en el paladar y me resultó imposible traducir mi voluntad al gesto de negación más insignificante. Aunque despierto, me encontraba en un estado semejante al de esas pesadillas en que intentamos, sin conseguirlo, pronunciar aquella palabra de la que depende nuestra vida.

Ella pareció darse cuenta del martirio que padecía y, como para animarme, me envió una mirada llena de divinas promesas. Sus ojos eran un poema animado por la música de sus miradas.

Me decía:

—Si deseas ser mío, yo te haré más feliz que el propio Dios en su paraíso; los ángeles te envidiarán. Rompe ese fúnebre sudario con el que pretenden envolverte; yo soy la belleza, yo soy la juventud, yo soy la vida: si vienes, seremos el amor. ¿Qué podría ofrecerte en cambio Jehová? Nuestra existencia se deslizará como un sueño y se convertirá en un beso eterno. Derrama el vino de ese cáliz y serás libre. Te conduciré a islas desconocidas, dormirás a mi lado en un lecho de oro y bajo un dosel de plata; porque te amo y deseo arrebatarte a tu Dios, hacia el que tantos corazones vierten ríos de amor, sin alcanzarlo jamás.

Me pareció oír estas palabras como si estuviesen acompañadas de un acorde infinitamente dulce, porque su mirada tenía el don de la sonoridad y las frases que me lanzaban sus ojos retumbaban en el fondo de mi corazón como si labios invisibles las hubiesen encendido en mi alma. Estaba dispuesto a renunciar a Dios y, pese a ello, continuaba cumpliendo mecánicamente el ritual de aquella ceremonia. Con toda su hermosura, me miró con ojos tan suplicantes, tan desesperados, que aceradas lágrimas apuñalaron mi corazón.

Yo, como si fuese una *mater dolorosa*, noté en mi cuerpo la hoja de infinitas espadas.

Se había consumado: era sacerdote.

Jamás vi reflejada en rostro alguno una angustia tan desgarradora como aquélla. La muchacha cuyo amante cae a su lado, repentinamente fulminado; la madre que descubre vacía la cuna de su hijo; Eva sentada a las puertas del Paraíso; el avaro que encuentra unas piedras donde antes tenía su tesoro; el poeta que ha dejado caer en el fuego el único manuscrito de su obra maestra, no pueden ofrecer un aspecto tan

desolado e inconsolable. La sangre desapareció de su rostro encantador, que cobró una palidez de mármol. Sus hermosos brazos se dejaron caer a ambos lados del cuerpo, como si sus músculos se hubiesen aflojado, y se recostó contra un pilar, ya que sus piernas le flaqueaban. Lívido, con la frente bañada en un sudor más ardiente que el del Calvario, me encaminé con pasos vacilantes hacia la puerta de la iglesia. Estaba sofocado; las bóvedas aplastaban mis hombros, y creí notar sobre mi propia cabeza el terrible peso de la cúpula.

Estaba a punto de atravesar el umbral cuando, bruscamente, una mano aferró la mía. ¡Una mano de mujer! Nunca había tocado una. Era fría como la piel de una serpiente, y a pesar de ello su huella ardió en mi piel como si fuese una marca de hierro al rojo vivo. Era ella.

—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Qué has hecho? —me susurró, e inmediatamente se perdió entre la multitud.

Pasó a mi lado el anciano obispo, dirigiéndome una mirada severa. Mi apariencia, sin duda, era extraña; tan pronto palidecía como me ruborizaba, sufría mareos. Uno de mis compañeros se compadeció, me acogió en sus brazos y me llevó con él; yo solo habría sido incapaz de regresar al seminario.

Al rodear una callejuela, y mientras el joven sacerdote miraba en otra dirección, un paje negro, extrañamente vestido, se me acercó y me dio, sin detener su paso, una cartera pequeña, recamada en oro, haciéndome señales para que la guardase. La dejé caer dentro de la manga y esperé a encontrarme de nuevo solo en mi celda. Hice saltar el broche; sólo tenía dos hojas, con estas palabras escritas: «Clarimonda, Palazzo Concini». Pero yo era tan ajeno a la vida mundana que 110 sabía nada de Clarimonda, a pesar de su fama, y desconocía por completo la ubicación del palacio Concini. Me entregué a mil conjeturas, unas más disparatadas que otras; pero lo cierto es que, con tal de volver a verla, me daba lo mismo que se tratase de una dama de alcurnia o de una cortesana.

Nada más nacer, mi amor arraigó con una energía indestructible; ni siquiera traté de arrancarlo de mí, porque no pensé que fuese posible hacerlo. Esa mujer se había adueñado de mí; una mirada le había bastado para trastornarme e imponerme su voluntad; ya no vivía en mí, sino en ella y para ella. Realicé mil extravagancias, besando la zona de mi mano que había estado en contacto con la suya, y repitiendo su nombre durante largas horas. Era suficiente que cerrase los ojos para que la viese con tanta nitidez como si estuviese delante de mí, pronunciando una y otra vez las palabras que me había dirigido en el pórtico de la iglesia: «¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Qué has hecho?». Me di cuenta de lo horrible de mi situación, y los aspectos funestos y terribles del estado al que me acababa de consagrar se mostraron con absoluta claridad. ¡Sacerdote! Eso quería decir ser casto, no amar a nadie, no reparar en el sexo o la edad, desviar la mirada de toda belleza, vaciando los ojos, reptar por la helada penumbra de un claustro o una iglesia, visitar únicamente a los moribundos, velar junto a cadáveres desconocidos y vestir de luto con aquella sotana

negra, de forma permanente, de tal manera que el propio hábito sirviese como cortina a mi catafalco.

La vida, como un lago interior en ebullición, luchaba por desbordarme; la sangre luchaba con furia en mis arterias, y mi juventud, tanto tiempo reprimida, estalló inesperadamente como el áloe, que tarda un siglo en florecer y después irrumpe con estruendo.

¿Qué hacer para ver a Clarimonda? No tenía la menor excusa para dejar el seminario, porque no conocía a nadie en la ciudad. Tampoco podía permanecer mucho tiempo en ella, donde sólo estaría hasta que me indicasen la parroquia que iría a ocupar. Pensé en quitar los barrotes de mi ventana, pero ésta se encontraba a una altura tal que bajar después al otro lado sin la ayuda de una escala resultaba imposible. Por otro lado, sólo podría hacerlo de noche. ¿Cómo orientarme, entonces, por aquel laberinto de calles desconocidas? Estas dificultades, que quizá otros hubiesen vencido sin vacilación, me parecían insuperables; no era más que un pobre seminarista enamorado, sin experiencia ni dinero, y sin las ropas adecuadas. ¡Ah, de no haber sido sacerdote habría podido verla todos los días! Me habría convertido en su amante, en su esposo: así me lo repetía mi ceguera; en vez de verme envuelto en aquel triste sudario, tendría trajes de seda y terciopelo, cadenas de oro, una espada y algunas plumas semejantes a las que llevaban los jóvenes caballeros. Mis cabellos, en vez sufrir el oprobio de la tonsura, caerían alrededor de mi cuello formando rizos. Luciría un bello bigote embetunado, y me transformaría en un joven apuesto.

Pero una hora pasada frente al altar, y un par de palabras mal formuladas, me habían sustraído al mundo de los vivos. Yo mismo había sellado mi sepultura con una piedra; mi propia mano había corrido el cerrojo de mi prisión.

Me asomé a la ventana. El cielo era espléndidamente azul, los árboles estaban vestidos de primavera, la naturaleza hacía gala de una irónica alegría. La plaza estaba abarrotada de gente que iba y venía; jóvenes parejas paseaban por los jardines y buscaban la sombra de las pérgolas. Pasaron grupos que cantaban melodías de borrachos; tanta agitación, tanta animación, tanta vida, tanta alegría no conseguía sino resaltar mi tristeza y soledad. Una madre joven jugaba con su hijo en el umbral; sonreía, le besaba su pequeña boca rosada, perlada de gotas de leche, y jugueteaba con él como sólo una madre sabe hacerlo. El padre, que permanecía en pie a cierta distancia, los miraba con dulzura, y sus brazos cruzados a duras penas lograban sujetar la alegría de su corazón. No conseguí soportar aquel espectáculo; cerré el ventanal y me lancé en mi lecho presa de un odio y unos celos inaguantables; mordí mis dedos y mi manta con la misma voracidad que un tigre que hubiese sufrido un prolongado ayuno.

Ignoro cuántos días soporté esta situación, pero cuando me volví, en un espasmo de furia, noté que el abad Serapione se erguía en el centro de la celda y me observaba atentamente. Sentí vergüenza de mí mismo y, dejando caer la cabeza sobre el pecho, me tapé el rostro con las manos.

—Romualdo, hijo mío, algo extraño te pasa —me dijo Serapione pasados unos minutos de silencio—. Tu conducta es realmente sorprendente. Tú, tan tranquilo, tan dulce, tan pío, te agitas en tu celda como si Rieses un animal enjaulado. Ten cuidado, hermano, y desoye los consejos del diablo; el espíritu perverso, irritado porque te has consagrado a Dios para siempre, te acecha como un lobo hambriento y realiza un último esfuerzo para convertirte en su presa. No te dejes vencer: hazte una armadura de plegarias y un escudo de sacrificios, combate con valor al enemigo; lo vencerás. La prueba es necesaria para revelar la virtud; el oro sale más puro de la copela. No te aterrorices ni te desanimes; incluso las almas más fuertes y vigilantes han sufrido estas pruebas. Reza, ayuna, medita, y el mal espíritu se batirá en retirada.

El discurso del abad Serapione logró que volviese a mis cabales y recuperase la tranquilidad.

—Venía a advertirte que te han designado para la parroquia de C***; el sacerdote que la tenía a su cargo ha fallecido recientemente y Monseñor me encomendó que te guiase para que te instalases en ella; prepárate para partir mañana.

Asentí con la cabeza y el abad se marchó. Abrí el misal y me consagré a leer oraciones; enseguida los renglones se confundieron, las ideas se apelotonaron en mi cabeza y el libro no tardó en deslizarse entre mis manos sin que me diese cuenta.

¡Marchar al día siguiente, sin haberla visto de nuevo! ¡Añadir un nuevo obstáculo a todos los que ya nos separaban! ¡Perder para siempre cualquier esperanza que no se basara en un milagro! ¿Escribirle? ¿Y a través ele quién podría entregarle la carta? Mi sagrada investidura me impedía confiarme a nadie. Me asfixió la ansiedad. Entonces recordé los comentarios del abad acerca de las estratagemas del diablo; lo sorprendente de aquella aventura, la belleza sobrenatural de Clarimonda, el brillo incandescente de sus ojos, la marca de fuego de su mano, la manera en que su presencia me había conturbado, el repentino cambio que se había operado en mí, la súbita desaparición de mi piedad: en todo podía intuirse la presencia del Maligno, y puede que esa mano satinada no fuese más que el guante con que escondía sus garras. Estos pensamientos me aterraron, y recogí el misal, que había caído al suelo desde mis rodillas, para sumirme de nuevo en mis oraciones.

Al día siguiente Serapione vino a buscarme; dos mulas nos esperaban frente a la puerta, cargadas con nuestro humilde equipaje; montamos en ellas como pudimos. Al avanzar por las calles de la ciudad, escudriñaba cada ventana y cada balcón, ansioso por ver a Clarimonda; pero era muy temprano y la ciudad dormía todavía. Mis ojos escudriñaban aquellas claraboyas veladas por las persianas, así como los cuartos de cada palacio ante el que pasábamos. Sin duda, Serapione atribuyó esta curiosidad a la admiración que debía de provocarme la belleza arquitectónica del lugar, porque refrenó un poco el paso de su montura para darme tiempo a observar. Finalmente llegamos a las puertas de la ciudad y empezamos a ascender la colina. ¡La ciudad donde vivía Clarimonda! Una vez en la cima, me volví para contemplarla de nuevo; la sombra de una nube la cubría totalmente: una espesa media tinta donde flotaban

blancos copos de espuma —las brumas del amanecer— confundía sus tejados azules y rojos; un peculiar efecto óptico destacó un edificio dorado y brillante que, herido por los destellos matinales, sobresalía en altura entre las construcciones vecinas, que naufragaban en la niebla. A pesar de que estaba a más de una legua, parecía próximo. Cada íntimo detalle resultaba visible; las torres, sus plataformas, los cruceros e incluso las veletas con cola de golondrina.

—¿Qué es ese palacio que se ve allá lejos, iluminado por un rayo de sol? —le pregunté a Serapione. Se cubrió los ojos con la mano, y después de echar una ojeada, me dijo:

—Es un viejo palacio que el príncipe Concini regaló a la cortesana Clarimonda; en él tienen lugar hechos terribles.

Todavía no sé si fue visión o realidad, pero justo en ese momento creí ver deslizarse por la terraza una figura pálida y esbelta cuyo brillo duró un segundo antes de extinguirse. ¡Clarimonda!

¿Sabía acaso que en aquel momento, desde lo alto del difícil camino que me alejaba de ella y por el que ya no habría de regresar, yo devoraba con ojos tenaces y ardientes el palacio donde vivía y que un azaroso juego de luz parecía colocarlo a mi alcance, como invitándome a entrar en él como dueño y señor? Es evidente que lo sabía, porque su alma estaba excesivamente unida a la mía como para no vibrar ante mis más leves emociones. Por este motivo se había asomado, sin despojarse de sus velos nocturnos, al helado rocío matinal en lo alto de la terraza.

La sombra avanzó sobre la ciudad, que enseguida se transformó en un inmóvil océano de cúpulas y tejados, del que sólo sobresalían abruptas ondulaciones. Serapione apremió a su mula, cuyos pasos la mía siguió inmediatamente, y en una curva del sendero desapareció para siempre la ciudad de S***, a la que jamás habría de volver. Después de tres días de marcha a través de tristes campiñas, se levantó sobre la copa de los árboles la cúpula de la iglesia donde debía servir. Recorrimos tortuosas callejuelas que penosamente esquivaban chozas y corrales hasta encontrarnos frente a la fachada del edificio y su triste magnificencia. Un portal decorado con algunas nervaduras, un par de pilares de arenisca toscamente tallados, una techumbre de tejas y contrafuertes del mismo material que los pilares, y nada más. A la izquierda se encontraba el cementerio, cubierto por un pastizal montaraz en cuyo centro se levantaba una cruz de hierro; a la derecha, a la sombra de la iglesia, se elevaba el presbiterio. Todo era sencillo hasta la austeridad. Entramos. Unas gallinas picoteaban la avena; parecían acostumbradas al hábito negro de los sacerdotes, y nuestra presencia no las asustó; se apartaron con desgana para dejarnos pasar. Nos sorprendió entonces un ladrido áspero y ronco, procedente de un viejo perro que se nos acercaba.

Era el perro de mi predecesor. Su mirada apacible, su pelaje gris y otros síntomas parecidos delataban la vejez más avanzada que puede darse en un perro. Lo acaricié ligeramente y empezó a andar a mi lado con una expresión de indescriptible

satisfacción. Una anciana, seguramente el ama de llaves del anterior párroco, vino a nuestro encuentro, y después de hacerme entrar en una sala de paredes bajas me preguntó si tenía intención de conservarla. Le dije que pensaba conservarla a ella, al perro, a las gallinas, y al mobiliario entero que su amo había dejado al morir. Experimentó una honda alegría porque, por otro lado, el abad Serapione le había pagado al momento el precio que ella había pedido.

Nada más instalarme, el abad volvió al seminario. Me quedé, pues, a solas y sin más apoyo que yo mismo. De nuevo me obsesionó el recuerdo de Clarimonda y, aunque trataba por todos los medios de ahuyentarlo, no siempre lo lograba. Cierta noche, mientras paseaba por los senderos flanqueados de boj de mi pequeño jardín, me pareció ver a través de las matas una forma de mujer que estudiaba todos mis movimientos y, entre las hojas, el brillo de unas pupilas de color verde mar; no obstante, se trataba de una ilusión, y cuando cruzaba al otro lado del sendero no encontraba sino una leve huella en la arena, tan minúscula que recordaba al pie de un niño. Unas elevadas murallas rodeaban el jardín; yo examinaba cada uno de sus recovecos sin encontrar a nadie. Nunca pude explicarme este extremo que, por otro lado, era menos sorprendente sin embargo que los hechos con los que todavía habría de enfrentarme. De esta manera viví alrededor de un año; cumplí fielmente todos los deberes de mi condición, recé, ayuné, exhorté y cuidé a los enfermos; di limosna hasta privarme de mis necesidades más acuciantes. Pero un gran vacío reinaba en mi interior, y las fuentes de la gracia me estaban vedadas. No gozaba de la alegría que otorga el cumplimiento de una santa misión; mi pensamiento flotaba en otro lugar y las palabras de Clarimonda venían a mis labios como un involuntario estribillo. ¡Piensa en ello, hermano! Por haber mirado a una mujer una sola vez, por cometer una falta aparentemente tan leve, padecí durante años los tormentos más terribles; mi vida se vio perturbada para siempre.

No me extenderé relatando cada una de mis derrotas y victorias interiores, a las que seguía, indefectiblemente, una caída todavía más profunda. Por tanto, contaré de inmediato un hecho decisivo. Cierta noche llamaron perentoriamente a la puerta. El ama de llaves fue a abrir y un hombre de piel cobriza, vestido de forma ostentosa, aunque de acuerdo con la moda extranjera, con un largo puñal, apareció a la luz de la linterna de Bárbara. Ésta esbozó un gesto de pánico, pero el hombre la tranquilizó y le dijo que necesitaba verme inmediatamente por un asunto relacionado con mis atribuciones. Bárbara lo hizo subir. Yo estaba a punto de acostarme. El hombre dijo que su esposa, una dama de alcurnia, estaba a punto de morir, y necesitaba un sacerdote. Le contesté que estaba dispuesto a acompañarle. Cogí lo necesario para realizar la extremaunción y bajé rápidamente. Frente a la puerta esperaban dos caballos negros como la noche que resoplaban con impaciencia y exhalaban espesas nubes de vaho. El hombre me sujetó el estribo, ayudándome a montar en uno de ellos; después, apoyando su mano en la perilla de la montura, saltó sobre el otro. Hincó las rodillas y aflojó las riendas de su caballo, que partió como una flecha. El mío, cuyas

bridas él sujetaba, comenzó a galopar a la misma velocidad. Devorábamos el camino; azotábamos con los cascos la tierra mezclada e incierta, y las negras figuras de los árboles escapaban ante nosotros como un ejército en desbandada. Cruzamos un bosque cuya penumbra gélida y opaca me produjo un estremecimiento de supersticioso temor. Las herraduras arrancaban a las piedras enjambres de chispas que formaban una estela de fuego. Si alguien nos hubiese visto a esas horas de la noche, habría pensado que éramos un par de fantasmas montados sobre terribles diablos. Fuegos fatuos se cruzaban en nuestro camino y las cornejas graznaban quejumbrosas entre la espesura donde, desde la distancia, nos acechaban los ojos ardientes de los gatos salvajes. La crin de los caballos se desgreñaba, el sudor empapaba sus flancos, sus narices exhalaban un vapor denso y salvaje. En cuanto los veía desfallecer, el escudero lanzaba un alarido gutural (que no tenía nada de humano) para reanimarlos, y el galope recobraba su energía. Por fin se detuvo aquel torbellino: una masa negra, erizada de puntos brillantes, se elevó inesperadamente ante nosotros; los pasos de nuestras monturas resonaron sobre un camino de piedra y entramos bajo una bóveda que abría sus sombrías fauces entre dos elevadas torres. Una gran agitación se había adueñado de aquel castillo: criados con antorchas recorrían los patios yendo de un lado a otro, luces vacilantes subían y bajaban por los corredores. De forma confusa, logré reparar en los detalles de una construcción imponente y maravillosa, llena de gigantescas columnas, arcadas, escalinatas y rampas. Un paje negro, el mismo que me había dado el mensaje de Clarimonda, y al que reconocí al instante, me ayudó a bajar, y un mayordomo ataviado de terciopelo negro, con una cadena de oro alrededor del cuello y un bastón de marfil en la mano, se me acercó. Sus ojos estaban anegados en gruesas lágrimas, que inmediatamente se derramaron por sus mejillas, humedeciendo su barba blanca.

—¡Demasiado tarde! —exclamó apesadumbrado—. ¡Demasiado tarde, padre! Pero si no habéis llegado a tiempo para salvar su alma, venid al menos a velar su cuerpo.

Me cogió del brazo y me llevó a la cámara mortuoria. Lloré igual que él, al comprender que la muerta no era otra que Clarimonda, la mujer a quien amaba con locura. Junto a su lecho había un reclinatorio; una llama azulada titilaba sobre una pátera de bronce y lanzaba en la sala una luz tenue e incierta; las aristas de los muebles o cornisas bailaban en la sombra. Encima de la mesa, dentro de una urna cincelada, expiraba una cosa ajada, cuyos pétalos, con la única excepción de uno que todavía exhibía cierto vigor, caían como lágrimas aromáticas. Una máscara negra y rota, un abanico y toda clase de disfraces cubrían los sillones y demostraban que la muerte había irrumpido en aquella lujosa residencia de una forma imprevista e inesperada. Me arrodillé sin atreverme a mirar hacia el lecho y empecé a recitar los salmos. Interiormente le agradecí a Dios que hubiese interpuesto el muro de la muerte entre esa mujer y yo, de modo que pude incluir en mis oraciones su nombre ya santificado. Este fervor, sin embargo, fue disminuyendo progresivamente, y la

ensoñación se adueñó de mí. La sala no parecía una cámara mortuoria. En vez del aire fétido y fúnebre que estaba acostumbrado a respirar en aquellas circunstancias, flotaba en la atmósfera tibia el lánguido aroma de perfumes orientales, y un voluptuoso olor a mujer. El pálido resplandor parecía más una media luz preparada para los placeres que el difuso reflejo que normalmente envuelve a los cadáveres. Medité sobre el extraño azar que me propiciaba aquel nuevo encuentro con Clarimonda, justo en el momento en que la perdía para siempre, y no pude evitar exhalar un suspiro de dolor. Me pareció escuchar otro suspiro a mis espaldas, e involuntariamente me volví. Era el eco. Entonces mis ojos repararon en el catafalco que hasta entonces no había visto. Los cortinajes de damasco rojo, cubiertos de enormes flores realzadas por entorchados de oro, permitían ver a la mujer tumbada, con sus manos unidas sobre el pecho. La tapaba un velo de lino cuyo blanco brillo no ofuscaban las colgaduras púrpuras y cuya levedad no conseguía disimular las formas seductoras de su cuerpo, porque permitía seguir sus perfectas curvas a las cuales —como al cuello de un cisne— ni siquiera la muerte lograba imponer cierta rigidez. Recordaba una estatua de alabastro que un hábil artista hubiese tallado para levantar sobre el túmulo de una reina, o una joven dormida cuyo cuerpo se hubiese visto sorprendido por la nieve.

No conseguía sujetarme; me emborrachaba aquella atmósfera de alcoba, el aroma febril de aquella rosa semimarchita logró enturbiar mi mente y a grandes pasos recorrí la sala de un lado a otro. A cada instante me paraba ante el estrado para admirar la gracia de aquel cuerpo envuelto en un sudario transparente. Me acosaron extraños pensamientos; sospeché que en realidad no estaba muerta, que se trataba de un engaño con el cual había logrado atraerme a su castillo para mostrarme su amor. Me pareció notar como si un movimiento de su pie turbase la blancura de aquellos velos, mientras se agitaban imperceptiblemente los pliegues del sudario.

En ese instante me pregunté: «¿Será Clarimonda, realmente? ¿Cómo puedo saberlo? Es probable que el paje negro haya entrado al servicio de otra mujer. Es una locura desesperarse de esta forma». Pero con cada latido, mi corazón insistía: «Es ella, es ella». Me acerque a la cama y observé con mayor atención el objeto de mi incertidumbre. ¿Habré de confesarlo? Aquella perfección de formas, aunque purificadas y santificadas por la muerte, ejercía en mí una voluptuosa fascinación; su reposo recordaba tanto al sueño que habría resultado fácil confundirse. Olvidé que había ido a ese lugar para realizar un servicio fúnebre y me imaginé que era un joven esposo que acababa de entrar en el cuarto de su prometida y que ésta insistía en ocultarse únicamente por pudor. Roto de dolor, borracho de felicidad, tembloroso de miedo y placer, me incliné ante ella y cogí un extremo de las cortinas; lo levanté lentamente, mientras contenía el aliento por miedo a despertarla. Mis arterias palpitaban con tanta energía que sentía su latido en mis sienes, y mi frente brillaba de sudor como si estuviese intentando levantar una lápida de mármol. Era, en efecto, Clarimonda, tal como la había visto en la iglesia el día en que me ordené; no había

perdido uno solo de sus encantos, y hasta la muerte se mostraba en ella casi como una coquetería más. La palidez de sus mejillas, los labios descoloridos, y las largas pestañas de un color negro que se destacaba contra la blancura de su piel, le conferían la expresión de una castidad melancólica y de un sufrimiento reflexivo cuyo poder de seducción resultaba sencillamente indescriptible. Flores azules languidecían sobre sus largos cabellos desparramados, que le servían de almohada y protegían sus hombros desnudos; sus bellas manos, más puras y diáfanas que una hostia, se entrelazaban en una actitud de piadoso reposo y de tácita oración que atenuaba la gran seducción que, incluso en la muerte, provocaban aquellos brazos exquisitamente torneados, blancos como el marfil, y ceñidos por brazaletes de perlas. Durante bastante tiempo permanecí en silenciosa contemplación, y cuanto más la miraba menos podía creer que la vida hubiese abandonado para siempre su bello cuerpo. No sé si fue una ilusión o un reflejo de la lámpara, pero se habría dicho que la sangre volvía a circular bajo aquella opaca lividez; su inmovilidad, sin embargo, era perfecta. Rocé ligeramente el brazo; estaba frío, aunque tanto como su mano, aquel día en que había aferrado la mía en el portal de la iglesia. Me incliné de nuevo sobre ella y dejé caer en sus mejillas el tibio rocío de mis lágrimas. ¡Qué amarga sensación de desesperación e impotencia! ¡Qué sufrimiento! Habría convertido mi vida en un simple lapso, para poder entregárselo y soplar de ese modo sobre ella la llama que me consumía. Avanzó la noche y, al acercarse el momento de la eterna separación, no pude negarme la triste y suprema dulzura de depositar un beso sobre los labios muertos de la que había sido dueña de mi corazón. Entonces, ¡oh milagro! ¡Un leve aliento se mezcló con el mío y la boca de Clarimonda respondió con ardor a mi pasión! Sus ojos se abrieron y recuperaron la luz; suspiró y extendió los brazos para colocarlos, con un aire de éxtasis inefable, alrededor de mi cuello.

—¿Ah, eres tú, Romualdo? —dijo con voz delicada y frágil, como las últimas vibraciones de un arpa—. ¿Qué has hecho? Te esperé tanto tiempo que al final me venció la muerte; pero ahora nos pertenecemos, y podré verte y acudir a tu lado. ¡Adiós, Romualdo, adiós! Te amo; es lo único que deseaba decirte, y te entrego la vida que con tus besos has logrado traerme por un segundo. Hasta pronto.

La cabeza de Clarimonda cayó hacia atrás, a pesar de lo cual me rodeó con sus brazos en un supremo intento por retenerme junto a ella. Un torbellino de viento abrió el ventanal e irrumpió violentamente en la estancia. El último pétalo de la rosa blanca vaciló, como un ala que palpitase en el extremo del tallo; después el viento la arrebató y voló a través de la ventana abierta, cargando consigo el alma de Clarimonda. La lámpara se extinguió y yo caí desmayado sobre el pecho de la hermosa difunta.

Cuando recobré el conocimiento me encontraba en un lecho, en el pequeño cuarto del presbiterio, y el viejo perro de mi antecesor me lamía la mano extendida sobre la colcha. Bárbara caminaba por el cuarto presa de febril agitación: abría y cerraba cajones, cambiaba polvillos de un frasco a otro. Al verme abrir los ojos lanzó un grito

de alegría. El perro ladró también y sacudió la cola; la debilidad no me permitió pronunciar una sola palabra o hacer el menor movimiento. Después me enteré de que había estado de semejante modo durante tres días, sin dar otra señal de vida que una imperceptible respiración. Esos tres días no cuentan en mi vida, y por tanto no sé dónde anduvo mi espíritu en ese tiempo, porque lo cierto es que no conservo de ellos el menor recuerdo. Bárbara me dijo que el hombre de piel cobriza que me había llamado en medio de la noche, me había devuelto al día siguiente en una litera cerrada y después se había marchado. En cuanto logré ordenar mis ideas, reconstruí cada detalle de aquella noche fatal. Al principio pensé que había sido víctima de alguna mágica ilusión, pero los hechos reales y concretos no tardaron en destruir semejante pensamiento. No podía creer que se tratara de un sueño, porque Bárbara, al igual que yo, había visto al hombre de los caballos negros, cuyo aspecto y ropajes me describió con exactitud. No obstante, nadie conocía un castillo en los alrededores cuya descripción se ajustara a la del castillo donde me había encontrado a Clarimonda.

Cierta mañana entró el abad Serapione. Bárbara le había hablado de mi enfermedad, y él había acudido rápidamente. Aunque su preocupación demostraba cariño e interés por mi persona, su visita no me agradó tanto como habría sido de esperar. Había algo en la mirada penetrante e inquisitiva del abad que conseguía preocuparme. Ante él me sentía inquieto y culpable. Había sido el primero en advertir mi turbación interior, y yo temía su clarividencia.

Mientras me preguntaba en un tono falsamente cariñoso por mi salud, sus pupilas de león se lanzaban, como una sonda, dentro de mi alma. Después me hizo otras preguntas; cómo dirigía mi parroquia, si me agradaba, qué hacía en mis ratos libres, si me había relacionado con los vecinos del lugar, cuáles eran mis lecturas predilectas y mil detalles semejantes. Yo contestaba con la mayor precisión posible; él, por su parte, sin esperar a que terminase la respuesta, cambiaba inmediatamente de tema. Estaba claro que la conversación no guardaba la menor relación con lo que quería decirme. Después, bruscamente, como si se tratase de una noticia que acababa de recordar en ese momento y que temiera olvidar, me dijo con una voz clara y estruendosa, que resonó en mis oídos como las trompetas del Juicio Final:

—La gran cortesana Clarimonda murió hace poco, después de una orgía que duró ocho días y ocho noches. En medio de un esplendor infernal, se repitieron las perversidades de los festines de Balthazar y de Cleopatra. ¡En qué tiempos vivimos, Dios mío! Esclavos negros que hablan una lengua desconocida, y que en mi opinión sólo son verdaderos diablos, servían a los invitados; la librea del menor de ellos habría servido de gala de un emperador. Sobre Clarimonda se han contado historias muy extrañas, y entre ellas la de que todos sus amantes han encontrado un final horrible o violento. Se ha rumoreado que era una *ghoul*, una mujer vampiro; pero yo creo que era el propio Belcebú en persona.

Se calló y me estudió con la mayor atención, para ver el efecto que me habían

producido sus palabras. No pude evitar estremecerme al escuchar tanto el nombre de Clarimonda como la noticia de su muerte, aparte del dolor que me producía por la curiosa coincidencia con la escena nocturna de que había sido testigo.

Aquellas palabras me turbaron y asustaron de tal manera que no conseguí disimularlo, a pesar de todos mis esfuerzos por contenerme. Serapione se dio cuenta y, con inquietud y severidad, me dijo:

—Hijo mío, tengo que advertirte que tienes un pie al borde del abismo. Ten cuidado de no caer. Las garras de Satanás son largas, y sus tumbas no siempre son definitivas. Un triple sello debería cerrar la lápida de Clarimonda porque, según se dice, no es ésta la primera vez que muere. ¡Que Dios cuide de tu alma, Romualdo!

Después de pronunciar estas palabras, se alejó lentamente y no volví a verlo, porque partió casi al instante hacia S***.

En cuanto logré recobrarme regresé a mis actividades normales. Permanecían en mí el recuerdo de Clarimonda y el de las palabras del viejo abad. A pesar de ello, como ningún acontecimiento inusual confirmó sus funestos presagios, supuse que mis temores eran exagerados. Sin embargo, cierta noche tuve un extraño sueño. Acababa de dormirme cuando escuché cómo alguien corría las cortinas de mi lecho, cuyas anillas resonaron, haciendo que me incorporase bruscamente. Vi una sombra de mujer en pie frente a mí. Inmediatamente reconocí a Clarimonda. Llevaba en la mano una pequeña lámpara, como la que suele colocarse en las tumbas, cuyo brillo otorgaba a sus dedos afilados una rosada transparencia que insensiblemente se extendía en la opaca palidez de su brazo desnudo. Por toda vestimenta llevaba el sudario de lino que había lucido en su catafalco y cuyos pliegues sujetaba contra el seno como si su ligero atavío la turbase, aunque, de todos modos, apenas conseguía taparse. Era tan blanca que, a la luz de la lámpara, el color de sus ropas se confundía con el de su piel. Envuelta en aquel tejido tenue, que delataba cada curva de su figura, recordaba más bien la marmórea estatua de una antigua bañista que el cuerpo de una mujer dotada de vida. El caso es que viva o muerta, mujer o estatua, cuerpo o sombra, su belleza seguía siendo la misma; apenas se había debilitado el brillo verde de sus pupilas; y sus labios, antes bermejos, aparecían teñidos únicamente de un leve color rosa muy parecido al de sus mejillas. Las pequeñas flores azules que yo había notado en sus cabellos aparecían totalmente secas y habían perdido casi todos sus pétalos. Todo esto no le impedía en absoluto seguir pareciendo fascinante, hasta el punto de que, a pesar de las extrañas circunstancias de aquella visión, y del modo inexplicable en que había entrado en mi cuarto, en ningún momento sentí miedo.

Depositó la lámpara sobre la mesa, tomó asiento al pie de mi lecho y, reclinándose sobre mí, me dijo con esa voz argentina y atildada que sólo en ella he conocido:

—Me he hecho esperar demasiado, querido Romualdo, y tal vez hayas pensado que me había olvidado de ti. Pero vengo de muy lejos, y de un lugar del que nadie ha regresado todavía. Vengo de un país donde no existen lunas o soles, apenas un

horizonte de insondable penumbra. No existen caminos ni senderos, ni tampoco una tierra donde posar el pie, o aire donde batir las alas; sin embargo, aquí me tienes, porque el amor es más fuerte que la muerte, a la que terminará derrotando. ¡Ah, en mi viaje he visto rostros tristes y cosas espantosas! ¡Cuánto sufrió mi alma, que sólo el poder de la voluntad ha permitido regresar a este mundo para recuperar su cuerpo e instalarse en él! ¡Cuántos esfuerzos tuve que hacer para desplazar la losa con que me sepultaron en mi tumba! ¡Fíjate! Mira mis palmas llenas de heridas. ¡Bésalas, amor mío, para que puedan curarse!

Me extendió ambas manos, sobre las que una y otra vez deposité mis labios mientras ella me contemplaba con una sonrisa de indescriptible complacencia.

Reconozco, para mi vergüenza, que me había olvidado totalmente tanto de las advertencias del abad como del hábito al que servía. Había cedido a la primera tentación sin oponer la menor resistencia. Ni siquiera había intentado rechazar al tentador; la frescura de la piel de Clarimonda penetró en la mía y una profunda voluptuosidad recorrió mi cuerpo. ¡Pobre niña! A pesar de todo lo que he visto, todavía no puedo creer que fuese un demonio; por lo menos no tenía esa apariencia, y la verdad es que Satanás nunca escondió sus garras y cuernos con tanta delicadeza. Había recogido los talones y permanecía echada al borde de la cama, en una actitud llena de inocente coquetería. De vez en cuando su pequeña mano recorría mis cabellos formando bucles, como si quisiera comprobar en mí el efecto de diferentes peinados. Permití que lo hiciera, sintiendo el placer más culpable, mientras añadía los encantos de un delicioso murmullo. Puede destacarse aquí que no sentí el menor asombro ante un hecho tan inusitado y que —con esa tendencia a aceptar como sencillos los acontecimientos más sorprendentes que tenemos en nuestras visiones— todo me parecía completamente natural.

—Te amaba mucho antes de conocerte, querido Romualdo, y por eso te busqué por todas partes. Eras mi sueño, y cuando en ese instante fatal te encontré en la iglesia, no pude sino decirme: ¡Es él! Te lancé entonces una mirada en la que latía toda mi devoción por ti; una mirada capaz de perder a un cardenal, capaz de humillar ante mí a un rey con toda su corte. Pero tú permaneciste impasible y preferiste a tu Dios antes que a mí. ¡No te imaginas los celos que tengo de Dios, porque sé que todavía le amas más que a mí! ¡Cuántos sufrimientos me agobian! ¡Clarimonda la muerta, a la que has resucitado con un beso, y que por ti es capaz de forzar su propio sepulcro para venir a consagrarte una vida a la que sólo ha regresado para hacerte feliz, nunca podrá ser tu única dueña!

En medio de las palabras me prodigaba frenéticas caricias, que aturdían mis sentidos y mi razón hasta tal punto que no me dio miedo proferir una gran blasfemia para consolarla, y por tanto le dije que la amaba tanto como a Dios.

Sus pupilas recuperaron la luz y brillaron como crisopacios.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Tanto como a Dios! —dijo mientras me envolvía en sus hermosos brazos—. Y puesto que es cierto, vendrás conmigo y me seguirás a

donde desee. Dejarás a un lado ese horrible hábito negro. Te convertirás en el más hermoso y envidiado caballero. Serás mi amante. ¡Nada menos que el amante de Clarimonda, que ya rechazó a un papa! ¡Y qué vida habremos de compartir, repleta de placeres y felicidad! ¿Cuándo partimos, mi señor?

—Mañana, mañana —exclamé en mi delirio.

—De acuerdo, mañana. De ese modo podré cambiarme de ropa; ésta es muy liviana, y no demasiado apropiada para el viaje. También debo avisar a mis criados, que realmente me creen muerta y no dejan de llorarme. Dinero, vestidos, carruaje: ¡todo estará preparado! Vendré a buscarte a esta misma hora. Adiós, mi amor.

Sus labios tocaron levemente mi frente. Se extinguió la lámpara. Se apagó la luz, y el cortinaje, al cerrarse, no me dejó ver nada más. Un pesado sueño sin sueños me derrotó y se adueñó de mí hasta el amanecer. Me desperté más tarde de lo habitual y el recuerdo de una visión tan extraordinaria me conturbó todo el día; terminé por convencerme de que no eran sino vapores exhalados por mi exaltada imaginación. Sin embargo, las sensaciones habían sido tan nítidas que me costaba creer que no hubiesen sido reales, de modo que me acosté, no sin miedo ante lo que pudiera pasarme, después de pedirle a Dios que apartase de mí los malos pensamientos y protegiese la castidad de mi sueño.

No tardé en dormirme profundamente, y mi sueño tampoco tardó en reaparecer. Se abrió el cortinaje y vi nuevamente a Clarimonda; ya no estaba pálida, ni envuelta en un sudario blanco y ataviada con mortuorias violetas, sino alegre, leve y jovial, vestida con un traje maravilloso de terciopelo verde recamado de oro y que, recogido en un lado, permitía ver una falda de raso. Sus rubios cabellos sobresalían bajo un enorme sombrero de fieltro negro repleto de plumas blancas caprichosamente colocadas; llevaba en la mano una fusta que terminaba en un silbato de oro. Me tocó ligeramente con ella y me llamó:

—Y bien, bello durmiente, ¿estáis preparado? Esperaba encontraros despierto. Levántate deprisa, porque no tenemos un segundo que perder.

Salté de la cama.

—Vamos, vístete y partamos de una vez —insistió, señalándome un pequeño paquete que traía consigo—. Los caballos muerden el freno con impaciencia ante la puerta. Ya deberíamos estar a diez leguas de aquí.

Me vestí rápidamente, mientras ella me tendía la ropa, riéndose a carcajadas de mi torpeza y señalándome, cada vez que me equivocaba, el uso correcto. Después me peinó y al terminar me alcanzó un pequeño espejo de bolsillo hecho de cristal de Venecia, con filigranas de plata, y me dijo:

—¿Qué tal estás? ¿Quieres tomarme a tu servicio como tu criada personal?

Yo ya no era el mismo, hasta el punto de que me desconocía. Me parecía a lo que había sido tanto como una estatua a su bloque de piedra original. Mi antigua figura parecía apenas el grosero bosquejo de la que ahora reflejaba el espejo. Era bello, y semejante metamorfosis halagó enormemente mi vanidad. Una vestimenta tan

elegante, y una chaqueta con tan ricos bordados me convertían en un personaje completamente diferente. Admiré el poder que esconde un simple corle de tela. El espíritu de mi hábito me traspasó la piel, y diez minutos más tarde aquella fatuidad ya me parecería permisible.

Di un par de vueltas por el cuarto para ganar soltura. Clarimonda me miraba con maternal satisfacción: parecía complacerse en su obra.

—Basta de niñerías. ¡Vamos, querido Romualdo! Vamos muy lejos y puede que no lleguemos.

Me cogió de la mano y me llevó con ella. A su paso se abrían las puertas sin que apenas las tocase. Pasamos frente al perro sin despertarlo.

Frente a la puerta nos encontramos a Margaritone; era el escudero que yo conocía; sujetaba las bridas de tres caballos tan negros como los anteriores, uno de ellos para mí, otro para él, y el tercero para Clarimonda. Se trataba sin duda de caballos árabes españoles, nacidos de yeguas fecundadas por el céfiro, porque corrían como el viento; la luna, que a nuestra partida se había levantado para iluminarnos el sendero, rodaba en el cielo como una rueda salida del carro; la veíamos a nuestra derecha, brincando de un árbol a otro, tratando de darnos alcance. Enseguida llegamos a una llanura donde, tras un grupo de árboles, nos esperaba un carruaje tirado por cuatro fuertes animales; entramos en él y los postillones no tardaron en lanzarlo a una carrera desenfrenada. Rodeé con mi brazo el talle de Clarimonda, que apoyaba una de sus manos sobre la mía. Dejó caer su cabeza sobre mi hombro, rozándome el brazo con el cuello desnudo. Nunca había sentido una dicha como aquélla. En ese momento lo olvidé todo; recordaba menos mi vida de clérigo que la que había llevado en el seno materno, tal era la fascinación que ejercía sobre mí aquel espíritu maligno. A partir de esa noche, mi naturaleza en cierto sentido se desdobló y convivieron en mi interior dos hombres que se ignoraban mutuamente. A veces creía ser un sacerdote que cada noche soñaba que se convertía en un gentilhombre, y otras creía ser un gentilhombre que cada noche soñaba ser un sacerdote. No lograba discernir entre el sueño y la vigilia, y tampoco sabía dónde empezaba la realidad y dónde terminaba la ilusión. El joven señor, disipado y libertino, se reía del sacerdote; el sacerdote, por su parte, aborrecía a aquel joven fatuo. Dos espirales entreveradas y confundidas que, a pesar de todo, nunca se tocaban, formando una exacta representación de la vida bicéfala que llevaba. A pesar de lo raro de la situación, creo que nunca me vi amenazado por la locura. Nunca dejé de notar las diferencias entre una y otra vida. Sólo había un hecho absurdo que no lograba explicarme: que el sentimiento de un solo yo pudiese darse en dos hombres tan diferentes. Jamás dejé de reparar en esta anomalía, tanto cuando me veía como un cura del pueblo de ***, como cuando me veía convertido en *il signor Romualdo*, conocido amante de Clarimonda.

El caso es que vivía, o al menos eso pensaba, en Venecia; todavía no he podido distinguir qué había de real y qué de ilusión en tan sorprendente aventura.

Habitábamos un enorme palacio de mármol sobre el Gran Canal, repleto de frescos y estatuas, con dos Tizianos de la mejor etapa en la cámara de Clarimonda; un palacio digno de un rey, en suma. Cada uno de nosotros tenía a su disposición una góndola con sus propias barcarolas con nuestro sello, una cámara para escuchar música, y un poeta a nuestro servicio. Clarimonda entendía la vida según un estilo exigente, y había algo de Cleopatra en sus maneras. En cuanto a mí, llevaba una vida de príncipe y mostraba tal orgullo que perfectamente podría haber pasado por el descendiente de la familia de alguno de los doce apóstoles o de los cuatro evangelistas de la Serenísima. Nunca me habría apartado del camino para dejar paso al Dux y no me parece que, desde que Satán cayó al abismo, haya existido nunca nadie tan insolente y vanidoso como yo. Me dirigía muchas veces al Ridotto, donde jugaba a un juego infernal. También frecuentaba ambientes distinguidos, de señoritos caídos en desgracia, actrices de teatro, estafadores, caraduras y espadachines. A pesar de esta vida, sin embargo, siempre le fui fiel a Clarimonda. La amaba con locura. Ella era capaz de excitar al propio hartazgo, de sujetar a la propia inconstancia. Ser el dueño de Clarimonda era como ser el dueño de veinte amantes, como ser el amante de todas las mujeres, porque era tan cambiante y polifacética como un camaleón. Uno cometía con ella la infidelidad que hubiese cometido con otras, porque adoptaba el carácter, la apariencia y la hermosura de la mujer que en cada momento deseara. Me devolvía mi amor centuplicado, y en vano los jóvenes patricios y hasta los ancianos del consejo de los Diez le hicieron fabulosas propuestas; un Foscari llegó a pedirle su mano. Pero ella los rechazó a todos. Estaba saturada de oro; sólo deseaba amor, un amor joven y puro que ella misma despertara a su antojo, y que fuese al mismo tiempo el último y el primero. Mi dicha habría sido perfecta de no haberlo impedido aquella maldita pesadilla que me agobiaba todas las noches y en la que me veía convertido en un sacerdote que se laceraba y hacía penitencia para purgar mis excesos diurnos. Tanto me acostumbré a la presencia de Clarimonda que dejó de sorprenderme la extraña manera en que la había conocido. De vez en cuando, pese a ello, las palabras del abad resonaban en mi memoria y no dejaban de inquietarme.

Transcurrió el tiempo y la salud de Clarimonda se resintió; el color de su rostro se iba esfumando poco a poco cada día. Los médicos que la atendían no podían hacer nada frente a su enfermedad. Recetaron medicinas insignificantes y no volvieron para comprobar sus efectos. Ella palidecía a ojos vistas y su cuerpo se iba enfriando. Se la veía tan blanca y mortecina como aquella noche en aquel castillo desconocido. Esta decadencia me desesperaba. Ella, conmovida ante mi sufrimiento, me sonreía con dulzura y tristeza, con esa sonrisa fatal que muestran los que desconocen la cercanía de su muerte.

Una mañana me encontraba sentado junto a su lecho, desayunando frente a una mesita, y dispuesto a no abandonarla un instante. Mientras pelaba una fruta me produje accidentalmente un profundo corte en el dedo. La sangre corrió en hilillos purpúreos, y algunas gotitas salpicaron a Clarimonda. Sus ojos recuperaron entonces

el brillo, y noté en su cara una expresión de salvaje y feroz alegría que hasta entonces nunca había notado. Saltó del lecho con agilidad animal —con la agilidad de un mono o de un gato— y se lanzó sobre mi herida, que succionó con indescriptible voluptuosidad. Sorbió despacio mi sangre, con la delectación de un *gourmet* que cata un vino de Jerez o Siracusa; entrecerraba los ojos, cuyas verdes pupilas no eran ahora redondas, sino oblongas. De vez en cuando se interrumpía para besarme la mano, después posaba mis labios sobre la herida y bebía una nueva gota. Cuando vio que la sangre cesaba de manar, se levantó ion los ojos húmedos y brillantes, más rosada que una aurora primaveral, con la mano también húmeda y tibia, y más lozana y hermosa que nunca, en perfecto estado de salud.

—¡Nunca moriré! ¡Nunca moriré! —exclamó ebria de gozo, colgándose de mi cuello—. Todavía podré amarte durante mucho tiempo. Mi vida está en la tuya, y todo lo que soy viene de ti. Unas gotas de tu rica y noble sangre, más valiosa y eficaz que todos los elixires de la tierra, me han devuelto la vida.

Esta escena me preocupó enormemente y me inspiró extrañas dudas sobre Clarimonda; esa misma noche, cuando el sueño me llevó al presbiterio, vi al abad Serapione más serio y preocupado que nunca. Me contempló atentamente y me dijo:

—No contento con perder tu alma, quieres perder también el cuerpo. ¡Joven infeliz, cómo has podido caer en esa trampa!

El tono con que pronunció aquellas palabras consiguió conmoverme; mi impresión, sin embargo, se disipó enseguida y mil cosas diferentes la suplantaron. Una noche, a pesar de ello, noté en el espejo, en cuya pérfida posición ella no había reparado, que Clarimonda derramaba un polvillo en la copa de vino sazonado que normalmente me preparaba tras la cena.

Cogí la copa y fingí beber, dejándola después sobre el mueble, como si estuviese dispuesto a acabarla más tarde. Entonces, en cuanto mi amada me volvió la espalda, derramé su contenido bajo la mesa y me retiré a mis aposentos, dispuesto a no dejarme vencer por el sueño y a ver lo que ocurría. No tuve que esperar mucho. Apareció Clarimonda, cubierta por su bata y, despojándose de sus velos, se tumbó a mi lado. En cuanto comprobó que yo dormía me descubrió el brazo y sacó de entre sus cabellos un alfiler de oro; luego musitó:

—Una gota, sólo una gota; un minúsculo rubí en la punta de mi aguja… Ya que me amas, no debo morir… Pobre amor mío, debo beber tu sangre, cuyo color me deslumbra. Duerme, mi único bien, mi dios, mi niño; no te haré nada, sólo cogeré de tu vida lo imprescindible para que la mía no se extinga. Si no te quisiera tanto buscaría otros amantes cuyas venas dejaría secas; pero desde que te conozco los odio a todos. ¡Ah, qué hermoso brazo! ¡Qué pálido y torneado! Nunca me atreveré a pinchar esa bella venita azul.

Mientras hablaba no dejaba de sollozar, y yo notaba cómo sus lágrimas se deslizaban por mi brazo, que ella sujetaba entre sus manos. Por fin se decidió y me hizo una pequeña herida con la aguja, dedicándose a sorber la sangre que manaba de

ella. Aunque sólo bebió unas gotas, la contuvo el miedo a extenuarme; me rodeó cuidadosamente el brazo con una pequeña venda y, después de aplicarle cierto ungüento a la herida, logró que ésta cicatrizase inmediatamente.

Ya estaba claro; Serapione estaba en lo cierto. Sin embargo, a pesar de esta certeza, me resultaba imposible no amar a Clarimonda, y con todo el placer del mundo le habría dado toda la sangre necesaria para mantener artificialmente su existencia. Además, tampoco sentía grandes miedos; en la mujer encontraba ahora la explicación del vampiro, y lo que había visto y oído me daba un convencimiento total sobre ello. Yo contaba además con venas fuertes y vigorosas, que no sería fácil agotar, por lo que nada me incitaba a escatimar algunas gotas de mi vida. Yo mismo me habría abierto el brazo para decir: «¡Bebe! ¡Y que mi amor entre en tu cuerpo junto con la sangre!». Evité mencionar el narcótico que había derramado en mi copa y la escena de la aguja, y desde entonces vivimos en perfecto acuerdo. Sin embargo, mis escrúpulos de sacerdote me torturaban cada día más, y ya no sabía qué tormento inventar para mortificar y herir mis carnes. Aunque estas visiones fueran involuntarias, y yo no participase en ellas, tampoco me atrevía a tocar al Cristo con unas manos tan impuras, con un espíritu ensuciado por tales excesos, reales o soñados. Para evitar tan terribles alucinaciones, trataba de esquivar el sueño, mantenía mis párpados abiertos incluso con los dedos, me sujetaba en pie contra la pared, hacía todos los esfuerzos imaginables, pero finalmente la arena del sueño me irritaba los ojos y, al ver que todo era inútil, me entregaba, preso de la lasitud y el desánimo, a esa corriente que me arrastraba hasta pérfidas orillas. Serapione me hacía los exhortos más enfáticos y recriminaba enérgicamente mi desidia y escaso fervor. Un día en que yo había estado más agitado de lo habitual, me dijo:

—Sólo existe un modo de despojarte de esta obsesión, y aunque sea extremo, debemos ponerlo en práctica. Sé dónde han enterrado a Clarimonda; es necesario desenterrarla para que veas el lamentable estado en que se encuentra tu amada. De ese modo no querrás perder tu alma por un cadáver inmundo carcomido por los gusanos y que pronto se transformará en polvo. Así volverás en ti.

Por mi parte, estaba tan cansado de mi doble vida que accedí, ansioso por saber quién era víctima de una ilusión, si el cura o el gentilhombre. Estaba dispuesto a matar en beneficio del otro, a uno de los dos hombres que convivían en mi interior, e incluso a ambos, porque semejante vida era insoportable. El abad se hizo con un pico, una palanca y una linterna, y a medianoche nos encaminamos hacia el cementerio de ***, cuya ubicación él conocía perfectamente. La luz de nuestra linterna sorda acarició las diferentes inscripciones de las lápidas, hasta que finalmente llegamos a una piedra, semiescondida por el pastizal, y devorada por musgos y plantas parásitas, donde logramos leer el inicio de la siguiente inscripción:

AQUÍ YACE CLARIMONDA,
QUE FUE, DURANTE SU VIDA,

—Es aquí —anunció Serapione.

Dejó la luz sobre el suelo, colocó la palanca en el intersticio que dejaba la piedra y empezó a levantarla. La piedra cedió, y él empezó a trabajar con el pico. Yo, con una expresión sombría en el rostro, contemplaba sus esfuerzos. Serapione, inclinado sobre aquel macabro lugar, brillaba de sudor y respiraba entrecortadamente, con un aliento agitado que recordaba el estertor de un moribundo. Era un espectáculo extraño. Si alguien nos hubiese sorprendido nos habría tomado por profanadores de tumbas y ladrones de sepulcros, y no por ministros de Dios. Por la fuerza salvaje que exhibía en su empeño, el abad recordaba antes a un demonio que a un apóstol o un ángel, y en su rostro, cuyas facciones austeras y marcadas se destacaban con aquella tenue luz, se pintaba un gesto inquietante. Un sudor helado me perlaba los miembros y mis cabellos se erizaron hasta producirme dolor. En el fondo, reprobaba el acto del rígido Serapione como si aquél fuese un terrible sacrilegio, y habría preferido que desde las umbrías nubes que se extendían sobre nosotros cayese un triángulo de fuego capaz de abrasarle. Los búhos, alarmados por el brillo de la linterna, acudieron desde los cipreses para batir pesadamente sus polvorientas alas contra el cristal, emitiendo chillidos desgarradores. Los zorros, en la distancia, también emitían aullidos inquietantes, y otros mil ruidos siniestros herían aquel silencio. Por fin, el pico de Serapione tocó el ataúd, cuya madera resonó sordamente, con ese espantoso ruido que produce la nada al ser tocada. Entonces abrió la tapa, y pude ver a Clarimonda, pálida como el mármol, y con sus manos unidas sobre el pecho. Su blanco sudario mostraba un único pliegue desde la cabeza a los pies. Una minúscula gota púrpura brillaba como una rosa en un extremo de su boca lívida. Serapione, al verla, aulló de furia:

—¡Ah, demonio! ¡Estás aquí! ¡Cortesana maldita, bebedora de sangre y de oro!

Roció el cuerpo y el ataúd con agua bendita, trazando con su hisopo la señal de la cruz sobre ambos, En cuanto el sagrado rocío tocó el bello cuerpo de Clarimonda, éste se convirtió en polvo, dejando únicamente una mezcla terrible y difusa de cenizas y huesos corruptos.

—¡Ahí está tu amante, *signor Romualdo*! —exclamó aquel hombre implacable, señalando los tristes despojos—. ¿Todavía quieres pasearte por el Lido y por Fusine con esta hermosura?

Bajé la mirada; algo había cedido en mi interior. Volví al presbiterio y el señor Romualdo, amante de Clarimonda, se despidió del pobre cura al que durante tanto tiempo honrara con su extraña compañía. Sólo volví a ver de nuevo a Clarimonda en la noche siguiente, cuando me dijo, igual que el primer día en el umbral de la iglesia:

—¡Desdichado! ¡Desdichado! ¿Qué has hecho? ¿Por qué has oído a ese sacerdote necio? ¿Es que no eras feliz? ¿Qué te hice para que profanaras mi tumba y dejaras al

descubierto las miserias de mi nada? Todo el diálogo entre nuestras almas y cuerpos se ha roto ahora para siempre. Adiós. Sentirás mi ausencia.

Se desvaneció en el aire, como si fuese humo, y nunca más volví a verla.

Y tenía razón: lamenté su ausencia, que todavía hoy lloro. Pagué un alto precio por la tranquilidad de mi alma, ya que el amor de Dios no me resultó suficiente para sustituir el suyo. Ésta es, querido hermano, la historia de mi juventud. Nunca mires a una mujer, y camina con los ojos fijos en el suelo, porque por casto y prudente que seas, bastará un segundo de distracción para que te pierdas para toda la eternidad.

JOSEPH SHERIDAN LE FANU

Carmilla

[Carmilla]



Traducción de Juan Antonio Molina Foix

Carmilla



Prólogo

En un documento adjunto al relato que sigue, el doctor Hesselius ha escrito una nota bastante elaborada, en la que hace referencia a su ensayo acerca del extraño asunto que este manuscrito aclara.

En dicho ensayo trata este asunto tan misterioso *con* su habitual erudición y perspicacia, así como con notable franqueza y condensación. Ocupará todo un volumen de los escritos completos de este hombre tan extraordinario.

Como yo publico el caso, en este volumen, solamente para interesar a los «profanos», no voy a anticiparme en nada a la inteligente dama que lo relata. Y, después de un detenido examen de la cuestión, he decidido, por tanto, abstenerme de presentar cualquier *précis* del razonamiento del sabio doctor, o extracto alguno de su exposición sobre un tema que, según él describe, «es probable que tenga que ver con algunos de los más profundos arcanos de nuestra existencia dual, o de sus intermediarios».

Al descubrir este documento, me sentí ansioso por volver a abrir la correspondencia iniciada por el doctor Hesselius, hace ya tantos años, con una persona tan inteligente y cautelosa como parece haber sido su informante. Con gran pesar, sin embargo, descubrí que entre tanto la dama había muerto.

Probablemente poco hubiera podido ella añadir al relato que expone en las páginas siguientes con, hasta donde yo puedo juzgar, tan concienzuda minuciosidad.

Capítulo I

Un primer susto

Aunque de ninguna manera somos nobles, vivimos en un castillo, o *schloss*, en Estiria. En esta parte del mundo una pequeña renta da para mucho. Ochocientas o novecientas libras al año hacen maravillas, En nuestro país escasamente nos habrían permitido contarnos entre los ricos. Mi padre es inglés, y yo llevo un apellido inglés, aunque no he visitado nunca Inglaterra. Mas aquí, en este lugar solitario y primitivo, donde todo es tan asombrosamente barato, no veo en qué modo una suma de dinero mucho mayor podría aumentar nuestras comodidades, o incluso nuestros lujos.

Mi padre sirvió en el ejército austríaco y, cuando se retiró, con la pensión y su patrimonio adquirió esta residencia feudal y la pequeña propiedad en donde se alza: una ganga.

No creo que exista nada más pintoresco y solitario. Está situada sobre una pequeña colina, dominando un bosque. El camino, muy antiguo y angosto, pasa por delante de un puente levadizo, que jamás he visto alzar, en cuyo foso, provisto de percas, nadan los cisnes y flotan blancas escuadras de nenúfares.

Dominando todo aquel panorama, se alza el *schloss*, con su fachada provista de numerosas ventanas, sus torres y su capilla gótica.

Frente a su puerta, el bosque se abre en un claro irregular y muy pintoresco, y a la derecha un empinado puente gótico permite que el camino cruce un riachuelo que serpentea, entre la espesa sombra, a través de la floresta.

He dicho que es un lugar muy solitario. Juzgad vos mismo si no es cierto. Mirando desde la puerta de entrada hacia el camino, el bosque en el que se yergue el castillo se extiende quince millas a la derecha, y doce hacia la izquierda. El pueblo habitado más próximo se encuentra a unas siete de vuestras millas inglesas hacia la izquierda. El *schloss* habitado más próximo, de cierta relevancia histórica, es el del viejo general Spielsdorf, a unas veinte millas a la derecha.

He dicho «el pueblo *habitado* más próximo», porque, a tan sólo tres millas al oeste, es decir, en dirección al *schloss* del general Spielsdorf, existe un pueblo en ruinas, con su original iglesia, ahora sin techo, en cuya nave lateral yacen las tumbas desmoronadas de la orgullosa familia de los Karnstein, ahora extinguida, que en otros tiempos poseyó el igualmente desolado castillo que, en pleno bosque, domina las silenciosas ruinas de la población.

Respecto a la causa que motivó el abandono de este sorprendente y melancólico lugar, existe una leyenda que os referiré en otra ocasión.

Ahora debo deciros cuán exiguo es el número de habitantes de nuestro castillo. Sin incluir a la servidumbre, ni a los subalternos que ocupan habitaciones en los

edificios anexos al *schloss*, sólo quedamos, ¡prestad atención y asombraos!, mi padre, que es el hombre más bondadoso del mundo, pero que está envejeciendo, y yo, que en la época de mi relato tenía sólo diecinueve años. Ocho años han pasado desde entonces. Mi padre y yo constituíamos toda la familia del *schloss*. Mi madre, una dama estiria, falleció siendo yo niña.

Mas tuve una bondadosa aya, que había estado junto a mí, casi diría que desde mi primera infancia. No puedo recordar ninguna época en que su rostro grueso y benigno no constituyera una imagen familiar en mi memoria. Era Madame Perrodon, natural de Berna, cuyos cuidados y buen carácter suplieron en parte la pérdida de mi madre, a la que ni siquiera recuerdo. En nuestras modestas cenas, ella era el tercer comensal. Había un cuarto, Mademoiselle De Lafontaine, una de esas damas a las que llamáis, según creo, «institutrices de segunda enseñanza». Hablaba francés y alemán. Madame Perrodon, por su parte, hablaba francés y chapurreaba el inglés. Mi padre y yo añadíamos el inglés que, en parte para impedir que se convirtiera en una lengua perdida para nosotros, y en parte por motivos patrióticos, hablábamos a diario. El resultado era una Babel, que solía causar risa a los forasteros, y que no intentaré reproducir en esta narración. Había además dos o tres damas amigas, aproximadamente de mi misma edad, que ocasionalmente nos visitaban, durante periodos más o menos largos, visitas que yo a veces devolvía.

Ésas eran nuestras habituales relaciones sociales. Aunque, por supuesto, recibíamos visitas fortuitas de «vecinos», es decir gente que vivía a sólo cinco o seis leguas de distancia. Mi vida era, a pesar de todo, más bien solitaria, os lo aseguro.

Mis *gouvernantes* ejercían sobre mí tanto control como es posible imaginar que personas tan sensatas podían ejercer sobre una muchacha más bien consentida, a la que su único progenitor permitía actuar a su entera voluntad prácticamente en todo.

El primer acontecimiento de mi existencia que produjo en mi mente una impresión atroz, que de hecho jamás se ha borrado, fue uno de los primeros incidentes de mi vida que consigo recordar. Algunos lo considerarán tan trivial que no debería ser consignado aquí. Pronto veréis, sin embargo, por qué lo menciono. La habitación de los niños, así la llamaban, si bien yo disponía de toda ella para mí sola, era un vasto aposento en el último piso del castillo, con el techo de roble abuhardillado.

No debía de tener yo más de seis años cuando, cierta noche, me desperté y, mirando en torno a la habitación desde mi lecho, no vi a la doncella encargada del cuarto. Tampoco estaba mi aya. Creí encontrarme sola. No me asusté, porque era una de esas niñas afortunadas a las que deliberadamente se había mantenido en la ignorancia con respecto a los cuentos de fantasmas y de hadas, y todas esas consejas que nos hacen esconder la cabeza cuando la puerta cruje súbitamente, o el parpadeo de una vela a punto de extinguirse hace bailar sobre la pared, cerca de nuestros rostros, la sombra de uno de los pilares de la cama. Me sentía molesta y ofendida al imaginarme abandonada y empecé a gimotear, antes de que me asaltara un enérgico

estallido de bramidos. Entonces, con gran sorpresa por mi parte, vi un rostro solemne, pero muy hermoso, que me miraba desde uno de los costados de la cama. Era el rostro de una joven dama que estaba de rodillas, con las manos bajo mi colcha. La miré con una especie de asombro complacido, y dejé de gimotear. Ella me acarició con sus manos, se tendió a mi lado en la cama, y me atrajo hacia sí, sonriendo. De inmediato me sentí deliciosamente apaciguada y me quedé dormida otra vez. Me desperté con una sensación como si me clavaran profundamente en el pecho dos alfileres al mismo tiempo, y lancé un grito. La dama retrocedió, sin dejar de mirarme, luego se dejó caer al suelo y me pareció que se escondía debajo de la cama.

En aquel momento me asusté por vez primera, y grité con todas mis fuerzas. El aya, la doncella, el ama de llaves, todas acudieron corriendo, y, al oír mi historia, hicieron poco caso de ella, tranquilizándome entre tanto cuanto les fue posible. Mas, aun siendo yo sólo una niña, pude advertir que sus rostros habían palidecido y mostraban una insólita expresión de inquietud. Las vi mirar debajo de la cama y por toda la habitación, y buscar debajo de las mesillas y abrir de golpe los armarios. Y el ama de llaves susurró a la niñera:

—Poned la mano en este hueco de la cama; alguien ha estado acostado aquí, tan cierto es como que vos no fuisteis; el sitio está todavía caliente.

Recuerdo que la doncella me acarició, y que las tres me examinaron el pecho, en donde les dije que había sentido el pinchazo, y manifestaron que no había ninguna señal visible de que tal cosa me hubiera sucedido.

El ama de llaves y las otras dos sirvientas que tenían a su cargo la habitación de los niños no se acostaron en toda la noche. Y desde entonces hasta que tuve unos catorce años siempre se quedó levantada alguna criada en la habitación de los niños.

Después de aquello estuve muy nerviosa durante mucho tiempo. Llamaron a un médico, pálido y de avanzada edad. ¡Qué bien me acuerdo de su saturnal rostro alargado, ligeramente picado de viruelas, y de su peluca marrón! Durante bastante tiempo, cada dos días, venía a administrarme una medicina, que, por supuesto, yo odiaba.

La mañana siguiente a haber visto aquella aparición, estaba yo aterrorizada y no podía soportar que me dejaran sola, ni siquiera un momento, aunque fuera a plena luz.

Recuerdo a mi padre, de pie junto a mi cama, hablando animadamente, haciendo preguntas al aya y riéndose de buena gana de cada una de sus respuestas.

Y también dándome palmaditas en la espalda, y besándome, y diciéndome que no me asustara, que no era más que un sueño, totalmente inofensivo.

Mas no me tranquilicé, pues sabía que la visita de aquella extraña mujer *no* había sido un sueño, y estaba *terriblemente* asustada.

Me consoló un poco la doncella encargada del cuarto de los niños, asegurándome que había sido ella la que había venido junto a mí, me había mirado, y se había tendido en la cama a mi lado. Y que yo debía de estar medio soñando para no haber

reconocido su rostro. Mas eso, aunque lo confirmara el aya, no me satisfizo plenamente.

Durante el transcurso de aquel día, recuerdo que un venerable anciano, con sotana negra, entró en mi habitación con el aya y el ama de llaves, charló un poco con ellas, y luego se dirigió a mí afectuosamente. Su expresión era dulce y afable, y me dijo que iban a rezar. Y juntándome las manos, me pidió que repitiera en voz baja, mientras ellos rezaban: «Señor, escuchad estas plegarias en nuestro nombre, por el amor de Cristo». Creo que ésas fueron las palabras exactas, pues a menudo las repetí para mí, y mi niñera, durante años, me las hizo decir en mis rezos.

Recuerdo perfectamente el rostro dulce y pensativo de aquel anciano de cabellos blancos, sotana negra, de pie en aquella tosca habitación marrón, en el piso alto, rodeado de pesados muebles de más de tres siglos de antigüedad. Y la escasa luz que se filtraba en aquel ambiente sombrío a través de la pequeña celosía. Puesto de rodillas, y con él las tres mujeres, rezó en alto, con voz sincera y temblorosa, durante lo que me pareció un buen rato. He olvidado toda mi vida anterior a aquel suceso, y alguna etapa posterior también me resulta oscura. Mas las escenas que acabo de describir permanecen vivas como las imágenes aisladas de una fantasmagoría surgida de la oscuridad.

Capítulo II

Una huésped

Voy a contaros ahora algo tan extraño que será precisa toda vuestra fe en mi veracidad para que podáis creer mi historia. Sin embargo, no solamente es cierta, sino que se trata de una verdad de la que yo misma he sido testigo.

Un fresco atardecer veraniego mi padre me pidió, como a veces solía hacer, que diésemos un corto paseo por aquel hermoso bosque que, como ya he mencionado, se extendía frente al *schloss*.

—El general Spielsdorf no podrá venir a visitarnos tan pronto como yo esperaba —dijo mi padre, mientras proseguíamos nuestro paseo.

Iba a hacernos una visita de algunas semanas de duración, y esperábamos que llegara al día siguiente. Iba a traer consigo a su joven sobrina y pupila, Mademoiselle Rheinfeldt, a la cual yo no había visto nunca, pero de la que había oído decir que se trataba de una muchacha realmente encantadora, en cuya compañía me prometía yo muchos días felices. Me sentí mucho más decepcionada de lo que pueda imaginarse

cualquier joven dama que viva en la ciudad, o en un vecindario animado. Aquella visita, y la nueva amistad que prometía, había alimentado mis sueños durante muchas semanas.

—¿Y cuándo vendrá? —pregunté.

—No será antes del otoño. Ni antes de dos meses, diría yo —respondió él—. Y ahora me alegra, querida mía, que no hayáis conocido a Mademoiselle Rheinfeldt.

—¿Por qué? —pregunté, mortificada y curiosa al mismo tiempo.

—Porque la infeliz damita ha muerto —replicó él—. Me había olvidado por completo de que no os lo había contado, pues no estabais en la habitación esta tarde cuando recibí la carta del general.

Aquello me impresionó mucho. El general Spielsdorf había mencionado en su primera carta, seis o siete semanas antes, que su sobrina no estaba tan bien como él hubiera deseado. Mas nada hacía suponer ni la más remota sospecha de peligro serio.

—Aquí está la carta del general —dijo, alargándomela Me temo que estará muy apenado. Esta carta ha sido escrita en un estado muy próximo al desvarío.

Nos sentamos en un tosco banco, a la sombra de unos magníficos tilos. El sol se estaba poniendo, con todo su melancólico esplendor, detrás del horizonte hoscoso, y el torrente que discurre junto a nuestra casa, y pasa bajo el viejo puente empinado que ya he mencionado, serpenteaba entre un grupo de árboles grandiosos, casi a nuestros pies, reflejando en su corriente el escarlata descolorido del cielo. La carta del general Spielsdorf era tan extraordinaria, tan vehemente, y en algunos aspectos tan contradictoria, que la leí dos veces, la segunda de ellas en voz alta a mi padre. Y con todo, era incapaz de comprenderla, como no fuera suponiendo que el dolor le había trastornado la mente.

Decía así:

«He perdido a mi querida hija, porque como tal la quería. Durante los últimos días de la enfermedad de mi querida Bertha no pude escribiros. Hasta entonces no tenía idea del peligro que corría. La he perdido, y sólo ahora lo comprendo *todo*, demasiado tarde. Murió en la paz de la inocencia, y con la radiante esperanza de una bendita vida futura. El demonio que traicionó nuestra insensata hospitalidad ha sido la causa de todo. Creí que acogía en mi casa a la inocencia, a la alegría, a una encantadora compañera para mi perdida Bertha. ¡Cielo santo! ¡Qué estúpido he sido! Doy gracias a Dios de que mi niña muriera sin la menor sospecha de la causa de sus sufrimientos. Se ha ido sin conjeturar siquiera la naturaleza de su mal, ni la maldita cólera del agente de toda esta desgracia. Dedicaré los días que me restan de vida a perseguir y destruir a ese monstruo. Me dicen que puedo llevar a cabo mi legítimo y piadoso propósito. Por ahora, apenas dispongo de un resquicio de luz que me sirva de guía. Maldigo mi vanidosa incredulidad, mi despreciable pretensión de superioridad, mi ceguera, mi obstinación… todo. Demasiado tarde. Ahora no puedo hablar ni escribir con calma. Estoy confundido. En cuanto me recupere un poco, pienso dedicarme durante algún tiempo a realizar unas pesquisas, que posiblemente me

conducirán hasta Viena. En el próximo otoño, de aquí a dos meses o antes, si todavía continúo con vida, iré a veros… Es decir, si me lo permitís. Entonces os contaré lo que ahora no tengo el valor de poneros por escrito. Adiós. Rezad por mí, querido amigo».

En esos términos finalizaba la enigmática carta. Aun cuando jamás había visto yo a Bertha Rheinfeldt, los ojos se me llenaron de lágrimas ante aquella repentina noticia. Me sentía asustada, y también profundamente decepcionada.

El sol se había puesto ya y estábamos en pleno ocaso cuando le devolví a mi padre la carta del general.

La noche era templada y clara, y nos entretuvimos especulando sobre los posibles significados de las afirmaciones apasionadas e incoherentes que acababa yo de leer. Tuvimos que caminar todavía cerca de una milla hasta alcanzar el camino que pasa frente al *schloss*, y para entonces lucía una espléndida luna. En el puente levadizo nos encontramos con Madame Perrodon y Mademoiselle De Lafontaine, que habían salido, sin sus tocas, a disfrutar del exquisito claro de luna.

Al acercarnos, escuchamos sus voces parloteando en animado diálogo. Las alcanzamos en el puente levadizo, y nos volvimos para admirar con ellas la hermosa vista.

El claro por el que acabábamos de pasear se extendía ante nosotros. A nuestra izquierda, el angosto camino serpenteaba bajo los señoriales árboles, y se perdía de vista en la espesura del bosque. A la derecha, el mismo camino cruza el empinado y pintoresco puente, cerca del cual se levanta una torre en ruinas, que, en otro tiempo, guardaba el paso. Al otro lado del puente, se alza una escarpada cima cubierta de árboles, entre cuyas sombras pueden verse algunas rocas tapizadas con matas de hiedra gris.

Sobre los prados y las tierras bajas, una fina traza de niebla se escabullía como humo, marcando las distancias con un velo transparente. Y aquí y allí podíamos ver el río, brillando débilmente a la luz de la luna.

No es posible imaginar una escena más dulce ni más delicada. Las noticias que acababa de recibir la hacían más melancólica. Mas nada podía turbar su profunda serenidad, ni la encantadora belleza e imprecisión del panorama.

Mi padre, que apreciaba lo pintoresco, se detuvo conmigo a contemplar en silencio la llanura que se extendía ante nosotros. Las dos buenas institutrices, un poco detrás de nosotros, conversaban acerca del paisaje, y eran elocuentes con respecto a la luna.

Madame Perrodon era gruesa, de mediana edad y romántica, y hablaba y suspiraba poéticamente. Mademoiselle De Lafontaine —como digna hija de su padre, que era alemán y, como tal, supuestamente psicólogo, metafísico y un poco místico— afirmó entonces que cuando la luna brillaba con una luz tan intensa era bien sabido que ello indicaba una especial actividad espiritual. Los efectos de una luna llena tan brillante eran múltiples. Actuaba sobre los sueños, sobre la locura, sobre la gente

nerviosa. Ejercía maravillosas influencias físicas relacionadas con la vida. Mademoiselle contó que su primo, que era piloto de un buque mercante, tras descabezar un sueño en cubierta, tendido boca arriba, dándole de lleno en la cara la luz de la luna, había despertado con las facciones horriblemente estiradas hacia un lado, después de soñar con una anciana que le arañaba la mejilla. Y su semblante jamás recobró del todo el equilibrio.

—Esta noche —dijo ella—, la luna está cargada de influjos ódicos[1] y magnéticos. Observad, si os volvéis a mirar la fachada del *schloss*, cómo brillan y centellean todas sus ventanas con ese resplandor plateado, como si unas manos invisibles hubiesen iluminado las habitaciones para recibir a unos huéspedes espectrales.

Existen estados de ánimo indolentes en los que, estando nosotros mismos poco dispuestos a hablar, la conversación de otros resulta sumamente agradable a nuestros apáticos oídos. Yo seguía mirando, complacida por el tintineo de la conversación de aquellas damas.

—Esta noche he entrado en uno de esos estados míos de malhumor y abatimiento —dijo mi padre, tras un silencio. Y, citando a Shakespeare, a quien, a fin de conservar nuestro inglés, solía leer en voz alta, dijo:

> —*No sé, en verdad, por qué estoy tan triste*:
> *Es algo que me enoja, y también a vos, según decís*;
> *Mas cómo me vino esta tristeza*, […], *cómo la obtuve*,[2]

»Olvidé el resto. Mas presiento que pende sobre nosotros alguna grave desgracia. Supongo que la afligida carta del general tiene algo que ver con esto.

En aquel momento atrajo nuestra atención el insólito ruido de ruedas de un carruaje y de muchos cascos de caballo por el camino.

Parecía aproximarse a nosotros por la elevación de terreno que domina el puente, y muy pronto, en efecto, surgió un tropel en aquel mismo lugar. Primero cruzaron el puente dos jinetes, luego vino un carruaje tirado por cuatro caballos, detrás del cual cabalgaban dos hombres.

Parecía tratarse de un carruaje en el que viajaba una persona de rango. E inmediatamente quedamos todos absortos en la contemplación de aquel espectáculo tan poco frecuente. Poco después, cobró mayor interés todavía, ya que, cuando el carruaje llegó al punto más elevado del empinado puente, uno de los caballos delanteros se desbocó, contagió su pánico a los restantes, y después de una o dos embestidas, todo el tiro se lanzó a un galope desenfrenado, e irrumpiendo entre los dos jinetes que cabalgaban al frente, se precipitó con gran estruendo por el camino, hacia nosotros, a la velocidad del huracán.

Los gritos nítidos y prolongados de una voz femenina a través de la ventanilla del

carruaje hacían todavía más penosa la emoción de la escena.

Todos nosotros nos adelantamos, curiosos y horrorizados; mi padre en silencio, nosotras profiriendo exclamaciones de terror.

Nuestra ansiedad no duró mucho. Justo antes de alcanzar el puente levadizo del castillo, se alza un magnífico tilo al borde del camino. Y al lado opuesto una vieja cruz de piedra, a cuya vista los caballos, que ahora iban a un paso realmente aterrador, se desviaron, arrastrando las ruedas hacia las raíces salientes del árbol.

Imaginaba lo que iba a ocurrir. Incapaz de seguir mirando, me tapé los ojos y volví la cabeza. En ese mismo momento oí gritar a mis acompañantes, que habían avanzado un poco más que yo.

La curiosidad me hizo reabrir los ojos, y así pude contemplar una escena sumamente confusa. Dos de los caballos habían caído al suelo y el carruaje estaba volcado sobre uno de sus costados con dos ruedas al aire. Los hombres se ocupaban de quitar los arreos, y una dama de expresión y aspecto dominante había salido del coche y permanecía inmóvil, con las manos enclavijadas, llevándose de vez en cuando a los ojos el pañuelo que en ellas sostenía. Por la puerta del carruaje izaban en aquel momento a una joven que parecía exánime. Mi querido y anciano padre se encontraba ya junto a la dama de más edad, sombrero en mano, manifiestamente ofreciendo su ayuda y los recursos de su *schloss*. La dama parecía no oírle ni tener ojos más que para la esbelta muchacha que los hombres estaban recostando sobre el talud del terraplén.

Me aproximé. La joven estaba aparentemente aturdida, mas desde luego todavía viva. Mi padre, que se preciaba de entender algo de medicina, le había tomado la muñeca y aseguró a la dama que declaraba ser su madre, que su pulso, aunque débil e irregular, sin duda todavía podía percibirse. La dama juntó las manos y miró hacia arriba, como transportada por un momentáneo sentimiento de gratitud. Mas enseguida recayó de nuevo en esa actitud teatral que, según creo, es innata en algunas personas.

Era lo que se dice una mujer de muy buen aspecto para su edad, y debía de haber sido bella. Esbelta mas no delgada, iba vestida de terciopelo negro, y parecía un poco pálida, aunque de semblante orgulloso y autoritario, no obstante la agitación del momento.

—¿Existió alguna vez un ser nacido de este modo para la desgracia? —la oí decir, con las manos enclavijadas, mientras me acercaba a ella—. Estoy realizando un viaje que es cuestión de vida o muerte, en el que una hora de demora puede echarlo todo a perder. Mi niña no se habrá recuperado lo suficiente para reemprender la marcha en quién sabe cuánto tiempo. Debo dejarla. No puedo entretenerme, no me atrevo. ¿Podéis decirme, señor, a qué distancia se encuentra el pueblo más próximo? Tengo que dejarla allí. Y no podré verla, ni siquiera tener noticias suyas, hasta mi regreso dentro de tres meses.

Tiré del abrigo a mi padre, y le susurré al oído con vehemencia:

—¡Oh, papá!, os lo ruego, pedidle que la deje con nosotros… Sería tan agradable. Por favor, hacedlo.

—Si Madame confía su niña al cuidado de mi hija y de su buena *gouvernante*, Madame Perrodon, y le permite quedarse como huésped nuestra, bajo mi responsabilidad, hasta su vuelta, nos estaría otorgando con ello una distinción y una obligación, y la trataríamos con toda la atención y la devoción que merece tan sagrada confianza.

—No puedo hacer eso, señor. Sería abusar demasiado cruelmente de vuestra gentileza e hidalguía —dijo la dama, un poco confusa.

—Sería, al contrario, concedernos un gran favor, justamente en el momento en que más lo necesitamos. Mi hija acaba de sentirse contrariada al enterarse del cruel infortunio padecido por una persona, de cuya visita esperaba, desde hacía mucho tiempo, obtener una gran felicidad. Si confiáis esta joven a nuestro cuidado, será éste su mejor consuelo. El pueblo más cercano en vuestra ruta queda lejos, y no posee la clase de posada en la que se os ocurriría dejar a vuestra hija. No podéis permitir que continúe su viaje durante un trayecto considerable sin ponerla en peligro. Si, como decís, os es imposible suspender vuestro viaje, deberíais separaros de ella esta noche, y en ninguna parte podréis hacerlo con mayores y más razonables garantías de cuidados y cariño que aquí.

Dejando de lado la magnificencia de su séquito, había algo tan distinguido, e incluso tan imponente, en el semblante y en el porte de aquella dama, y algo tan llamativo en sus modales, como para convencer a cualquiera de que se trataba de una persona de alto rango.

Mientras tanto, el coche había sido devuelto a su posición vertical, y los caballos, completamente dóciles, estaban enganchados de nuevo.

La dama lanzó a su hija una mirada que no me pareció tan afectuosa como podía esperarse dado el comienzo de la escena. Luego hizo señas a mi padre y se apartó con él dos o tres pasos, donde no pudieran ser oídos, hablándole con expresión rígida y severa, completamente distinta a aquella con la que hasta ahora se había manifestado.

Me maravillaba que mi padre no pareciera percibir el cambio, y sentía también una curiosidad indecible por averiguar qué podía estar diciéndole, casi al oído, con tanta vehemencia y precipitación.

Permaneció en aquella ocupación unos dos o tres minutos a lo sumo, creo. Luego se volvió, y en unos cuantos pasos llegó hasta donde yacía su hija, en brazos de Madame Perrodon. Se arrodilló a su lado un instante y le susurró al oído, según supuso Madame, una breve bendición. Después, tras besarla apresuradamente, subió al carruaje; la puerta se cerró; los lacayos, con impresionantes libreas, saltaron al pescante; los escoltas picaron espuelas; los postillones chasquearon sus látigos; los caballos corcovearon y súbitamente iniciaron un frenético trote que amenazaba con no tardar en convertirse de nuevo en un galope; y finalmente el carruaje desapareció como un torbellino, seguido al mismo ritmo rápido por los dos jinetes de retaguardia.

Capítulo III

Cambio de impresiones

Seguimos el *cortège* con la mirada hasta que se perdió rápidamente de vista en la bruma del bosque. Y hasta el mismo ruido de los cascos y las ruedas se desvaneció en el silencio de la noche.

Nada quedaba que nos garantizara que la aventura no había sido una ilusión momentánea, salvo la joven dama, que precisamente en aquel mismo instante abría los ojos. Yo no podía verla, porque su rostro estaba de espaldas a mí, mas levantó la cabeza, mirando evidentemente a su alrededor, y oí una voz muy dulce que preguntaba en tono quejumbroso:

—¿Dónde está mamá?

Nuestra buena Madame Perrodon le respondió cariñosamente, consolándola con algunas garantías pertinentes.

Luego la oí preguntar:

—¿En dónde estoy? ¿Qué lugar es éste? —y añadió a continuación—: No veo el carruaje. Y Matska, ¿dónde está?

Madame contestó a todas sus preguntas en la medida en que las comprendía. Y poco a poco la joven recordó cómo ocurrió el accidente, y le agradó saber que nadie, ni dentro del coche, ni entre el servicio, estaba herido. Mas al enterarse de que su madre la había dejado con nosotros hasta su regreso, al cabo de unos tres meses, rompió a llorar.

Iba yo a añadir mis consuelos a los de Madame Perrodon cuando Mademoiselle De Lafontaine puso mi mano sobre mi brazo, diciendo:

No os acerquéis a ella. En el estado en que se encuentra no podría conversar con más de una persona a la vez. La más mínima excitación podría ahora abrumarla.

En cuanto esté cómodamente instalada en la cama, pensé yo, correré a su habitación a verla.

Mi padre, entre tanto, había enviado un criado a caballo a buscar al médico, que vivía a unas dos leguas.

Y había ordenado que prepararan una alcoba para acoger a la joven.

La forastera se levantó y, apoyándose en el brazo de Madame, atravesó lentamente el puente levadizo y entró en el castillo.

En la sala la esperaba la servidumbre, que enseguida la condujo a su habitación.

El aposento que solemos utilizar como salón es largo y tiene cuatro ventanas, las

cuales miran, por encima del foso y el puente levadizo, hacia el paisaje forestal que ya he descrito.

Posee un viejo mobiliario de roble, con enormes bargueños tallados, y sillas tapizadas de terciopelo de Utrecht de color carmesí. Las paredes están cubiertas de tapices, y rodeadas de grandes cuadros de marcos dorados, con figuras de tamaño natural, que llevan atuendos antiguos y muy curiosos, y representan escenas de caza, cetrería, y por lo general festivas. Para ser un aposento tan sumamente cómodo no es demasiado majestuoso. Allí tomábamos el té, pues, con su habitual inclinación patriótica, mi padre insistía en que la bebida nacional apareciera con regularidad junto al café y el chocolate.

Aquella noche nos sentamos allí, y, a la luz de las velas, hablamos de la aventura vespertina.

Madame Perrodon y Mademoiselle De Lafontaine participaban en nuestra reunión. Nada más acostarse, la joven forastera se sumió en un sueño profundo, y aquellas damas la dejaron al cuidado de una sirvienta.

—¿Qué os parece nuestra huésped? —pregunté, en cuanto entró Madame Perrodon—. Contádmelo todo acerca de ella.

—Me agrada sumamente —contestó Madame—. Pienso que tal vez es la criatura más bonita que jamás haya visto. Tiene aproximadamente vuestra misma edad, y es tan amable y simpática.

—Es verdaderamente hermosa —intervino Mademoiselle De Lafontaine, que había atisbado un momento en la habitación de la forastera.

—¡Y qué voz tan dulce tiene! —añadió Madame Perrodon.

—¿No observasteis que cuando volvieron a enderezar el carruaje había otra mujer —preguntó Mademoiselle De Lafontaine—, que no salió y únicamente miró por la ventana?

No, no la habíamos visto.

Entonces nos describió a una espantosa mujer vestida de negro, con una especie de turbante de color en la cabeza, que estuvo todo el tiempo mirando por la ventanilla del coche, haciendo muecas y riéndose burlonamente de las damas. Sus ojos, muy brillantes, parecían salírsele de las órbitas, y enseñaba los dientes como si estuviera hecha una furia.

—¿No advertisteis el desagradable aspecto de los criados? —preguntó Madame Perrodon.

—Sí —afirmó mi padre, que acababa de entrar—. Unos tipos malcarados y con aspecto de picaros despreciables, como jamás había visto en mi vida. Espero que no acaben robando a la pobre dama en el bosque. Desde luego, esos granujas deben de ser astutos; en un momento lo pusieron todo en orden.

—Tal vez estuvieran agotados por el largo viaje —replicó Madame Perrodon—, pues además de aquel infame aspecto, sus rostros parecían extrañamente enjutos, sombríos y hoscos. Soy muy curiosa, lo confieso. Mas pienso que la joven nos lo

contará todo mañana, si se ha recobrado lo suficiente.

—No creo que lo haga —dijo mi padre, sonriendo misteriosamente y asintiendo con la cabeza, como si supiese más de lo que quería decirnos.

Eso me hizo sentir todavía más curiosidad por enterarme de lo que había ocurrido entre él y la dama vestida de terciopelo negro, en la breve pero intensa conversación que había precedido inmediatamente a la marcha de esta última.

Apenas nos quedamos solos, le supliqué que me contara todo. No se hizo rogar demasiado.

—No existe ninguna razón especial para que os lo oculte. Me expresó su vacilación ante las posibles molestias que nos acarrearía el cuidado de su hija, alegando que estaba delicada de salud, y nerviosa, aunque no sujeta a ningún tipo de achaque (dijo esto espontáneamente) ni alucinación, ya que, de hecho, está perfectamente cuerda.

—¡Qué extraño que dijera todo eso! —le interrumpí yo—. No veo la necesidad.

—En todo caso, lo *dijo* —afirmó él, riendo—, y ya que deseáis saber todo lo que pasó, que realmente fue muy poco, os lo contaré. Me dijo exactamente: «Estoy efectuando un largo viaje de importancia *vital* (recalcó la palabra), rápido y secreto. Volveré a recoger a mi hija dentro de tres meses. Mientras tanto, ella deberá guardar silencio acerca de quiénes somos, de dónde venimos, y adonde nos dirigimos». Eso fue todo cuanto dijo. Hablaba un francés muy puro. Cuando mencionó la palabra «secreto», vaciló unos segundos y me miró con severidad, clavando sus ojos en los míos. Supongo que le da mucha importancia a eso. Ya visteis lo deprisa que se fue. Espero no haber cometido una tontería haciéndome cargo de la joven.

En cuanto a mí, estaba encantada. Tenía muchas ganas de verla y de hablar con ella. Tan sólo esperaba que el médico me lo permitiera. Los que vivís en las ciudades no podéis haceros una idea del gran acontecimiento que supone, en una soledad como la que nos rodeaba, el comienzo de una nueva amistad.

El médico no llegó hasta cerca de la una. Pero me habría sido tan imposible irme a la cama y dormir como alcanzar a pie el carruaje en el que se había marchado la princesa vestida de terciopelo negro.

Cuando el físico bajó al salón, fue para dar un dictamen muy favorable de su paciente. La joven se había incorporado, su pulso era completamente normal, y parecía encontrarse perfectamente. No había sufrido ningún daño, y el leve trastorno nervioso había desaparecido casi sin dejar huella. Desde luego, no podía haber ningún mal en que yo la viera, si ambas lo deseábamos. Con esta autorización, le mandé de inmediato un recado para averiguar si me permitiría visitarla en su aposento durante unos pocos minutos.

La criada regresó enseguida para comunicarme que la joven no deseaba otra cosa.

Podéis estar seguro de que no tardé mucho en valerme de este permiso.

Nuestra visitante había sido instalada en una de las habitaciones más grandes del *schloss*. Tal vez demasiado impresionante. Frente al pie de la cama había un lápiz

sombrío, que representaba a Cleopatra con el áspid en el pecho. Y en las restantes paredes se exhibía otras escenas clásicas de gran solemnidad, algo descoloridas. Pero en el resto de la decoración de la sala había varias tallas doradas, y una variedad y riqueza de colorido más que suficientes para compensar la lobreguez del viejo tapiz.

Junto a la cama había algunas velas. La joven estaba incorporada. Su figura esbelta y bonita estaba envuelta en una suave bata de seda, con bordados de flores, y forrada con un grueso acolchado de seda, que su madre había arrojado a sus pies mientras yacía en el suelo.

Mas apenas llegué junto a su lecho e inicié los cumplidos de rigor, ¿qué creeríais que fue lo que me enmudeció de repente, haciéndome retroceder uno o dos pasos? Os lo contaré.

Vi el mismo rostro que se me había aparecido en mi infancia aquella noche, que tan grabado permanecía en mi memoria, y sobre el cual durante tantos años tan a menudo había cavilado con horror, cuando nadie sospechaba en qué estaba pensando.

Era un rostro agraciado, incluso hermoso, y con la misma expresión melancólica que tenía la primera vez que lo vi.

Mas en aquel momento esa expresión se iluminó de pronto con una extraña sonrisa, como si ella también me reconociera.

Hubo un minuto de silencio por lo menos, y finalmente habló *ella*; yo no podía.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. Hace doce años vi vuestro rostro en sueños, y desde entonces su recuerdo me ha perseguido.

—¡Realmente maravilloso! —repetí yo, esforzándome en superar el horror que por un momento me había cortado el habla—. Por supuesto que *yo* también os vi, en realidad o como visión, hace doce años. No puedo olvidar vuestro rostro. No se ha borrado de mi imaginación desde entonces.

Su sonrisa se había dulcificado. Fuera lo que fuese lo que yo había visto de extraño en ella, había desaparecido, y sus mejillas con hoyuelos eran ahora deliciosamente lindas e inteligentes.

Me sentí tranquilizada, y proseguí en el tono que la hospitalidad exigía, dándole la bienvenida, y diciéndole cuánto placer nos había proporcionado a todos, y en particular a mí, su inesperada llegada.

Mientras hablaba le cogí la mano. Yo era algo tímida, como suelen serlo las personas que viven aisladas, mas la situación me volvió elocuente, e incluso audaz. Ella me apretó la mano, la retuvo entre las suyas, y, mientras sus ojos brillantes se clavaban apresuradamente en los míos, sonrió de nuevo y se ruborizó.

Respondió muy gentilmente a mi bienvenida. Me senté a su lado, todavía asombrada, y ella habló así:

—Debo contaros la visión que tuve de vos. Es muy extraño que hayamos soñado tan intensamente la una con la otra, que ambas nos hayamos visto, vos a mí y yo a vos, con el aspecto que ahora tenemos, cuando, por supuesto, éramos sólo unas niñas. Yo tenía unos seis años y, al despertarme de un sueño confuso y agitado, me pareció

encontrarme en una habitación distinta al cuarto de los niños, con las paredes toscamente revestidas de cierta madera oscura, y llena de alacenas, cujas, sillas y bancos. Los lechos, creo recordar, estaban vacíos, y en toda la habitación no había nadie más que yo. De tal suerte que, tras haber mirado a mi alrededor durante un buen rato, y haber admirado especialmente un candelabro de hierro de dos brazos, que indudablemente reconocería si lo volviera a ver, me deslicé por debajo de una de las camas con intención de llegar hasta la ventana. Mas cuando salí de debajo de la cama, oí gritar a alguien. Y al mirar hacia arriba, cuando todavía estaba de rodillas, os *vi*… sin duda erais vos… tal como os veo ahora: una joven muy bonita, con los cabellos dorados y grandes ojos azules, y labios… vuestros labios… erais vos, tal como sois ahora. Vuestra belleza me conquistó. Me encaramé a la cama y os abracé, y creo que ambas nos quedamos dormidas. Me despertó un grito. Os habíais incorporado y gritabais. Me asusté y me deslicé al suelo. Creo que perdí el conocimiento durante un rato. Cuando me recobré, estaba de nuevo en casa, en el cuarto de los niños. Desde entonces no he podido olvidar vuestro rostro. Un simple parecido no podría haberme engañado. Vos *sois* la joven que yo vi.

Ahora me tocaba a mí contar mi visión correspondiente, cosa que hice, ante la sorpresa no simulada de mi nueva amiga.

—No sé cuál de las dos debería asustarse —dijo, sonriendo de nuevo—. Si no fuerais tan bonita, pienso que me habríais asustado mucho. Mas, siendo como sois tan hermosa, y ambas tan jóvenes, únicamente tengo la impresión de que os he conocido hace doce años, y que ya tengo derecho a vuestra intimidad. En todo caso, parece como si, desde nuestra más tierna infancia, estuviéramos destinadas a ser amigas. Me pregunto si os sentís tan extrañamente atraída hacia mí como yo hacia vos. Nunca tuve una amiga. ¿Encontraré una ahora?

Suspiró y sus hermosos ojos negros me miraron apasionadamente.

Lo cierto es que yo sentía algo inexplicable por aquella hermosa forastera. Me sentía, como ella decía, «atraída hacia ella», pero experimentaba también algo de repulsión. No obstante, en este sentimiento ambiguo prevalecía enormemente la atracción. Era tan hermosa y tan indescriptiblemente atractiva que me intrigaba y me subyugaba.

Entonces noté que se apoderaba de ella una especie de languidez y agotamiento, y me apresuré a darle las buenas noches.

—El doctor cree —añadí— que sería mejor que una doncella os hiciera compañía esta noche. Afuera espera una de las nuestras, ya veréis que es una criatura muy servicial y discreta.

—Muy amable por vuestra parte, pero no podría dormir. Nunca puedo si hay alguien en la habitación. No necesitaré ninguna ayuda… Aunque debo confesaros una debilidad mía: me obsesiona el pavor a los ladrones. Una vez robaron en mi casa, y dos sirvientes murieron. Desde entonces siempre cierro con llave la puerta de mi habitación. Se ha convertido en un hábito… y vos parecéis tan comprensiva que estoy

segura de que me disculparéis. Veo que hay una llave en la cerradura.

Me estrechó entre sus lindos brazos durante un rato y me susurró al oído:

—Buenas noches, querida, me cuesta mucho separarme de vos, pero tenemos que despedirnos. Mañana volveré a veros, aunque no muy temprano.

Se dejó caer de nuevo en la almohada dando un suspiro, y sus hermosos ojos me siguieron con una mirada cariñosa y melancólica, mientras murmuraba de nuevo:

—Buenas noches, querida amiga.

Los jóvenes se encariñan, e incluso aman, impulsivamente. Yo me sentía halagada por el afecto evidente, aunque todavía inmerecido, que ella me demostraba. Me complacía la confianza con que de inmediato me había acogido. Había decidido que nos convirtiéramos en buenas amigas.

Llegó el día siguiente y nos volvimos a ver. Me sentía feliz en su compañía. Es decir, en muchos aspectos.

Su belleza no desmerecía nada a la luz del día. Desde luego, era la criatura más bella que yo había visto, y el desagradable recuerdo del rostro que se me apareció en mi sueño infantil había perdido el efecto de mi primer e inesperado reconocimiento.

Me confesó que también ella había experimentado una impresión similar al verme, y exactamente la misma ligera antipatía que en mí se había mezclado con mi admiración por ella. Nos reímos juntas de nuestros momentáneos sustos.

Capítulo IV

Sus costumbres. Un paseo

Ya he dicho que estaba encantada con ella en la mayoría de detalles.

Había algunos otros que no me gustaban tanto.

Era de estatura algo superior a la media de mujeres. Empezaré por describirla. Era esbelta y asombrosamente elegante. Salvo que sus movimientos eran lánguidos… *muy* lánguidos, en verdad… nada había en su aspecto que delatara su enfermedad. Su tez era brillante y oscura; sus facciones, pequeñas y muy bien formadas; sus ojos, grandes, negros y brillantes. Su cabello era absolutamente maravilloso: jamás he visto otro tan espeso y tan largo como el suyo, cuando lo dejaba suelto sobre los hombros. A menudo hundía en él mis manos, y su sorprendente peso me hacía reír. Era exquisitamente fino y suave, de color castaño muy oscuro, con algún reflejo dorado. Me gustaba soltárselo, que cayera por su propio peso. Cuando estaba en su habitación, recostada en su silla hablándome en voz baja con dulzura, solía yo

recogérselo y trenzárselo, y extenderlo y jugar con él. ¡Dios mío! ¡Ojalá lo hubiera sabido todo!

He dicho que había detalles que no me gustaban. Ya he contado que sus confidencias me conquistaron la primera noche que la vi. Mas descubrí que mantenía una reserva siempre alerta con respecto a sí misma, a su madre, a su historia, en realidad a todo lo relacionado con su vida, sus proyectos y su familia. Acaso fuera yo poco razonable, tal vez estuviera equivocada.

Acaso debería haber respetado el solemne requerimiento hecho a mi padre por la majestuosa dama vestida de terciopelo negro. Mas la curiosidad es un sentimiento sin escrúpulos ni sosiego, y no hay muchacha capaz de soportar pacientemente que otra persona frustre la suya. ¿Qué daño podía hacerle a nadie que ella me contara lo que yo tan ardientemente deseaba saber? ¿Es que no tenía confianza en mi sensatez o en mi honor? ¿Por qué no habría de creerme cuando yo le aseguraba solemnemente que no divulgaría ante ningún mortal ni una sola palabra de todo lo que me contara?

Me parecía que existía una frialdad impropia de su edad en aquella forma risueña y melancólica de persistir en su negativa a proporcionarme el más mínimo rayo de luz.

No puedo decir que discutiéramos por ese motivo, pues ella no discutía por nada. Desde luego, resultaba muy poco digno por mi parte, e incluso de mala educación, el apremiarla. Mas lo cierto es que no pude evitarlo; y más me habría valido dejar el asunto en paz.

Lo que me contó no tenía, según mi poco escrupulosa estimación, ningún valor.

Todo se resumía en tres revelaciones muy vagas.

La primera: se llamaba Carmilla.

La segunda: su familia era muy antigua y noble.

La tercera: su casa estaba situada al oeste de la nuestra.

No quiso decirme ni el apellido de su familia, ni sus blasones, ni el nombre de su propiedad, ni siquiera el del país en que vivían.

No vayáis a pensar que yo la molestaba constantemente con esos asuntos. Esperaba una oportunidad, y más bien procuraba insinuar mis preguntas en lugar de insistir en ellas. Una o dos veces, sin embargo, la ataqué más directamente. Mas fuera cual fuese mi táctica, el resultado era siempre un completo fracaso.

Reproches o caricias, de nada servían con ella. Mas debo añadir que sus evasivas iban acompañadas de una melancolía y una desaprobación tan considerables; de tantas, e incluso tan apasionadas declaraciones de afecto hacia mí, de plena confianza en mi honor; y de tantas promesas de que yo acabaría por saberlo todo que no podía continuar enfadada con ella por más tiempo.

Solía rodearme el cuello con sus hermosos brazos, atraerme hacia ella, y, apoyando su mejilla en la mía, susurrarme al oído:

—Querida mía, vuestro corazoncito está herido. No me juzguéis cruel por acatar la ley irresistible de mi fuerza y mi debilidad. Si vuestro corazón está sinceramente

herido, el mío sufre espantosamente con el vuestro. En el éxtasis de mi enorme humillación, vivo en vuestra cálida vida, y vos moriréis… moriréis, dulcemente moriréis… en la mía. No puedo evitarlo. Así como yo me acerco a vos, a su vez, vos os acercaréis a otros, y conoceréis el éxtasis de esa crueldad, que, sin embargo, es una forma de amor. De modo que, por ahora, no tratéis de saber nada más de mí y de lo mío, sino que confiad fielmente en mí con toda vuestra alma.

Y después de haber hablado con tanto entusiasmo, me apretó más estrechamente en un abrazo tembloroso, y sus labios inflamaron poco a poco mis mejillas con dulces besos.

Su nerviosismo y su lenguaje me resultaban incomprensibles. Debo admitir que solía desear liberarme de aquellos insensatos abrazos, los cuales no se producían con demasiada frecuencia. Mas parecían faltarme energías para ello. Sus palabras susurrantes sonaban en mis oídos como una canción de cuna, y apaciguaban mi resistencia en una especie de trance, del cual parecía recobrarme solamente cuando ella retiraba sus brazos.

No me gustaba cuando estaba presa de esos misteriosos estados de mal humor. Experimentaba una excitación extraña y tumultuosa, que de vez en cuando era placentera, mezclada con una vaga sensación de miedo y asco. Mientras duraban aquellas escenas no tenía ideas claras sobre ella, pero tenía conciencia de un amor que se convertía en adoración, y también en aborrecimiento. Ya sé que parece una paradoja, pero no sabría explicar de otro modo aquella sensación.

Escribo ahora, tras un intervalo de más de diez años, con un recuerdo confuso y terrible de ciertos sucesos y situaciones, a través de cuya prueba estaba yo pasando inconscientemente, aunque rememorase viva e intensamente el curso general de mi historia. Mas sospecho que en las vidas de todas las personas se dan ciertas situaciones emotivas, en las que nuestras pasiones se despiertan más frenética y atrozmente, las cuales son, entre todas las demás, las que luego recordamos más vaga y difusamente.

A veces, tras un periodo de indiferencia, mi extraña y bella compañera me cogía la mano y la retenía apretándomela cariñosamente una y otra vez, y finalmente se ruborizaba levemente, mirándome al rostro con ojos lánguidos y ardientes, y tan jadeante que su vestido subía y bajaba a causa de la tumultuosa respiración. Era como el ardor de un enamorado; me turbaba; era algo odioso y, no obstante, irresistible. Luego me atraía hacia ella, recreándose en la mirada, y sus cálidos labios me recorrían las mejillas a besos, mientras me susurraba, casi sollozando:

—Sois mía, *seréis* mía; vos y yo tenemos que ser una sola persona, y para siempre.

Después se echaba hacia atrás en la silla, cubriéndose los ojos con sus manecitas, y me dejaba temblando.

—¿Estamos emparentadas? —solía yo preguntarle—. ¿Qué queréis decir con todo eso? Tal vez os recuerde a alguien a quien amáis. Mas no debéis comportaros

así, lo detesto. No os conozco… ni me conozco a mí misma cuando me miráis y me habláis de ese modo.

Ante mi vehemencia ella solía suspirar, volvía el rostro y me soltaba la mano.

En vano me esforzaba yo por elaborar alguna teoría satisfactoria que explicase aquellas manifestaciones tan extraordinarias. No podía achacarlas a simulación o burla. Sin lugar a dudas se trataba del estallido momentáneo del instinto y la emoción contenidos. ¿No estaría ella sujeta, pese a la espontánea negativa de su madre, a breves accesos de demencia? ¿No se trataría acaso de un novelesco disfraz? En antiguos libros de fábulas había leído yo episodios de tal género. ¿Y si un joven enamorado hubiera logrado introducirse en la casa, y tratara de proseguir con su mascarada, con la ayuda de una hábil intrigante? Pero había demasiadas cosas en contra de semejante hipótesis, aun cuando halagase sumamente mi vanidad.

Yo podía vanagloriarme de no pocas de las atenciones que la galantería masculina se complace en ofrecer. Entre aquellos momentáneos arrebatos de pasión había largos intervalos de normalidad, de alegría, de cavilosa melancolía, durante los cuales quizá yo no representara nada para ella, aunque notase sus ardientes ojos clavados en mí. Salvo en aquellos breves periodos de misteriosa exaltación, sus modales eran infantiles. Y siempre había en ella una languidez totalmente incompatible con una constitución masculina dotada de buena salud.

En ciertos aspectos, tenía extrañas costumbres.

Tal vez no tan singulares en opinión de una dama de dudad como vos, pero sí para nosotros que somos gente rústica. Solía bajar muy tarde, por lo general antes de la una. A esa hora se tomaba una taza de chocolate, pero no comía nada. Después íbamos juntas a dar un paseo, aunque durante poco tiempo, ya que casi inmediatamente se sentía agotada, y, o bien regresaba al *schloss*, o se sentaba en alguno de los bancos repartidos estratégicamente entre la arboleda, lira la suya una languidez corporal que no afectaba a su mente. Su conversación era siempre muy lúcida y animada.

De vez en cuando aludía brevemente a su casa, o mencionaba algún incidente o situación, o algún recuerdo infantil, que indicaban un extraño comportamiento; y describía costumbres que nosotros ignorábamos por completo. De aquellas alusiones fortuitas, deduje que su país debía de estar mucho más lejos de lo que en un principio me había imaginado.

Una tarde, mientras estábamos sentadas bajo los árboles, pasó un entierro por delante de nosotras. Correspondía a una linda muchachita, a la que había tenido ocasión de ver muy a menudo, pues era hija de uno de los guardas forestales. El infeliz caminaba detrás del féretro de su niña. Parecía tener el corazón destrozado, ya que era su única hija. Le seguían algunas parejas de campesinos entonando un himno fúnebre.

A su paso me levanté respetuosamente y me uní a ellos en su dulce cántico.

Mi acompañante me zarandeó con cierta rudeza, y yo me volví sorprendida.

Me dijo, bruscamente:

—¿No os dais cuenta de cómo desafinan?

—Al contrario, me parece un canto muy melodioso —contesté, molesta por la interrupción, y muy incómoda, por miedo a que la gente que formaba la comitiva nos estuviera observando y se ofendiera al oírnos.

Por consiguiente, reanudé inmediatamente el cántico, y de nuevo fui interrumpida.

—Me destrozáis los tímpanos —dijo Carmilla, enfadada, mientras se tapaba los oídos con sus minúsculos dedos—. Además, ¿cómo sabéis que vuestra religión y la mía son la misma? Vuestras manifestaciones me hieren, y detesto los funerales. ¡Menudo alboroto! ¡Vaya!, *vos* tenéis que morir como *todo el mundo*. Y todos son más felices cuando se mueren. Regresemos a casa.

—Mi padre se ha ido al cementerio con el sacerdote. Yo creí que sabíais que hoy iban a enterrarla.

—¿A *ella*? Los campesinos no me preocupan. Ni siquiera la conozco —replicó, mientras sus hermosos ojos relampaguearon fugazmente.

—Es la infeliz muchacha que imaginó ver un fantasma hace quince días, y que ha estado agonizando desde entonces, hasta que expiró ayer.

—No me habléis de fantasmas. No dormiré esta noche si lo hacéis.

—Espero que no se trate de ninguna plaga o enfermedad. Aunque presenta todos los síntomas —proseguí—. La joven esposa del porquerizo murió hace apenas una semana, y también imaginó que algo la agarró por el cuello mientras yacía en la cama, y casi la estrangula. Papá dice que tales fantasías tan espantosas suelen acompañar a cierto tipo de fiebres. Se encontraba perfectamente bien el día anterior. Luego se vino abajo, y murió en menos de una semana.

—Bueno, espero que *su* funeral haya terminado, y que se haya cantado ya *su* oficio fúnebre. Y que nuestros oídos no serán ya torturados con esa disonancia y esa jerigonza. Me han puesto nerviosa. Sentaos aquí, a mi lado, más cerca. Cogedme la mano. Apretadla fuerte… fuerte… más fuerte.

Habíamos retrocedido unos pasos, hasta llegar a otro banco.

Carmilla se sentó. Su rostro había experimentado tal cambio que me alarmé, e incluso por unos momentos quedé aterrorizada. Su expresión se ensombreció y se puso terriblemente lívida. Sus manos y sus dientes estaban apretados, tenía el ceño y los labios fruncidos, mientras miraba fijamente al suelo y temblaba de pies a cabeza con un incesante estremecimiento tan incontenible como el producido por la malaria. Todas sus fuerzas parecieron tensarse para reprimir un ataque, contra el que libraba una lucha sin descanso. Por fin, brotó de su boca un grito de dolor, débil y convulso, y poco a poco su histeria fue apaciguándose.

—He aquí lo que ocurre cuando se acalla a la gente con himnos —dijo, finalmente—. Sujetadme, tenedme todavía sujeta. Ya se me pasa.

Eso fue lo que, poco a poco, ocurrió. Y tal vez para disipar la siniestra impresión

que aquel espectáculo me había producido, se puso inusualmente animada y parlanchína, regresando así a casa.

Era la primera vez que yo la veía mostrar síntomas precisos de esa fragilidad de salud de la que había hablado su madre. Era también la primera vez que la veía dar muestras de algo parecido a la ira.

Ambas cosas se desvanecieron cual nube de verano.

Y excepto una vez, después ya no tuve ocasión de presenciar ninguna otra de sus pasajeras explosiones de cólera. Os contaré cómo sucedió.

Carmilla y yo estábamos contemplando el paisaje desde uno de los grandes ventanales del salón, cuando cruzó el puente levadizo y penetró en el patio la figura de un vagabundo, al que yo conocía bastante bien. Solía visitar el *schloss* unas dos veces por año.

Se trataba de un jorobado, con esos rasgos angulosos y enjutos que suelen acompañar a las deformidades. Llevaba una puntiaguda barba negra, y sonreía de oreja a oreja, mostrando sus blancos colmillos. Iba vestido de amarillo, negro y escarlata, y provisto de más correas y cintos de los que yo podía contar, de los cuales colgaban toda clase de objetos. Detrás llevaba una linterna mágica y dos cajas cuyo contenido conocía yo muy bien: en una había una salamandra y en la otra una mandrágora. Dichos monstruos solían hacer reír a mi padre. Estaban formados con miembros de monos, loros, ardillas, peces y erizos, puestos a secar y suturados con gran habilidad y efectos sorprendentes. Llevaba también un violín, una caja con instrumentos mágicos para conjurar los malos espíritus, un par de floretes y caretas que pendían del cinto, y varios otros estuches misteriosos que se balanceaban a su alrededor. En la mano sostenía un bastón negro con conteras de cobre.

Le acompañaba un perro flaco y peludo, que le seguía muy de cerca, el cual se detuvo en seco, receloso, ante el puente levadizo, y al poco rato comenzó a aullar lúgubremente.

Mientras tanto, el charlatán, deteniéndose en medio del patio, se quitó su grotesco sombrero, y nos hizo una reverencia muy ceremoniosa, saludándonos con mucha soltura en un francés execrable y un alemán no mucho mejor. Después, alzando su violín, empezó a rasgar una alegre tonada, que cantó con divertida disonancia, mientras bailaba con gestos grotescos y vivaces, que me hicieron reír a pesar de los aullidos del perro.

Luego avanzó en dirección a la ventana, sonriendo y saludando ostensiblemente, y, con el sombrero con la mano izquierda, el violín debajo del brazo, y una fluidez no interrumpida ni siquiera para tomar aire, farfulló una interminable proclama de todos sus talentos, así como de los recursos de las distintas artes que ponía a nuestro servicio, y de las curiosidades y diversiones de que disponía, hasta que le permitiéramos mostrárnoslos.

—¿No querrían sus señorías comprarme un amuleto contra el *upiro*, que, según he oído, vaga por estos bosques como un lobo? —dijo, dejando caer su sombrero al

suelo—. Mucha gente está muriendo por su causa a diestro y siniestro, mas aquí tengo un amuleto que nunca falla. Basta con prenderlo de la almohada mediante alfileres, y podrán reírse de él en sus propias barbas.

Tales amuletos consistían en tiras oblongas de vitela, cubiertas de signos cabalísticos y diagramas.

Carmilla compró uno inmediatamente, y lo mismo hice yo.

El hombre levantó los ojos, y nosotras le sonreímos divertidas; al menos, puedo responder de mí misma, Mientras observaba nuestros rostros, sus penetrantes ojos negros parecieron descubrir algo que momentáneamente atraía su atención.

Inmediatamente abrió un estuche de cuero, lleno de toda clase de extraños instrumentos de acero.

—Mire esto, mi señora —dijo, mostrándomelos y dirigiéndose a mí—. Aparte de otras profesiones menos útiles, ejerzo el arte de la odontología. ¡Maldito sea este condenado perro! —intercaló—. ¡Quieres callarte, bestia inmunda! Aúlla tanto que sus señorías no deben de oír ni una sola palabra de lo que digo. Su noble amiga, la joven dama que tiene a su derecha, tiene dientes muy afilados… largos, finos, puntiagudos, como una lezna, como una aguja. ¡Ja, ja! Cuando he alzado la mirada, los he visto claramente, con mi vista aguda y de largo alcance. Si por casualidad le molestan, como creo, aquí estoy yo con mi lima, mi punzón, y mis pinzas. Se los dejaré redondeados y romos, si su señoría lo desea. En vez de dientes de pez, tendrá los que corresponden a la hermosa joven que realmente es. ¿No le parece? ¿Se ha molestado la joven dama por lo que he dicho? ¿Acaso he sido demasiado atrevido? ¿La he ofendido?

La joven, en efecto, parecía muy irritada cuando se apartó de la ventana.

—¿Cómo se atreve a insultarnos este charlatán? ¿Dónde está vuestro padre? Le exigiré una reparación. ¡Mi padre le habría atado a la bomba de agua, le habría azotado con un látigo, y sin vacilar le habría marcado a fuego con el hierro del castillo!

Carmilla se alejó de la ventana uno o dos pasos, y se sentó. Pero apenas hubo perdido de vista al ofensor, su ira desapareció tan repentinamente como había surgido, y poco a poco recobró su tono habitual, pareciendo olvidarse del jorobadito y de sus desatinos.

Mi padre estaba muy abatido aquella noche. Al llegar nos contó que se había producido otro caso muy similar a los dos fatales que habían ocurrido recientemente. La hermana de un joven campesino a sus órdenes, que vivía a sólo una milla del castillo, estaba muy enferma. Según su propia descripción, había sido atacada poco más o menos del mismo modo que las otras, y ahora se estaba consumiendo lenta pero inexorablemente.

—Todo esto —dijo mi padre— hay que atribuirlo estrictamente a causas naturales. Esos infelices se contagian unos a otros sus supersticiones, y de ese modo refunden en su imaginación las terroríficas imágenes de que han sido víctimas sus

vecinos.

—Mas aunque así fuese, resulta espantoso —dijo Carmilla.

—¿Qué queréis decir? —inquirió mi padre.

—Tengo mucho miedo de imaginar siquiera la posibilidad de tener semejantes visiones. Creo que sería tan horrible imaginarlas como que fueran ciertas.

—Estamos en manos del Señor. Nada puede ocurrir sin Su consentimiento, y todo acabará felizmente para los que Le aman. Es nuestro fiel creador. Él nos ha hecho a todos, y cuidará de nosotros.

—¡Creador! *¡Naturaleza!* —dijo la joven dama, en respuesta a mi padre—. Esa enfermedad que invade la comarca es un fenómeno natural. Propio de la naturaleza. Todas las cosas proceden de la naturaleza… ¿no es cierto? Todo, en el cielo y en la tierra, y bajo tierra, vive y actúa según el imperativo de la naturaleza. Por lo menos, eso es lo que yo creo.

—El doctor dijo que vendría hoy —anunció mi padre, después de un silencio—. Quiero saber qué piensa de todo esto y qué cree que es mejor que hagamos.

—Los médicos nunca me han hecho ningún bien —dijo Carmilla.

—¿Habéis estado enferma alguna vez? —pregunté.

—Más enferma de lo que vos hayáis podido estarlo nunca —contestó ella.

—¿Hace mucho tiempo?

—Sí, mucho. Padecí esta misma enfermedad. Mas lo he olvidado todo, excepto la debilidad y el sufrimiento. Y no eran tan malos como los que se padecen con otras enfermedades.

—¿Erais muy joven entonces?

—Supongo. Mas no hablemos más de eso. No querréis herir a una amiga, ¿verdad?

Me miró lánguidamente a los ojos, y me rodeó la cintura con su brazo cariñosamente, llevándome fuera de la habitación. Mi padre estaba ocupado, consultando unos documentos cerca de la ventana.

—¿Por qué a vuestro padre le gusta asustarnos? —dijo la joven, suspirando y estremeciéndose un poco.

—No le gusta, querida Carmilla. Nada más lejos de su intención.

—Querida, no estaréis asustada, ¿verdad?

—Lo estaría, y mucho, si creyera que existe algún peligro real de ser atacada como esas infelices.

—¿Os asusta morir?

—Sí, como a todo el mundo.

—Pero morir como mueren los amantes… Morir juntos para luego poder vivir en compañía. Las muchachas son como orugas mientras viven en este mundo, y finalmente se convierten en mariposas cuando llega el verano. Pero mientras tanto son gusanos y larvas, ¿no creéis?, cada cual con sus peculiares inclinaciones, necesidades y constitución. Eso dice Monsieur Buffon en su voluminoso libro[3], que

está en la habitación contigua.

Aquel mismo día, un poco después, vino el doctor y se encerró con papá durante un buen rato. Era un hombre hábil, de poco más de sesenta años. Llevaba el cabello empolvado, y su pálido rostro estaba tan afeitado que parecía tan terso como una calabaza. Papá y él salieron juntos de la habitación y oí decir a mi padre, riendo:

—Bueno, me asombra en un hombre tan sensato tomo vos. ¿Me estáis hablando de hipogrifos y dragones?

El médico sonrió y respondió, meneando la cabeza.

—En cualquier caso, la vida y la muerte siempre han sido un misterio, y poco sabemos de los recursos de una y otra.

Y prosiguieron su camino, y no oí nada más. En aquel momento no supe lo que había estado exponiendo el doctor, mas ahora creo poder adivinarlo.

Capítulo V

Un parecido asombroso

Aquella noche llegó, procedente de Graz, el hijo del restaurador de cuadros, un joven serio y de rostro sombrío, que conducía una carreta arrastrada por un caballo y cargada con dos grandes cajones, cada uno de los cuales contenía varias pinturas. Cada vez que llegaba al *schloss* un mensajero de nuestra pequeña capital de Graz, que quedaba a unas diez leguas, solíamos reunimos a su alrededor, en la sala, para escuchar las noticias.

Su llegada causó auténtica sensación en nuestra aislada residencia. Los cajones permanecieron en la sala, y del mensajero se ocupó la servidumbre hasta que hubo terminado de cenar. Después, seguido de algunos ayudantes, y armado con un martillo, un escoplo y un destornillador, se reunió con nosotros en la sala, donde nos habíamos reunido para presenciar el desembalaje de los cajones.

Carmilla se sentó, contemplando con indiferencia cómo sacaban una tras otra las viejas pinturas, casi todas ellas retratos, que habían sido objeto de una restauración. Mi madre perteneció a una antigua familia húngara, y casi todas aquellas pinturas, que ahora iban a retornar a sus respectivos lugares, nos habían llegado a través de ella.

Mi padre tenía una lista en la mano y leía los títulos de los cuadros, a medida que el artista sacaba los números correspondientes. Ignoro si los cuadros tenían mucho valor, pero, indudablemente, eran muy antiguos, y algunos de ellos muy curiosos.

Debo decir que, en su mayor parte, tenían para mí el mérito de ser la primera vez que los veía, ya que con el paso de los años el humo y el polvo los habían ocultado casi por completo.

—Hay un cuadro que todavía no he visto —dijo mi padre—. En una esquina, en la parte superior, me parece leer el nombre de «Marcia Karnstein» y la fecha de «1698». Tengo curiosidad por ver cómo ha quedado.

Yo lo recordaba. Se trataba de una pequeña tela sin marco, como de pie y medio de altura y casi cuadrada. Mas estaba tan ennegrecida por el paso del tiempo que nunca había podido vislumbrar nada en ella.

El artista mostró la pintura con evidente orgullo, vida realmente hermosa, y sorprendente. Parecía tener vida. ¡Era la efigie de Carmilla!

—Querida Carmilla, esto es un milagro. Sois vos, en verdad, viva y sonriente. A esa pintura sólo le falta hablar. ¿No es extraordinario, papá? Mirad, ¡incluso tiene el pequeño lunar en el cuello!

Mi padre sonrió y dijo:

—Realmente, el parecido es asombroso.

Pero apartó la mirada y, ante mi extrañeza, no pareció sorprenderse demasiado, y siguió hablando con el restaurador, que tenía también algo de artista y disertaba inteligentemente acerca de los retratos, u otras obras, a los que su arte acababa de devolver la luz y el color. Mientras, *mi* asombro iba en aumento cuanto más miraba el cuadro.

—Papá, ¿me permitís colgar este cuadro en mi habitación? —pregunté.

—Por supuesto, querida —dijo él, sonriendo—. Me complace que lo encontréis tan parecido. Siendo así, debe de ser más bonito incluso de lo que yo pensaba.

La joven dama no agradeció el cumplido, ni tan siquiera pareció oírlo. Estaba reclinada en su asiento, observándome fijamente con sus hermosos ojos de largas pestañas, mientras sonreía en una especie de éxtasis.

—Ahora se puede leer con claridad —dije— el nombre que está escrito en la esquina. No es Marcia. Parece escrito con letras doradas. El nombre es Mircalla, condesa Karnstein. Encima de él puede verse una pequeña corona heráldica, y debajo la fecha Anno Domini 1698. Yo desciendo de los Karnstein. Es decir, mamá descendía de ellos.

—¡Ah! —exclamó Carmilla, lánguidamente—. Yo también creo ser una lejana descendiente suya, muy antigua. ¿Vive ahora algún Karnstein?

—Ninguno que lleve el apellido, según creo —añadí yo—. La familia fue destruida, me parece, en ciertas guerras civiles, hace mucho tiempo. Pero las ruinas del castillo se encuentran a tan sólo unas tres millas de aquí.

—¡Qué interesante! —dijo ella, lánguidamente—. Pero ¡fijaos qué hermoso claro de luna!

La joven miró en dirección a la puerta de la sala, que permanecía entreabierta.

—¿Damos una vuelta por el patio y echamos una ojeada al camino y al río?

—Se parece tanto a la noche en que llegasteis —dije yo.

Carmilla suspiró, sonriente.

Luego se levantó, y, rodeándonos recíprocamente los talles con nuestros brazos, salimos al patio.

Caminamos lentamente y en silencio hasta llegar al puente levadizo. Ante nosotras se extendía el espléndido paisaje.

—Así que os acordabais de la noche en que llegué —me susurró—. ¿Os alegra que viniera?

—Estoy encantada, querida Carmilla —respondí.

—Y habéis pedido el cuadro en el que veis un parecido conmigo, para colgarlo en vuestra habitación susurró, con un suspiro, ciñendo con más fuerza mi cintura con su brazo, y apoyando su linda cabeza sobre mi hombro.

—¡Qué romántica sois, Carmilla! —exclamé—. Cuando me contéis la historia de vuestra vida, estoy convencida de que será como escuchar una novela.

Me besó en silencio.

—Estoy segura, Carmilla, de que habéis estado enamorada. Que en este mismo momento debéis de estar enredada en algún asunto del corazón.

—Jamás he estado enamorada de nadie, y nunca lo estaré —susurró—. Salvo que lo esté de vos.

¡Qué hermosa estaba Carmilla aquella noche a la luz de la luna!

Con un extraño arrebato de timidez, ocultó apresuradamente su rostro en mi cuello, entre mis cabellos, suspirando tan agitadamente que parecía a punto de sollozar. Y temblando, apretó con fuerza mi mano.

Su suave mejilla ardía contra la mía.

—Querida, querida mía —murmuró—. Yo vivo en vos, y vos moriréis por mí. Os amo tanto…

Me separé de ella.

Ahora me miraba con unos ojos de los que había desaparecido cualquier vestigio de pasión o de intencionalidad, y su inexpresivo rostro había perdido el color.

—¿No está demasiado frío el ambiente, querida? —dijo, con apatía—. Casi estoy temblando. ¿He estado soñando? Regresemos. Vamos, vamos, entremos en casa.

—Parecéis enferma, Carmilla. Estáis algo pálida. Deberíais tomar un poco de vino —le dije.

—Sí, lo haré. Ahora me encuentro mejor. Dentro de algunos minutos estaré completamente bien. Sí, dadme un poco de vino —contestó Carmilla, mientras *nos* acercábamos a la puerta—. Quedémonos a mirar un rato todavía. Tal vez sea ésta la última vez que contemplemos juntas el claro de luna.

—¿Cómo os encontráis ahora, querida Carmilla? ¿De veras estáis mejor? —pregunté.

Estaba empezando a alarmarme, temiendo que también ella hubiese sido atacada por la misteriosa epidemia que, según se decía, había invadido la región.

—Papá lo lamentaría terriblemente —añadí—, si supiese que habéis estado enferma, aunque fuera mínimamente, sin que se lo hubiéramos dicho. Aquí cerca tenemos un médico muy competente: el físico que estaba hoy con papá.

—Estoy segura de su competencia. Y sé lo bondadosos que sois todos. Pero, mi querida niña, ahora vuelvo a encontrarme perfectamente bien. No me pasa nada; únicamente me siento un poco débil. La gente dice que soy lánguida. Estoy incapacitada para hacer cualquier tipo de ejercicio; apenas puedo caminar más que un niño de tres años. Y, de vez en cuando, las escasas energías que tengo me abandonan, y me pongo como me acabáis de ver. Mas, a fin de cuentas, me recupero con mucha facilidad, enseguida me pongo bien. Mirad cómo me he recobrado.

Así era, en verdad. Continuamos conversando todavía durante bastante tiempo, y ella estuvo muy animada. El resto de aquella velada transcurrió sin ninguna otra recaída en lo que yo llamaba sus «apasionamientos». Me refiero a su vesánica forma de hablarme y de mirarme, que me desconcertaba e incluso me asustaba.

Mas aquella noche sucedió algo que produjo un vuelco completo en mi forma de pensar, y que incluso pareció sorprender a la lánguida naturaleza de Carmilla en un estado momentáneo de gran vigor.

Capítulo VI

Una congoja inesperada

Entramos en el salón y nos sentamos a tomar café y chocolate. Y aunque Carmilla no probó nada, parecía estar totalmente repuesta. Madame Perrodon y Mademoiselle De Lafontaine se reunieron con nosotras y jugamos una partidita de cartas, en el transcurso de la cual vino papá a por lo que él llamaba su «tacita de té».

Cuando acabó la partida, se sentó en el sofá al lado de Carmilla, y le preguntó, algo inquieto, si desde su llegada había tenido noticias de su madre.

—No —respondió ella.

A continuación le preguntó si sabía adonde podría enviarle él una carta en aquel momento.

—No sabría decíroslo —respondió ella, ambiguamente—. Mas he estado pensando en dejaros; ya habéis sido demasiado hospitalarios y amables conmigo. Os he causado innumerables molestias. Me gustaría coger mañana vuestro carruaje y correr la posta en su búsqueda. Sé dónde encontrarla finalmente, aunque no me atrevo a decíroslo.

—Ni se os ocurra hacer semejante cosa —exclamó mi padre, con gran alivio por mi parte—. No podemos permitirnos perderos de ese modo. No consentiré que nos abandonéis, como no sea por iniciativa de vuestra madre, que tuvo la bondad de consentir que os quedarais con nosotros hasta que ella regresara. Me alegraría mucho enterarme de que habéis tenido noticias suyas. Mas esta noche los informes acerca de los progresos de la misteriosa enfermedad que ha invadido nuestro vecindario son todavía más alarmantes. Y, a falta de noticias de vuestra madre, me siento yo responsable, mi linda huésped. Haré todo lo posible. Y una cosa es segura: no debéis pensar en dejarnos sin una clara indicación de vuestra madre en ese sentido. Sufriríamos demasiado separándonos de vos como para que lo consintamos tan fácilmente.

—Mil gracias, señor, por vuestra hospitalidad —contestó ella, sonriendo tímidamente—. Habéis sido todos demasiado amables conmigo. Pocas veces en mi vida lie sido tan feliz como en vuestro hermoso castillo, bajo vuestros cuidados, y en compañía de vuestra hija.

De modo que mi padre le besó la mano a Carmilla, galantemente, a su viejo estilo, sonriendo complacido por el breve discurso de la joven.

Como de costumbre, acompañé a Carmilla a su habitación, y me senté a charlar con ella mientras se preparaba para acostarse.

—¿Creéis —le dije, finalmente— que llegará el día en que confiaréis plenamente en mí?

Ella se volvió sonriente, pero no respondió. Tan sólo siguió sonriéndome.

—¿No vais a contestarme? —dije—. Seguramente no podéis darme una respuesta satisfactoria. No debiera habéroslo preguntado.

—Hacéis bien en preguntarme esto, o cualquier otra cosa. No sabéis lo mucho que os quiero, ni podéis imaginar una confianza mayor que la que yo os profeso. Mas estoy atada por unos votos. Ni siquiera una monja los ha hecho la mitad de terribles. Y todavía no me atrevo a contar mi historia, ni siquiera a vos. Está ya cercano el día en que lo sabréis todo. Me juzgaréis cruel y muy egoísta, mas el amor es siempre egoísta; cuanto más apasionado, más egoísta. No podéis imaginar lo celosa que estoy. Tenéis que venir conmigo, y amarme hasta la muerte. O bien odiadme, pero venid conmigo, *odiándome* hasta la muerte y aun después. No existe la palabra indiferencia en mi naturaleza apática.

—Ahora, Carmilla, de nuevo volvéis a hablar sin sentido —dije, apresuradamente.

—No lo haré más, aun siendo tan tonta como soy, y tan llena de caprichos y fantasías. Por amor a vos, hablaré con más sensatez. ¿Habéis estado alguna vez en un baile?

—No. Continuad. ¿Cómo es? Deben de ser muy agradables.

—Casi lo he olvidado. ¡Hace tantos años!

Me reí.

—No sois tan vieja. No es posible que hayáis olvidado vuestro primer baile.

—Sólo haciendo un gran esfuerzo puedo recordarlo. Lo veo todo, como los buzos ven lo que pasa encima de ellos, a través de un medio denso y ondulante, pero transparente. Algo ocurrió aquella noche que oscurece la imagen y difumina los detalles. Casi me asesinaron estando yo en cama, me *hirieron* aquí —se tocó el pecho —. Desde entonces nunca he vuelto a ser la misma.

—¿Estuvisteis a punto de morir?

—Sí. Me invadió un amor cruel, extraño, capaz de arrebatarme la vida. El amor exige sacrificios. Y no hay sacrificios sin sangre. Ahora debemos irnos a dormir. Me siento tan indolente. ¿Cómo conseguiré ahora levantarme para cerrar la puerta con llave?

Estaba acostada, con sus minúsculas manos ocultas bajo su espléndida cabellera ondulada, y su cabecita reposando sobre la almohada. Y sus ojos brillantes me seguían allá donde yo fuera, con una especie de sonrisa tímida que no podía descifrar.

Le di las buenas noches y salí sigilosamente de la habitación con una sensación incómoda.

A menudo me preguntaba si nuestra linda huésped rezaría sus oraciones alguna vez. Desde luego, *yo* no la había visto nunca de rodillas. Por la mañana, nunca bajaba hasta mucho después de que hubieran terminado nuestros rezos en familia. Y por la noche, jamás abandonaba el salón para asistir a nuestras breves plegarias vespertinas en la sala.

De no haber salido casualmente, en una de nuestras despreocupadas conversaciones, que había sido bautizada, habría dudado de que fuera cristiana. La religión era un tema sobre el cual jamás le había oído decir una sola palabra. Si hubiera conocido mejor el mundo, esa particular negligencia u hostilidad no me habría sorprendido tanto.

Las precauciones de la gente nerviosa son contagiosas, y las personas de temperamento parecido, al cabo de cierto tiempo, indudablemente acaban por imitarlas. Yo había adoptado la costumbre de Carmilla de cerrar con llave la puerta de la alcoba, sugestionada por sus caprichosos temores a los intrusos nocturnos y a los merodeadores asesinos. Así mismo había adoptado su precaución de llevar a cabo un breve registro por todos los rincones de la habitación, para convencerme de que ningún asesino al acecho se hallaba «escondido».

Una vez tomadas tan prudentes medidas, me metí en la cama y enseguida me dormí. Una luz había quedado encendida en mi habitación. Era ésta una vieja costumbre, de fecha muy remota, y de la que nada podría haberme inducido a prescindir.

Así protegida, podía descansar tranquila. Mas los sueños atraviesan muros de piedra, iluminan habitaciones oscuras, u oscurecen las luminosas. Y los personajes que en ellos toman parte entran y salen a placer, riéndose de los cerrojos.

Aquella noche tuve un sueño que fue el comienzo de una congoja inesperada.

No puedo llamarlo pesadilla, porque tenía plena conciencia de estar dormida. Mas igualmente tenía conciencia de encontrarme en mi habitación, acostada en mi cama, exactamente como en realidad estaba. Vi, o me pareció ver, la habitación y los muebles tal y como los había visto por última vez, sólo que había mucha más oscuridad. Y vi algo moverse a los pies de la cama, que al principio no pude distinguir claramente. Mas pronto descubrí que se trataba de un animal negro como el hollín, parecido a un gato monstruoso. Me pareció que tendría alrededor de cuatro o cinco pies de largo, ya que cuando cruzó la alfombrilla del hogar vi que medía por lo menos tanto como ella. Iba y venía con la impaciencia ágil y siniestra de una bestia enjaulada. No pude gritar, aunque, como podéis suponer, estaba aterrada. Su paso era cada vez más rápido, y la habitación cada vez más oscura, hasta que, finalmente, ya no pude distinguir más que sus ojos. Advertí que saltaba suavemente sobre mi cama. Sus grandes ojos se aproximaron a mi rostro, y de repente sentí un dolor punzante, como si me clavaran profundamente en el pecho dos largas agujas, con una separación entre ellas de una o dos pulgadas.

Me desperté dando un grito. La habitación estaba iluminada por la vela que dejaba permanentemente encendida durante toda la noche, y vi una figura femenina a los pies de mi cama, un poco hacia la derecha. Llevaba un holgado vestido negro, y su cabello suelto caía sobre sus hombros, cubriéndolos. Un bloque de piedra no hubiera podido estar más inmóvil. No se advertía en ella el más leve indicio de respiración. Mientras yo la miraba fijamente, la figura parecía haberse movido, y estaba ahora más cerca de la puerta. Luego llegó junto a ella, la puerta se abrió, y aquélla salió.

Me sentí entonces aliviada, y capaz de respirar y de moverme. Lo primero que pensé fue que Carmilla me había gastado una broma, y yo me había olvidado de cerrar la puerta. Me precipité hacia ella, y la encontré, como de costumbre, cerrada por dentro. Me asustaba abrirla… estaba aterrorizada. Me metí en la cama de un salto, me tapé la cabeza con las sábanas, y así permanecí, más muerta que viva, hasta que amaneció.

Capítulo VII

Empeoramiento

Sería inútil que tratara de contaros el horror con que, incluso ahora, recuerdo lo sucedido aquella noche. No fue como el pánico transitorio que deja tras de sí un

sueño. Parecía intensificarse con el paso del tiempo, y contagiar a la habitación y a los mismos muebles que habían estado en contacto con la aparición.

Durante todo el día siguiente no pude soportar que me dejaran sola ni por un momento. Se lo habría contado a mi padre, a no ser por dos motivos opuestos. Pensé, por una parte, que se reiría de mi historia, y que yo no podría soportar que aquello fuera tomado a broma. Y por otra parte, me pareció que tal vez creyese que me había atacado la misteriosa enfermedad que asolaba nuestra vecindad. Yo no abrigaba recelo alguno en ese sentido. Mas mi padre estaba enfermo del corazón desde hacía tiempo, y tenía miedo de sobresaltarle.

Me tranquilizaba bastante la bondadosa compañía de Madame Perrodon y de la vivaracha Mademoiselle De Lafontaine. Ambas advirtieron que yo estaba desanimada y nerviosa, y finalmente les conté lo que tanto me pesaba en el corazón.

Mademoiselle se rió, mas tuve la impresión de que Madame Perrodon pareció inquietarse.

—A propósito —dijo Mademoiselle, riendo—, en el viejo paseo de los tilos ¡hay fantasmas!

—¡Tonterías! —exclamó Madame, que probablemente consideró el asunto bastante inoportuno—. ¿Quién os ha contado esa historia, querida?

—Martin dice que fue allí un par de veces antes del alba, para reparar la vieja puerta del patio, y que en ambas ocasiones vio a la misma figura femenina paseándose por la avenida de los tilos.

—Y con razón, en tanto haya vacas que ordeñar en los prados del río —dijo Madame.

—Quizá. Pero Martin prefiere asustarse, y jamás vi a un tonto *más* asustado.

—No debéis contarle a Carmilla ni una palabra de esto, porque desde su ventana puede ver aquel paseo —intervine yo—, y ella es, si cabe, todavía más impresionable que yo.

Aquel día Carmilla bajó todavía más tarde que de costumbre.

—¡Qué miedo he pasado esta noche! —dijo, en cuanto estuvimos juntas—. Estoy segura de haber visto algo espantoso. Menos mal que le compré aquel amuleto al pobre jorobadito al que tanto insulté. Soñé que una forma negra rondaba mi cama, y me desperté completamente aterrorizada. Y durante unos instantes, realmente creí ver una figura oscura junto a la chimenea. Mas palpé debajo de la almohada, en busca del amuleto, y en cuanto mis dedos lo tocaron, la figura desapareció. Estoy convencida de que, de no haberlo llevado conmigo, algo horrendo se me habría aparecido, y tal vez me hubiese estrangulado, como hizo con esos infelices de los que hemos tenido noticias.

—Bien. Ahora escuchadme —empecé yo. Y le volví a contar mi aventura, ante cuya relación pareció horrorizarse.

—¿Teníais el amuleto cerca? —me preguntó, anhelante.

—No, lo había metido en un jarrón de porcelana del salón. Mas si vos tenéis tanta

fe en él, esta noche lo llevaré conmigo.

Después de tanto tiempo no sabría deciros, ni haceros comprender, cómo logré vencer mi pavor aquella noche y me quedé sola en la habitación. Recuerdo claramente que prendí el amuleto en la almohada con un alfiler, y que me quedé dormida casi inmediatamente, durmiendo todavía más profundamente que las otras noches.

La noche siguiente también la pasé bien. Dormí profundamente y no tuve pesadillas. Pero me desperté con una sensación de lasitud y de melancolía que, sin embargo, no rebasaba el nivel en que casi resultaba voluptuosa.

—Bien, ya os lo dije —replicó Carmilla, cuando le describí mi tranquilo sueño—. Yo también tuve un sueño muy agradable la noche pasada. Prendí el amuleto en la pechera del camisón. La noche anterior lo tenía demasiado lejos. Estoy convencida de que todo fue pura imaginación, a excepción de los sueños. Yo creía que eran los espíritus del mal los que originaban los sueños, mas nuestro médico afirma que eso no es cierto. Dice que es sólo un ataque pasajero de fiebre, o de alguna otra enfermedad, que, como sucede a menudo, llama a nuestra puerta y, al no poder entrar, sigue su camino, dejando a su paso esa señal de alarma.

—¿Por qué pensáis que es útil el amuleto?

—Porque ha sido fumigado con alguna droga o sumergido en ella, de suerte que actúa de antídoto contra la malaria —respondió Carmilla.

—Entonces, ¿actúa únicamente sobre el cuerpo?

—Por supuesto. ¿Creéis acaso que los espíritus maléficos se asustan de unos pedacitos de cinta, o de los perfumes de una botica? No. Esos males que vagan por el aire comienzan por poner a prueba los nervios, y de ese modo infectan el cerebro. Mas antes de que se apoderen de una, el antídoto los rechaza. Estoy segura de que ése es el efecto que tuvo sobre nosotras el amuleto. No hay en él magia alguna. Simplemente es un remedio natural.

Me habría sentido más feliz si hubiera podido estar completamente de acuerdo con Carmilla. Mas hice cuanto pude, y la impresión inicial estaba perdiendo parte de su fuerza.

Durante algunas noches dormí profundamente. Mas por la mañana sentía la misma lasitud, y durante todo el día ese estado de languidez me consumía. Tenía la impresión de ser otra persona. Una misteriosa melancolía se apoderaba de mí. Una melancolía que no hubiera querido interrumpir. Sombríos pensamientos de muerte comenzaron a abrirse camino en mi mente. Y la idea de que me estaba debilitando lentamente tomó posesión de mí de un modo suave y, por alguna razón, no desagradable. Aunque estuviera triste, el estado de ánimo que provocaba tal sensación era también agradable. Fuera lo que fuese, mi alma lo aceptaba resignadamente.

No quería admitir que me encontraba enferma. Y no consentí en hablar de ello con papá, ni en llamar al médico.

Carmilla me quería más que nunca, y sus extraños paroxismos de lánguida adoración eran cada vez más frecuentes. Se regodeaba conmigo con creciente ardor cuanto más decaían mis ánimos y mi fortaleza. Eso me producía siempre una especie de sobresalto, como un destello momentáneo de locura.

Sin advertirlo apenas, me encontraba ya en un estado bastante avanzado de aquella enfermedad, la más extraña que jamás haya sufrido mortal alguno. Había en sus primeros síntomas una inexplicable fascinación que me reconciliaba todavía más con la incapacitación producida por esa fase de la enfermedad. Aquella fascinación aumentó durante un tiempo, hasta alcanzar cierto punto, a partir del cual se mezcló poco a poco con una sensación de horror, que fue intensificándose, como ya os contaré, hasta echar a perder y desvirtuar toda mi vida.

El primer cambio que experimenté fue más bien agradable. Se produjo muy cerca del punto de inflexión a partir del cual comenzó el descenso al Averno.

Ciertas sensaciones difusas y extrañas me visitaban durante el sueño. La más frecuente era ese peculiar y súbito estremecimiento de placer que sentimos cuando nos bañamos en un río contra corriente. Ese escalofrío pronto venía acompañado de una sucesión de sueños, que parecían interminables, mas tan confusos que nunca pude recordar sus paisajes ni sus personajes, ni ninguna porción coherente de su intriga. Sin embargo, me causaban una impresión tremenda, dejándome con una sensación de agotamiento, como si hubiese estado expuesta a grandes esfuerzos mentales y peligros durante un largo periodo de tiempo.

De todos aquellos sueños me quedaba, al despertar, el recuerdo de haber estado en un lugar muy oscuro, de haber hablado con gente a la que no podía ver, y, sobre todo, de una voz femenina, clara, grave, que parecía hablarme desde muy lejos, despacio, produciéndome siempre la misma sensación de solemnidad y miedo indescriptibles. A veces tenía la sensación de que una mano se deslizaba delicadamente por mis mejillas y mi cuello. Otras veces, era como si me besaran unos labios apasionados, cada vez con mayor insistencia y más cariñosos a medida que iban descendiendo hasta mi garganta, en donde la caricia se detenía. El corazón me latía con más fuerza, mi respiración subía y bajaba rápidamente hasta el jadeo. Después seguía un sollozo, que crecía hasta provocarme una sensación de ahogo, y se transformaba finalmente en una convulsión terrible, que me hacía perder los sentidos y la conciencia.

Habían pasado tres semanas desde que comenzara aquella inexplicable situación. Durante la última semana, mis sufrimientos se habían reflejado en mi aspecto. Estaba más pálida, tenía las pupilas dilatadas, y lucía grandes ojeras. Y la languidez que había experimentado durante todo aquel tiempo empezaba a evidenciarse en mi semblante.

Mi padre solía preguntarme a menudo si estaba enferma. Mas yo, con una obstinación que ahora me parece inexplicable, me empeñaba en asegurarle que me encontraba perfectamente bien.

En cierto sentido, eso era cierto. No sentía ningún dolor, no podía quejarme de ningún malestar físico. Las molestias parecían fantasías mías, o producto de los nervios. Y, por horribles que fuesen mis sufrimientos, los guardaba en secreto para mí, con una reserva malsana.

No podía tratarse de aquel terrible mal que los campesinos llamaban *upiro*, pues hacía ya tres semanas que lo padecía, y ellos raramente estuvieron enfermos más de tres días, hasta que la muerte puso fin a sus desgracias.

Carmilla se quejaba de padecer pesadillas y sensaciones febriles, aunque de ningún modo tan alarmantes como las mías. Digo que las mías eran extremadamente alarmantes. Si hubiera sido capaz de comprender mi situación, hubiera suplicado de rodillas ayuda y consejo. Mas aquella influencia tan insospechada actuaba sobre mí como un narcótico, ofuscando mis sentidos.

Voy a contaros ahora un sueño que me llevó enseguida a un extraño descubrimiento.

Una noche, en lugar de la voz que acostumbraba a oír a oscuras, escuché otra, dulce y delicada, y al mismo tiempo terrible, que me dijo:

—Vuestra madre os aconseja que tengáis cuidado con la asesina.

Al mismo tiempo brotó inesperadamente una luz, y vi a Carmilla, de pie, junto a mi cama, con su camisón blanco, y bañada en sangre de la cabeza a los pies.

Me desperté dando un alarido, obsesionada con la idea de que Carmilla hubiese sido asesinada. Me acuerdo que salté de la cama, y mi siguiente recuerdo es que me encontraba en la antecámara, pidiendo auxilio a gritos.

Madame Perrodon y Mademoiselle De Lafontaine salieron corriendo de sus habitaciones, alarmadas. Siempre había una luz encendida en la antecámara, y al verme, no tardaron en conocer la causa de mi terror.

Insistí en que llamáramos a la puerta de la habitación de Carmilla. No obtuvimos respuesta alguna. Aquello pronto se convirtió en un aporreo y un tumulto. Gritamos su nombre, mas en vano.

Nos asustamos, ya que la puerta estaba cerrada con llave. Regresamos a mi habitación, presas del pánico. Allí hicimos sonar la campana prolongada y frenéticamente. Si la habitación de mi padre hubiese estado en aquella misma ala del castillo, le hubiéramos llamado de inmediato en nuestra ayuda. Mas, por desgracia, se encontraba fuera del alcance de nuestras voces, y llegar hasta él suponía una excursión que ninguna de nosotras se veía con ánimos de llevar a cabo.

Sin embargo, los criados no tardaron en subir corriendo las escaleras. Mientras tanto, yo me había puesto la bata y las zapatillas, y mis compañeras se habían equipado ya del mismo modo. Al reconocer las voces de los criados en la antecámara, salimos juntas. Y, tras renovar infructuosamente nuestras llamadas a la puerta de Carmilla, ordené a los hombres que forzaran la cerradura. Así hicieron, mientras nosotras nos quedamos esperando en el umbral, sosteniendo en alto las velas. Y de ese modo, escudriñamos la habitación.

La llamamos por su nombre. Mas seguimos sin obtener respuesta. Registramos la habitación. Todo estaba en orden. Exactamente en el mismo estado en que yo lo había dejado al darle las buenas noches. Mas Carmilla había desaparecido.

Capítulo VIII

Registro

Al comprobar que la única señal de desorden en la habitación la habíamos producido nosotras con nuestra violenta entrada, empezamos a calmarnos un poco, y pronto recobramos el sentido lo suficiente para despedir a los hombres. A Mademoiselle De Lafontaine se le ocurrió que posiblemente Carmilla se habría despertado a causa del tumulto en su puerta, y en un primer momento de pánico había saltado de la cama y se había escondido en un ropero, o detrás de una cortina, de donde, por supuesto, no podía salir hasta que el mayordomo y sus secuaces se hubieran retirado. Recomenzamos de nuevo nuestro registro, y empezamos otra vez a llamarla por su nombre.

Todo fue en vano. Nuestro desconcierto y nuestra inquietud fueron en aumento. Examinamos las ventanas, mas estaban todas cerradas. Imploré a Carmilla que, si se había ocultado, no prolongara más aquella broma cruel, que pusiera fin a nuestras preocupaciones saliendo de su escondite. Todo fue inútil. Para entonces yo ya estaba convencida de que no se encontraba en la habitación, ni en la recámara, cuya puerta estaba también cerrada con llave por nuestro lado. Por allí no podía haber pasado. Mi desconcierto era total. Tal vez Carmilla había descubierto uno de esos pasadizos secretos que, según la anciana ama de llaves, se sabía que existían en el *schloss*, aunque nadie recordara ya su situación exacta. Sin duda alguna todo se aclararía dentro de poco, por muy desconcertados que estuviésemos de momento.

Como eran ya más de las cuatro, preferí pasar las restantes horas de oscuridad en la habitación de Madame Perrodon. La luz del día, sin embargo, tampoco aportó solución alguna al problema.

A la mañana siguiente toda la casa, con mi padre a la cabeza, se encontraba presa del nerviosismo. Se registraron todos los rincones del castillo. Se exploró el terreno palmo a palmo. Mas no pudo descubrirse ni el menor rastro de la desaparecida dama. Se pensaba ya en dragar el riachuelo. Mi padre estaba fuera de sí: ¿qué historia le contaría a la madre de la infeliz muchacha cuando regresase a recogerla? También yo había perdido la cabeza, aunque mi congoja era de una especie totalmente diferente.

La mañana transcurrió entre la alarma y la agitación. Era ya la una, y todavía no había noticias de Carmilla. Subí corriendo a su habitación, y la encontré de pie frente a su tocador. Me quedé perpleja. No podía dar crédito a mis ojos. Me hizo señas en silencio con sus lindos dedos. En su rostro se leía el miedo en grado sumo.

Corrí hacia ella en un arrebato de júbilo. La besé y abracé una y otra vez. Me abalancé sobre la campanilla y la hice sonar con vehemencia, para que vinieran los demás, aliviando así de inmediato la preocupación de mi padre.

—Querida Carmilla, ¿qué ha sido de vos todo este tiempo? Estábamos angustiados y preocupados por vos —exclamé—. ¿Dónde habéis estado? ¿Cómo habéis vuelto?

—La pasada noche ha sido una noche de prodigios —dijo.

—¡Por el amor de Dios!, explicad todo lo que podáis.

—Eran más de las dos de la noche —dijo— cuando, como de costumbre, me fui a la cama, después de haber cerrado las puertas con llave, tanto la del vestidor como la que da al corredor. Dormí sin interrupción y, que yo sepa, sin pesadillas. Mas acabo de despertarme aquí en la recámara, echada en el sofá, y he encontrado abierta la puerta que comunica ambos aposentos, y la otra forzada. ¿Cómo ha podido ocurrir todo eso sin que me haya despertado? Deben de haber hecho mucho ruido, y yo me despierto muy fácilmente. ¿Cómo es posible que me hayan sacado de la cama sin que mi sueño se haya visto interrumpido, si me despierto sobresaltada al menor murmullo?

Para entonces estaban ya en la habitación Madame Perrodon, Mademoiselle De Lafontaine, mi padre y numerosos criados. Desde luego, Carmilla fue abrumada a preguntas, felicitaciones y bienvenidas. No tenía ninguna otra historia que contar, y parecía la menos capacitada de todo el grupo para proponer alguna explicación lógica a lo ocurrido.

Mi padre daba vueltas por la habitación, reflexionando. Vi cómo Carmilla le observaba con una mirada sigilosa y enigmática.

Una vez que mi padre hubo despedido a los criados, y habiéndose ido Mademoiselle De Lafontaine a buscar un frasquito de valeriana y sal volátil, no quedaba nadie en la habitación salvo mi padre, Madame Perrodon y yo misma. Entonces, mi padre se acercó a Carmilla, pensativo, y tomándole la mano con delicadeza, la condujo hasta el sofá y se sentó a su lado.

—¿Me perdonaréis, querida niña, si aventuro una hipótesis y os formulo una pregunta?

—¿Quién podría tener más derecho que vos? —dijo ella. Preguntad lo que gustéis, y os lo contaré todo. Aunque mi historia no contiene más que perplejidades y misterio. No sé absolutamente nada. Hacedme la pregunta que queráis. Mas no os olvidéis, por supuesto, de las limitaciones que mi madre me impuso.

—Desde luego, mi querida niña. No debo abordar los asuntos que ella desea silenciar. Veamos: el maravilloso suceso ocurrido la pasada noche consiste en que

habéis sido desplazada de vuestra cama y de vuestra habitación sin despertaros, y ese traslado aparentemente ha tenido lugar con las ventanas y las dos puertas cerradas desde el interior. Voy a exponeros mi teoría, mas antes os haré una pregunta.

Carmilla se apoyaba en su mano, abatida. Madame Perrodon y yo escuchábamos conteniendo la respiración.

—Bien, mi pregunta es la siguiente: ¿nunca habéis tenido la sospecha de que pudierais caminar en sueños?

—Jamás, desde que era niña.

—¿Lo hacíais, entonces, cuando erais muy pequeña?

—Sí, sé que lo hacía. Mi vieja aya me lo ha contado a menudo.

Mi padre sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Bueno, eso explica lo ocurrido, que fue lo siguiente: os levantasteis dormida, y abristeis la puerta, sin dejar la llave en la cerradura, como de costumbre, sino extrayéndola y cerrando aquélla por fuera. Luego volvisteis a extraer la llave y os la llevasteis a cualquiera de los veinticinco aposentos de esta planta, o tal vez escaleras arriba o abajo. Hay tantos aposentos y gabinetes, tal profusión de muebles pesados, y tanta acumulación de trastos viejos, que se necesitaría una semana para registrar a fondo esta vieja mansión. ¿Comprendéis ahora lo que quiero decir?

—Claro que sí. Mas no del todo —respondió ella.

—¿Y cómo os explicáis, papá, que la hayamos encontrado después en el sofá de la recámara, que con tanto cuidado habíamos registrado?

—Regresaría allí, todavía en sueños, cuando ya os habíais marchado. Y por último se despertaría espontáneamente, sintiéndose tan sorprendida de encontrarse donde estaba como cualquiera de nosotros. Ya me gustaría a mí que todos los misterios se pudieran explicar tan fácil e inocentemente como los vuestros, Carmilla —añadió mi padre, sonriendo—. De modo que debemos felicitarnos por tener la certeza de que la explicación más sencilla del suceso no implica drogas, ni cerraduras forzadas, ni ladrones, ni envenenadores, ni brujas… Nada que deba alarmar a Carmilla, ni a cualquier otra persona, respecto a nuestra propia seguridad.

Carmilla ofrecía ahora un aspecto encantador. Tenía un tono de color más hermoso que nunca. Su belleza, pienso, se veía realzada por la elegante languidez que le era tan peculiar. Sospecho que mi padre debió de comparar su aspecto con el mío, para sus adentros, porque observó:

—Desearía que mi pobre Laura tuviera mejor semblante.

Y suspiró.

De esta manera, se acabaron felizmente nuestras alarmas, y Carmilla fue restituida a sus amigos.

Capítulo IX

El encuentro

Como quiera que Carmilla no estaba dispuesta a que ninguna sirvienta pasara la noche en su habitación, mi padre dispuso que un criado durmiera delante de su puerta, de manera que no pudiera realizar otra salida nocturna sin ser detenida en su mismo umbral.

Aquella noche transcurrió en calma. A primeras horas de la mañana siguiente vino a verme el doctor, al que mi padre había hecho llamar sin decirme una palabra.

Madame Perrodon me acompañó a la biblioteca, en donde me estaba esperando el severo y diminuto médico, de cabello blanco y con gafas, que antes he mencionado.

Le conté mi historia, y a medida que lo hacía él iba poniéndose cada vez más serio.

Estábamos, él y yo, en el hueco de una de las ventanas, el uno frente al otro. Cuando terminé mi exposición, se apoyó en la pared, y me miró fijamente con un interés en el que se transparentaba cierto horror.

Tras un minuto de reflexión, preguntó a Madame Perrodon si podía ver a mi padre.

Por consiguiente se le mandó buscar, y cuando entró, sonriente, dijo:

—Estoy por pensar, doctor, que vais a decirme que soy un viejo estúpido por haberos hecho venir hasta aquí. Espero que así sea.

Pero su sonrisa se ensombreció cuando el doctor le llamó aparte, con el rostro muy preocupado.

Mi padre y el médico hablaron un rato en el mismo hueco donde yo acababa de conferenciar con este último. Parecía una conversación sincera y argumentativa. La habitación es muy grande, y Madame Perrodon y yo permanecimos juntas, al otro extremo, ardiendo de curiosidad. Sin embargo, no pudimos oír ni una sola palabra, ya que hablaban en voz baja y el profundo hueco de la ventana ocultaba por completo al doctor de nuestra vista, y casi enteramente a mi padre, del que tan sólo podíamos ver un pie, un brazo y un hombro. Supongo que las voces eran todavía menos audibles a causa de la especie de reservado que formaban el grueso muro y la ventana.

Al cabo de un rato, asomó en la habitación el rostro de mi padre. Estaba pálido, pensativo, y, me pareció, nervioso.

—Laura, querida, venid aquí un momento. Madame, de momento no os

molestaremos más, dice el doctor.

En consecuencia, me acerqué, por primera vez un poco asustada. Pues, a pesar de sentirme débil, no creía estar enferma, y la fortaleza, se imagina una siempre, es algo que podemos recobrar cuando nos plazca.

Según me acercaba, mi padre me tendió la mano, aunque seguía mirando al médico. Luego me dijo:

—Desde luego *es* muy curioso; no acabo de entenderlo. Laura, querida, acercaos. Prestadle atención al doctor Spielsberg, y serenaos.

—La noche en la que experimentasteis por vez primera vuestro horrible sueño, mencionasteis haber sentido como si dos agujas os hubieran perforado la piel en alguna parte del cuello. ¿Os sigue doliendo todavía?

—No, en absoluto —contesté.

—¿Podéis señalarme con el dedo el lugar aproximado en el que os imagináis que os ocurrió eso?

—Más o menos debajo de la garganta… *aquí* —contesté.

Llevaba yo puesta una bata, que ocultaba el lugar que estaba señalando con el dedo.

—Ahora os convenceréis vos misma —dijo el doctor—. No os importará que vuestro papá os abra un poco el escote, ¿verdad? Es necesario para descubrir algún síntoma de la enfermedad que padecéis.

Asentí. El lugar indicado estaba tan sólo a una o dos pulgadas por debajo del escote.

—¡Dios mío!… Ahí está —exclamó mi padre, poniéndose pálido.

—Ahora podéis verlo con vuestros propios ojos —dijo el doctor, con aire triunfal aunque pesimista.

—¿Qué es eso? —exclamé yo, empezando a asustarme.

—Nada, mi querida damita, sólo una diminuta marca azulada, aproximadamente del tamaño de la yema de vuestro dedo meñique. Ahora bien —prosiguió, volviéndose hacia papá—, la cuestión es ¿qué es lo mejor que puede hacerse?

—¿Existe algún peligro? —insistí, sumamente turbada.

—Espero que no, querida —contestó el doctor—. No veo por qué no habríais de reponeros. No veo por qué no habríais de comenzar a mejorar *inmediatamente*. ¿Es ahí donde empieza la sensación de estrangulamiento?

—Sí —contesté yo.

—Acordaos lo mejor que podáis: ¿actuaba como una especie de centro, alrededor del cual se producía la irradiación de ese estremecimiento que acabáis de describir como la corriente de un río helado chocando contra vos?

—Es posible; creo que sí.

—¡Ah! ¿Lo veis? —añadió, volviéndose hacia mi padre. ¿Puedo decirle unas palabras a Madame Perrodon?

—Desde luego —dijo mi padre.

El doctor Spielsberg llamó a Madame Perrodon y le dijo:

—He encontrado a mi joven amiga bastante desmejorada. Espero que no sea nada de importancia. Mas será preciso tomar algunas medidas, que ya tendré ocasión de explicaros. Mientras tanto, Madame, tendréis la amabilidad de no dejar sola a la señorita Laura ni un solo momento. Ésa es, por el momento, la única instrucción que puedo daros. Es indispensable.

—Ya sé, Madame, que podemos contar con vuestra amabilidad —añadió mi padre.

Madame Perrodon se lo aseguró vehementemente.

—Y vos, mi querida Laura, sé que cumpliréis las instrucciones del doctor.

—Debo pediros vuestra opinión —prosiguió mi padre, dirigiéndose otra vez al médico— sobre otra paciente, cuyos síntomas se parecen un poco a los de mi hija, que ella misma acaba de detallaros… Mucho más benignos en cuanto a intensidad, mas pienso que prácticamente de la misma especie. Se trata de una joven dama… y huésped nuestra. Mas ya que decís que volveréis a visitarnos al anochecer, lo mejor será que cenéis aquí con nosotros, y entonces podréis verla. Ella no baja nunca antes del atardecer.

—Os lo agradezco —dijo el doctor—. Estaré con vos, pues, esta tarde, hacia las siete.

Y a continuación nos repitieron sus instrucciones a Madame Perrodon y a mí. Y con este último encargo mi padre nos dejó, y salió con el doctor. Les vi ir y venir del camino al foso y viceversa, por el prado que está enfrente del castillo, manifiestamente ensimismados en una animada conversación.

El doctor no regresó. Le vi montar a caballo, despedirse, y cabalgar hacia el este atravesando el bosque. Casi al mismo tiempo vi llegar de Dranfeld al correo, el cual, tras desmontar, le entregó a mi padre la saca de la correspondencia.

Mientras tanto, Madame Perrodon y yo estuvimos muy ocupadas, perdiéndonos en conjeturas acerca de los motivos de la singular y severa orden que el doctor y mi padre habían convenido en imponernos. Madame Perrodon, según me contó más tarde, tenía miedo de que el doctor se recelara un ataque repentino, y que como consecuencia de no contar con ayuda inmediata, pudiera yo perder la vida en un acceso, o al menos quedar seriamente dañada.

Esta interpretación no me sorprendió. Me imaginé, quizá por suerte para mis nervios, que aquella orden me había sido impuesta solamente para garantizarme una compañera, la cual me impidiera hacer demasiado ejercicio, o comer fruta sin madurar, o cometer cualquiera de las mil insensateces a las que los jóvenes supuestamente son tan propensos.

Media hora más tarde entró mi padre con una carta en la mano, y dijo:

—Esta carta ha llegado con retraso. Es del general Spielsdorf. Podía haber estado aquí ayer, puede que no venga hasta mañana, o tal vez llegue hoy.

Me entregó la carta abierta. Mas no parecía complacido, como tenía por

costumbre cada vez que llegaba un huésped, en especial alguien tan apreciado como el general. Por el contrario, daba la impresión de que desearía más bien que aquel se encontrara en el fondo del mar Rojo. Evidentemente había algo en su mente que prefería no divulgar.

—Querido papá, ¿queréis contarme qué pasa? —dije yo, cogiéndole de repente por el brazo y, por supuesto, mirándole a los ojos en actitud suplicante.

—Tal vez —respondió, alisándome el cabello acariciadoramente por encima de la frente.

—¿Piensa el doctor que estoy muy enferma?

—No, querida. Cree que si se toman las medidas oportunas, volveréis a poneros bien, o al menos en uno o dos días estaréis en perfecta disposición para recuperaros por completo —contestó, un poco secamente—. Hubiera sido preferible que nuestro buen amigo el general hubiese elegido otro momento cualquiera; es decir, me habría gustado que estuvierais perfectamente bien para recibirle.

—Mas decidme, papá —insistí—, *¿qué* piensa el doctor que me pasa?

—Nada. No debéis atormentarme con preguntas —respondió, más irritado de lo que recuerdo haberle visto nunca. Y viendo, me imagino, que yo parecía dolida, me besó y agregó—: Lo sabréis todo dentro de uno o dos días; es decir, todo lo que *yo* sé. Entre tanto, no lo penséis más.

Dio media vuelta y abandonó la habitación, mas regresó antes de que yo pudiera sentirme asombrada y perpleja por la singularidad de todo aquello. Volvió sólo para decirme que se iba a Karnstein y que había ordenado que dispusieran el carruaje para las doce. Y que teníamos que acompañarle Madame Perrodon y yo. Iba a ver al sacerdote que vivía próximo a aquellos lugares pintorescos, por una cuestión de negocios. Y como Carmilla jamás los había visto, podría seguirnos, cuando bajara de sus habitaciones, acompañada por Mademoiselle De Lafontaine, que llevaría lo necesario para lo que vos llamáis un *picnic*, que podríamos organizar en las ruinas del castillo.

En consecuencia, a las doce en punto estaba ya preparada, y poco después mi padre, Madame Perrodon y yo nos pusimos en camino para nuestra proyectada excursión. Una vez cruzado el puente levadizo torcimos a la derecha, y seguimos el camino que atravesaba el empinado puente gótico en dirección oeste, hasta llegar al pueblo desierto y el castillo en ruinas de los Karnstein.

No es posible imaginar una excursión campestre más agradable. El terreno se quiebra en suaves colinas y hondonadas, cubiertas todas ellas de hermoso bosque, totalmente desprovisto de la relativa formalidad que le confieren las plantaciones artificiales, el cultivo tempranero y la poda.

Las irregularidades del terreno desvían a menudo el camino de su curso, y le hacen serpentear, bordeando las quebradas y las laderas más abruptas de las colinas, en medio de una diversidad casi inagotable de suelos.

Al torcer uno de esos recodos, súbitamente nos topamos con nuestro viejo amigo

el general, que cabalgaba hacia nosotros, acompañado por un criado también a caballo. Su equipaje le seguía en un carromato de alquiler, que es como llamamos nosotros a los carros.

Al acercarnos el general desmontó y, tras los saludos de rigor, le convencimos fácilmente para que aceptara un asiento libre en nuestro carruaje, y enviamos su caballo al *schloss* con su criado.

Capítulo X

Desconsolado

Habían transcurrido alrededor de diez meses desde que le habíamos visto por última vez. Mas ese corto espacio de tiempo había bastado para que su aspecto hubiera experimentado una transformación propia del paso de los años. Había adelgazado. Un no sé qué de melancolía e inquietud en sus rasgos había reemplazado a aquella serenidad cordial que solía caracterizarle. Sus ojos azul oscuro, siempre penetrantes, brillaban ahora con mayor severidad bajo sus enmarañadas cejas grises. No se trataba de una de esas transformaciones que normalmente provoca una gran congoja, sino que una especie de apasionado furor parecía haberle conducido a aquel estado.

Apenas reanudamos la marcha, el general empezó a hablar, con su habitual franqueza de militar, de la pérdida, así la llamó, que había sufrido por la muerte de su querida sobrina y pupila. Y luego estalló, en un tono de intensa amargura y furor, lanzando invectivas contra las «artes diabólicas» de las que había sido víctima la infeliz muchacha, y expresando, con más exasperación que piedad, su asombro ante el hecho de que el Cielo permitiera con tan monstruosa indulgencia la lascivia y maldad del infierno.

Mi padre, que inmediatamente se dio cuenta de que le había acontecido algo realmente extraordinario, le pidió que detallara, si no le resultaba demasiado penoso, las circunstancias que en su opinión justificaban los duros términos en que se expresaba.

—Os lo contaría todo con sumo placer —dijo el general—, mas no me creeríais.

—¿Por qué no? —preguntó mi padre.

—Porque, querido amigo —contestó él, con mal humor—, vos no creéis en nada que no esté de acuerdo con vuestros prejuicios y vuestros gustos. Recuerdo que yo era como vos, mas ahora me he aprendido la lección.

—Ponedme a prueba —dijo mi padre—; no soy tan dogmático como vos

suponéis. Además, me consta que, en general, vos exigís pruebas para creeros algo, y, por consiguiente, estoy firmemente predispuesto a respetar vuestras conclusiones.

—Tenéis razón al suponer que no he sido inducido a la ligera a creer en la existencia de prodigios (pues lo que experimenté *fueron* prodigios). Me he visto obligado, ante una evidencia extraordinaria, a dar crédito a algo que va diametralmente en contra de todas mis teorías. He sido víctima inocente de una conspiración preternatural.

A pesar de sus profesiones de confianza en la perspicacia del general, vi que, al llegar a ese punto, mi padre le miró con lo que me pareció una acusada expresión de duda acerca de su cordura.

El general, afortunadamente, no lo advirtió. Miraba con melancolía y curiosidad los claros y perspectivas de los bosques que se extendían ante nosotros.

—¿Os dirigís a las ruinas de los Karnstein? —dijo—. Sí, es una feliz coincidencia. Precisamente iba a pediros que me llevarais allí para inspeccionarlas. Hay algo en especial que me gustaría explorar. ¿No existe allí una capilla en ruinas con numerosas tumbas de esa familia extinta?

—Así es… y por añadidura muy interesante —dijo mi padre—. ¿Acaso pretendéis reclamar el título nobiliario o las propiedades?

Mi padre dijo esto alegremente, mas el general no respondió con la obligada risa, ni siquiera la sonrisa, que la cortesía exige a las bromas de un amigo. Al contrario, parecía serio e incluso furioso, como si estuviera cavilando sobre algo que provocara su ira y su horror.

—Se trata de algo bien distinto —dijo, bruscamente—. Tengo la intención de desenterrar a algún miembro de esa familia tan admirable. Espero, ¡voto a Dios!, llevar a cabo un piadoso sacrilegio, que liberará a nuestra tierra de ciertos monstruos, y permitirá que la gente honrada duerma en sus camas sin verse atacada por asesinos. Tengo extrañas cosas que contaros, mi querido amigo; cosas que hace unos pocos meses yo mismo hubiera rechazado como increíbles.

Mi padre volvió a mirarle, mas en esta ocasión no había desconfianza en su mirada, sino más bien una especie de comprensión profunda y una cierta alarma.

—La familia de los Karnstein —dijo— se extinguió hace ya mucho tiempo; cien años por lo menos. Mi querida esposa descendía por línea materna de los Karnstein. Mas el apellido y el título han dejado de existir hace mucho. El castillo está en ruinas; el mismo pueblo está abandonado; han pasado más de cincuenta años desde la última vez que se vio salir humo por alguna de sus chimeneas; no queda ni un techo intacto.

—Totalmente cierto. He oído muchos comentarios sobre eso desde que os vi por última vez; tantos que os asombraríais. Mas es mejor que os lo cuente todo en el orden en que sucedió —dijo el general—. Vos conocisteis a mi querida pupila… mi hija, podría llamarla. No había nadie tan hermosa como ella, y hace tan sólo tres meses ninguna otra de salud tan radiante.

—En efecto, ¡pobrecita! Cuando la vi por última vez estaba realmente preciosa —

dijo mi padre—. Os aseguro que me apenó y conmocionó más de lo que podría contaros, mi querido amigo; sabía cuán duro golpe fue para vos.

Mi padre tomó la mano del general, y se la estrechó con afecto. Los ojos del viejo soldado se llenaron de lágrimas, que no trató de ocultar. Luego dijo:

—Somos amigos desde hace mucho tiempo. Sabía que me compadeceríais, ya que no tengo hijos. Ella se había convertido para mí en objeto del más caro interés, y correspondía a mis atenciones con un afecto que alegraba mi hogar y aportaba felicidad a mi vida. Ahora todo ha terminado. No pueden ser muchos los años que me quedan de vida. Mas, con la ayuda de Dios, antes de morir espero poder prestar un servicio a la humanidad, y contribuir a la venganza del Cielo contra los desalmados que han asesinado a mi pobre niña en la primavera de sus esperanzas y su belleza.

—Decíais, hace un momento, que pretendíais relatar todo lo ocurrido —dijo mi padre—. Hacedlo, os lo ruego; os aseguro que no es sólo curiosidad lo que me incita.

Para entonces habíamos llegado al lugar en que el camino de Drunstall, por el que había venido el general, se bifurca del otro camino por el que nos dirigíamos a Karnstein.

—¿A qué distancia quedan las ruinas? —preguntó el general, mirando al frente con inquietud.

—Alrededor de media legua —contestó mi padre. Por favor, contadnos la historia que habéis tenido la amabilidad de prometernos.

Capítulo XI

La historia

—De todo corazón —dijo el general, haciendo un esfuerzo. Y tras una breve pausa para poner en orden sus ideas, comenzó uno de los relatos más extraños que jamás haya oído.

»Mi querida niña estaba esperando con gran placer e ilusión la visita que vos mismo tuvisteis la bondad de disponer que hiciera a vuestra encantadora hija —en ese momento me hizo una reverencia galante, aunque melancólica—. Entre tanto recibimos una invitación de mi viejo amigo el conde Carlsfeld, cuyo *schloss* se encuentra a unas seis leguas al otro lado del de los Karnstein. Era para asistir a una serie de *fêtes* que, como recordaréis, el conde ofrecía en honor de su ilustre visitante, el Gran Duque Charles.

—Sí, lo recuerdo. Y bien espléndidas que fueron, ya lo creo —dijo mi padre.

—¡Principescas! Por aquel entonces su hospitalidad era totalmente regia. En verdad estaba en posesión de la lámpara de Aladino. La noche en que comenzó mi pesar estuvo dedicada a un fastuoso baile de máscaras. Se abrieron al público los jardines, y de los árboles pendían lámparas de colores. Hubo tal despliegue de fuegos artificiales como ni siquiera París ha presenciado jamás. ¡Y qué música!… La música, vos lo sabéis, es mi debilidad… ¡Qué música más arrebatadora! La mejor orquesta del mundo, tal vez; y los mejores cantantes que pudieron reunirse, procedentes de los más célebres teatros europeos de ópera. Mientras se paseaba uno por aquellos jardines tan fantásticamente iluminados, con el castillo bajo el claro de luna proyectando a través de sus largas hileras de ventanas una luz rosada, podía escuchar de repente esas voces arrebatadoras saliendo furtivamente del silencio de alguna arboleda, o elevándose desde las barcas que surcaban el lago. Mientras contemplaba y escuchaba todo aquello, yo mismo me sentía devuelto a los amoríos y la poesía de mi primera juventud.

»Cuando se acabaron los fuegos artificiales, y comenzó el baile, regresamos al grandioso conjunto de salas que se habían abierto para los bailarines. Un baile de máscaras, ya lo sabe usted, es algo digno de ver; mas un espectáculo tan brillante como aquél yo no lo había visto antes.

»Era una reunión muy aristocrática. Yo era prácticamente el único “don nadie” que había presente.

»Mi querida niña estaba radiante de hermosura. No llevaba máscara. Su excitación y su deleite añadían un encanto indecible a sus facciones, siempre hermosas. Me fijé en una dama joven, espléndidamente vestida, pero enmascarada, que parecía observar a mi pupila con extraordinario interés. La había visto antes, por la tarde, en la gran sala, y de nuevo, durante unos pocos minutos, paseando cerca de nosotros, en actitud similar, por la terraza que había bajo los ventanales del castillo. Otra dama, igualmente enmascarada, vestida con gran riqueza y solemnidad, y con el aire majestuoso de una persona de rango, la acompañaba como dueña. Si la dama joven no hubiera llevado máscara, yo podría haber tenido, por supuesto, una mayor certidumbre acerca de si realmente estaba vigilando a mi infeliz y querida sobrina. Ahora estoy completamente seguro de que lo hacía.

»Poco después nos encontrábamos en uno de los *salones*. Mi pobre y querida niña había estado bailando, y descansaba un rato sentada en una de las sillas cerca de la puerta. Yo estaba a su lado. Las dos damas que he mencionado se aproximaron, y la más joven tomó asiento junto a mi pupila, mientras su acompañante permaneció a mi lado y durante un rato estuvo hablando en voz baja con la joven que tenía bajo su tutela.

»Valiéndose del privilegio de su máscara se volvió hacia mí, y empleando un tono amistoso y llamándome por mi nombre, inició conmigo una conversación, que despertó bastante mi curiosidad. Mencionó las diversas ocasiones en que se había topado conmigo… en la Corte y en ciertas mansiones distinguidas. Y aludió a

pequeños incidentes que yo había olvidado hacía tiempo, pero que, según comprobé, permanecían latentes en mi memoria, ya que inmediatamente cobraron vida nada más abordarlos ella.

»A cada momento aumentaba mi curiosidad por averiguar quién era. Ella eludía mis intentos de descubrir su identidad de una manera muy hábil y simpática. El conocimiento que mostraba de diversos episodios de mi vida me parecía más bien inexplicable. Mas ella parecía obtener un placer nada anormal frustrando mi curiosidad y viéndome forcejear, en mi vehemente perplejidad, con unas y otras conjeturas.

»Entre tanto, la dama joven, a quien su madre llamó con el extraño nombre de Millarca, cuando se dirigió a ella en un par de ocasiones, inició una conversación con mi pupila, con idéntica facilidad y gracia.

»Se presentó ella misma afirmando que su madre era una vieja amiga de la mía. Hablaba con la fácil audacia que proporciona el hecho de llevar puesta una máscara. Conversó con ella como si fuera amiga suya. Alabó su vestido, y le insinuó muy lindamente su admiración por la belleza de su rostro. La divirtió con sus críticas risueñas de la gente que atestaba la sala de baile, y se rió con las bromas de mi pobre niña. Podía ser muy ingeniosa y aguda, cuando quería, y al cabo de un rato ambas se habían hecho muy buenas amigas. Entonces la joven forastera se quitó la máscara, mostrando un rostro extraordinariamente hermoso, que yo jamás había visto antes, ni tampoco mi querida niña. Mas, aun siendo desconocidas para nosotros, sus facciones nos parecieron tan agraciadas, y tan encantadoras, que era del todo imposible no sentirse poderosamente atraído por ellas. Eso le ocurrió a mi pobre chica. Nunca he visto a nadie encapricharse tanto de otra persona a primera vista, como, a decir verdad, lo hizo aquella forastera, que parecía haber perdido completamente la cabeza por mi sobrina.

»Aprovechando, mientras tanto, la familiaridad a que se presta un baile de máscaras, le hice no pocas preguntas a la dama de más edad.

»—Habéis conseguido desconcertarme por completo —le dije, riendo—. ¿No os basta? ¿No consentiréis, ahora, en poneros en igualdad de términos conmigo, y tendréis la amabilidad de quitaros la máscara?

»—¡Qué pretensión más desmedida! —replicó ella—. ¡Pedirle a una dama que renuncie a un privilegio! Además, ¿cómo sabéis que me reconoceríais? Los años cambian a las personas.

»—Como vos misma podréis comprobar —dije yo, haciéndole una reverencia, con una risita, supongo, más bien melancólica.

»—Tal como nos dicen los filósofos —dijo ella—. ¿Cómo sabéis que el ver mi rostro os ayudaría a reconocerme?

»—Me arriesgaré —respondí yo—. Es inútil que tratéis de haceros pasar por una mujer vieja; vuestra figura os traiciona.

»—Han pasado varios años, sin embargo, desde la última vez que os vi, o más

bien desde que vos me visteis a mí, pensándolo bien. Millarca, que está aquí, es mi hija; por tanto yo no puedo ser joven, ni siquiera a juicio de aquellas personas a las que el tiempo ha enseñado a ser indulgentes. Y no me gustaría verme comparada con el recuerdo que vos conserváis de mí. Vos no tenéis máscara que quitaros. No podéis ofrecerme nada a cambio.

»—Apelo a vuestra compasión para que os la quitéis.

»—Y yo a la vuestra, para que la permitáis quedarse en donde está —replicó ella.

»—Bien, entonces, al menos me diréis si sois francesa o alemana; habláis ambas lenguas perfectamente.

»—No creo que vaya a deciros eso, general. Vos intentáis sorprenderme, y estáis planeando por dónde iniciar el ataque.

»—En todo caso, no me negaréis —dije— que, puesto que me habéis honrado autorizándome a conversar con vos, deberíais al menos saber qué tratamiento tengo que daros. ¿Debo llamaros Madame la Comtesse?

»Ella sonrió y, sin duda, me habría replicado con otra evasiva… si, realmente, puedo considerar que cualquier ocurrencia de una conversación, cada una de cuyas circunstancias estaba preparada de antemano, como ahora creo, con la astucia más profunda, es susceptible de verse modificada accidentalmente.

»—En cuanto a eso… —comenzó ella. Mas fue interrumpida, casi al despegar los labios, por un caballero, vestido de negro, y de aspecto particularmente elegante y distinguido, aunque con un inconveniente: su rostro presentaba una palidez cadavérica como yo jamás había visto, salvo en los muertos. No iba disfrazado… llevaba una sencilla vestimenta de caballero. Y, sin apenas sonreír, pero con una reverencia cortés e inusualmente profunda, dijo:

»—¿Me permitirá Madame la Comtesse decirle unas cuantas palabras que tal vez le interesen?

»La dama se volvió enseguida hacia él, llevándose un dedo a los labios como solicitando su silencio. Luego me dijo:

»—Guardadme el sitio, general; volveré tan pronto como hayamos intercambiado unas cuantas palabras.

»Y tras dar esa orden medio en broma, se fue andando con el caballero enlutado, y durante algunos minutos hablaron ambos, aparentemente con mucha vehemencia. Luego se alejaron lentamente entre la multitud, y los perdí de vista durante algunos minutos.

»Aproveché la pausa para devanarme los sesos, haciendo conjeturas acerca de la identidad de la dama, que tan amablemente parecía acordarse de mí. Y pensé en dar media vuelta y unirme a la conversación entre mi bella pupila y la hija de la condesa, procurando que, cuando esta última regresara, pudiera tenerle preparada la sorpresa de saberme al dedillo su nombre, su título, su castillo, y sus posesiones. Mas en aquel momento regresó, acompañada por el hombre pálido vestido de negro, el cual dijo:

»—Volveré a avisaros, Madame la Comtesse, cuando vuestro carruaje esté en la

puerta.

»Y se retiró con una reverencia.

Capítulo XII

Una petición

»—De modo que vamos a vernos privados de la presencia de Madame la Comtesse. Espero que solamente por unas horas —dije yo, haciendo una profunda reverencia.

»—Tal vez sea así. O puede que sea por algunas semanas. Ha sido una lástima que ese hombre me haya hablado en este momento, tal como lo ha hecho. ¿Me reconocéis ahora?

»Le aseguré que no.

»—Ya me reconoceréis —dijo ella—, aunque no por ahora. Somos más antiguos y más íntimos amigos de lo que, tal vez, vos mismo sospecháis. Por desgracia, todavía no puedo pronunciarme. Dentro de unas tres semanas volveré a pasar por vuestro hermoso *schloss*, sobre el cual he estado haciendo averiguaciones. Entonces os haré una visita rápida, de una o dos horas de duración, y reanudaremos una amistad en la que nunca pienso sin que se agolpen en mi mente un millar de recuerdos agradables. En este momento me ha llegado una noticia fulminante como un rayo. Ahora tengo que marcharme, y recorrer cerca de cien millas por un camino tortuoso, con la mayor diligencia que me sea posible. Mis preocupaciones van en aumento. Sólo la obligada reserva en que os mantengo con respecto a mi apellido me impide haceros una petición bastante singular. Mi pobre niña no ha recobrado del todo sus fuerzas. Su caballo la derribó, durante una cacería a la que asistía como simple espectadora, y sus nervios no se han recobrado todavía del susto; nuestro físico dice que durante algún tiempo no debe fatigarse bajo ningún concepto. Por consiguiente, vinimos aquí, en etapas muy cortas… apenas seis leguas diarias. Ahora debo viajar día y noche, en una misión de vida o muerte… una misión cuya índole trascendental y exigente podré explicaros, sin necesidad ya de ocultaron nada, cuando nos veamos, como espero que hagamos, dentro de unas cuantas semanas.

»Siguió hablando, haciéndome una petición, en el tono de alguien para quien semejante solicitud equivalía más a otorgar un favor que a pedirlo. Aunque sólo fuera un formalismo, al parecer totalmente inconsciente. En cuanto a los términos en los que fue expresada tal petición, no podían ser más deprecatorios. Se trataba,

sencillamente, de que yo consintiera en hacerme cargo de su hija durante su ausencia.

»Bien mirado, fue aquella una petición extraña, por no decir audaz. De alguna manera, la dama me desarmó, expresando y aceptando todo lo que podía argüirse en contra de aquella petición, y apelando únicamente a mi caballerosidad. En aquel mismo momento, por una fatalidad que parece haber determinado de antemano todo lo que luego sucedió, mi pobre niña vino junto a mí y, en voz baja, me suplicó que invitara a su nueva amiga, Millarca, a visitarnos. La había estado sondeando, y pensaba que, si su mamá se lo permitía, a ella le gustaría mucho.

»En cualquier otra ocasión le hubiera dicho que esperara un poco, por lo menos hasta que supiéramos quiénes eran. Mas no tuve tiempo para reflexionar. Las dos damas me atacaron a la vez, y debo confesar que fue el rostro bello y refinado de la dama joven, en el que había un algo extremadamente atractivo, junto con la elegancia y el ardor propios de las más nobles cunas, lo que me decidió. Y totalmente vencido, me rendí, comprometiéndome, con demasiada facilidad, a hacerme cargo de la dama joven, a quien su madre llamaba Millarca.

»La condesa hizo señas a su hija, que la escuchó atentamente mientras le contaba, a grandes rasgos, que había sido llamada súbita y perentoriamente, y también el acuerdo que habíamos convenido para que se quedara a mi cargo, añadiendo que yo era uno de sus más antiguos y apreciados amigos.

»Por supuesto, pronuncié los discursos de rigor que la ocasión parecía exigir. Pensándolo bien, me encontraba en una posición que ni mucho menos me gustaba.

»Entonces regresó el caballero vestido de negro y, muy ceremoniosamente, condujo a la dama fuera de la habitación.

»El porte de aquel caballero era tal, que me convenció de que la condesa era una dama mucho más importante de lo que su modesto título podía haberme inducido a suponer.

»El último ruego que me hizo la condesa fue que no intentara, hasta su regreso, averiguar más cosas sobre ella de las que ya había adivinado. Nuestro distinguido anfitrión, del que ella era huésped, conocía sus motivos.

»—Aquí —dijo ella—, ni mi hija ni yo podríamos permanecer a salvo más de un día. Hace cosa de una hora, me quité imprudentemente la máscara durante un momento, y tuve la impresión, demasiado tarde, de que me visteis. De modo que busqué una oportunidad para hablar un rato con vos. Si hubiera comprobado que me *habíais* visto, habría apelado a vuestro elevado sentido del honor para que me guardarais el secreto durante algunas semanas. Tal y como están las cosas, estoy convencida de que no me visteis. Mas si ahora *sospecháis*, o, tras reflexionar, *podéis* llegar a sospechar quién soy, de la misma manera me encomiendo enteramente a vuestro honor. Mi hija mantendrá el mismo secreto, y sé muy bien que vos se lo recordaréis, de vez en cuando, no sea que, por descuido, lo revele.

»La condesa susurró algunas palabras a su hija, la besó dos veces con precipitación, y se marchó, acompañada por el caballero pálido vestido de negro,

desapareciendo entre la multitud.

»—En el aposento contiguo —dijo Millarca— hay un ventanal desde el que se domina la puerta de la sala. Me gustaría ver a mamá por última vez, y despedirme de ella con la mano.

»Consentimos, naturalmente, y la acompañamos al ventanal. Miramos afuera y vimos un carruaje elegante y anticuado, con muchos guías y lacayos. Contemplamos la silueta esbelta del caballero pálido vestido de negro, que sostenía una gruesa capa de terciopelo, y se la ponía a la dama sobre los hombros, colocándole la capucha en la cabeza. Ella le saludó, y de repente le tocó la mano con las suyas. Él se inclinó profundamente varias veces mientras la puerta se cerraba, y a continuación el carruaje empezó a circular.

»—Se ha ido —dijo Millarca, dando un suspiro.

»—Se ha ido —me repetí a mí mismo, reflexionando, por primera vez en los apresurados minutos que habían transcurrido desde mi consentimiento, en lo desatinada que había sido mi actuación.

»—No ha levantado los ojos —dijo la dama joven, quejumbrosamente.

»—Tal vez la condesa se haya quitado la máscara y no quiera mostrar su rostro —dije yo—. Además, quizá no supiera que estabais en la ventana.

»La joven suspiró y me miró a la cara. Era tan bella que me ablandé. Sentía haberme arrepentido momentáneamente de mi hospitalidad, y decidí compensarla por la inconfesada rudeza de mi acogida.

»La dama joven, volviéndose a poner la máscara, se unió a mi pupila para convencerme de que volviéramos a los jardines, en donde pronto iba a reanudarse el concierto. Eso hicimos, y nos paseamos de un lado a otro por la terraza que hay bajo los ventanales del castillo. Millarca intimó bastante con todos nosotros, y nos divirtió con vivas descripciones y anécdotas de la mayor parte de la gente importante que veíamos en la terraza. Cada minuto que pasaba la encontraba más agradable. Sus chismes, aun no siendo malévolos, me divertían en grado sumo, después de haber estado tanto tiempo sin frecuentar el gran mundo. Pensé en la animación que aportaría a nuestras veladas en casa, a menudo tan solitarias.

»Aquel baile no terminó hasta que el sol matutino casi hubo alcanzado el horizonte. El Gran Duque quiso bailar hasta entonces, de modo que las personas leales no pudieron marcharse, ni pensar en irse al lecho.

»Acabábamos de atravesar el salón atestado de gente, cuando mi pupila me preguntó qué había sido de Millarca. Yo creía que había estado todo el tiempo a su lado, y ella suponía que junto a mí. El hecho era que la habíamos perdido.

»Todos mis esfuerzos por encontrarla fueron inútiles. Temía que, en la confusión producida al separarse momentáneamente de nosotros, hubiera tomado a otras personas por sus nuevos amigos, y tal vez los hubiera seguido para luego perderlos en los extensos jardines abiertos a los invitados.

»Entonces me di cuenta, plenamente, de mi desatino al haberme comprometido a

ocuparme de una dama joven sin conocer siquiera su apellido. Y dado que estaba sujeto a unas promesas, que me había impuesto sin saber las razones para ello, ni siquiera podía orientar mis pesquisas diciéndome que la joven dama extraviada era hija de la condesa que había partido unas pocas horas antes.

»Pasó la mañana. El sol estaba ya alto cuando abandoné mi búsqueda. Hasta cerca de las dos del día siguiente no tuvimos noticias de la desaparecida joven que yo me había comprometido a cuidar.

»Poco más o menos a esa hora, un criado llamó a la puerta del aposento de mi sobrina, y le dijo que una dama joven, que parecía estar en apuros, le había pedido con gran vehemencia que le comunicara dónde podría encontrar al general barón Spielsdorf y a su joven hija, a cuyo cuidado la había dejado su madre.

»No cabía la menor duda de que, a pesar de su ligero despiste, nuestra joven amiga había vuelto a aparecer. Y tanto que había aparecido. ¡Ojalá la hubiéramos perdido!

»La joven le contó a mi pobre niña una historia para explicar por qué no había logrado reunirse antes con nosotros. Era ya muy tarde, dijo, cuando había entrado en la alcoba del ama de llaves, desesperada por encontrarnos, y allí había caído en un sueño profundo que, pese a su larga duración, apenas le había bastado para recobrar fuerzas después de las fatigas del baile.

»Aquel día Millarca vino con nosotros a casa. Después de todo, yo me sentía plenamente feliz de haber conseguido una compañera tan encantadora para mi querida muchacha.

Capítulo XIII

El leñador

»Sin embargo, no tardaron en surgir algunos inconvenientes. En primer lugar, Millarca padecía una languidez extrema (la debilidad remanente de su reciente enfermedad) y nunca salía de su aposento hasta que la tarde estaba bastante avanzada. Luego, se descubrió casualmente que, aunque siempre cerraba la puerta por dentro, y nunca quitaba la llave de la cerradura hasta que dejaba entrar a la doncella que le ayudaba a asearse, sin lugar a dudas se había ausentado algunas veces de su habitación a primeras horas de la mañana, y en distintos momentos ya más avanzado el día, en los que pretendía hacernos creer que se encontraba dentro. La habían visto repetidas veces desde los ventanales del *schloss*, al despuntar el alba, paseando entre

los árboles, en dirección a oriente, como si se hallara en trance. Llegué a la conclusión de que andaba en sueños. Mas esta hipótesis no resolvía el enigma. ¿Cómo podía salir de su aposento, si la puerta estaba cerrada por dentro? ¿Cómo lograba fugarse del castillo sin abrir puertas ni ventanas?

»En medio de tantas dudas, surgió una preocupación mucho más apremiante.

»Mi querida niña empezó a perder su salud y su belleza, de un modo tan misterioso, e incluso horrible, que me asusté muchísimo.

»Al principio tuvo sueños espantosos. Luego, imaginó que se le aparecía un espectro, que se parecía algo a Millarca, y a veces tomaba la forma de una bestia indefinible que iba y venía de un lado para otro a los pies de su cama. Finalmente empezó a percibir ciertas sensaciones. La primera, no desagradable, pero sí muy peculiar, fue, según ella, como si una corriente helada fluyera por sus entrañas. Posteriormente, sintió como si un par de agujas largas la traspasaran, un poco más abajo de la garganta, produciéndole un dolor muy agudo. Algunas noches más tarde, experimentó una sensación de ahogo, que aumentó gradualmente hasta convertirse en convulsión: Por fin, perdió el sentido».

Pude oír claramente todas y cada una de las palabras que el amable y anciano general estaba diciendo, porque, en aquel momento, avanzábamos por el escaso césped que se extiende a ambos lados del camino, acercándonos al pueblo sin techumbres en el que no se había visto el humo de ninguna chimenea durante más de medio siglo.

Imaginaos lo extraña que me sentí al oír describir tan exactamente mis propios síntomas en aquellos que había sufrido la infeliz muchacha, quien, de no ser por la catástrofe que siguió, hubiera sido en aquel momento huésped del castillo de mi padre. ¡Ya supondréis, también, la impresión que recibí cuando le oí detallar las mismas costumbres y misteriosas peculiaridades de nuestra bella huésped Carmilla!

Un claro se abrió en el bosque. De pronto nos encontramos bajo las chimeneas y gabletes del pueblo en ruinas, y las torres y almenas del desmantelado castillo, rodeado de árboles gigantescos, pendían sobre nosotros desde una pequeña elevación.

Descendí del carruaje muerta de miedo, y en silencio, ya que todos nosotros teníamos motivos suficientes para reflexionar. No tardamos en subir la cuesta, llegando por fin a las cámaras espaciosas, las escaleras de caracol y los corredores oscuros del castillo.

—¡Y pensar que esto fue en otros tiempos la residencia palaciega de los Karnstein! —dijo finalmente el anciano general, mientras contemplaba el pueblo desde un enorme ventanal, así como la gran extensión ondulada del bosque—. Fue una familia cruel, y aquí se escribieron sus anales manchados de sangre —prosiguió —. Es terrible pensar que, aun después de muertos, sigan atormentando a la raza humana con sus apetitos atroces. Mirad, allá abajo está la capilla de los Karnstein.

Señaló los muros grises de un edificio gótico medio oculto entre la maleza, un poco más abajo de la cuesta.

—Oigo el hacha de un leñador —añadió—, que trabaja entre los árboles que la circundan. Tal vez él pueda proporcionarnos información sobre lo que estoy buscando, y nos indique dónde se encuentra la tumba de Mircalla, condesa de Karnstein. Esos rústicos suelen conservar las tradiciones locales de las grandes familias, cuyas historias desaparecen para los ricos y los nobles en cuanto esas mismas familias se extinguen.

—En casa tenemos un retrato de Mircalla, la condesa Karnstein. ¿Os gustaría verlo? —preguntó mi padre.

—Tiempo habrá, querido amigo —replicó el general—. Creo que ya he visto el original. Precisamente uno de los motivos que me han inducido a veros antes de lo que inicialmente había proyectado, ha sido explorar la capilla a la que ahora nos aproximamos.

—¿Cómo? ¿Que vos habéis visto a la condesa Mircalla? —exclamó mi padre—. ¡Pero si está muerta desde hace más de un siglo!

—No tan muerta como os imagináis, según tengo entendido —contestó el general.

—Os confieso, general, que me desconcertáis por completo —replicó mi padre, mirándole por un momento, me pareció, con un recrudecimiento de las sospechas que anteriormente había advertido en él. Mas aunque a veces hubiera ira y odio en los modales del anciano general, nada de caprichoso había en ellos.

—Únicamente hay una cosa —dijo, mientras pasábamos bajo el pesado arco de la iglesia gótica, que, por sus dimensiones, podía justificar su ejecución en aquel estilo — que pueda interesarme en los pocos años que me quedan en este mundo: tomar de ella la venganza que, gracias a Dios, todavía puede llevar a cabo el brazo de un mortal.

—¿A qué venganza os referís? —preguntó mi padre, con asombro creciente.

—Me refiero a decapitar al monstruo —contestó el general, en un acceso de cólera, golpeando el suelo con los pies, y haciendo retumbar lúgubremente las huecas ruinas. Y en aquel mismo instante levantó el puño cerrado, como asiendo el mango de un hacha, y lo agitó en el aire ferozmente.

—¿Cómo? —exclamó mi padre, más perplejo que nunca.

—Cortarle la cabeza.

—¿Cortarle la cabeza?

—Sí, con un hacha, una azada, o cualquier otro instrumento con el que pueda rebanar su garganta asesina. Ya tendréis noticias de ello —respondió, temblando de rabia. Y apretando el paso, añadió:

—Esta viga nos servirá de asiento; vuestra querida niña está fatigada. Que se siente, y con unas cuantas frases concluiré mi espantoso relato.

El bloque escuadrado de madera, que yacía sobre la maleza que cubría el pavimento de la capilla, formaba un banco en el que me alegró sentarme. Mientras tanto, el general llamó al leñador, que había estado cortando unas ramas que

asomaban por entre los viejos muros. El robusto anciano se acercó a nosotros, hacha en mano.

No supo decirnos nada sobre aquellos monumentos. Mas existía un viejo, nos dijo, un guarda forestal, que vivía en casa del cura, a unas dos millas de aquel lugar, el cual podría indicarnos el emplazamiento de cualquier monumento de la antigua familia de los Karnstein. Y a cambio de una pequeña propina, se comprometió a traerlo en poco más de media hora, si le prestábamos uno de nuestros caballos.

—¿Hace mucho que trabajas en este bosque? —preguntó mi padre al anciano.

—He sido leñador aquí, a las órdenes del guardabosques, toda mi vida —contestó en su *patois*—. Y lo fue mi padre antes que yo, y así generación tras generación, hasta donde puedo contar. Podría incluso enseñarles la casa del pueblo en que vivieron mis antepasados.

—¿Por qué fue abandonado el pueblo? —preguntó el general.

—La gente estaba inquieta a causa de los *revenants*, señor. Algunos de ellos fueron seguidos hasta sus tumbas, y tras ser identificados mediante los procedimientos habituales, fueron aniquilados en la forma usual: por decapitación, estaca, o fuego. Mas no antes de que muchos aldeanos fueran asesinados.

»Sin embargo, a pesar de todas esas medidas conformes a la ley —prosiguió—, de tantas tumbas abiertas, y de tantos vampiros privados de su horrible vida, el pueblo no se vio libre de ellos. Un noble moravo, que casualmente pasaba por aquí, se enteró de lo que ocurría, y dada su experiencia en tales asuntos (como tanta gente en su país), se ofreció a liberar al pueblo de aquella tortura. Lo hizo del siguiente modo: aquella noche había una luna brillante. Poco después del ocaso, subió al campanario de esta capilla, desde donde podía ver con nitidez el cementerio que hay debajo; sus señorías pueden verlo desde esta ventana. Desde allí estuvo observando hasta ver salir de su tumba al vampiro, luego dejar junto a él el sudario en que había sido amortajado, y finalmente deslizarse en dirección al pueblo para atormentar a sus habitantes.

»Tras observar todo eso, el forastero bajó del campanario, cogió las envolturas mortuorias del vampiro y se las llevó consigo a lo alto de la torre, en la que volvió a apostarse. Cuando regresó el vampiro de sus merodeos y echó en falta sus ropas, se puso a gritar, enfurecido, al moravo, al que vio en la cima del campanario, y éste, por toda respuesta, le hizo señas para que subiera a cogerlas. Después de lo cual, el vampiro, aceptando su invitación, empezó a subir al campanario. Y tan pronto como hubo llegado a las almenas, el moravo, golpeándole con su espada, le partió el cráneo en dos, arrojando el cuerpo al cementerio, adonde el forastero le siguió, tras descender por la escalera de caracol, y le cortó la cabeza. Al día siguiente entregó a los aldeanos la cabeza y el cuerpo, que tras ser debidamente empalado, fue quemado junto con aquella.

»Aquel noble moravo tenía la autorización del entonces cabeza de familia para trasladar la tumba de Mircalla, condesa de Karnstein, cosa que hizo en efecto, de

forma que en poco tiempo su localización quedó completamente olvidada.

—¿Puedes indicarnos dónde estaba? —preguntó el general, con impaciencia.

El guardabosques negó con la cabeza y sonrió.

—Ningún alma viviente podría decirlo ahora —añadió—. Además, se dice que su cadáver fue trasladado. Aunque nadie está seguro de eso tampoco.

Tras haber hablado de ese modo, como el tiempo apremiaba, dejó caer su hacha al suelo y partió. Y nosotros nos dispusimos a escuchar el resto de la extraña historia del general.

Capítulo XIV

El encuentro

—Mi querida niña —prosiguió el general— empeoraba visiblemente. El físico que la atendía no había logrado ninguna mejoría en su enfermedad, pues entonces eso suponía yo que era lo que tenía. Al darse cuenta de mi alarma, me propuso una nueva consulta. Llamé a uno de los mejores físicos de Graz. Transcurrieron varios días hasta su llegada. Era un hombre bueno y piadoso, al mismo tiempo que docto. Después de examinar juntos a mi pobre pupila, los dos médicos se retiraron a mi biblioteca para conferenciar y discutir. Desde el aposento contiguo, donde esperaba a que me llamaran, oía yo las voces de aquellos caballeros, elevándose a un tono más alto que el de una estricta discusión filosófica. Llamé a la puerta y entré. Encontré al anciano físico de Graz defendiendo una teoría, que su colega rechazaba con no disimulada irrisión, entre grandes carcajadas. Aquella exhibición indecorosa se apaciguó, y el altercado finalizó cuando yo entré.

»—Señor —dijo mi primer físico—, por lo visto mi docto colega estima que lo que vos necesitáis es un conjurador, y no un doctor.

»—Disculpadme —dijo el anciano físico de Graz, con evidente desagrado—. En otra ocasión os expondré, a mi manera, mi propio punto de vista sobre este caso. Lamento, Monsieur le Général, que mi experiencia y mi ciencia no puedan ser de ninguna utilidad para vos. De todas formas, antes de partir me sentiré muy honrado de sugeriros algo.

»Parecía pensativo. Se sentó a la mesa y empezó a escribir. Profundamente decepcionado, me despedí de él con una inclinación de cabeza, y cuando me volvía para irme, el otro doctor señaló por encima de su hombro a su compañero, que estaba escribiendo, y luego, con un encogimiento de hombros, se llevó significativamente un

dedo a la sien.

»Aquella consulta, por tanto, me dejó justamente en donde estaba. Paseé por el jardín, medio aturdido. El médico de Graz me alcanzó al cabo de diez o quince minutos. Se disculpó por haberme seguido, pero dijo que, en conciencia, no podía despedirse sin añadir unas cuantas palabras más. Me aseguró que no podía estar equivocado. Que ninguna enfermedad natural presentaba esos síntomas. Y que, sin embargo, la muerte de mi sobrina estaba ya muy próxima. Le quedaban uno o tal vez dos días de vida. Si la fatal afección se detenía de inmediato, quizá con mucho cuidado y destreza por nuestra parte podría la joven recuperar sus fuerzas. Mas todo dependía de los límites de lo irrevocable. Un ataque más podría extinguir la última chispa de vitalidad que aún le quedaba.

»—¿Y cuál es la naturaleza de la afección a la que os referís? —le supliqué.

»—Lo expongo todo en esta nota que pongo en vuestras manos, con la condición expresa de que enviéis a buscar al sacerdote más próximo, abráis mi carta en presencia suya, y bajo ningún concepto la leáis hasta que él se encuentre a vuestro lado. De otra manera quizá desdeñarais su contenido, y es una cuestión de vida o muerte. Si no conseguís un sacerdote, entonces podéis leerla vos mismo.

»Antes de despedirse finalmente, me preguntó si me gustaría consultar a un hombre extraordinariamente erudito en aquel mismo tema, que probablemente me interesaría por encima de todos los demás, después de que hubiese leído su carta. A continuación me instó a que invitara a aquel hombre a visitarme en el castillo; y después se despidió.

»Como el eclesiástico estaba ausente, tuve que leer la carta solo. En otro momento, o en otra situación, probablemente me habría reído de lo que decía. Mas ¿a qué charlatanería no se abalanzaría la gente, como última posibilidad, cuando todos los medios habituales han fracasado, y está en juego la vida de un ser querido?

»Nada, me diréis vos, podría ser más absurdo que la carta del docto médico. Era lo suficientemente monstruosa como para que se le enviara a un manicomio. ¡Decía que la paciente estaba siendo visitada por un vampiro! Los pinchazos que, según ella, había notado en la garganta, los había producido, insistía él, la inserción de dos dientes largos, finos y puntiagudos que, como es bien sabido, son característicos de los vampiros. Y no podía caber la menor duda, añadía, en cuanto a la presencia bien definida de la pequeña señal amoratada, que todos coincidían en afirmar como causada por los labios de aquel demonio, y en lo referente al hecho de que todos los síntomas descritos por la víctima estaban en perfecta concordancia con los constatados en todos los demás casos de visitas similares.

»Como yo era completamente escéptico en cuanto a la existencia de cualquier prodigio como el vampirismo, la teoría sobrenatural del buen doctor únicamente aportaba, en mi opinión, un nuevo ejemplo de erudición e inteligencia, curiosamente asociadas con alguna alucinación. Sin embargo, me sentía tan desgraciado, que, antes que no intentar nada, decidí seguir las instrucciones de la carta.

»Me escondí en la recámara oscura que comunicaba con el aposento de la pobre paciente, en el que constantemente ardía una vela, y aguardé allí hasta que se quedó profundamente dormida. Permanecí frente a la puerta, atisbando a través de la estrecha rendija, sin perder de vista una espada que había dejado encima de la mesa, tal como prescribían las instrucciones del médico. Hasta que, un poco después, vi aparecer una cosa grande y negra, de perfiles muy imprecisos, que se arrastró, me pareció, a los pies de la cama, y rápidamente se abalanzó sobre la garganta de la pobre muchacha, y, en un instante, aumentó de tamaño hasta convertirse en una enorme masa palpitante.

»Durante unos instantes me quedé paralizado. Después, espada en mano, di un salto hacia adelante. De repente la negra criatura se encogió a los pies de la cama, se deslizó al suelo, y allí, como a una yarda por debajo del armazón, vi a Millarca, inmóvil, que me observaba fijamente, con una mirada furtiva de ferocidad y horror. No sabiendo qué pensar de todo aquello, la golpeé al instante con mi espada. Mas vi que permanecía ilesa, junto a la puerta. La perseguí, horrorizado, y volví a golpearla. ¡Había desaparecido! Y mi espada voló en mil pedazos al chocar contra la puerta.

»No puedo describiros todo lo que sucedió aquella noche terrible. Toda la casa se despertó y se puso en movimiento. El espectro de Millarca había desaparecido. Mas su víctima empeoró rápidamente, y antes de que amaneciera, murió.

El anciano general estaba trastornado. Ninguno de nosotros dijo palabra alguna. Mi padre se alejó un poco, y comenzó a leer las inscripciones de las lápidas sepulcrales. Concentrado, pues, en aquellas lecturas, cruzó la puerta de una capilla lateral para proseguir sus investigaciones. Mientras tanto, el general se apoyó en el muro, se secó los ojos y suspiró profundamente. Me alivió oír las voces de Carmilla y de Madame, Perrodon, que en aquel momento se aproximaban. Luego las voces se desvanecieron.

En medio de aquella soledad; después de haber escuchado una historia tan extraña, que estaba relacionada con los poderosos y nobles difuntos, cuyos monumentos funerarios, en torno a nosotros, se enmohecían entre el polvo y la hiedra, y cada uno de cuyos incidentes se parecía tan atrozmente a mi propio caso, tan misterioso; en aquella guarida de fantasmas, ensombrecida por las torres de follaje que trepaban por todas partes, densas y altas, por encima de los silenciosos muros; empezó a invadirme un inexpresable espanto, y mi ánimo decayó al pensar que, después de todo, ninguno de mis amigos iba a entrar allí, a turbar aquella triste y ominosa escena.

Los ojos del anciano general miraban fijamente al suelo, mientras su mano se apoyaba en el basamento de un monumento funerario deteriorado.

De pronto, bajo el arco de una puerta estrecha, coronada por una de esas figuras grotescas y demoníacas en las que se complacía la cínica y lúgubre imaginación de los antiguos tallistas góticos, vi aparecer, con inmensa alegría, el hermoso rostro y la seductora figura de Carmilla, que entraba en la sombría capilla.

Estuve a punto de levantarme y hablar, y saludarla, risueña, con la cabeza, en respuesta a su sonrisa particularmente atractiva, cuando el anciano general, lanzando un grito, se interpuso entre nosotras y, cogiendo el hacha del leñador, se lanzó sobre ella. Al verle, se operó un cambio brutal en la fisonomía de Carmilla. Sufrió una súbita y espantosa transformación, a la vez que retrocedía, encogiéndose. Antes de que yo pudiera gritar, la golpeó con todas sus fuerzas. Mas ella esquivó el golpe, y salió ilesa del mismo, aferrándole la muñeca con su diminuto puño. El general forcejeó unos instantes para liberarse del brazo. Mas su mano debió de aflojarse, y el hacha cayó al suelo. La muchacha había desaparecido.

El general se tambaleó, apoyándose en el muro. Los cabellos grises se erizaron en su cabeza, y un sudor frío le bañaba el rostro, como si estuviera a punto de morirse.

La pavorosa escena se había desarrollado en un instante. Después, lo primero que recuerdo es a Madame Perrodon frente a mí, repitiéndome con impaciencia, una y otra vez, esta pregunta:

—¿Dónde está Mademoiselle Carmilla?

Finalmente, respondí:

—No lo sé… No sabría decir… se fue por allí —y señalé la puerta por la que Madame Perrodon acababa de entrar—; hace tan sólo uno o dos minutos.

—Pero yo he estado ahí, en el corredor, desde que entró Mademoiselle Carmilla, y no la he visto regresar.

Entonces se puso a llamarla a gritos: «Carmilla», a través de puertas y corredores, y desde los ventanales. Mas no obtuvo respuesta.

—¿Ahora se hace llamar Carmilla? —preguntó el general, no repuesto todavía de la tremenda impresión.

—Sí, Carmilla —respondí yo.

—Ya —dijo—; es decir, Millarca. Es la misma persona que en otra época se llamaba Mircalla, condesa de Karnstein. Marchaos de esta tierra maldita, mi pobre niña, lo más aprisa que podáis. Id a casa del sacerdote, y quedaos allí hasta que lleguemos nosotros. ¡Retiraos! ¡Ojalá nunca más veáis a Carmilla! No la volveréis a encontrar aquí.

Capítulo XV

Ordalía y ejecución

Mientras hablaba el general, entró en la capilla, por la misma puerta por la que había

entrado y salido Carmilla, uno de los hombres de aspecto más extraño que yo haya visto nunca. Era alto, estrecho de pecho, encorvado, y cargado de espaldas; y vestía de negro. Su rostro era moreno, surcado de profundas arrugas. Se tocaba con un sombrero de ala ancha y extraña forma. Su cabello, largo y entrecano, le colgaba sobre los hombros. Llevaba gafas de montura dorada, y caminaba despacio, arrastrando los pies extravagantemente. En su rostro, ora vuelto hacia el cielo, ora inclinado hacia el suelo, parecía haber siempre una sonrisa. Sus brazos largos y delgados le colgaban bamboleantes, y sus descarnadas manos, enfundadas en unos viejos guantes negros que le quedaban demasiado grandes, se agitaban y gesticulaban con profundo ensimismamiento.

—¡Precisamente el hombre que necesito! —exclamó el general, saliendo alborozadamente a su encuentro—. Mi querido barón, ¡cuánto me alegro de veros! No esperaba encontraros tan pronto.

Hizo una seña a mi padre, que para entonces ya había regresado, y le llevó a conocer a aquel extraño personaje, al que llamaba «el barón». Se lo presentó formalmente, e inmediatamente se enzarzaron los tres en una verdadera conversación. El recién llegado extrajo un papel enrollado de su bolsillo, y lo extendió sobre la deteriorada superficie de una tumba que había a su lado. Llevaba en la mano un estuche de lápices, y con ellos trazó líneas imaginarias de un extremo a otro del papel, del que a menudo apartaron la vista, todos a un tiempo, en dirección a ciertas partes del edificio, por lo que comprendí que debía de tratarse del plano de la capilla. Acompañaba aquella especie de conferencia, si puedo llamarla así, con lecturas esporádicas de un librito muy sucio, cuyas amarillentas páginas estaban cubiertas de una escritura apretada.

Juntos deambularon por la nave lateral, frente al lugar en donde yo me encontraba, conversando entre ellos mientras andaban. Luego se pusieron a medir a pasos las distancias entre unas tumbas y otras, y finalmente se detuvieron frente a un lugar concreto del muro lateral y comenzaron a examinarlo minuciosamente, arrancando la hiedra que lo cubría, y quitando el yeso con las conteras de sus bastones, a base de raspar aquí y golpear allá. Por fin comprobaron la existencia de una gran lápida de mármol, sobre la cual había unas letras grabadas en relieve.

Con la ayuda del leñador, que no tardó en regresar, pusieron al descubierto una inscripción funeraria y un escudo esculpido. Resultó tratarse del sepulcro, durante tanto tiempo perdido, de Mircalla, condesa de Karnstein…

El anciano general, aunque no muy dado, me temo, a las plegarias, alzó la mirada y las manos al cielo durante unos instantes, en mudo agradecimiento.

—Mañana —le oí decir— estará aquí el comisionado, y la Inquisición actuará de acuerdo con la ley.

Luego, volviéndose al anciano de las gafas doradas, que antes he descrito, le estrechó calurosamente ambas manos y le dijo:

—Barón, ¿cómo puedo agradecéroslo? ¿Cómo podemos expresarle todos

nosotros nuestra gratitud? Habéis librado a esta comarca de una plaga que ha azotado a sus habitantes durante más de un siglo. Gracias a Dios, el horrendo enemigo ha sido al fin localizado.

Mi padre se llevó aparte al forastero, y el general los siguió. Sabía que los había llevado a donde yo no los pudiera oír, para contarles mi caso. Y mientras proseguía la discusión, les vi lanzarme rápidas y frecuentes miradas.

Mi padre se acercó a mí, me besó una y otra vez, y, llevándome fuera de la capilla, me dijo:

—Es hora de regresar a casa. Mas antes debemos procurar que se una a nosotros el bueno del cura que vive muy cerca de aquí, y convencerle de que nos acompañe al *schloss*.

Tuvimos éxito en nuestra gestión. Y yo me alegré, porque al llegar a casa me sentía indeciblemente cansada. Aunque mi satisfacción se trocó en desaliento al descubrir que no se tenían noticias de Carmilla. No me dieron ninguna explicación de la escena que había tenido lugar en la capilla en ruinas. Estaba claro que era un secreto que, de momento, mi padre había decidido no revelarme.

La ausencia de Carmilla, que en aquellas circunstancias adquiría un tinte siniestro, hizo que el recuerdo de aquella escena fuera todavía más terrible para mí. Los preparativos que se hicieron para pasar aquella noche fueron en extremo singulares. Dos criadas y Madame Perrodon permanecieron sentadas aquella noche en mi aposento, y el eclesiástico montó guardia con mi padre en la recámara contigua.

El sacerdote había realizado aquella noche algunos ritos solemnes, cuyo significado no era para mí menos oscuro que la finalidad de las extraordinarias precauciones tomadas para procurar mi seguridad durante el sueño.

Algunos días más tarde lo comprendí todo.

A la desaparición de Carmilla siguió la interrupción de mis padecimientos nocturnos.

Habréis oído hablar, sin duda alguna, de la espantosa superstición que impera en la Alta y Baja Estiria, en Moravia, en Silesia, en la Serbia turca, en Polonia, e incluso en Rusia; la superstición, llamémosla así, del vampirismo.

Si vale para algo el testimonio humano, presentado con todo cuidado y seriedad, imparcialmente, ante innumerables comisiones, cada una de ellas formada por numerosos miembros elegidos por su integridad e inteligencia, los cuales han emitido informes posiblemente más voluminosos que todos los existentes en relación a cualquier otro tipo de casos, es difícil negar, entonces, o siquiera dudar de la existencia de ese fenómeno llamado vampirismo.

En cuanto a mí, no conozco ninguna teoría capaz de explicar lo que yo misma he presenciado y experimentado, como no sea la que proporciona esta creencia campesina tan antigua y tan bien atestiguada.

Al día siguiente se llevaron a cabo los procedimientos formales en la capilla de

los Karnstein. Se abrió la tumba de la condesa Mircalla, y tanto el general como mi padre reconocieron a su pérfida y bella huésped en el rostro que ahora aparecía ante sus ojos. A pesar de los ciento cincuenta años que habían transcurrido desde su entierro, sus facciones se mostraban inflamadas de calor vital. Tenía los ojos abiertos. El ataúd no despedía ningún hedor a cadáver. Los dos médicos presentes, uno oficialmente, el otro de parte del promotor de la investigación, atestiguaron el hecho prodigioso de que una respiración tenue, pero perceptible, animaba el cadáver, con su correspondiente palpitación en el corazón. Los miembros eran perfectamente flexibles, la carne elástica. El pesado ataúd estaba inundado de sangre, en la que el cuerpo yacía sumergido hasta una altura de unas siete pulgadas. Ahí estaban, pues, todas las pruebas y síntomas admitidos del vampirismo.

En consecuencia, de acuerdo con las prácticas antiguas, sacaron el cadáver y le clavaron una estaca afilada en el corazón: en aquel mismo momento el vampiro profirió un chillido desgarrador, semejante en todo al estertor de un agonizante. Después le cortaron la cabeza, y un torrente de sangre brotó del cuello seccionado. El cuerpo y la cabeza fueron colocados sobre una pila de leña y reducidos a cenizas, luego esparcidas por el río, que se las llevó lejos. Desde entonces aquel territorio no ha vuelto a ser atormentado por las visitas de ningún otro vampiro.

Mi padre conserva una copia del informe de la Comisión Imperial, con las firmas de todos los que presenciaron los procedimientos, adjuntas como comprobación de sus declaraciones respectivas. De este documento oficial he resumido yo la descripción de esta postrera y espeluznante escena.

Capítulo XVI

Conclusión

Quizá supongáis que escribo todo esto serenamente. Ni mucho menos; no puedo pensar en ello sin sentirme inquieta. Tan sólo la vehemencia de vuestra petición, tantas veces expresada, podía haberme inducido a sentarme ante el escritorio para llevar a cabo una tarea que me ha trastornado los nervios, quizá para siempre, proyectando de nuevo la sombra de los horrores indescriptibles que, años después de mi liberación, siguen espantando mis días y mis noches, haciéndome enormemente insoportable la soledad.

Permitidme añadir una o dos palabras más a propósito del extraño barón Vordenburg, a cuya singular erudición debimos el descubrimiento de la tumba de la

condesa Mircalla.

Había establecido su residencia en Graz, donde vivía de una pequeña renta, que era lo único que le quedaba de las otrora principescas posesiones de su familia en la Alta Estiria, dedicado a la minuciosa y laboriosa investigación de las tradiciones, asombrosamente autentificadas, del vampirismo. Conocía al dedillo todas las obras, grandes y pequeñas, sobre la materia: *Magia postuma*[4], *De mirabilibus*[5], de Flegonte [de Tralles], *De cura pro mortuis*[6], de san Agustín, *Philosophicæ et christianæ cogitationes de vampiris*, de John Christofer Herenberg[7], y otras mil más, entre las cuales recuerdo tan sólo unas pocas que le prestó a mi padre.

Poseía un voluminoso archivo con todos los casos judiciales, del que había extraído una suma de principios que parecían gobernar (algunos, siempre; otros, sólo en ocasiones) la condición del vampiro. Me permito mencionar, de pasada, que la palidez mortal atribuida a esta clase de *revenants* es pura ficción melodramática. En realidad, presentan una apariencia de vida saludable, tanto en la tumba como cuando se muestran públicamente. Cuando se los expone a la luz en sus ataúdes, presentan todos los síntomas que han sido enumerados como prueba de la confirmación de la existencia vampírica de la condesa Karnstein, muerta hace tanto tiempo.

Siempre se ha reconocido como totalmente inexplicable la forma en que escapan de sus tumbas durante algunas horas al día y vuelven a ellas, sin desplazar la tierra ni dejar señal alguna de alteración en el ataúd ni en las mortajas. La doble vida del vampiro continúa en la tumba mediante sueños diariamente renovados. Su horrenda avidez de sangre procedente de personas vivas le proporciona la energía necesaria para su existencia despierta. El vampiro es propenso a dejarse fascinar con absorbente vehemencia, parecida a la pasión amorosa, en presencia de determinadas personas. En su persecución de estas personas, desplegará una paciencia y una astucia inagotables, ya que el acceso al objeto concreto de su deseo puede verse obstaculizado de mil maneras. Jamás desistirá de su empeño hasta haber saciado su pasión y apurado la propia vida de su codiciada víctima. Mas en esos casos, economizará y demorará su disfrute asesino con el refinamiento de un epicúreo, y lo acrecentará mediante las aproximaciones graduales de un galanteo ingenioso. En tales casos parece como si no deseara otra cosa que la simpatía y el consentimiento. En las demás ocasiones, se dirige directamente a su víctima, la sojuzga mediante la violencia, y con frecuencia la estrangula y la vacía en un solo festín.

Al parecer, en determinadas situaciones, el vampiro está sujeto a unas condiciones especiales. En el caso particular que os he relatado, Mircalla parecía estar limitada a un nombre que, aun no siendo realmente el suyo, debía por lo menos reproducir todas las letras, ni una más ni una menos, que componen lo que llamamos su anagrama. *Carmilla* lo hizo, y también *Millarca*.

Mi padre le contó al barón Vordenburg, que se quedó con nosotros dos o tres semanas después de la expulsión de Carmilla, la historia del gentilhombre moravo y del vampiro del cementerio de Karnstein, preguntándole luego cómo había

descubierto la posición exacta de la tumba, tanto tiempo oculta, de la condesa Millarca. El barón frunció su grotesco semblante en una sonrisa enigmática. Sin dejar de sonreír, bajó la mirada a su estuche para las gafas y lo manoseó torpemente. Luego, alzó la mirada y dijo:

—Poseo muchos diarios y otros documentos escritos por ese hombre extraordinario. El más curioso de todos es uno que trata de la visita a Karnstein, a la que vos aludís. La tradición, por supuesto, deforma y distorsiona un poco los hechos. Es posible que le tomaran por un gentilhombre moravo, ya que había trasladado su residencia a ese territorio y era, además, de noble cuna. Mas, en realidad, había nacido en la Alta Estiria. Baste con decir que en su primera juventud había sido amante apasionado y predilecto de la bella Mircalla, condesa de Karnstein. La prematura muerte de ella le sumió en una congoja inconsolable. Está en la naturaleza de los vampiros el crecer y multiplicarse, pero según una comprobada ley reservada únicamente a estos espectros.

»Supongamos, para empezar, un territorio completamente libre de ese flagelo. ¿Cómo se inicia éste y se desarrolla? Os lo diré. Una persona, más o menos depravada, pone fin a su vida. En determinadas circunstancias, un suicida puede convertirse en vampiro. Ese espectro visita en sueños a determinadas personas vivas, *las cuales* mueren y, en la tumba se transforman, casi invariablemente, en vampiros. Eso fue lo que sucedió en el caso de la bella Mircalla, que había sido atormentada por uno de esos demonios. Mi antepasado Vordenburg, cuyo título todavía llevo, no tardó en descubrirlo, y en el transcurso de los estudios a los que se consagró, aprendió mucho más.

»Entre otras cosas, dedujo que la sospecha de vampirismo recaería, tarde o temprano, sobre la condesa muerta, que había sido su ídolo mientras vivía. Fuera ella lo que fuese, sintió horror ante la idea de que sus restos pudieran ser profanados con el ultraje de una ejecución postuma. Dejó un curioso documento que prueba que el vampiro, una vez expulsado de su doble existencia, es impelido a otra vida más terrible todavía. Por tanto, resolvió evitarle eso a su amada Mircalla.

»Urdió la estratagema de un viaje a estos lugares, un supuesto traslado de los restos de la condesa, y una auténtica destrucción de su sepulcro. Con el paso de los años y próximo ya el fin de sus días, recordando las escenas que iba a dejar atrás, miró con otros ojos lo que había hecho, y el horror se apoderó de él. Hizo los trazados y anotaciones que me guiaron hasta el lugar exacto, y redactó una confesión del engaño que había llevado a cabo. Es posible que intentara dar un paso más en esa misma dirección, mas la muerte se lo impidió. Sólo la mano de un lejano descendiente suyo ha podido dirigir, demasiado tarde para muchos, la búsqueda de la guarida del monstruo.

Seguimos hablando un poco más y, entre otras cosas, dijo lo siguiente:

—Uno de los indicios de vampirismo es la fuerza que tienen en las manos. La delgada mano de Mircalla se cerró como un grillete de acero sobre la muñeca del

general cuando éste alzó el hacha para golpearla. Mas la fuerza de su mano no se limita al apretón: deja un entumecimiento en el miembro que agarra, del que la víctima se recupera muy lentamente, si es que lo hace.

Durante la primavera siguiente mi padre me llevó a un viaje por Italia. Permanecimos fuera más de un año. Tuvo que pasar bastante tiempo antes de que se apaciguara en mi mente el horror de los acontecimientos recientes. Aun ahora, la imagen de Carmilla retorna a mi memoria con ambigua alternancia: una veces es la muchacha retozona, lánguida y bella; otras, el torturado demonio que vi en la iglesia en ruinas. Y con frecuencia, en medio de mis ensoñaciones, me he sobresaltado al imaginar que oía los pasos ligeros de Carmilla junto a la puerta del salón.

JULIAN HAWTHORNE

El misterio de Ken

[Ken’s Mystery]



Traducción de Albert Solé

El misterio de Ken



Un fresco atardecer de octubre —era el último día del mes y hacía un frío desacostumbrado para esa época del año— decidí pasar una o dos horas con mi amigo Keningale. Keningale era artista (así como también músico aficionado y poeta), y su casa contaba con un delicioso estudio incorporado en el que tenía costumbre de sentarse para pasar las veladas. El estudio poseía una cavernosa chimenea que había sido diseñada como imitación de las viejas chimeneas que había en las mansiones isabelinas, y cuando la temperatura del exterior lo aconsejaba Keningale la llenaba de troncos secos que encendía creando un alegre fuego. Pensé que ir allí, fumarme tranquilamente una pipa y charlar delante de aquel fuego con mi amigo me sentaría estupendamente.

Hacía mucho tiempo que no mantenía una de esas conversaciones; de hecho, no había hablado con Keningale (o Ken, como le llamaban sus amigos) desde que volvió de visitar Europa el año pasado. Partió al extranjero, como afirmó en aquel momento, «por motivos de estudio», lo que nos hizo sonreír a todos, pues sabíamos que lo más probable era que nuestro Ken hiciese cualquier cosa menos estudiar. Era un joven de temperamento exuberante y de costumbres joviales muy amante de la compañía: poseía una mente brillante y ágil y unos ingresos anuales de entre doce y quince mil dólares. Sabía cantar, tocar, escribir y pintar con una considerable habilidad, y algunos de sus bustos y esculturas estaban realmente muy bien acabados, considerando que nunca había recibido ninguna auténtica instrucción artística digna de ese nombre; pero no era un trabajador demasiado constante. En cuanto a lo físico Ken era apuesto, de buena talla y constitución robusta, activo, sano y poseía una frente notablemente hermosa y unos ojos límpidos y vivaces. Su decisión de visitar Europa no sorprendió a nadie, y nadie esperaba que consagrara su estancia allí a nada que no fuese el divertirse: pocos se imaginaban que volveríamos a verle pronto en Nueva York. Era del tipo de personas a las que Europa les sienta bien. Emprendió el viaje y al cabo de unos pocos meses nos llegó el rumor de que se había comprometido con una hermosa y rica joven de Nueva York a la que conoció en Londres. Aquello fue prácticamente todo cuanto supimos de él hasta que, poco tiempo después, apareció en la Quinta Avenida dejando asombrado a todo el mundo. Quienes quisieron saber por qué se había cansado tan pronto del Viejo Mundo no

recibieron ninguna respuesta satisfactoria; y cuando se le preguntaba por aquel compromiso Ken cortaba toda alusión a dicho asunto de una forma tan perentoria que dejaba bien claro que no era un tema del que se pudiera conversar con él. Sus conocidos acabaron suponiendo que la dama le había rechazado; pero, por otra parte, la joven también volvió a su hogar poco tiempo después, y aunque ha tenido muchas oportunidades de momento sigue sin casarse.

Sea cual sea la verdad sobre lo ocurrido, pronto quedó claro que Ken ya no era el joven alegre y despreocupado de antes; al contrario, en su rostro siempre había una expresión grave y algo melancólica. Rehuía a la gente y se mostraba taciturno y poco hablador incluso cuando estaba en compañía de sus amistades más íntimas. Evidentemente, le había ocurrido algo o había hecho algo. ¿Qué? ¿Habría cometido un crimen? ¿Se habría unido a las filas de los nihilistas? ¿O sería quizá que aún no se había recuperado de aquel fracaso amoroso? Algunos afirmaron que la nube era meramente temporal, y que no tardaría en esfumarse. Aun así, durante el período sobre el cual estoy escribiendo la nube seguía presente y lo cierto es que incluso se había vuelto más negra que al principio, amenazando con transformarse en algo permanente.

Le había visto dos o tres veces en el club, en la ópera o en la calle, pero aún no había tenido ocasión de reanudar mi relación con él de una forma regular. En los viejos tiempos nuestra amistad había sido realmente muy íntima, y me negaba a pensar que quisiera ponerle punto final a nuestras antiguas relaciones. Pero lo que había oído contar sobre su cambio y lo que había visto con mis propios ojos hacían que el placer con que esperaba esta velada se viera teñido por un cierto cosquilleo de suspense o curiosidad. Su casa se encontraba a unos cinco o seis kilómetros de lo que por entonces era la aglomeración urbana de Nueva York, y mientras caminaba con paso rápido bajo el limpio aire del crepúsculo tuve tiempo más que suficiente para repasar mentalmente todo lo que sabía de Ken y lo que había adivinado sobre su carácter. Después de todo, en su naturaleza siempre había existido algo extraño e independiente, por más que se hallara enterrado a gran profundidad y estuviera dominado por la actividad de sus impulsos animales, algo que dadas las circunstancias adecuadas podía desarrollarse y acabar convirtiéndose en…, ¿en qué? Llegué a su puerta justo cuando me hacía esta pregunta y el cordial apretón de manos con que me recibió un instante después me hizo sentir un gran alivio. Su voz me dio la bienvenida en un tono que indicaba sin lugar a dudas cómo agradecía mi presencia y el afecto que seguía sintiendo hacia mí. Me llevó al estudio, cogió mi sombrero y mi bastón y me puso la mano en el hombro.

—Me alegra verte —repitió con una convicción y un apasionamiento bastante singulares—. Me alegra verte y poder tocarte; y esta noche más que ninguna otra noche del año…

—¿Y por qué especialmente esta noche?

—Oh, no importa. Además, es una suerte que no me avisaras de que ibas a venir;

parafraseando al poeta, no estar preparado lo es todo… Ahora que te tengo aquí para que me ayudes puedo beber un ponche de whisky y fumarme una pipa. Si hubiera tenido que pasarla solo, esta noche me habría resultado bastante lúgubre y triste.

—¡Oh, vamos, teniendo en cuenta que ibas a pasarla en este lujoso nido que posees…! —exclamé yo, contemplando el fuego que ardía en la chimenea, los elegantes y cómodos sillones y todos los suntuosos adornos de la estancia—. Creo que hasta un condenado a muerte se sentiría feliz aquí.

—Quizá; aunque por el momento no me encuentro en esa situación…, o no del todo. Pero ¿has olvidado en qué noche estamos? Es la última noche del mes de octubre, cuando la tradición afirma que los muertos se levantan de sus tumbas y andan por el mundo; cuando las hadas, los duendes y los espíritus de toda clase y condición tienen más poder que en ningún otro día del año… Ya veo que nunca has estado en Irlanda.

—Hasta ahora ignoraba que tú hubieses estado allí.

—Sí, he estado en Irlanda. Sí…

Se quedó callado, suspiró y cayó en un ensimismamiento del que no tardó en salir con un claro esfuerzo de voluntad, y fue a un armarito que había en una esquina de la habitación para coger el licor y el tabaco. Aproveché que estaba ocupado para recorrer el estudio, fijándome en la gran variedad de curiosidades y objetos hermosos o grotescos que contenía. Allí había muchas cosas capaces de recompensar largamente a quien las estudiara y que despertarían su admiración; pues Ken era un buen coleccionista, y poseía un gusto excelente, amén de los medios financieros con que satisfacerlo. Lo que más me interesó fueron unos cuantos estudios al óleo de una cabeza femenina que, a juzgar por el sitio muy poco visible en que los descubrí, el artista no tenía intención de ofrecer a la exhibición o la crítica. Los tres o cuatro estudios mostraban la misma cabeza en distintas poses y atuendos. En uno la cabeza estaba envuelta por un capuchón oscuro que ensombrecía los rasgos, medio ocultándolos; en otro parecía estar atisbando a través de la celosía de un ventanal, iluminada por el débil resplandor de la luna; un tercero la mostraba espléndidamente ataviada con un traje de noche, con joyas en el cabello y las orejas y centelleando sobre su níveo seno. Las expresiones eran tan variadas como las posturas; la recatada penetración de la mirada pasaba a ser una sutil invitación que se convertía en pasión ardiente y volvía a ser una huidiza picardía digna de un hada traviesa. Fuera cual fuese la expresión, aquel rostro poseía una fascinación tan singular como conmovedora que no se debía meramente a su belleza, aunque ésta resultara asombrosa, sino al carácter y la distinción de que se hallaba impregnado.

—¿Conociste a la modelo en el extranjero? —le pregunté por fin—. Es evidente que te ha servido de inspiración, y no me extraña.

Ken había estado preparando el ponche y no se había fijado en mis movimientos, pero alzó los ojos al oírme.

—No quería que nadie los viese —dijo—. No me satisfacen, y voy a destruirlos;

pero no podía sentirme en paz hasta no haber hecho algún intento de reproducir… ¿Qué me has preguntado? ¿Que si la conocí en el extranjero? Sí… O, mejor dicho, no. Todos esos estudios han sido pintados aquí durante las seis semanas últimas.

—Tanto si te satisfacen como si no, son las mejores obras tuyas que he visto jamás.

—Bueno, olvídate de ellas y dime qué piensas de este brebaje. Estoy convencido de que es inmejorable, y que producirá el efecto justo. Debe su existencia a tu venida aquí. No puedo beber solo, y esos retratos no me hacen ninguna compañía aunque, por lo que sé, esta noche la modelo bien podría salir del lienzo y sentarse en ese sillón. —Le lancé una mirada interrogativa y se apresuró a reír—. Estamos en la última noche de octubre, ya sabes, la noche en que cualquier cosa puede ocurrir siempre que sea lo suficientemente extraña… Bueno, brindo por nosotros.

Tomamos un buen sorbo del humeante y aromático licor y dejamos nuestros vasos sobre la mesa con una mueca aprobatoria. El ponche era excelente. Ken abrió una caja de puros y nos instalamos delante de la chimenea.

—Ahora ya sólo necesitamos un poco de música —observé después de un breve silencio—. Por cierto, Ken, ¿sigues conservando el banjo que te regalé antes de que te fueras al extranjero?

Tardó tanto tiempo en contestar que supuse que no habría oído mi pregunta.

—Aún lo conservo —dijo por fin—, pero nunca volverá a crear más música.

—Se ha roto, ¿eh? ¿No hay manera de arreglarlo? Era un instrumento magnífico.

—No está roto, pero no hay forma de arreglarlo. Ahora lo verás con tus propios ojos.

Se puso en pie, fue a otra parte del estudio, abrió un cofre de roble negro y sacó de él un objeto envuelto en un trozo de seda amarilla bastante descolorida. Me lo entregó y cuando aparté la tela que lo cubría vi algo que en tiempos quizá hubiera sido un banjo, pero que ahora apenas si se parecía a dicho instrumento. Mostraba todas las señales de una extremada antigüedad. La madera del mástil había sido roída por los gusanos y estaba cubierta por el polvo seco de la carcoma. El pergamino de la cabeza se había vuelto verde a causa del moho y colgaba del instrumento en flácidos retazos. El gancho, que era de plata maciza, estaba tan negro y deslustrado que parecía hierro corroído por el orín. Las cuerdas habían desaparecido, y la mayoría de las claves se habían desprendido de los orificios medio podridos donde encajaban. En conjunto, el instrumento parecía haber sido fabricado antes del Diluvio y haberse pasado todo el tiempo transcurrido desde entonces olvidado en el Arca de Noé.

—No cabe duda de que es una reliquia muy curiosa —dije—. ¿Dónde la has encontrado? No tenía ni idea de que el banjo hubiera sido inventado hace tanto tiempo. Este instrumento debe de tener por lo menos doscientos años, y puede que sea mucho más viejo que eso.

Ken sonrió con tristeza.

—Estás en lo cierto —dijo—. Este instrumento tiene por lo menos doscientos

años de edad y, aun así, es el mismo banjo que me regalaste hace un año.

—No lo creo posible —repliqué, sonriéndole—, teniendo en cuenta que un artesano fabricó ese banjo a petición mía para que pudiese regalártelo.

—Ya lo sé; pero desde entonces han transcurrido doscientos años. Sí, es absurdo e imposible, lo sé, pero te aseguro que lo que te digo es totalmente cierto. Ese banjo fabricado el año pasado existió en el siglo dieciséis, y ha estado pudriéndose desde entonces. ¿Recuerdas que en el gancho de plata estaban grabados tu nombre y el mío, junto con la fecha?

—Sí, y también había una marca especial hecha por mí.

—Muy bien —dijo Ken, que había estado frotando un punto del metal con una esquina de la seda amarilla—, fíjate en eso.

Acepté el decrépito instrumento que me ofrecía y examiné el punto que había frotado con la tela. Era increíble, desde luego; pero allí estaban los nombres y la fecha, tal y como los había hecho grabar; y además, allí estaba también la marca que había hecho distraídamente con un viejo buril no más de dieciocho meses antes. Me puse el banjo sobre las rodillas después de haberme convencido de que no había ningún error, y contemplé a mi amigo con expresión de asombro. Ken seguía fumando con una especie de hosca compostura, con los ojos clavados en los troncos llameantes.

—Confieso mi perplejidad —dije—. Vamos, ¿cuál es la broma? ¿Cuál es el método descubierto por ti gracias al cual este infortunado banjo ha sufrido el deterioro de siglos en unos pocos meses? ¿Y por qué lo has hecho? He oído hablar de un elixir capaz de contrarrestar los efectos del tiempo, pero tu receta parece funcionar al revés…, hace que el tiempo vaya hacia adelante doscientas veces más deprisa de su ritmo habitual en un sitio mientras sigue moviéndose a su paso habitual en todos los demás. Desvela tu misterio, mago. Ken, hablo en serio, ¿cómo lo has conseguido?

—No sé más que tú —replicó—. Una de dos: o tú, yo y el resto del mundo estamos locos o, de lo contrario, se ha producido un milagro tan extraño como cualquiera de los que registra la tradición. ¿Cómo puedo explicarlo? Afirmar que en ciertas ocasiones excepcionales o que nos someten a una gran prueba podemos vivir años en un momento es una frase muy común…, una experiencia común, si quieres. Pero se trata de una experiencia mental, no física, y sean cuales sean las circunstancias sólo se aplica a los seres humanos, no a los objetos insensibles hechos de madera y metal. Quizá te imagines que esto es el resultado de algún truco de prestidigitación. Si lo es, no conozco el secreto. Que yo sepa, no hay ninguna sustancia química capaz de hacer que un pedazo de madera llegue a alcanzar semejante estado en unos pocos meses o unos cuantos años, y lo que ves no ocurrió en unos cuantos años o en algunos meses. Hace un año a esta misma hora ese banjo se encontraba en tan buen estado como cuando salió de las manos de quien lo fabricó, y veinticuatro horas después se encontraba tal y como lo ves ahora. Lo que te estoy diciendo es la pura y simple verdad.

La seriedad y el apasionamiento con que Ken hizo tan asombrosa afirmación eran evidentemente sinceros. Creía todas y cada una de las palabras que había pronunciado. Yo no sabía qué pensar. Naturalmente, era posible que mi amigo hubiese perdido la cordura, aunque no mostraba ninguno de los síntomas corrientes del trastorno mental; pero, aunque así fuera, allí estaba el banjo, un testigo cuyo silencioso testimonio no podía ser puesto en duda. Cuanto más pensaba en aquel asunto más inconcebible me parecía. Doscientos años…, veinticuatro horas; ésos eran los términos de la ecuación propuesta. Tanto Ken como el banjo afirmaban que la ecuación existía; todo el conocimiento y la experiencia del mundo afirmaban que era imposible. ¿Cuál era la explicación? ¿Qué es el tiempo? ¿Qué es la vida? Sentí que yo mismo empezaba a poner en duda la realidad de todas las cosas. ¿Era éste el misterio en el que había estado meditando mi amigo desde que volvió del extranjero? No me extrañaba que le hubiese cambiado. Lo asombroso era que no le hubiese cambiado todavía más.

—¿Puedes contarme toda la historia de lo ocurrido? —acabé preguntándole.

Ken tomó otro sorbo de su ponche y se pasó la mano por su espesa barba castaña.

—Hasta ahora no he hablado de ello con nadie —dijo—, y tenía intención de no hacerlo nunca, pero intentaré darte alguna idea de lo que ocurrió. Tú me conoces mejor que ninguna otra persona; comprenderás lo que ocurrió hasta allí donde puede ser comprendido, y quizá eso pueda aliviarme en parte del peso que llevo encima, pues puedo asegurarte que si no tienes a nadie con quien compartirlo es un recuerdo realmente horrible.

Y, sin ningún otro tipo de preámbulo, Ken me contó la historia que consigno a continuación. Permítaseme observar que era un narrador nato. Poseía una voz profunda y capaz de impresionar al oyente, y podía resaltar de forma sorprendente el efecto cómico o patético de una frase poniendo el acento en alguna sílaba. Sus rasgos eran igualmente susceptibles de adoptar expresiones humorísticas o solemnes, y tanto por la forma como por el color sus pupilas estaban maravillosamente adaptadas a la expresión de una amplia gama de emociones. La tristeza visible en ellas era tan extremada como conmovedora; y cuando la voz de Ken llegaba a algún pasaje misterioso del relato la mirada melancólica y dubitativamente exploratoria que lanzaba le hacía una irresistible apelación a la imaginación del oyente. Pero el interés de la historia era tan acuciante que no me permitió darme cuenta de aquellos embellecimientos, aunque no cabe duda de que ejercieron una cierta influencia sobre mí.

—Recordarás que zarpé de Nueva York en un vapor de la Inman y que desembarqué en Le Havre —empezó diciendo Ken—. Realicé la habitual ronda turística por el Continente y llegué a Londres en el mes de julio, en plena temporada social. Tenía buenas cartas de presentación, y conocí a una cantidad de personas tan agradables como famosas. Entre ellas había una joven dama compatriota nuestra —ya sabes a quién me refiero—, que me interesó mucho, y antes de que su familia

abandonara Londres ya nos habíamos comprometido. Nos separamos durante un tiempo, pues a ella aún le faltaba hacer el viaje por el Continente y yo quería aprovechar la oportunidad para visitar Irlanda y el norte de Inglaterra. Desembarqué en Dublín el 1 de octubre, empecé a recorrer el país y unas dos semanas después me encontraba en el condado de Cork.

»En esa región hay algunos de los paisajes más bellos sobre los que jamás se hayan posado los ojos del hombre, y parece que los turistas la conocen mucho menos que otros lugares cuyo valor pintoresco es infinitamente inferior. Además, es una región solitaria: durante mis vagabundeos no encontré a ningún otro extranjero, y a muy pocos nativos. Parece increíble que una tierra tan hermosa deba hallarse tan desierta. Cuando has caminado una docena de millas irlandesas quizá encuentres un grupo de dos o tres casitas de una sola habitación, y lo más probable es que las paredes y el techo de una o más estén en ruinas. Aun así los pocos campesinos con los que te topas son afables y hospitalarios, especialmente cuando se enteran de que vienes de ese paraíso en la tierra al que han acudido la mayoría de sus amigos y parientes. Al principio puede que te parezcan simples y algo primitivos, y sin embargo son una raza de lo más incomprensible y extraña. Son tan supersticiosos como los hombres a los que predicó san Patricio. Conservan la misma credulidad en las maravillas, las hadas, los magos y los presagios y, al mismo tiempo, son astutos, escépticos, prudentes y capaces de mentir como descosidos. En resumen, no he conocido en mis viajes ningún otro pueblo cuya compañía me resulte tan agradable o que me haya inspirado tanto cariño, curiosidad y repugnancia.

»Acabé llegando a un lugar de la costa cuya situación no te especificaré salvo para decir que se encuentra a pocos kilómetros de Ballymacheen, en el sur. He visto Venecia y Nápoles. He recorrido la ruta de la Gran Cornisa y he pasado un mes en el Mount Desert de nuestro país, y puedo afirmar que todos esos lugares juntos no son tan hermosos como ese viejo puerto y su pueblo de tonalidades profundas y misteriosas bañados por una suave luz plateada, con las montañas apelotonándose a su alrededor y los negros acantilados y las llanuras plantando sus pies de hierro en la transparencia azul del mar. Es un lugar muy antiguo, y posee una historia a la que ha dejado atrás hace siglos. Puede que en tiempos tuviera dos o tres mil habitantes; hoy apenas tiene quinientos o seiscientos. La mitad de las casas están en ruinas o han desaparecido; muchas de las que perduran se encuentran vacías. Toda la gente de allí es pobre, la mayoría de una forma realmente abyecta; van de un lado para otro con los pies descalzos y la cabeza descubierta. Las mujeres visten ropas negras o de un azul oscuro y los hombres llevan esos atuendos increíbles que sólo un irlandés puede concebir, en tanto que los niños van medio desnudos. Los únicos que parecen llevar una existencia confortable son los monjes y los sacerdotes, y los soldados del fuerte; pues hay un fuerte, construido sobre las inmensas ruinas de otro fuerte que bien pudo prestar servicio durante el reinado de Eduardo el Príncipe Negro, o incluso antes, y en sus mohosas murallas hay montados un par de cañones que a veces le mandan uno o

dos disparos de práctica al acantilado situado al otro extremo del puerto. La guarnición consiste en una docena de hombres y tres o cuatro oficiales. Supongo que se les debe de relevar ocasionalmente, pero aquellos a los que vi parecían haberse convertido en partes naturales de su ambiente.

»Me instalé en una pequeña y preciosa posada, la única del lugar, y comía en un salón que tendría apenas cinco metros por dos, con un retrato de Jorge I (un grabado que había sido barnizado para conservarlo) colgando sobre el dintel de la chimenea. Poco después de mi segunda cena allí entró un joven caballero —pues, naturalmente, el comedor era un lugar público—, y pidió un poco de pan y queso y una botella de cerveza de Dublín. Acabamos trabando conversación y resultó ser un oficial del fuerte, el teniente O'Connor, un soberbio espécimen de soldado irlandés. Me contó cuanto sabía sobre el pueblo, los alrededores, sus amigos y él mismo, y en cuanto hubo terminado se mostró dispuesto a prestarle oídos a cualquier historia con la que quisiera regalarle; y me complació tener ocasión de rivalizar con su franqueza y ganas de hablar. Acabamos haciéndonos muy amigos; nos tomamos media pinta de whisky de Kinahan y el teniente alabó en términos altamente entusiásticos mi país, mis compatriotas y los puros que fumaba. Cuando le llegó la hora de partir le acompañé, pues hacía una luna espléndida, y me despedí de él en la entrada del fuerte, prometiéndole que vendría al día siguiente para conocer a los demás oficiales. "¡Y ahora tenga cuidado al regresar, mi querido amigo! —me dijo cuando ya volvía el rostro hacia la posada—. ¡Ese cementerio es un lugar lleno de espectros, y si va por él hay muchas probabilidades de que se encuentre con la dama negra!".

»El cementerio era un sitio melancólico y abandonado que se encontraba en la ladera, al otro lado del fuerte; tendría unas treinta o cuarenta lápidas de piedra sin desbastar, muy pocas de las cuales mantenían alguna semblanza con la perpendicular, y muchas de ellas se hallaban en tan mal estado que parecían proyecciones irregulares creadas por la naturaleza que asomaran del suelo. No tenía ni idea de quién podía ser esa dama negra, y no me quedé a averiguarlo. Nunca le he tenido miedo a los fantasmas y, de hecho, aunque el sendero que había seguido tenía tramos realmente malos, por no mencionar la arriesgada travesía de un puente medio en ruinas que cruzaba un arroyo bastante profundo, llegué a mi posada sin ninguna aventura digna de contarse.

»Al día siguiente me presenté en el fuerte, tal y como había prometido, y no tuve razón alguna para lamentarlo; la afabilidad de que di muestras fue ampliamente correspondida, quizá de una forma todavía más intensa gracias al éxito de mi banjo, que había traído conmigo, y que era un instrumento tan nuevo como popular acabó siendo entre quienes lo escucharon. Dejando aparte a mi amigo el teniente, los personajes más importantes de aquel círculo social eran el mayor Molloy, que estaba al mando, un viejo veterano jovial y animoso cuyo rostro parecía un crepúsculo, y el cirujano, el doctor Dudeen, un genio alto y flaco dotado de un gran sentido del humor y poseedor de un tesoro de anécdotas y conocimientos sobre el folklore popular,

superior al de cualquier otra persona que he conocido. Nos lo pasamos estupendamente, y aquel buen rato fue el precursor de otros muchos semejantes. El resto de octubre transcurrió con rapidez y acabé viéndome obligado a recordar que era un viajero en Europa, y no un residente en Irlanda. En cuanto les anuncié que me proponía partir, el mayor, el cirujano y el teniente protestaron cordialmente, pero como no había forma de impedirlo decidieron obsequiarme con una cena de despedida que tendría lugar en el fuerte la víspera de Todos los Santos.

»¡Ojalá hubieras podido asistir a esa cena! Fue la quintaesencia de la camaradería y la amistad irlandesas. El doctor Dudeen brilló como nunca; el mayor estuvo mejor que la mejor de las novelas de Lever; el teniente rebosaba buen humor, charla alegre y rapsodias sentimentales sobre esta o aquella chica guapa de los alrededores. Por mi parte, hice sonar el banjo como jamás había sonado antes, y los demás se unieron al coro con esa dulce fortaleza de los pulmones que no se oye demasiado frecuentemente fuera de Irlanda. Entre las historias con que nos regaló el doctor Dudeen había una sobre el Kern de Querin y su esposa, Ethelind Fionguala que, traducido, quiere decir "la de los blancos hombros". Al parecer la dama estaba prometida con un tal O'Connor (al oír ese apellido el teniente hizo chasquear los labios), pero un grupo de vampiros la raptó en su noche de bodas. Según la historia, en aquellos tiempos los vampiros ocupaban un lugar muy prominente entre los problemas que afligían a Irlanda. Cuando llevaban a la joven inconsciente a la cena donde no comería sino que sería devorada, el joven Kern de Querin —que había salido a cazar patos—, se topó con el grupo de vampiros y descargó su fusil sobre ellos. Los vampiros huyeron y el Kern volvió a su mansión llevándose consigo a la hermosa dama, que seguía inconsciente. "Cuando viene hacia aquí pasa junto a esa casa, señor Keningale —observó el doctor golpeando su pipa para sacarle las cenizas —. Es la que tiene esa arcada oscura debajo, con una gran ventana apiñonada en la esquina que parece cernirse sobre la calle… ¿La recuerda?".

»—Vamos, mi querido Dudeen, olvídese de la casa —le interrumpió el teniente —. Ya se habrá dado cuenta de que todos nos morimos de ganas por saber qué le ocurrió a la encantadora señorita Fionguala, que Dios sea bueno con ella, después de que yo la subiera a la habitación donde estaría sana y salva…

»—Vaya, señor O'Connor, yo puedo decirle lo que le ocurrió —exclamó el mayor imprimiéndole un movimiento de rotación al whisky que quedaba dentro de su vaso —. Es un asunto que ha de ser resuelto guiándose por los principios generales, como dijo el coronel O'Halloran cuando le preguntaron qué haría si hubiera estado en el lugar del Duque de Wellington y los prusianos hubieran llegado a tiempo a Waterloo. Vaya, le diré que…

»—Vamos, mayor, deje de interrumpir al doctor haciendo que el pobre señor Keningale tenga que conformarse con un vaso vacío hasta que oiga… ¡Dios nos ayude! ¡La botella está vacía!

»La emoción y el nerviosismo que siguieron a tal descubrimiento hicieron que el

doctor perdiera el hilo de su historia; y antes de que pudiera recuperarlo la noche estaba tan avanzada que me sentí obligado a retirarme. Necesité cierto tiempo para conseguir que mi proposición fuera oída y comprendida; y un tiempo todavía más largo para ponerla en práctica, con lo que la medianoche había quedado bastante atrás antes de que me encontrara fuera del fuerte sintiendo el frescor del aire puro, con los adioses de mis excelentes compañeros resonando en mis oídos.

»La velada había sido abundante en libaciones, pero me encontraba bastante sobrio, y cuando tropecé y caí después de haber dado unos cuantos pasos, lo atribuí más a las irregularidades del camino que a la regularidad con que había consumido el licor. Me levanté, creí oír una carcajada y supuse que el teniente, que me había acompañado hasta la puerta, estaba riéndose de mi percance; pero cuando me volví a mirar vi que la puerta estaba cerrada y no había nadie. Además, la carcajada había parecido sonar bastante cerca, y por su agudeza me dio la impresión de que era más femenina que masculina. Naturalmente, debía de haberme equivocado. No había nadie cerca: mi imaginación me había gastado una broma o, de no ser así, la tradición según la cual la víspera de Todos los Santos es el momento de carnaval para los espíritus desencarnados quizá contuviera más verdad que poesía. En aquel momento no me pasó por la cabeza el que los siempre supersticiosos irlandeses consideran que tropezar es un mal presagio, y si lo hubiese recordado habría sido sólo para reírme de tales ideas. La caída no me había causado ningún daño físico, y reanudé mi camino sin perder ni un instante.

»Pero el camino era singularmente difícil de encontrar o, mejor dicho, el camino que estaba siguiendo no parecía ser el correcto. No me resultaba conocido; podría haber jurado que jamás lo había visto (aun sabiendo que no era así). La luna ya había salido, aunque su claridad quedaba oscurecida por las nubes, pero ni lo que me rodeaba ni el aspecto general de la región me parecían familiares. Oscuras y silenciosas laderas se alzaban a cada lado y el camino iba bajando como si me condujera hacia las entrañas de la tierra. Todo aquel lugar vibraba con ecos extraños, y a veces me parecía estar caminando a través de una neblina formada por susurros y murmullos misteriosos, y el leve sonido de una risa salvaje parecía reverberar continuamente por entre los pasos de las colinas. Ráfagas de un aire muy frío suspiraban por los angostos desfiladeros y oscuras cañadas, acariciando mi rostro como dedos gélidos. Empecé a sentir una nerviosa preocupación que acabó adueñándose de todo mi ser, aunque no había ninguna causa definida que la provocara: lo único que podía preocuparme era llegar tarde a la posada. El perverso instinto de los que se han perdido me hizo apretar el paso, pero de vez en cuando no podía evitar el lanzar una mirada por encima de mi hombro, pues tenía la sensación de que alguien andaba detrás de mí. Aun así, no vi a nadie. La luna no había seguido subiendo por el cielo y las nubes que avanzaban lentamente por él arrojaban sombras oscuras sobre la desnudez del valle, sombras que de vez en cuando cobraban formas vagamente parecidas a gigantescas siluetas humanas.

»Ignoro el tiempo que llevaba avanzando por el camino cuando me encontré aproximándome a un cementerio. Estaba situado sobre una colina, y no había ningún murete o verja que lo rodeara, ni nada que lo protegiese de las incursiones de quienes pasaran por allí. En el aspecto general de aquel sitio había algo que me hizo pensar que ya lo había visto antes; y estuve a punto de tomarlo por el mismo cementerio en el que me había fijado a menudo cuando iba de camino al fuerte, pero aquel cementerio quedaba a sólo unos centenares de metros de distancia del fuerte, y ahora debía de llevar recorridos un mínimo de varios kilómetros. Además, al acercarme observé que las lápidas no parecían tan viejas y en tan mal estado como las de aquel otro cementerio. Pero lo que más atrajo mi atención fue la figura que estaba apoyada o medio sentada en una de las lápidas más grandes, cerca del camino. Era una silueta femenina vestida de negro, y un examen más atento —pues no tardé en hallarme a escasos metros de ella—, me reveló que vestía el calla, o larga capa con capuchón, la más común y también la más antigua de las prendas usadas por las mujeres irlandesas, de indudable origen hispánico.

»Esta aparición me produjo una cierta sorpresa, tan inesperada era, y tan extraño se me antojaba que cualquier criatura humana pudiera hallarse en un lugar tan desolado y siniestro a tales horas de la noche. Me detuve involuntariamente en cuanto la tuve delante, y clavé mis ojos en ella. Pero la luz de la luna quedaba a su espalda, y el capuchón de la capa dejaba su rostro tan completamente sumido en las sombras que no logré discernir nada salvo el centelleo de un par de ojos, que parecían estar devolviéndome la mirada con una considerable vivacidad.

»—Parecéis estar muy familiarizada con este lugar —exclamé por fin—. ¿Podéis decirme dónde estoy?

»En cuanto pronuncié estas palabras, aquella misteriosa mujer dejó escapar una leve carcajada que, aun siendo musical y agradable, poseía un timbre y una entonación tales que mi corazón empezó a latir mucho más deprisa de lo que habría sido lógico esperar teniendo en cuenta mis recientes ejercicios pedestres; pues era la misma risa (o de eso me persuadió mi imaginación) que había resonado en mis oídos cuando me levanté del suelo después de haber tropezado una o dos horas antes. Por lo demás, era la risa de una mujer joven y, presumiblemente, hermosa; y aun así poseía una extraña cualidad fantasmagórica que apenas parecía humana o, por lo menos, no resultaba nada característica de un ser cuyos afectos y limitaciones fueran semejantes a los nuestros. Pero estoy seguro de que esta impresión mía fue engendrada por las nada normales y más bien increíbles circunstancias en que se produjo nuestro encuentro.

»—Claro que sí, señor —me dijo—. Estáis en la tumba de Ethelind Fionguala.

»Se puso en pie y señaló la inscripción de la piedra. Me incliné hacia adelante, y no me costó demasiado descifrar el nombre y una fecha indicadora de que la ocupante de aquella tumba debía de haber alcanzado el estado incorpóreo entre dos y tres siglos antes.

»—¿Y quién sois vos? —le pregunté a continuación.

»—Me llaman Elsie —replicó—. Pero ¿adónde va vuestra señoría en la víspera de Todos los Santos?

»Le expliqué cuál era mi destino y le pregunté si podía indicarme cómo llegar hasta él.

»—Desde luego y, de hecho, yo misma voy allí —replicó Elsie—, y si su señoría tiene la bondad de seguirme y tocar una melodía en ese bonito instrumento que lleva, no tardaremos mucho en haber recorrido el camino.

»Señaló el banjo que sostenía debajo del brazo. No tengo ni la más mínima idea de cómo pudo imaginarse que era un instrumento musical; pensé que quizá me hubiera visto tocarlo cuando vagabundeaba por los alrededores del pueblo. Fuera cual fuese la explicación, acepté el trato sin protestar, e insinué que la recompensaría de forma más sustanciosa en cuanto llegáramos. La joven volvió a reírse e hizo un gesto muy peculiar con la mano por encima de mi cabeza. Destapé mi banjo, pasé los dedos sobre las cuerdas y empecé a tocar los compases de una danza fantástica que nos fue precediendo a lo largo del camino. Elsie iba unos pasos por delante de mí y sus pies seguían el ritmo de la alegre melodía. De hecho, caminaba con tal ligereza y con un movimiento tan elástico y ondulante que casi se la habría tomado por un espíritu que flotase en el aire. La extremada blancura de sus pies me llamó la atención, y me sorprendió descubrir que en vez de ir descalzos, tal y como había supuesto, estaban cubiertos por unas zapatillas de satén blanco elegantemente bordadas con hilo de oro.

»—Elsie —dije alargando la zancada para estar más cerca de ella—, ¿dónde vives y qué haces para ganarte la vida?

»—Vivo sola —me respondió—, y si queréis saber cómo me gano la vida, tendréis que venir y verlo con vuestros propios ojos.

»—¿Tienes costumbre de recorrer las colinas por la noche con semejante calzado?

»—¿Y por qué no iba a hacerlo? —replicó ella—. ¿De dónde ha sacado su señoría ese bonito anillo de oro que lleva en el dedo?

»El anillo, que no poseía un gran valor intrínseco, me había llamado la atención en una vieja tienda de antigüedades de Cork. Era de un diseño muy anticuado, y bien podría haber pertenecido (el vendedor me aseguró que tal era el caso) a uno de los primeros reyes o reinas de Irlanda.

»—¿Te gusta? —le pregunté.

»—Sí, su señoría… ¿No querría acaso regalárselo a Elsie? —me preguntó con voz insinuante y una inclinación de la cabeza.

»—Puede que lo haga, Elsie, con una condición. Soy artista y retrato a la gente. Si me prometes que vendrás a mi estudio y dejarás que pinte tu retrato, te daré el anillo y también un poco de dinero.

»—¿Y me daréis el anillo ahora? —preguntó Elsie.

»—Sí, siempre que me prometas que vendrás.

»—¿Y tocaréis música para mí? —me preguntó.

»—Toda la que quieras.

»—Pero quizá yo no sea lo bastante hermosa para vos —dijo, y sus ojos envueltos por la oscuridad de la capucha me lanzaron una rápida mirada.

»—Correré ese riesgo —respondí riendo—. Aunque, de todas formas, no me importaría echarte un vistazo antes: eso me ayudará a recordarte mejor.

»Extendí el brazo hacia ella para apartar la capucha que le ocultaba el rostro, pero Elsie me eludió, no sé muy bien cómo, y se rió por tercera vez con aquella misma cadencia alada y burlona de antes.

»—Dame el anillo primero y luego me verás —dijo con voz seductora.

»—Bien, pues alarga la mano —repliqué yo quitándome el anillo del dedo—. Cuando nos conozcamos mejor dejarás de ser tan suspicaz.

»Me ofreció una mano esbelta y delicada y deslicé el anillo en su índice. Al hacerlo los pliegues de su capa se separaron un poco, permitiéndome vislumbrar fugazmente la blancura de un hombro y un vestido que en aquella engañosa semioscuridad me pareció hecho de una tela muy bella y costosa; y también distinguí el gélido centelleo de las gemas preciosas, o eso me pareció.

»—¡Ah, ve con más cuidado! —dijo de repente Elsie con voz seca y dura.

»Miré a mi alrededor, y me di cuenta por primera vez de que estábamos en el centro de un puente medio en ruinas que cruzaba un arroyo cuya rápida corriente fluía a una considerable distancia de nosotros. Uno de los parapetos del puente se había derrumbado y, de hecho, debía de hallarme en inminente peligro de que mis pies pisaran el vacío. Avancé cautelosamente por aquella frágil estructura; pero cuando me volví para ayudar a Elsie no la vi por parte alguna.

»¿Qué había sido de la chica? Grité su nombre, pero no obtuve respuesta alguna. La busqué por todas partes, pero no encontré ni rastro de ella. A menos que se hubiera lanzado al angosto abismo que se abría ante mis pies, no había ningún lugar donde hubiera podido esconderse…, en todo caso, yo no pude descubrir ninguno. Aun así, se había desvanecido; y como su desaparición debía de ser premeditada acabé llegando a la conclusión de que era inútil intentar encontrarla. Volvería a presentarse ante mí cuando quisiera, o no la vería nunca más. Se había librado de mí con suma habilidad, y tenía que aceptarlo y tomármelo lo mejor posible. La aventura quizá valiese el anillo.

»Cuando reanudé el camino sentí un considerable alivio al descubrir que volvía a saber dónde estaba. El puente que acababa de cruzar era el que he mencionado hace un rato; quedaba a kilómetro y medio del pueblo, y el camino que debía seguir se extendía con toda claridad ante mí. Además, la luna había logrado dispersar las nubes y derramaba una deliciosa claridad sobre todo el paisaje. Fueran cuales fuesen sus otros defectos Elsie había sido una guía digna de confianza; me había arrancado a las profundidades de la tierra de los elfos y me había devuelto al mundo material. No cabía duda de que había vivido una aventura singular, y avancé por el camino

meditando en ella con una sensación de misterioso placer mientras canturreaba melodías y me acompañaba con las cuerdas del banjo. ¡Un momento! ¿Qué suave caminar resonaba a mi espalda? Parecía el de Elsie; pero no, Elsie no estaba allí. Aun así, antes de llegar al pueblo volví a experimentar en varias ocasiones aquella misma sensación o alucinación: creí oír el leve eco de unos pies alados que me seguían o caminaban junto a mí. La fantasía no me puso nervioso; al contrario, me gustó la idea de ser objeto de un encantamiento semejante, y me entregué a toda una serie de fantaseos tan románticos como joviales.

»Pasé junto a un par de casitas sin tejados con las paredes cubiertas de musgo y entré en la angosta y serpenteante calleja que atraviesa el pueblo. En cuanto recorres cierta distancia la calleja se ensancha un poco, como si quisiera que el caminante tuviera el espacio suficiente para observar una notable mansión antigua que se alza en el lado norte. La casa estaba construida de piedra, y poseía un noble estilo arquitectónico; me recordó un poco a ciertos palacios de la vieja nobleza italiana que había visto en el Continente, y es muy probable que haya sido construida por uno de los inmigrantes italianos o españoles que llegaron a esas tierras en los siglos XVI o XVII. Tanto las ventanas que sobresalían de las paredes como la arcada del umbral estaban adornadas con profusión de tallas, y sobre la fachada del edificio había un medallón en relieve, aunque no pude averiguar cuál era su propósito. La luz de la luna caía sobre estas pintorescas piedras realzando toda su belleza y, al mismo tiempo, les daba la apariencia de una visión que podía disolverse en cuanto la luz dejara de brillar. Debía de haber visto esa casa con bastante frecuencia y, sin embargo, no guardaba ningún recuerdo preciso de ella; hasta ahora nunca la había examinado con los ojos bien abiertos, por así decirlo. La ventana de la esquina era una estructura realmente imponente y hermosa. Asomaba del muro proyectando una oscura sombra sobre la calle; los paneles de cristal en forma de rombo estaban sostenidos por gruesos remaches de plomo. ¡Cuántas veces se habría abierto en tiempos pasados impulsada por una bella mano, revelando los encantadores rasgos de su noble propietaria! La gran casa llevaba nadie sabe cuántos años vacía; ahora los murciélagos y las alimañas eran sus únicos habitantes. ¿Dónde estaban aquellos que la habían construido y quiénes fueron? Probablemente hasta su nombre había sido olvidado.

»Pero mientras seguía con los ojos levantados hacia arriba acudió a mi mente una conjetura que no tardó en madurar hasta convertirse en una convicción. ¿No era ésta la casa que el doctor Dudeen había descrito esta misma noche refiriéndose a ella como la antigua residencia del Kern de Querin y su misteriosa novia? Allí estaban la ventana que asomaba del muro y la arcada del umbral. Sí, no cabía duda de que ésta era la casa. Emití una leve exclamación de placer e interés renovado, y mis especulaciones tomaron un rumbo todavía más imaginativo, pero también más definido que antes.

»¿Cuál había sido el destino de aquella hermosa dama después de que el Kern la

hubiera llevado inconsciente en brazos a su casa? ¿Se recobró, y llegaron a casarse y a vivir felices por siempre? También era posible que la historia hubiese tenido un final trágico. Recordé haber leído que generalmente las víctimas de los vampiros se convertían en vampiros. Mis pensamientos acabaron volviendo a la tumba de la colina. Aquella tierra no debía de estar consagrada. ¿Por qué la habían enterrado allí? ¡Ethelind la de los blancos hombros! Ah, ¿por qué no había vivido en aquellos días? ¿No había magia alguna capaz de hacerlos revivir para mí? Si la hubiera, buscaría esa calle a medianoche, me colocaría debajo de su ventana y acariciaría con suavidad las cuerdas de mi banjo hasta que la ventana se abriera cautelosamente y viera cómo su dueña se asomaba por ella para mirar hacia abajo. ¡Qué visión tan dulce sería aquélla! ¿Y quién me impedía convertirla en realidad? Sólo un par de siglos… Me pregunté si ese tiempo del que se burlaban los poetas y los filósofos sería algo tan rígido y real que no pudiera ser vencido con un poco de fe e imaginación. En cualquier caso, tenía mi banjo, el legítimo descendiente directo del bandore, y el recuerdo de Fionguala bien podía ser la contraseña que permitiera el triunfo del amor.

»Afiné el instrumento y empecé a tocar una vieja canción de amor española que había descubierto en una mohosa biblioteca durante el curso de mis viajes y a la que había puesto mi propia música. Canté en voz baja, pues la calle desierta hacía que el más leve sonido se multiplicara en un sinfín de ecos, y lo que cantaba sólo debía llegar a los oídos de mi dama. Las palabras ardían con el fuego del viejo espíritu caballeresco español, y puse en su expresión todo el apasionamiento de los amantes que conocemos a través de los romances. ¡Sí, Fionguala la de los blancos hombros acabaría oyéndome y despertaría de su sueño de siglos para acudir a la ventana y mirar hacia abajo! ¡Atención! ¡Mira! ¿Qué luz…, qué sombra es la que parece revolotear de una estancia a otra por el interior de la casa abandonada y que ya se acerca a la ventana emplomada? ¿Es que el juego de luces y sombras de la luna ha engañado a mis ojos, o es que la ventana se mueve…, se abre? No, no es ninguna ilusión, aquí no hay ningún error de los sentidos. Una mujer hermosa, joven y elegantemente ataviada se inclina hacia mí asomando el cuerpo por la ventana y, en silencio, me hace señas para que me aproxime.

»Estaba tan asombrado que apenas era consciente de mi asombro. Avancé hacia la ventana hasta quedar debajo de ella, y el rostro de la dama quedó separado de mí por tan sólo dos veces la altura de un hombre. Sonrió y se besó las yemas de los dedos; algo blanco revoloteó en su mano y cayó por el aire hasta posarse en el suelo a mis pies. Un instante después la dama ya se había retirado y oí cerrarse la ventana.

»Recogí lo que había dejado caer; era un delicado pañuelo de encaje atado a una llave de bronce forjado. Evidentemente, era la llave de la casa y había sido invitado a entrar en ella. La liberé del pañuelo, que desprendía un débil y delicioso perfume parecido al aroma de las flores de un antiguo jardín, y me volví hacia la arcada del umbral. No sentía aprensión alguna y lo ocurrido apenas me parecía levemente extraño. Todo era tal y como había deseado que fuese y como debía ser; la época

medieval volvía a vivir y, en cuanto a mí, casi sentí el peso de la capa de terciopelo colgando de mis hombros y la larga espada pendiendo de mi cinturón. Fui hacia la puerta, introduje la llave en el cerrojo, la hice girar y sentí cómo el pestillo cedía. Un instante después la puerta se abrió, aparentemente desde dentro; crucé el umbral, la puerta volvió a cerrarse y me encontré a solas en la oscuridad de la casa.

»¡Pero no estaba solo! Cuando extendí el brazo para tantear el camino mis dedos encontraron una mano suave, esbelta y fría, que se insinuó delicadamente en la mía y me hizo avanzar. La seguí de buena gana; la oscuridad era impenetrable, pero podía oír el leve susurrar de la tela de un vestido muy cerca de mí, y aquel mismo perfume delicioso que había emanado del pañuelo enriquecía la atmósfera que respiraba, mientras la manecita que sujetaba mis dedos y era sujetada por ellos iba tensando y aflojando alternativamente la presión de sus dedos fríos y suaves. Avanzando de esta manera y sin hacer ruido recorrimos lo que me pareció un pasillo largo e irregular, y subimos por una escalera de caracol. Después vino otro pasillo y una puerta abierta ante la que nos detuvimos. Del umbral emanaba un torrente de suave claridad. Fuimos hacia él, sin soltarnos de la mano. La oscuridad y la duda habían terminado.

»La habitación era de dimensiones imponentes y estaba amueblada y decorada según un estilo de antiguo esplendor. En las paredes había tapices de colores suaves; decenas de velas ardían en candelabros de plata y se reflejaban y multiplicaban en los grandes espejos colocados en las cuatro esquinas de la habitación. Las gruesas vigas de roble oscuro del techo se entrecruzaban formando cuadrados y estaban adornadas con tallas, las cortinas y el tapizado de los sillones eran de grueso damasco adornado con dibujos. A un extremo de la habitación se veía una gran otomana y delante de ella había una mesa sobre la que se hallaba una lujosa cubertería de plata que contenía una magnífica cena, y también había vino en frascos de cristal tallado. A un lado de la habitación se alzaba una inmensa chimenea de hogar muy profundo, con espacio suficiente para quemar troncos enteros. Pero el fuego no estaba encendido, y en el hogar sólo había un gran montón de cenizas y pese a toda su magnificencia la habitación se hallaba muy fría —fría como una tumba, o como la mano de mi dama—, y su gélida atmósfera hizo que mi corazón sintiera un sutil escalofrío.

»Pero mi dama…, ¡qué hermosa era! Apenas si le eché un fugaz vistazo a la habitación; mis ojos y mis pensamientos sólo eran para ella. Iba vestida de blanco, como una novia; los diamantes centelleaban en su oscura cabellera y sobre la nívea blancura de su seno; su bello rostro y sus delgados labios estaban muy pálidos y el negro resplandor de sus ojos hacía que pareciesen todavía más pálidos. Me contempló con una extraña sonrisa huidiza; y pese a que nada de todo aquello me era conocido, en su aspecto y en su porte había algo familiar, como una canción oída hace mucho tiempo y recordada en otras condiciones y en un ambiente distinto. Me pareció que algo en mí la reconocía y sabía quién era, y que siempre lo había sabido. Era la mujer con quien había soñado, aquella a la que había contemplado en mis visiones, aquella cuya voz y cuyo rostro me habían perseguido desde que era un muchacho. En cuanto

a si nos habíamos encontrado antes tal y como se encuentran los seres humanos, lo ignoro; quizá había estado buscándola ciegamente por todo el mundo y ella me había estado aguardando en esta espléndida habitación, sentada junto a esas cenizas apagadas hasta que su sangre había perdido todo el calor, y ese calor sólo podría serle devuelto mediante la pasión que mi amor fuera capaz de hacerle sentir.

»—Creí que me habías olvidado —dijo asintiendo con la cabeza como en respuesta a mi pensamiento—. La noche estaba tan avanzada…, ¡nuestra única noche del año! ¡Cómo se regocijó mi corazón cuando oí tu querida voz entonando esa canción que conozco tan bien! Bésame…, ¡mis labios están fríos!

»Y lo estaban, desde luego…, tan fríos como los labios de la muerte. Pero el calor de los míos pareció hacerlos revivir. Empezaron a cobrar un leve color sonrosado y sus mejillas también se tiñeron con la más delicada sombra rosa imaginable. Su respiración se hizo más honda, como le ocurre a quien se recupera de un prolongado letargo. ¿Era mi vida lo que estaba alimentándola? Me sentía dispuesto a entregársela toda. Me llevó hacia la mesa y señaló las viandas y el vino.

»—Come y bebe —me dijo—. Has venido de muy lejos, y necesitas alimento.

»—¿Comerás y beberás conmigo? —le pregunté mientras servía el vino.

»—Tú eres el único sustento que deseo —me respondió—. Este vino es frío y no tiene cuerpo. Dame un vino tan rojo y cálido como tu sangre y apuraré la copa hasta las heces.

»Al oír estas palabras, un leve escalofrío recorrió todo mi cuerpo, no sé por qué. Mi dama parecía cobrar fuerzas y vitalidad a cada instante que pasaba, pero el frío de aquella gran habitación iba penetrándome más y más.

»Se entregó a una fantástica demostración de alegría y jovialidad, dando palmadas y bailando a mi alrededor como si fuese una niña. ¿Quién era? ¿Y quién era yo, o estaba burlándose de mí cuando daba a entender que en el pasado nos habíamos pertenecido el uno al otro? Acabó quedándose inmóvil ante mí, con las manos cruzadas sobre el pecho. La contemplé y vi brillar en el índice de su mano derecha un anillo muy antiguo.

»—¿Dónde has encontrado ese anillo? —le pregunté.

»Meneó la cabeza y se rió.

»—¿Me has sido fiel? —preguntó—. Es mi anillo; es el anillo que nos une; es el anillo que te di cuando me amaste por primera vez. Es el anillo del Kern…, el anillo de las hadas, y yo soy tu Ethelind…, Ethelind Fionguala.

»—Que así sea —dije yo, haciendo a un lado miedos y temores y entregándome en cuerpo y alma al hechizo de aquellos ojos inescrutables y aquellos labios invitadores—. Eres mía y yo soy tuyo, y seamos felices mientras duren las horas.

»—Eres mío y yo soy tuya —dijo ella asintiendo con una picara sonrisa de duende—. Ven y siéntate junto a mí, y vuelve a cantarme esa dulce canción que me cantaste hace ya tanto tiempo. Ah, ahora viviré cien años.

»Tomamos asiento en la otomana. Cogí mi banjo mientras ella se reclinaba en los

almohadones y le canté. La canción y los acordes musicales resonaron por toda aquella inmensa habitación y volvieron a nosotros convertidos en ecos palpitantes. Mientras cantaba vi ante mis ojos el rostro y la silueta de Ethelind Fionguala vestida con su traje de novia enjoyado, contemplándome con ojos ardientes. Su piel ya no estaba pálida, sino cálida y sonrosada, y la vida era como una llama encerrada dentro de su cuerpo. Era yo quien estaba enfriándose y quien perdía el calor de la sangre y, aun así, estaba dispuesto a consumir mi último hálito de vida cantando para ella y hablándole del amor inmortal. Pero mis ojos acabaron nublándose, la habitación pareció oscurecerse, la silueta de Ethelind se hacía alternativamente muy clara y muy borrosa, como los postreros parpadeos de un fuego; avancé hacia ella con paso tambaleante y sentí cómo me sumía en la inconsciencia con la cabeza apoyada en su blanco hombro.

Al llegar a este punto de su relato Keningale se quedó callado durante unos instantes, echó un nuevo leño al fuego y volvió a hablar.

—Desperté, no sé cuánto tiempo después. Me hallaba en una inmensa habitación vacía de un edificio en ruinas. Las hilachas podridas de los tapices colgaban de las paredes y las telarañas cubiertas de polvo gris festoneaban ventanas que carecían de cristales o postigos; las habían tapado con toscos tablones de madera que habían ido pudriéndose con el paso de los años, y sus grietas y agujeros dejaban pasar rayos de una pálida claridad y gélidas corrientes de aire. Un murciélago, inquietado por esos rayos de luz o por mis movimientos, abandonó el nido que se había hecho entre los restos de un mohoso tapiz y dirigió el centelleante silencio de su vuelo hacia un rincón oscuro tras haber descrito unos rápidos círculos alrededor de mi cabeza. Me levanté con paso vacilante del montón de escombros y basura sobre el que había estado yaciendo, y lo que tenía encima de mis rodillas cayó al suelo con un ruido seco. Lo recogí y descubrí que era mi banjo…, tal y como lo ves ahora.

»Bueno, eso es todo cuanto tengo que contar. Mi salud quedó seriamente afectada; era como si me hubiesen sacado toda la sangre de las venas. Estaba pálido y agotado, y el frío… Ah, ese frío —murmuró Keningale acercándose un poco más al fuego y extendiendo los brazos hacia él para capturar su calor con las manos—. Nunca me libraré de él; lo llevaré conmigo hasta la tumba.

MARY WILKINS FREEMAN

Luella Miller

[Luella Miller]



Traducción de Albert Solé

Luella Miller



La casa de un solo piso en que había vivido Luella Miller, quien había tenido una pésima reputación en el pueblo, se encontraba cerca de la calle. Luella llevaba años muerta, pero en el pueblo aún había quienes seguían creyendo en las historias que habían oído contar durante su niñez, pese a la luz más clara que nace de observar un peligro perdido en el pasado desde una posición ventajosa. En sus corazones, pese a que les habría costado muchísimo admitirlo, aún sobrevivía el salvaje horror y el miedo frenético de aquellos antepasados suyos que habían poblado la misma época que Luella Miller. Los jóvenes incluso se estremecían al echarle una mirada a la vieja casa cuando pasaban ante ella, y los niños nunca jugaban en sus cercanías, como hacían en cualquier otro edificio abandonado. En la vieja casa Miller no había ni una sola ventana rota: los cristales reflejaban el sol de la mañana formando retazos de azul y verde esmeralda, y el pestillo de la algo combada puerta principal nunca era levantado, aunque no había ninguna cerradura que la asegurase. Desde que el cuerpo de Luella Miller fue sacado de allí la casa no había tenido ningún ocupante, dejando aparte una vieja alma carente de amigos que sólo había podido escoger entre esas cuatro paredes y el distante refugio del cielo abierto. Esta anciana que había sobrevivido a sus parientes y amistades vivió en la casa durante una semana. Una mañana la chimenea no echó humo, y unos cuantos vecinos entraron en la casa y encontraron muerta a la anciana en su lecho. Hubo oscuras murmuraciones sobre la causa de su muerte, y también hubo quienes dijeron que en su rostro había una expresión de miedo tan terrible que el rostro muerto mostraba el penoso estado del alma que lo había abandonado. Cuando entró en la casa la anciana tenía un color excelente y parecía gozar de una robusta buena salud, y en siete días estaba muerta; era como si hubiese sido víctima de algún poder fantasmagórico. El sacerdote subió al púlpito y habló con no muy disimulada severidad contra el pecado de la superstición; pero sus palabras no bastaron para acabar con las creencias de la gente. Todos los habitantes del pueblo habrían preferido el hospicio a esa casa. En cuanto un vagabundo oía la historia ya no buscaba refugio bajo aquel viejo tejado sobre el que se cernía la desagradable aura acumulada durante medio siglo de miedo supersticioso.

En todo el pueblo sólo había una persona que hubiera conocido a Luella Miller. Esa persona era una mujer que ya había dejado bien atrás los ochenta años, pero que

seguía siendo un prodigio de vitalidad y juventud inextinguible. Recta como el astil de una flecha, con el paso vivaz de quien ha salido disparado hace muy poco del arco de la vida, iba y venía por las calles y siempre acudía a la iglesia, tanto si llovía como si hacía sol. Nunca se había casado, y llevaba años viviendo sola en una casa situada enfrente de la que había pertenecido a Luella Miller.

Esta mujer no padecía la garrulería propia de la vejez, pero en toda su vida jamás había contenido la lengua obedeciendo a ninguna voluntad que no fuese la suya, y cuando quería ser sincera presentaba la verdad sin adornos ni disfraces. Ella era quien había prestado testimonio sobre la vida, maldad —aunque en este punto quizá se dejara llevar un poco por las emociones— y apariencia personal de Luella Miller. Cuando esta anciana hablaba —y poseía el don de la descripción, aunque sus pensamientos iban ataviados en el lenguaje no muy refinado propio de su pueblo natal—, casi podías ver a Luella Miller tal y como realmente fue. Según esta mujer, que se llamaba Lydia Anderson, Luella Miller había sido una belleza de un tipo bastante poco común en Nueva Inglaterra. Era una criatura delgada y flexible, fuertemente inclinada a rendirse ante el destino y, al mismo tiempo, tan difícil de quebrar como una rama de sauce. Poseía una larga y resplandeciente cabellera rubia que llevaba recogida con gracia alrededor de un rostro muy hermoso. En sus ojos azules había una continua súplica suave, tenía las manos esbeltas y dispuestas a aferrarse a las cosas, y una maravillosa gracia tanto en el movimiento como en las actitudes.

—Luella Miller sabía sentarse de una forma que nadie habría sido capaz de imitar ni aunque se hubieran pasado una semana llena de domingos estudiándola —decía Lydia Anderson—, y verla caminar era todo un espectáculo. Si uno de esos sauces que hay junto al arroyo pudiera arrancar sus raíces del suelo y moverse libremente andaría igual que lo hacía Luella Miller.

Tenía un traje de seda verde tornasolada que le gustaba mucho llevar, y un sombrero con cintas verdes, y un velo de encaje que le caía sobre el rostro flotando al viento, y una cinta verde que ondulaba alrededor de su cintura. Ése fue el atuendo de novia que llevó al casarse con Erastus Miller. Antes de casarse se apellidaba Hill. Siempre hubo una «L» en su apellido, tanto de casada como de soltera. Erastus Miller también era guapo, todavía más que Luella. A veces pensaba que después de todo Luella no era tan guapa. Erastus la adoraba. Yo le conocía bastante bien. Vivía al lado de mi casa, y fuimos a la escuela juntos. La gente solía decir que me cortejaba, pero no era así. Nunca pensé que lo hiciera salvo en una o dos ocasiones, cuando dijo cosas que algunas chicas podrían haber sospechado que significaban algo. Eso ocurrió antes de que Luella viniera aquí para dar clases en la escuela del distrito. La forma en que consiguió ese empleo debió de ser bastante rara, pues la gente decía que no tenía ninguna educación, y una de las chicas mayores, Lottie Henderson, solía encargarse de dar la lección por ella mientras Luella se quedaba sentada en su silla bordando pañuelos. Lottie Henderson era una chica realmente muy lista y una gran

estudiante, y tomó a Luella por modelo, tal y como hicieron todas las chicas. Lottie podría haber llegado a ser una mujer magnífica, pero murió cuando Luella llevaba poco más de un año en el pueblo…, se fue marchitando y murió: nadie supo cuál era su mal. Fue a esa escuela casi a rastras y ayudó a Luella a dar la clase hasta el último minuto de su vida. Todo el comité sabía que Luella apenas si hacía nada, pero lo pasaban por alto. Erastus se casó con ella poco después de la muerte de Lottie. Siempre pensé que apresuró las cosas porque sabía que Luella no servía para enseñar. Después de que Lottie muriera uno de los chicos mayores empezó a ayudarla, pero no tenía mucha autoridad y la escuela no tardó en ir bastante mal, y puede que Luella hubiese acabado teniendo que renunciar al puesto, porque el comité no podría haber seguido cerrando los ojos a lo que ocurría durante mucho tiempo. El chico que la ayudaba era un muchacho honrado y algo inocentón, y también era buen estudiante. La gente decía que estudiaba demasiado, y que por eso se volvió loco un año después de que Luella se casara, pero no sé si realmente fue por eso. Y no sé cuál fue la causa de que Erastus Miller empezara a sufrir consunción de la sangre un año después de haberse casado, porque en su familia nunca habían tenido casos de consunción. Se fue debilitando cada vez más y cuando intentaba atender a Luella casi se le doblaba la cintura, y hablaba con un hilo de voz, como un viejo. Trabajó todo lo que pudo hasta el final, intentando ahorrar algo de dinero que dejarle a Luella. Yo le he visto en el bosque durante las peores tormentas con un trineo para la leña —talaba árboles y vendía la leña—, y andaba todo encorvado con más aspecto de estar muerto que vivo. En una ocasión no pude soportarlo. Fui hasta él y le ayudé a echar un poco de leña en el trineo: siempre he tenido los brazos fuertes. Él me dijo que lo dejara, pero yo no quise, y supongo que le alegró tener alguien que le ayudara. Eso ocurrió sólo una semana antes de que muriera. Cayó redondo sobre el suelo de la cocina cuando estaba preparando el desayuno. Siempre se encargaba de preparar el desayuno mientras Luella se quedaba en la cama. Barría, lavaba, planchaba y hacía casi todas las comidas. No podía soportar que Luella tuviera que mover ni un dedo, y ella dejaba que él se encargara de todo. Vivía como una reina, y casi nunca hacía nada. Ni tan siquiera cosía… Decía que coser hacía que le doliera el hombro, y Lily, la hermana del pobre Erastus, solía encargarse de toda su costura. No es que le conviniera demasiado, claro, porque siempre tuvo la espalda débil, pero cosía muy bien… Tenía que hacerlo para complacer a Luella, que era terriblemente especial. Nunca he visto nada parecido a los bordados y encajes que Lily Miller hizo para Luella. Hizo todo lo que Luella llevó en la boda, y también se encargó de coserle el vestido de seda verde después de que Maria Babbit hiciera el patrón. Maria lo cortó gratis, y también le hizo muchos más patrones y se los cortó sin cobrar nada a cambio. Después de que Erastus muriera Lily Miller se fue a vivir con Luella. Abandonó su casa, aunque estaba realmente muy unida a ella y no le daba ni pizca de miedo vivir sola. Justo después del funeral la alquiló y se fue a vivir con Luella.

Y después esta anciana llamada Lydia Anderson, que recordaba a Luella Miller,

seguía contando la historia de Lily Miller. Al parecer, el que Lily Miller se trasladara a la casa de su difunto hermano para vivir con su viuda hizo que la gente del pueblo empezara con sus murmuraciones. Lily Miller apenas había dejado atrás su primera juventud, y era una mujer robusta en plena flor de la vida, de mejillas rosadas y rizada cabellera negra que caía sobre la franca redondez de sus mejillas y sus sienes, y poseía unos brillantes ojos oscuros. Cuando apenas llevaba seis meses viviendo con su cuñada el color rosado se desvaneció, y sus bonitas curvas se convirtieron en pálidas concavidades.

Unas sombras blancas empezaron a aparecer en los mechones de su cabellera y la luz de sus ojos se extinguió. Se le afilaron los rasgos y su boca quedó circundada por unas arrugas patéticas que, aun así, siempre asumían una expresión de la más absoluta dulzura e, incluso, de felicidad. Sólo vivía para su cuñada; no cabía duda de que la amaba con todo su corazón y se sentía más que satisfecha de servirla. Lo único que la preocupaba era la posibilidad de que muriera dejándola sola.

—Lily Miller solía hablar de Luella de una forma que bastaba para hacerte enfadar y conseguir que te entraran ganas de llorar —decía Lydia Anderson—. Visité esa casa algunas veces bastante cerca del final, cuando estaba demasiado débil para cocinar, y les llevaba un poco de puré o de crema…, algo que me parecía que podía gustarle, y ella me daba las gracias. Cuando le preguntaba por su salud me decía que se encontraba mejor que ayer, y me preguntaba si no le parecía que tenía mejor aspecto, pobrecita, y decía que la pobre Luella lo estaba pasando muy mal porque cuidaba de ella y tenía que hacer todo el trabajo —no tenía fuerzas para hacer nada —, cuando Luella no levantaba ni un dedo y la pobre Lily no obtenía cuidado alguno salvo los que le proporcionaban los vecinos, y Luella se comía todo lo que la gente traía para Lily. Sé que lo hacía. Luella se limitaba a quedarse sentada llorando sin hacer nada. Actuaba como si le tuviera mucho cariño a Lily y parecía estar muy triste. Algunos llegaron a pensar que no tardaría en ponerse mala. Pero después de que Lily muriera su tía Abby Mixter fue a la casa, y Luella no tardó en recuperarse y volvió a estar tan rosada y opulenta como siempre. Pero la pobre tía Abby empezó a declinar igual que le había ocurrido a Lily, y supongo que alguien debió de escribirle a su hija casada, la señora de Sam Abbot, que vivía en Barre, pues ésta le escribió a su madre diciéndole que debía marcharse de allí enseguida y que viniera a visitarla, pero la tía Abby se negó a ir. Aún puedo verla. Era una mujer realmente guapa, alta y bien plantada, con el rostro grande y los rasgos cuadrados, y tenía una frente muy despejada que por sí sola ya resultaba amable y buena. Cuidó de Luella como si fuera un bebé, y cuando su hija casada envió a buscarla se negó a moverse de allí. Siempre había querido mucho a su hija, pero dijo que Luella la necesitaba y su hija casada no. Su hija siguió mandándole una carta detrás de otra, pero no sirvió de nada. Acabó presentándose en el pueblo, y cuando vio el mal aspecto de su madre se echó a llorar y poco faltó para que se pusiera de rodillas suplicándole que se marchara con ella. También habló con Luella y le dijo lo que pensaba de ella. Le dijo que había matado

a su esposo y a todo el mundo que había tenido algo que ver con ella, y que le agradecería mucho que dejara en paz a su madre. Luella tuvo un ataque de histeria, y después de que su hija se hubiera marchado la tía Abby se asustó tanto que me llamó. La señora de Sam Abbot se fue en el carruaje que la había traído sollozando tan fuerte que todos los vecinos la oyeron, y bien que tenía razones para llorar porque no volvió a ver a su madre con vida. Tía Abby salió a la puerta de la casa con ese chal a cuadritos verdes suyo tapándole la cabeza. Aún puedo verla. «Señorita Anderson, venga, por favor», dijo con una voz muy débil, como si le faltara el aliento, y cuando llegué allí Luella estaba llorando y riendo a la vez, y tía Abby intentaba calmarla, aunque tenía el rostro tan blanco como una sábana y temblaba tan fuerte que apenas si podía tenerse en pie. «Por el amor del cielo, señora Mixter —dije yo— usted parece estar mucho peor que ella. Tendría que guardar cama».

»—Oh, no me pasa nada —dijo ella. Después siguió hablándole a Luella—. Vamos, vamos, no, pobrecita mía —le dijo—. Tía Abby está aquí. No va a marcharse y a dejarte sola. No llores, pobrecita mía.

»—Deje que yo cuide de ella y vuelva a la cama, señora Mixter —le dije, pues en los últimos tiempos tía Abby se pasaba bastante tiempo en la cama, aunque se las arreglaba para hacer todo el trabajo de la casa.

»—Estoy bien —me dijo—. Señorita Anderson, ¿no cree que sería mejor llamar al doctor?

»—¿El doctor? —dije yo—. Creo que es *usted* quien debería ver al doctor. Creo que le necesita mucho más que ciertas personas cuyo nombre podría mencionar —y miré a Luella Miller, que seguía riendo y llorando y portándose como si fuera el mismísimo centro de toda la creación. Mientras hacía todo eso, y daba la impresión de estar tan enferma que no se enteraba de nada, nos observaba por el rabillo del ojo para ver qué tal nos lo tomábamos. Me di cuenta enseguida. Luella Miller nunca fue capaz de engañarme. Acabé perdiendo los estribos, volví corriendo a casa y cogí una botella de valeriana que tenía. Eché un poco de agua hirviendo sobre unas hojas de manzanilla y mezclé ese té de manzanilla con más de medio vaso de valeriana, y volví con él a casa de Luella. Fui hacia ella sosteniendo en mi mano aquel vaso humeante—. Y ahora —le dije a Luella—, *¡trágate esto!*

»—¿Qué es…, qué es, oh, qué es? —me preguntó con una voz que casi parecía un graznido, y luego se echó a reír de una forma que te ponía los pelos de punta.

»—Pobrecita, pobrecita mía —dijo tía Abby, más preocupada que nunca mientras intentaba darle unas friegas de alcanfor en la cabeza.

»—Bébete esto ahora mismo —le dije, y no perdí más tiempo en ceremonias. Agarré a Luella Miller por el mentón y le eché la cabeza hacia atrás, aprovechando el momento en que se reía para pillarla con la boca abierta. Llevé el vaso a sus labios y casi aullé—: ¡Trágatelo, trágatelo, trágatelo! —y se lo bebió todo. No tuvo más remedio que hacerlo, y supongo que le sentó bien. Al menos dejó de gritar y llorar, y permitió que la acostara. En menos de media hora dormía como un bebé. La pobre tía

Abby no tuvo tanta suerte. Se pasó toda la noche despierta y yo me quedé a hacerle compañía, aunque intentó convencerme para que me marchara; dijo que ya estaba más que harta de que la gente siempre estuviera observándola. Pero me quedé, y le preparé unas buenas gachas de avena y se las estuve dando de comer poco a poco con una cucharita de té. Me pareció que no le pasaba nada grave, sólo que estaba tan agotada que no podía ni tenerse en pie. Por la mañana fui corriendo a casa de los Bisbee apenas hubo algo de luz, y mandé a Johnny Bisbee en busca del doctor. Le dije que se diera prisa, y el doctor vino enseguida. Cuando llegamos allí la pobre tía Abby no parecía enterarse de mucho. Estaba tan consumida que casi ni respiraba. Cuando el doctor se hubo marchado, Luella entró en la habitación tan fresca como una niñita recién levantada de la cuna en su camisón de puntillas. Todavía puedo verla. Tenía los ojos muy azules y su cara estaba tan blanca y rosada como una flor, y cuando vio que tía Abby estaba acostada puso una cara de inocencia sorprendida.

—Oh —dijo—, ¿cómo es que tía Abby todavía no se ha levantado?

»—Hoy no va a levantarse —le respondí yo en un tono bastante seco.

»—Ya me había parecido que no olía el café —dijo Luella.

»—¿El café? —exclamé yo—. Creo que si quieres tomar café esta mañana tendrás que preparártelo tú misma.

»—Pero yo no he preparado ni una taza de café en toda mi vida —dijo muy asombrada—. Mientras vivía Erastus siempre se encargó de hacer el café, y después lo hacía Lily, y luego lo hacía tía Abby. Señorita Anderson, creo que no *sabría* preparar el café.

»—Pues o lo preparas o tendrás que pasarte sin él. Allá tú —dije.

»—¿Tía Abby no va a levantarse? —me preguntó.

»—No creo que pueda, teniendo en cuenta lo enferma que está —le respondí, sintiéndome más enfadada a cada momento que pasaba. Que aquella cosita blanca y rosa estuviera allí de pie hablando del café cuando había acabado con tantas personas mucho mejores que ella, y prácticamente acababa de matar a otra…, lo que más deseaba en aquellos momentos era que alguien la matara antes de que tuviera ocasión de hacer más daño.

»—¿Qué le pasa a tía Abby? ¿Está enferma? —me preguntó Luella como si tuviera todo el derecho del mundo a sentirse enfadada y ofendida por eso.

»—Sí —dije yo—, está enferma y se va a morir, y cuando se muera te quedarás sola y tendrás que arreglártelas por ti misma y cuidar de la casa, y si no eres capaz tendrás que aprender a prescindir de muchas cosas.

»Supongo que estuve bastante dura con ella, pero lo que le dije era verdad y no creo haber estado más dura de lo que había sido Luella Miller hasta entonces. Nunca me he arrepentido de haberle hablado así. Bueno, Luella volvió a tener un ataque de histeria y yo dejé que hiciera lo que le diese la gana. Me limité a llevarla a la habitación del otro lado de la entrada, allí donde tía Abby no podría oírla, aun suponiendo que estuviera en condiciones de enterarse de algo —no lo sabía, pero ya

no podía enterarse de nada—, la hice sentarse en un sillón y le dije que no volviera a entrar en la otra habitación, y se lo tomó muy mal. Siguió con sus histerias hasta que se cansó. Cuando se dio cuenta de que nadie iba a consolarla y a cuidar de ella se fue calmando. Al menos, supongo que eso es lo que hizo. Yo tenía más que suficiente con ocuparme de la pobre tía Abby, intentando conseguir que no dejara de respirar. El doctor me había dicho que se encontraba muy mal, y me dio una medicina muy fuerte para que le hiciera tomar unas cuantas gotas de ella con mucha frecuencia, y me dijo algunas cosas realmente muy extrañas sobre lo que debía darle de comer. Bueno, seguí todas sus instrucciones al pie de la letra hasta que la pobre ya no pudo tragar ni una pizca más. Después mandé avisar a su hija. Empezaba a pensar que la pobre tía Abby no duraría mucho tiempo más. Antes no lo había comprendido, aunque le hubiese hablado a Luella de esa forma. El doctor vino poco después y la señora de Sam Abbot no tardó en presentarse, pero cuando llegó ya era demasiado tarde; su madre había muerto. La hija de la tía Abby le echó una mirada a su madre muerta en la cama, se volvió y me miró.

»—¿Dónde está? —me preguntó, y enseguida supe que se refería a Luella.

»—En la cocina —le dije—. Es tan nerviosa que no soporta ver morir a la gente. Tenía miedo de ponerse enferma.

»Entonces el doctor abrió la boca para hablar. Era un hombre joven. El viejo doctor Park había muerto el año antes, y este doctor acababa de salir de la facultad.

»—La señora Miller tiene una constitución débil —dijo en un tono de voz algo severo—, y hace muy bien evitando las situaciones que podrían trastornarla.

»—A usted le ocurre lo mismo que a los demás, joven; ella le ha clavado la zarpa —pensé yo, pero no le dije nada. Me limité a decirle a la señora de Sam Abbot que Luella estaba en la cocina y la señora de Sam Abbot fue para allí y yo también fui, y en todos los años que llevo de vida nunca he oído nada semejante a lo que le dijo a Luella Miller. Yo estaba muy enfadada con Luella, pero esto era más de lo que jamás me habría atrevido a decirle. Luella estaba tan asustada que no se atrevió a tener otro ataque de histeria. Lo único que hizo fue quedarse callada y encogerse en la silla. Se fue encogiendo poco a poco en esa silla de cocina, haciéndose tan pequeña que daba la impresión de que iba a desaparecer, con la señora de Sam Abbot inclinada sobre ella diciéndole la verdad. Supongo que la verdad era demasiado para ella y esta vez no fingía, porque Luella acabó desmayándose de verdad, y aquí no había ningún truco como yo siempre había sospechado que lo había en sus ataques de histeria. Perdió el conocimiento y tuvimos que acostarla en el suelo de la cocina, y el doctor vino corriendo y dijo algo sobre que tenía el corazón débil, y miró a la señora de Sam Abbot con una expresión realmente terrible, pero ella no se asustó ni pizca por eso. Se le encaró con la cara tan blanca como la de Luella, y eso que Luella parecía una muerta, y el doctor estaba buscándole el pulso y le costaba mucho encontrárselo.

»—¿El corazón débil? —dijo—. ¿Que tiene el corazón débil? ¡Paparruchas! En esa mujer no hay nada débil. Tiene la fuerza suficiente para colgarse del cuello de los

demás hasta matarles. ¿Débil? Mi pobre madre sí que era débil; esta mujer la ha matado, la ha matado igual que si hubiera cogido un cuchillo y se lo hubiera clavado en el pecho.

»Pero el doctor no le prestó mucha atención. Estaba inclinado sobre Luella, que yacía en el suelo con su cabellera rubia toda desordenada y su bonita cara blanca y rosa muy pálida, y sus ojos azules parecían estrellas que hubiesen dejado de brillar, y le tenía cogida la mano y le acariciaba la frente mientras me decía que fuese a buscar la botella de coñac que había en el cuarto de la tía Abby, y en cuanto vi ese espectáculo estuve segura de que ahora que tía Abby estaba muerta Luella ya tenía otro cuello del que colgarse, y pensé en el pobre Erastus Miller, y creo que sentí cierta pena por aquel pobre joven doctor que se había dejado seducir por una cara bonita, y decidí que intentaría hacer algo al respecto.

»Esperé hasta que la tía Abby llevaba un mes enterrada. El doctor visitaba regularmente a Luella y la gente del pueblo empezaba a hablar; una noche, cuando sabía que el doctor había salido del pueblo para atender a un enfermo y no estaría allí, fui a casa de Luella. La encontré muy elegante, con un traje de muselina azul a topos blancos, con el cabello bien recogido alrededor de la cabeza, y en todo el lugar no había ni una sola chica que pudiera compararse con ella. En Luella Miller había algo que parecía llamar a tu corazón y hacer que sintiera ganas de salir de tu pecho para ir hacia ella, pero al verla el mío no sintió nada de eso. Estaba sentada en su mecedora junto a la ventana de la sala, y Maria Brown había ido a visitarla. Maria Brown había estado encargándose de ayudarla o, mejor dicho, de hacer todo el trabajo, pues Luella no hacía nada y no creo que a hacer todo el trabajo se le pueda llamar ayudar. Maria Brown era una mujer muy trabajadora y no tenía familia; no estaba casada y vivía sola, por lo que se ofreció a ir a casa de Luella. Yo no veía razón alguna por la que tuviera que hacer el trabajo que correspondía a Luella; no era demasiado fuerte, pero parecía pensar que podía hacerlo y Luella parecía pensar lo mismo que ella, así que iba a su casa y hacía todo el trabajo: lavaba, planchaba y horneaba el pan mientras Luella se mecía. Maria no vivió mucho tiempo más. Empezó a consumirse igual que le había ocurrido a los otros. Bueno, ya estaba advertida, pero cuando la gente le decía algo se ponía realmente furiosa: decía que Luella era una pobre mujer a la que todos habían tratado mal, que estaba muy delicada y no podía cuidar de sí misma, y que deberían avergonzarse por contar esas cosas de ella, y que si moría ayudando a aquellos que no podían ayudarse a sí mismos no le importaba…, y así ocurrió.

»—Supongo que Maria se ha ido a casa —le dije a Luella en cuanto entré en la habitación, y me senté delante de ella.

»—Sí, Maria se fue hace media hora, después de haber preparado la cena y lavado los platos —dijo Luella con esa voz tan bonita y amable que tenía.

»—Supongo que también tendrá muchas cosas que hacer en su casa, ¿no? —dije yo con una cierta amargura, pero emplear ese tono de voz con Luella Miller nunca sirvió de nada. Le parecía normal y lógico que personas que se encontraban tan

delicadas como ella le hicieran el trabajo y la atendieran, y no podía meterse en la cabeza que alguien pensara que eso *no* era normal.

»—Sí —replicó Luella con su voz más dulce y suave—, sí, dijo que esta noche tenía que hacer la colada. Lleva dos semanas teniendo que hacerla, pero no ha podido porque venía aquí a cuidarme.

»—¿Por qué no se queda en su casa a hacer la colada en vez de venir aquí y hacer *tu* trabajo, teniendo en cuenta que tú puedes encargarte de él y tu salud es mucho mejor que la de ella? —le pregunté.

»Luella me miró igual que si fuese un bebé y alguien acabara de agitar un sonajero ante sus narices. Se rió con la risa más inocente que se pueda imaginar.

»—Oh, señorita Anderson, yo no puedo hacer el trabajo —dijo—. Nunca lo he hecho. Maria *tiene* que encargarse de hacerlo.

»—¡Tiene que encargarse de hacerlo! —dije yo entonces—. ¡Tiene que encargarse de hacerlo! No tiene por qué hacerlo. Maria Brown tiene su propia casa y los medios suficientes para vivir. ¡Nada la obliga a venir aquí y matarse trabajando como una esclava por ti!

»Luella se limitó a quedarse inmóvil en su mecedora y me miró como si fuera una muñeca de porcelana tan ofendida que estuviera cobrando vida.

»—Sí —dije—, se está matando a trabajar. Morirá igual que murió Erastus, y Lily, y tu tía Abby. Estás matándola igual que les mataste a ellos. No sé cuál es tu secreto, pero parece como si estuvieras maldita —dije—. Matas a cualquiera que sea lo bastante idiota para preocuparse por ti y hacerte el trabajo.

»Me miró fijamente y vi que estaba bastante pálida.

»—Y Maria no es la única a la que matarás —añadí—. Exprimirás al doctor Malcolm hasta matarle.

»En cuanto dije eso su rostro se puso tan rojo como las llamas.

»—No voy a matarle —dijo, y se echó a llorar.

»—¡Sí, le *matarás*! —dije yo, y después hablé como nunca he hablado antes.

»Verán, me parecía que estaba en deuda con Erastus. Le dije que después de haber estado casada con un hombre que murió por ella no tendría que pensar jamás en ningún otro: le dije que era una mujer horrible; y lo era, eso es cierto, pero últimamente he empezado a preguntarme si lo sabía…, si no sería como una criatura que le ha echado mano a unas tijeras y anda por ahí cortando a todas las personas con las que se encuentra.

»Luella siguió poniéndose más y más pálida, y no apartó los ojos de mi rostro ni un segundo. Su forma de mirarme y no decir ni una sola palabra…, era algo horrible. Hablé durante un rato, acabé callando y me volví a casa. Después me dediqué a observar su ventana, pero apagó la lámpara antes de las nueve, y cuando el coche del doctor Malcolm pasó ante la casa y redujo un poco la velocidad, vio que no había ninguna luz encendida y se alejó. Al domingo siguiente Luella estuvo un poco huraña, y el doctor no la acompañó a casa, y empecé a pensar que después de todo

quizá tuviera algo de conciencia. Maria Brown murió una semana después…, fue más bien repentino, aunque todo el mundo se había dado cuenta de cómo iba a terminar. Bueno, aquello hizo que todos se enfadaran bastante y hubo unos rumores y unos comentarios realmente feos. La gente decía que los días de la brujería habían vuelto, y casi todos evitaban a Luella. Ella seguía portándose de una forma un tanto huraña con el doctor, y éste dejó de ir a su casa: ahora no había nadie que le hiciera las tareas domésticas. No sé cómo se las arreglaba. No quería ir allí y ofrecerme a ayudarla…, no porque tuviera miedo de morir como los demás, sino porque pensaba que Luella era tan capaz de hacer su trabajo como yo lo era de hacerlo por ella, y me parecía que ya iba siendo hora de que lo hiciese y dejara de matar a los demás. Pero antes de que pasara mucho tiempo la gente empezó a decir que Luella se encontraba mal, y que parecía estarse consumiendo de la misma enfermedad que había consumido a su esposo, a Lily, a tía Abby y a los demás, y en cuanto la vi me di cuenta de que tenía muy mal aspecto. Solía verla pasando delante del almacén con algún bulto, caminando tan despacio como si apenas pudiera arrastrarse, pero me acordé de Erastus, y de cómo la cuidaba y hacía el trabajo cuando ya casi no era capaz de poner un pie delante del otro, y no fui a su casa para ayudarla.

»Pero una tarde vi aparecer al doctor con su maletín de las medicinas, y la señora Babbit vino a visitarme después de la cena y me dijo que Luella estaba realmente enferma.

»—Me gustaría ofrecerme a cuidarla —dijo—, pero tengo que pensar en mis niños y puede que lo que cuentan no sea cierto, pero todas las personas que han cuidado de ella han muerto y eso es muy extraño, ¿no?

»No dije nada, pero pensé en que había sido la esposa de Erastus y en lo mucho que él la había querido, y decidí que a la mañana siguiente iría a su casa, a menos que estuviera mejor, y vería si podía hacer algo por ella; pero a la mañana siguiente la vi en la ventana y no tardó en salir de su casa tan fresca y lozana como una rosa, y poco después la señora Babbit vino a verme y me dijo que el doctor había hecho venir a una chica de fuera del pueblo, una tal Sarah Jones, y también me dijo que estaba casi segura de que el doctor iba a casarse con Luella.

»Esa noche yo misma vi cómo la besaba en la puerta de su casa, y supe que todo lo que me había dicho era cierto. La chica se presentó esa tarde, y el entusiasmo con que empezó a trabajar y lo mucho que tenía que hacer ya eran todo un aviso. Creo que Luella no había barrido ni una sola vez desde que Maria murió. La chica barrió y quitó el polvo, lavó y planchó; los trapos mojados, los sacudidores y las alfombras estuvieron en danza todo el rato, y cada vez que Luella ponía los pies fuera de la casa cuando el doctor no estaba allí Sarah Jones la ayudaba a subir y bajar los escalones como si nunca la hubieran enseñado a caminar.

»Bueno, todo el mundo sabía que Luella y el doctor se iban a casar, pero no pasó mucho tiempo antes de que se empezara a comentar que el doctor tenía muy mal aspecto, igual que le había ocurrido a los demás; y la gente también hacía

comentarios sobre Sarah Jones.

»Bueno, el doctor murió y quiso casarse antes para legarle lo poco que tenía a Luella, pero dejó de respirar antes de que el sacerdote pudiera llegar allí, y Sarah Jones murió una semana después.

»Bueno, eso acabó de decidir el destino de Luella Miller. En todo el pueblo no había ni una sola persona dispuesta a levantar un dedo por ella. Fue como una especie de pánico general. Luella empezó a consumirse muy deprisa. Tenía que ir personalmente a la tienda porque la señora Babbit no se atrevía a dejar que Tommy le llevara los pedidos, y yo la veía pasar y detenerse cada dos o tres pasos para descansar. Bueno, aguanté todo el tiempo que pude, pero un día la vi aparecer con los brazos llenos y vi cómo se paraba para apoyarse en la valla de los Babbit, y salí corriendo, le cogí las cosas y se las llevé a su casa. Después volví a mi casa y no le dije ni una palabra aunque me llamó con una especie de gemido que te partía el corazón. Bueno, esa noche me puse enferma: pasé dos semanas en cama con un resfriado bastante malo. La señora Babbit me había visto salir corriendo de casa para ayudar a Luella, y cuando vino a visitarme me dijo que moriría porque la había ayudado. Yo no sabía si iba a morir o no, pero Luella había estado casada con Erastus y pensé que había hecho lo que debía hacer.

»Supongo que durante esas dos últimas semanas Luella lo debió de pasar terriblemente mal. Estaba muy enferma y, que yo supiera, nadie se atrevía a acercarse a ella. Supongo que realmente no necesitaba gran cosa, porque después de todo tenía comida suficiente y hacía bastante calor, y sé que cada día se las arreglaba para prepararse unas cuantas gachas, pero aun así supongo que lo debió de pasar muy mal, teniendo en cuenta que toda su vida había estado mimada y no le había hecho falta mover ni un dedo.

»Cuando estuve lo bastante recuperada para poder salir de casa fui allí una mañana. La señora Babbit acababa de visitarme diciendo que no había visto salir humo de la chimenea y que aquello no era asunto suyo, pero que quizá alguien debería entrar en la casa a echar una mirada, aunque ella tenía que pensar en sus niños; así que me levanté de la cama pese a que llevaba dos semanas enteras sin salir de casa, fui allí y me encontré a Luella tumbada en la cama y vi que se estaba muriendo.

»Aguantó todo aquel día y hasta bien entrada la noche. Pero yo me quedé sentada junto a su cabecera después de que el nuevo doctor hubiera venido a visitarla. Nadie más se atrevió a entrar en esa casa. Cuando ya era más de medianoche la dejé sola un momento para ir corriendo a mi casa a buscar una medicina que había estado tomando, porque llevaba un rato sintiéndome bastante mal.

»Aquella noche había luna llena y cuando salía de mi puerta para cruzar la calle y volver a casa de Luella vi algo que hizo que me detuviera.

Cuando llegaba a esa parte de su relato, Lydia Anderson siempre alzaba la voz como en un desafío diciendo que no esperaba ser creída, y luego seguía hablando en

tono más bajo.

—Vi lo que vi y sé lo que vi, y cuando esté en mi lecho de muerte juraré que lo vi. Vi a Luella Miller y a Erastus Miller, y a Lily, y a la tía Abby, y a Maria y al doctor, y a Sarah, les vi a todos saliendo de su puerta, y todos brillaban con una luz blanca bajo la luna, todos salvo Luella, y la estaban ayudando a caminar, sosteniéndola hasta que me pareció que Luella casi volaba por entre ellos, y un instante después ya habían desaparecido. Me quedé un rato en mi puerta con el corazón latiéndome muy deprisa, y acabé yendo a su casa. Pensé en ir a buscar a la señora Babbit, pero me imaginé que tendría miedo y no se atrevería a acompañarme, así que fui sola, aunque sabía lo que había ocurrido. Luella estaba muerta en su cama, con una expresión de paz en el rostro.

Esta era la historia que contaba la anciana llamada Lydia Anderson, pero lo que ocurrió después lo contaron las personas que la sobrevivieron, y ésta es la historia que ha acabado formando parte de la tradición del pueblo.

Lydia Anderson murió a los ochenta y siete años. Siguió tan maravillosamente animada y con tan buen color como siempre hasta unas dos semanas antes de su muerte.

Una noche de luna estaba sentada junto a la ventana de su sala cuando de sus labios brotó una exclamación ahogada, y salió de la casa y cruzó la calle antes de que la vecina que la estaba cuidando pudiera hacer nada por impedírselo. La vecina la siguió tan deprisa como pudo y encontró a Lydia Anderson caída en el suelo ante la puerta de aquella casa vacía donde había vivido Luella Miller, y la anciana estaba muerta.

A la noche siguiente un fuego rojizo ardió bajo la luz de la luna, y la vieja casa de Luella Miller se quemó hasta los cimientos. Ahora sólo quedan de ella es algunas piedras del sótano y un parterre de lilas y, en verano, un breve sendero de dondiegos de día esparcidos por entre las malas hierbas, que muy bien podría ser considerado un emblema de la misma Luella.

FRANCIS MARION CRAWFORD

Pues la sangre es vida

[For the Blood is the Life]



Traducción de Albert Solé

Pues la sangre es vida



Habíamos cenado al anochecer en el espacioso techo de la gran torre porque durante los grandes calores del verano allí se estaba más fresco. Además, la cocinita estaba en una esquina de la gran plataforma cuadrada, por lo que era más cómodo comer allí que verse obligado a bajar los platos por la empinada escalera de piedra, que tenía algún peldaño roto y, en conjunto, estaba muy desgastada por la edad. La torre era una de aquellas construidas a lo largo de toda la costa oeste de Calabria por el Emperador Carlos V a comienzos del siglo XVI para mantener alejados a los piratas de Berbería, cuando los infieles estaban aliados con Francisco I contra el Emperador y la Iglesia. Casi todas se han convertido en ruinas, pero algunas siguen intactas y la mía es una de las grandes. Cómo llegó a ser propiedad mía hace diez años y por qué paso una parte de cada año en ella son asuntos que no guardan relación con esta historia. La torre se encuentra en uno de los parajes más solitarios del sur de Italia, en la extremidad de un promontorio rocoso que se curva formando un pequeño pero seguro puerto natural en la extremidad sur del Golfo de Policastro, justo al norte de Cabo Escalea, que según la vieja leyenda local es el lugar donde nació Judas Iscariote. La torre se alza en esa espuela de rocas, y no hay ni una sola casa visible en un radio de seis kilómetros a la redonda. Cuando voy allí me hago acompañar por un par de marineros, uno de los cuales es bastante buen cocinero, y cuando estoy fuera la torre queda a cargo de un pequeño ser parecido a un duende que en tiempos fue minero y que lleva mucho tiempo a mi servicio.

Mi amigo, que a veces me visita en mi soledad del verano, es artista de profesión y escandinavo de nacimiento, y cosmopolita por la fuerza de las circunstancias. Habíamos cenado bajo el ocaso; el resplandor del crepúsculo se había ido enrojeciendo para acabar desvaneciéndose, y la púrpura del anochecer fue tiñendo la vasta cadena de montañas que ciñen el profundo golfo por el este y van volviéndose cada vez más altas a medida que avanzan hacia el sur. Hacía calor y nos sentamos en la esquina de la plataforma que da a tierra, esperando que la brisa nocturna llegara de las colinas. La atmósfera fue perdiendo todo su color, hubo un breve intervalo de luminosidad grisácea y una lámpara proyectó un rayo amarillo desde el umbral de la cocina, donde estaban cenando los marineros.

Después la luna asomó de repente sobre la cresta del promontorio, inundando la

plataforma con su resplandor e iluminando todas las rocas y lomas cubiertas de hierba que había bajo nosotros hasta allí donde empezaban las tranquilas e inmóviles aguas. Mi amigo encendió su pipa y se dedicó a contemplar un punto de la ladera. Sabía qué estaba mirando, y llevaba mucho tiempo preguntándome si llegaría a ver algo que atrajera su atención. Conocía muy bien ese lugar. Estaba claro que por fin le interesaba, aunque pasó un buen rato antes de que hablara. Mi amigo tiene una gran confianza en sus ojos, como le ocurre a la mayoría de los pintores, igual que un león confía en su fortaleza y un ciervo en su velocidad, y el hecho de no poder reconciliar lo que ve con lo que cree que debería ver siempre le pone nervioso.

—Es extraño —dijo—. ¿Ves ese montículo que hay a este lado del peñasco?

—Sí —dije yo, y adiviné lo que vendría a continuación.

—Parece una tumba —observó Holger.

—Cierto. Parece una tumba.

—Sí —siguió diciendo mi amigo sin apartar los ojos de aquel lugar—. Pero lo extraño es que veo el cuerpo que yace sobre ella. Naturalmente —añadió, ladeando la cabeza tal y como suelen hacer los artistas—, debe de ser un efecto de la luz. En primer lugar, no es una tumba. En segundo lugar, si lo fuera el cuerpo estaría dentro y no fuera. Por lo tanto, es un efecto de la luz lunar. ¿No lo ves?

—Perfectamente; siempre lo veo en las noches de luna.

—No parece interesarte mucho —dijo Holger.

—Al contrario. Me interesa, aunque ya estoy acostumbrado. Y no te equivocas. Ese montículo es realmente una tumba.

—¡Tonterías! —exclamó Holger poniendo cara de incredulidad—. ¡Supongo que ahora me dirás que lo que veo sobre ella es realmente un cadáver!

—No —respondí—, no lo es. Lo sé porque me he tomado la molestia de ir hasta allí y echarle una mirada.

—Entonces, ¿qué es? —me preguntó.

—No es nada.

—Supongo que quieres decir que es un mero efecto de la luz.

—Quizá lo sea. Pero la parte inexplicable del asunto es que no importa si la luna está saliendo o si se oculta, o si está creciendo o menguando. Basta con que haya un poco de luz de luna, venga del este, del oeste o de lo alto, y que caiga encima de la tumba para que puedas ver los contornos del cuerpo que yace sobre ella.

Holger removió el tabaco de la pipa con la punta de su cuchillo, y después usó sus dedos para proteger la cazoleta. Cuando el tabaco ardió bien se levantó de su asiento.

—Si no te importa, iré hasta allí y le echaré una mirada —dijo.

Cruzó la plataforma y desapareció por los oscuros peldaños. Seguí inmóvil en mi asiento mirando hacia abajo hasta que le vi salir de la torre. Le oí entonar una vieja canción danesa mientras cruzaba la explanada bajo la intensa luz de la luna, yendo en línea recta hacia el montículo misterioso. Holger se detuvo cuando estaba a diez pasos de él, dio un par de pasos hacia adelante y luego tres o cuatro hacia atrás:

después volvió a quedarse quieto. Yo sabía cuál era el significado de aquellos actos. Había llegado al punto en el que la Cosa dejaba de ser visible; allí donde cambiaba el efecto de la luz, como habría dicho él.

Después siguió avanzando hasta llegar al montículo y subió a él. Yo seguía viendo a la Cosa, pero ahora ya no yacía sobre el suelo; estaba arrodillada, rodeando el cuerpo de Holger con sus blancos brazos y alzando la cabeza hacia su rostro. En ese instante el viento de la noche empezó a bajar de las colinas y una brisa fresca me revolvió el cabello, pero me pareció un hálito llegado de otro mundo.

La Cosa parecía estar intentando ponerse en pie, ayudándose con el cuerpo de Holger mientras él permanecía inmóvil, sin enterarse de nada y, aparentemente, con los ojos vueltos hacia la torre, que resulta muy pintoresca cuando la luz de la luna cae sobre ella desde ese lado.

—¡Vuelve! —grité—. ¡No te quedes ahí toda la noche!

Cuando bajó del montículo me pareció que se movía de mala gana, o con cierta dificultad. Sí, eso era. Los brazos de la Cosa seguían rodeándole la cintura, pero sus pies no podían abandonar la tumba. Holger avanzó lentamente y la Cosa se fue estirando, alargándose como una hilacha de niebla delgada y blanca hasta que vi claramente cómo el cuerpo de Holger se agitaba en el gesto del hombre que siente un escalofrío. En ese mismo instante la brisa me trajo un leve gemido de dolor —podría haber sido el grito del pequeño búho que vive entre las rocas—, y la presencia nebulosa abandonó rápidamente la silueta de Holger para volver flotando al montículo y acostarse cuan larga era sobre él.

Volví a sentir la brisa fresca en mis cabellos, y esta vez un gélido cosquilleo de temor me recorrió la columna vertebral. Recordaba muy bien haber ido al montículo bajo la luz de la luna; que cuando estuve cerca de él no vi nada y que, como Holger, me había subido a él; y recordaba que cuando volvía, seguro de que allí no había nada, había experimentado la repentina convicción de que bastaría con que me volviera a mirar para descubrir que sí había algo. Recordaba la fuerte tentación de mirar hacia atrás, una tentación que había resistido, pensando que era indigna de un hombre inteligente, hasta que me libré de ella haciendo el mismo gesto que Holger.

Y ahora sabía que esos blancos brazos de niebla también habían estado a mi alrededor; lo supe y me estremecí al recordar que esa noche también había oído el grito del búho nocturno. Pero no había sido el búho nocturno. Era el grito de la Cosa.

Volví a poner tabaco en mi pipa y llené mi copa con el fuerte vino del sur; en menos de un minuto Holger estaba nuevamente sentado junto a mí.

—Naturalmente, allí no hay nada, pero aun así el lugar produce una impresión bastante siniestra —me dijo—. ¿Sabes una cosa? Cuando volvía estaba tan seguro de que había algo a mi espalda que sentí el deseo de darme la vuelta y mirar… Necesité un auténtico esfuerzo de voluntad para no hacerlo.

Se rió, sacó las cenizas de la pipa dándole golpecitos y se sirvió un poco de vino. Permanecimos en silencio durante un rato. La luna siguió subiendo en el cielo y los

dos contemplamos a la Cosa que yacía sobre el montículo.

—Podrías inventarte una historia sobre eso —dijo Holger cuando había pasado bastante tiempo.

—Ya hay una historia —repliqué—. Si no tienes sueño te la contaré.

—Adelante —dijo Holger, al que le gustan las historias.

—El viejo Alario estaba muriéndose en la aldea que hay detrás de la colina. Estoy seguro de que le recuerdas. Dicen que hizo mucho dinero vendiendo joyas falsas en el sur de Africa, y que cuando le descubrieron logró escapar con sus ganancias. Cuando volvió hizo lo que hacen todas esas personas si logran regresar de sus correrías con algo de dinero: decidió reformar su casa para hacerla más grande, y como aquí no hay albañiles se trajo a dos hombres de Paola. Eran un par de canallas de aspecto temible: un napolitano que había perdido un ojo y un siciliano con una cicatriz de casi dos centímetros de profundidad que le recorría la mejilla izquierda. Les veía a menudo, pues los domingos solían venir hasta aquí para pescar en las rocas. Cuando Alario contrajo las fiebres que acabaron con su vida, los albañiles seguían trabajando. Habían acordado que una parte de su paga consistiría en la comida y el alojamiento, por lo que les hacía dormir en su casa. Su esposa había muerto, y tenía un hijo llamado Angelo que era mucho mejor que él. Angelo iba a casarse con la hija del hombre más rico de la aldea y, por extraño que parezca y aunque su matrimonio había sido acordado por los padres, se decía que los dos jóvenes estaban muy enamorados.

»La verdad es que toda la aldea estaba enamorada de Angelo, y entre los que le amaban había una hermosa criatura de espíritu salvaje llamada Cristina, más parecida a una gitana que ninguna de las chicas que he visto por aquí. Tenía los labios muy rojos y los ojos muy negros, poseía la constitución de un lebrel y la lengua de un diablo. Pero Angelo ni tan siquiera se fijaba en ella. Era un muchacho alegre y sencillo que no se parecía en nada al canalla que tenía por padre y, bajo lo que debería llamar circunstancias normales, estoy realmente convencido de que jamás habría mirado a ninguna chica salvo a la hermosa y regordeta joven provista de una considerable dote con quien su padre tenía intención de casarle. Pero los acontecimientos acabaron siguiendo un curso que no tuvo nada de normal ni de natural.

»Por otra parte, había un joven pastor de las colinas que hay sobre Maratea, un muchacho muy apuesto que estaba enamorado de Cristina, quien al parecer sentía la máxima indiferencia imaginable hacia él. Cristina no tenía ningún medio regular de subsistencia, pero era buena chica y estaba dispuesta a encargarse de cualquier trabajo o recorrer la distancia que fuese haciendo un recado a cambio de una hogaza de pan o un plato de judías, y el permiso para dormir bajo techado. Lo que más le alegraba era tener alguna misión que le permitiera rondar por la casa del padre de Angelo. La aldea no tiene médico, y cuando los vecinos comprendieron que el viejo Alario estaba muriéndose mandaron a Cristina a Escalea para que volviera con uno. Eso ocurrió a última hora de la tarde, y si habían esperado tanto tiempo era porque

mientras tuvo fuerzas para hablar aquel tacaño agonizante se negó a permitir semejante despilfarro. Su estado empeoró rápidamente mientras Cristina estaba fuera: el sacerdote fue llamado a su cabecera, y cuando hubo hecho lo que podía por él se volvió hacia los espectadores, les dijo que en su opinión el viejo había muerto y se marchó de la casa.

»Ya conoces a estas gentes. Sienten un auténtico horror físico a la muerte. Antes de que el sacerdote hablara la habitación estaba abarrotada. Unos instantes después de que aquellas palabras hubieran salido de su boca ya no quedaba nadie. Había anochecido. Todos bajaron corriendo los oscuros peldaños y salieron a la calle.

»Angelo estaba fuera, como ya te he dicho, Cristina aún no había regresado, la no muy espabilada sirvienta que había cuidado del enfermo huyó con los demás y el muerto se quedó solo a la parpadeante luz de la lamparilla de barro.

»Cinco minutos después dos hombres asomaron la cabeza cautelosamente por el umbral y fueron hacia la cama. Eran el albañil napolitano que sólo tenía un ojo y su compañero siciliano. Sabían muy bien lo que buscaban. Les bastó un instante para sacar de debajo del lecho una pequeña pero pesada caja con refuerzos de hierro, y mucho antes de que nadie pensara en volver junto al muerto ya habían aprovechado la protección ofrecida por la oscuridad para abandonar la casa y la aldea. Les resultó muy sencillo, pues la casa de Alario es la última que da a la garganta que lleva hasta allí, y los ladrones se limitaron a salir por la puerta trasera, treparon el muro de piedra y después de aquello ya no corrieron riesgo alguno, dejando aparte la posibilidad de encontrarse con algún aldeano que volviera tarde a su casa, posibilidad muy pequeña dado que pocos aldeanos usaban ese camino. Llevaban consigo un azadón y una pala, y llegaron hasta donde se proponían sin ningún tropiezo.

»Te estoy contando la historia tal y como debió de ocurrir pues, naturalmente, no hubo nadie que fuera testigo de esta parte. Los hombres transportaron la caja por la cañada con la intención de enterrarla hasta que pudieran volver y llevársela en un bote. Debían de ser lo bastante listos para suponer que parte del dinero estaría en billetes, pues de lo contrario habrían enterrado la caja en la arena húmeda de la playa, donde habría estado mucho más segura. Pero si se hubieran visto obligados a dejarla mucho tiempo en ese lugar el papel habría acabado pudriéndose, por lo que cavaron su agujero allí abajo, cerca de ese peñasco. Sí, justo allí donde está el montículo…

»Cristina no encontró al doctor de Escalea, pues éste había tenido que marcharse valle arriba, a un lugar que se encuentra a medio camino de San Domenico. Si le hubiera encontrado el doctor habría acudido en mula por el camino de arriba, que es menos abrupto pero mucho más largo. Pero Cristina tomó por el atajo que hay entre las rocas, que discurre a unos quince metros por encima del montículo y hace una curva alrededor de ese punto. Cuando pasó por allí los hombres estaban cavando y oyó el ruido que hacían. No habría sido propio de ella marcharse sin averiguar qué era aquel ruido, pues en toda su vida jamás le había tenido miedo a nada y, además, a veces los pescadores atracan de noche en la orilla para coger una piedra que les sirva

de ancla o buscar ramas con que encender una pequeña hoguera. La noche era muy oscura y Cristina probablemente se acercó bastante a los dos hombres antes de poder ver lo que hacían. Les conocía, claro está, y ellos la conocían a ella, y enseguida comprendieron que tenía sus vidas en su mano. Sólo podían hacer una cosa para asegurarse de que no correrían peligro, y la hicieron. La golpearon en la cabeza, ahondaron el agujero y la enterraron junto con la caja. Debieron de comprender que su única posibilidad de escapar a las sospechas estribaba en volver a la aldea antes de que alguien se percatara de su ausencia, pues volvieron inmediatamente, y media hora más tarde estaban conversando en voz baja con el hombre encargado de fabricar el ataúd de Alario. Aquel hombre era compinche suyo, y había estado trabajando en las reparaciones de la casa del viejo. Por lo que he podido averiguar, las únicas personas que se suponía que sabían dónde guardaba Alario su tesoro eran Angelo y la sirvienta que he mencionado antes. Angelo estaba lejos; fue la mujer quien descubrió el robo.

»Resulta bastante fácil comprender por qué nadie más sabía dónde estaba el dinero. El viejo siempre cerraba la puerta con llave y cuando salía de la casa se metía la llave en el bolsillo, y no dejaba que la sirvienta entrara a limpiar a menos que él estuviera presente. Aun así, toda la aldea sabía que tenía dinero escondido en algún sitio y los albañiles debieron de descubrir su paradero atisbando por la ventana durante su ausencia. Si el viejo no hubiera estado delirando hasta que perdió el conocimiento habría sufrido una espantosa agonía temiendo por sus riquezas. La fiel sirvienta sólo olvidó su existencia durante unos momentos mientras huía con los demás, abrumada por el horror a la muerte. Volvió cuando apenas habían pasado veinte minutos acompañada por dos viejas horrendas que siempre eran llamadas para preparar a los muertos antes del entierro. Al principio no tuvo el valor suficiente para acercarse a la cama, ni aun estando acompañada por ellas, pero fingió que se le caía algo al suelo, se puso de rodillas como para encontrarlo y miró debajo de la cama. Las paredes del cuarto habían sido encaladas recientemente hasta el suelo, y le bastó una mirada para darse cuenta de que la caja había desaparecido. Por la tarde estaba allí, así que la habían robado en el breve intervalo de tiempo transcurrido desde que abandonó la habitación.

»La aldea no tiene puesto de carabineros; ni tan siquiera hay un vigilante municipal, pues no hay municipio. Creo que jamás ha existido. Se supone que Escalea cuida de la aldea de alguna forma misteriosa, y se necesitan un par de horas para conseguir que alguien venga de allí. La anciana había pasado toda su existencia en la aldea, y ni tan siquiera se le ocurrió acudir a alguna autoridad civil para pedirle ayuda. Se limitó a lanzar un alarido y echó a correr por las oscuras callejas del lugar, gritando a pleno pulmón que habían robado en la casa de su amo. Muchos aldeanos se asomaron a mirar, pero al principio ninguno pareció inclinado a ayudarla. La mayoría se erigieron en jueces y murmuraron que probablemente era ella quien había robado el dinero. El primero que hizo algo fue el padre de la chica con quien Angelo

iba a casarse; reunió a los que vivían en su casa, todos los cuales sentían un interés personal por la riqueza que debía recaer en la familia, y declaró estar convencido de que la caja había sido robada por los dos albañiles que se alojaban en la casa. Encabezó su búsqueda, que naturalmente empezó en casa de Alario y terminó en el taller del carpintero, donde se encontró a los ladrones tomándose un poco de vino con el carpintero junto al ataúd a medio terminar, alumbrados por una lamparilla de barro llena de aceite y sebo. El grupo de búsqueda acusó inmediatamente a los delincuentes del crimen, y amenazó con encerrarlos en el sótano hasta que se pudiera hacer venir a los carabineros de Escalea. Los dos hombres se miraron el uno al otro durante un momento y después, sin la más mínima vacilación, apagaron la única luz de la estancia, agarraron el ataúd a medio terminar y, usándolo como si fuese una especie de ariete, se lanzaron sobre sus acusadores amparados por la oscuridad. Unos pocos instantes les bastaron para escapar.

»Ése es el final de la primera parte de la historia. El tesoro había desaparecido, y como no pudo hallarse ni rastro de él los aldeanos, como es natural, supusieron que los ladrones habían conseguido llevárselo consigo. El viejo fue enterrado, y cuando Angelo volvió por fin tuvo que pedir prestado dinero para pagar su miserable funeral, y se encontró con ciertas dificultades para conseguirlo. No hacía falta que le dijeran que al perder su herencia había perdido a su novia. En esta parte del mundo los matrimonios se guían por las más estrictas razones comerciales, y si el dinero prometido no aparece el día en que debe entregarse la novia o el novio cuyos padres no han podido cumplir su promesa ya puede olvidarse del matrimonio, pues éste no llegará a celebrarse. El pobre Angelo lo sabía. Su padre apenas si tenía tierras, y una vez esfumado el dinero que había traído del sur de África, lo único que le quedaba eran las deudas contraídas a causa de los materiales de construcción que habían sido utilizados para agrandar y mejorar la vieja casa. Angelo quedó convertido en un mendigo, y la hermosa y regordeta criatura que habría sido suya le dio la espalda con todo el desprecio exigido en tales casos. En cuanto a Cristina, pasaron varios días antes de que se la echara en falta, pues nadie recordaba que la habían enviado a Escalea para que trajera al doctor, quien nunca llegó a presentarse. Siempre había tenido la costumbre de esfumarse durante varios días seguidos cuando encontraba algún trabajo en las pequeñas granjas que había esparcidas por las colinas. Pero cuando pasó el tiempo y no volvió los habitantes de la aldea empezaron a hacerse preguntas, y acabaron convenciéndose de que había estado de acuerdo con los albañiles y se había escapado con ellos.

Hice una pausa y vacié mi vaso.

—Esta clase de cosas no podrían ocurrir en ningún otro sitio —observó Holger volviendo a llenar su sempiterna pipa—. El encanto natural que rodea al crimen y a la muerte repentina en un país tan romántico como éste siempre me ha asombrado. Hechos que en cualquier otro sitio resultarían simplemente brutales y repugnantes se vuelven dramáticos y misteriosos porque esto es Italia y vivimos en una auténtica

torre construida por Carlos V para defender la costa de unos auténticos piratas de Berbería.

—Sí, hay algo de razón en lo que dices —admití.

En el fondo Holger es el hombre más romántico del mundo, pero siempre cree necesario explicar sus sentimientos.

—Supongo que encontraron el cuerpo de la pobre chica junto a la caja —dijo pasados unos instantes.

—Como veo que parece interesarte te contaré el resto de la historia —dije yo.

La luna ya estaba muy alta en el cielo; nuestros ojos podían percibir con más claridad que antes los contornos de la Cosa del montículo.

—La aldea no tardó en volver a su existencia aburrida y prosaica de siempre. Nadie echaba de menos al viejo Alario, quien siempre había estado ausente debido a sus viajes por el sur de África y nunca había llegado a ser una figura familiar en el lugar de su nacimiento. Angelo vivía en la casa a medio terminar, y como no tenía dinero para pagar a la vieja sirvienta ésta no quiso quedarse con él, pero de vez en cuando se presentaba por allí y le lavaba una camisa en nombre de los viejos tiempos. Aparte de la casa, Angelo había heredado un trocito de tierra situado a cierta distancia de la aldea; intentó cultivarla, pero no se tomó la tarea con demasiado entusiasmo, pues sabía que jamás podría pagar los impuestos que gravaban la tierra y la casa, que acabaría siendo confiscada por el Gobierno, o subastada para pagar las deudas de los materiales de construcción, pues el suministrador se negaba a aceptar su devolución.

»Angelo era muy desgraciado. Mientras su padre vivía y era rico todas las chicas de la aldea habían estado enamoradas de él; pero ahora la situación había cambiado. Ser admirado y cortejado y que los padres que tenían hijas casaderas le invitaran a beber vino resultaba muy agradable. Soportar que le miraran con frialdad y, a veces, que se rieran de él porque le habían robado su herencia era muy duro. Él mismo se encargaba de preparar sus miserables comidas, y no tardó en ir pasando de la tristeza a la melancolía y el abatimiento.

»Al anochecer, cuando había terminado el trabajo del día, no iba a la explanada que hay delante de la iglesia para estar con los jóvenes de su edad, sino que se dedicaba a vagabundear por los parajes solitarios que había alrededor de la aldea hasta que se hacía noche cerrada. Después volvía a casa y se acostaba para ahorrarse el gasto de una luz. Pero aquellas horas solitarias del crepúsculo empezaron a traerle sueños extraños, aunque no estuviera dormido. No siempre estaba solo, pues cuando se sentaba en el tocón de un árbol, allí donde el angosto sendero se curva hacia la garganta, solía tener la seguridad de que una mujer se le acercaba sin que su caminar hiciera ningún ruido sobre las piedras, como si fuera con los pies descalzos; y se colocaba bajo un macizo de castaños situado a sólo media docena de metros del sendero, haciéndole señas para que se acercara sin decirle nada. Aunque estaba oculta entre las sombras, Angelo sabía que tenía los labios muy rojos, y cuando se separaban un poco para sonreírle enseñaba dos dientes pequeños y muy afilados. Al principio

fue más una sensación que algo claramente visible, y supo que era Cristina, y que estaba muerta. Pero no tenía miedo; se limitaba a preguntarse si era un sueño, pues pensaba que si hubiera estado despierto se habría asustado.

»Además, la muerta tenía los labios rojos y eso sólo podía ocurrir en un sueño. Cada vez que se acercaba a la garganta después de que el sol se hubiera ocultado ella ya estaba esperándole allí, o de lo contrario no tardaba mucho en aparecer, y empezó a estar seguro de que cada día se le acercaba un poco más. Al principio sólo había estado seguro de que su boca era tan roja como la sangre, pero ahora cada rasgo fue haciéndose más claro y aquel rostro pálido le contemplaba con ojos tan profundos como hambrientos.

»Los ojos eran lo que más le atraía de ella. Poco a poco supo que algún día el sueño no terminaría cuando él se diera la vuelta para regresar a casa, sino que le llevaría por la garganta de la que surgía la visión. Ahora, cuando le hacía señas estaba mucho más cerca de él. Sus mejillas no se hallaban lívidas como las de los muertos, sino que tenían la palidez de quien está famélico, con el hambre física, salvaje e imposible de apaciguar que había en esos ojos que le devoraban. Los ojos se alimentaban con su alma y arrojaban un hechizo sobre él, y acabaron clavándose en los suyos reteniendo su mirada. No sabía si su aliento era tan cálido como el fuego o tan frío como el hielo; no sabía si sus rojos labios quemaban los suyos o si los congelaban, o si los cinco dedos posados en su muñeca dejaban cicatrices humeantes o mordían su carne como la escarcha; no tenía forma de saber si dormía o estaba despierto, ni de averiguar si ella estaba viva o muerta, pero sabía que le amaba y que de entre todas las criaturas terrenas o ultraterrenas sólo ella y su hechizo tenían poder sobre él.

»Esa noche, cuando la luna subió por el cielo, la sombra de la Cosa no estaba sola en el montículo.

»Angelo despertó sintiendo el frescor de la mañana, empapado en rocío y con la carne, la sangre y los huesos helados. Abrió los ojos a la débil luz grisácea y vio que las estrellas seguían brillando sobre su cabeza. Se encontraba muy débil y su corazón latía tan despacio que sintió como si estuviera a punto de perder el conocimiento. Volvió lentamente su cabeza sobre el montículo, como si reposara encima de una almohada, pero el otro rostro no estaba allí. El miedo se apoderó repentinamente de él, un miedo indecible y desconocido; se levantó de un salto y huyó corriendo garganta arriba, y no miró hacia atrás hasta que llegó a la puerta de la casa que se alzaba en los aledaños de la aldea. Aquel día fue a trabajar con los hombros encorvados, y las horas se arrastraron cansinamente detrás del sol hasta que éste acabó tocando el mar y se hundió en él, y las grandes colinas de perfiles agudos que se alzaban sobre Maratea se volvieron de color púrpura recortándose contra el cielo del este, teñido de un gris pecho de paloma.

»Angelo se echó a la espalda su pesado azadón y abandonó el campo. Se sentía menos cansado que cuando había empezado a trabajar por la mañana, pero se

prometió a sí mismo que iría directamente a casa sin entretenerse en la garganta, que comería la mejor cena que pudiera prepararse y dormiría toda la noche en su cama como corresponde a un cristiano. No volvería al angosto sendero para dejarse tentar por una sombra de labios rojos y aliento helado; no volvería a soñar ese sueño de terror y deleite. Ya estaba cerca de la aldea; el sol se había puesto hacía media hora y la agrietada campana de la iglesia había enviado sus leves ecos discordantes a través de las rocas y las cañadas para decirle a todas las buenas gentes que el día había terminado. Angelo se quedó inmóvil un momento allí donde el sendero se bifurcaba, llevando hacia la aldea por la izquierda y hacia la garganta por la derecha, y donde un macizo de castaños dominaba el angosto sendero. Se quedó inmóvil durante un minuto, quitándose el maltrecho sombrero de la cabeza y contemplando el mar que se desvanecía rápidamente hacia el este, y sus labios se movieron mientras repetía en silencio la tan familiar plegaria del anochecer. Sus labios se movieron, pero las palabras que siguieron ese movimiento en su cerebro habían perdido todo significado y se habían convertido en otras palabras distintas, y terminaron con un nombre pronunciado en voz alta: ¡Cristina! La tensión de su voluntad se relajó repentinamente con ese nombre, la realidad se esfumó y el sueño volvió a apoderarse de él y le llevó consigo tan rápida y seguramente como a un hombre que camina dormido, abajo, abajo, por el angosto sendero que conducía a la creciente oscuridad. Y cuando se puso junto a él Cristina le habló en susurros al oído, contándole cosas tan extrañas como dulces, cosas que de haber estado despierto sabía que le hubiesen resultado imposibles de comprender del todo; pero ahora eran las palabras más maravillosas que había oído en toda su vida. Y también le besó, pero no en la boca. Sintió el pinchazo de sus besos sobre su blanca garganta, y supo que sus labios estaban muy rojos. Aquel sueño enloquecido siguió desarrollándose a través del crepúsculo, la oscuridad y la salida de la luna y toda la gloria de la noche veraniega. Pero con el alba helada volvió a encontrarse tumbado sobre el montículo, como si estuviera medio muerto, recordando y sin recordar lo ocurrido, despojado de su sangre y, aun así, sintiendo el extraño anhelo de ofrecerle todavía más a esos labios rojos. Después llegó el miedo, el pánico horrible que no tenía nombre, el horror mortal que vigila los confines del mundo que no vemos y que no conocemos como conocemos otras cosas, pero que sentimos en cuanto su gélida frialdad congela nuestros huesos y remueve nuestro cabello con el contacto de una mano fantasmal. Angelo volvió a levantarse de un salto y corrió por la garganta hacia el día que empezaba, pero esta vez sus pasos eran menos seguros y jadeaba en busca de aliento mientras corría; y cuando llegó al manantial de límpidas aguas que brota a medio camino de la colina cayó a cuatro patas ante él y hundió su rostro en el agua, y bebió como jamás había bebido antes, pues la suya era la sed del herido que ha pasado toda la noche desangrándose sobre el campo de batalla.

»Le tenía atrapado y no podía huir de ella: iría a verla cada ocaso hasta que le hubiera arrebatado su última gota de sangre. Cuando el día terminaba intentaba tomar

otro rumbo y volver a casa por un sendero que no pasara cerca de la garganta, pero todo era en vano. En vano se hacía promesas a sí mismo cada mañana cuando subía por el camino solitario que iba de la costa a la aldea. Todo era inútil, pues cuando el sol se hundía ardiendo en el mar y el frescor del anochecer emergía como de un escondite para deleitar al mundo cansado, sus pies se dirigían hacia el viejo sendero, y ella estaba esperándole bajo la sombra de los castaños; y entonces todo volvía a suceder como siempre, y ella empezaba a besarle su blanca garganta mientras se deslizaba sobre la tierra, rodeándole con un brazo. Y a medida que su sangre se iba agotando, el hambre de ella aumentaba y su sed crecía con cada día que pasaba, y cuando despertaba a primera hora del amanecer cada vez le resultaba más difícil reunir las fuerzas necesarias para subir por el empinado sendero que llevaba a la aldea; y cuando iba a trabajar el campo arrastraba los pies, y sus brazos apenas si tenían la fortaleza necesaria para blandir el pesado azadón. Ahora ya casi no hablaba con nadie, pero la gente decía que estaba "dejándose consumir" por el amor a la chica con quien tendría que haberse casado antes de perder su herencia; y reían jovialmente ante esa idea, pues este país no es muy romántico. Ésa fue la época en que Antonio, el hombre que vive aquí para cuidar de la torre, volvió de visitar a su familia, que habita cerca de Salerno. Había estado ausente desde antes de la muerte de Alario y no sabía nada de lo ocurrido. Me ha contado que regresó a última hora de la tarde y que fue directamente a la torre para comer y dormir, pues estaba muy cansado. Despertó cuando ya era medianoche pasada, y cuando miró hacia afuera la luna menguante estaba asomando por detrás de la colina. Sus ojos fueron hacia el montículo, y vio algo, y esa noche ya no volvió a dormir. Cuando volvió a salir por la mañana ya era de día, y en el montículo no había nada que ver, sólo guijarros y arena traída por el viento. Aun así no quiso acercarse demasiado a él; tomó por el camino que lleva a la aldea y fue directamente a la casa del viejo sacerdote.

»—Esta noche he visto a una criatura maligna —dijo—. He visto cómo los muertos beben la sangre de los vivos. Y la sangre es la vida.

»—Cuéntame lo que has visto —replicó el sacerdote.

»Antonio le contó todo cuanto había visto.

»—Esta noche debe traer su libro y su agua bendita —añadió—. Estaré aquí antes del crepúsculo para acompañarle, y si le place a su reverencia cenar conmigo mientras esperamos, me encargaré de prepararlo todo.

»—Vendré —respondió el sacerdote—, pues he leído viejos libros donde se habla de esas extrañas criaturas que no están ni animadas ni muertas, y que yacen en sus tumbas conservando eternamente la frescura de su carne, saliendo cautelosamente de ellas al anochecer para saborear la vida y la sangre.

»Antonio no sabía leer, pero le alegró ver que el sacerdote comprendía a qué se enfrentaban; pues, naturalmente, los libros debían de haberle instruido en cuanto a los mejores medios de aquietar para siempre a aquella Cosa que estaba medio viva.

»Antonio fue a cumplir con su labor, que consiste principalmente en sentarse del

lado de la torre donde hay sombra, cuando no está encaramado a una roca con una caña de pescar sin hacer ni una sola captura. Pero aquel día fue por dos veces al montículo para examinarlo a la luz del sol, y buscó a su alrededor para ver si había algún agujero por el que la criatura pudiese entrar y salir; pero no encontró ninguno. Cuando el sol empezó a hundirse en el horizonte y el aire se fue enfriando en las sombras, acudió a la casa del viejo sacerdote llevando consigo una cestita de mimbre; y dentro de ella colocaron una botella con agua bendita, la patena, el hisopo y la estola que necesitaría el sacerdote; y fueron por el sendero y esperaron en la puerta de la torre a que oscureciese. Pero mientras aún había luz, aunque muy débil y gris, vieron moverse algo: dos siluetas, un hombre que caminaba y una mujer que parecía deslizarse junto a él, y la mujer le besó la garganta mientras apoyaba su cabeza en el hombro de él. El sacerdote también me ha contado eso, y el que le castañetearon los dientes y que cogió a Antonio por el brazo. La visión pasó ante ellos y desapareció entre las sombras. Antonio cogió el frasco de cuero lleno de licor que guardaba para las grandes ocasiones, y se tomó tal dosis que el anciano casi volvió a sentirse joven; y agarró su linterna, su pico y su pala, y le dio al sacerdote la estola para que se la pusiera y el agua bendita para que la llevara, y fueron juntos hacia el lugar donde tenían que hacer lo que les había traído hasta allí. Antonio dice que a pesar del ron le temblaron las rodillas, y el sacerdote vaciló en el recitado de sus latines, pues cuando estaban a pocos metros del montículo la parpadeante luz de la linterna cayó sobre el pálido rostro de Angelo, inconsciente o sumido en un profundo sueño, y sobre su garganta y el hililllo de sangre que se deslizaba a lo largo de ella metiéndosele por el cuello de la camisa; y la parpadeante luz de la linterna cayó sobre otro rostro que se apartó del banquete, sobre dos ojos profundos y muertos que veían pese a la muerte, sobre unos labios entreabiertos más rojos que la mismísima vida, sobre dos dientes relucientes en los que brillaba una gota roja… Entonces el sacerdote cerró los ojos y echó una rociada de agua bendita ante él, y su voz cascada se alzó hasta convertirse casi en un grito; y Antonio, que después de todo no es ningún cobarde, alzó su pico en una mano y la linterna en la otra y saltó hacia adelante, no sabiendo en qué podría terminar todo aquello; y jura que entonces oyó un grito de mujer, y un instante después la Cosa había desaparecido y Angelo estaba solo sobre el montículo, inconsciente, con la línea roja en su garganta y las cuentas del sudor que acompaña a la agonía encima de su fría frente. Le cogieron en brazos y le depositaron en el suelo, cerca del montículo; después Antonio se puso a trabajar y el sacerdote le ayudó, aunque era viejo y no podía hacer gran cosa; y cavaron hasta una gran profundidad, y por fin Antonio, de pie dentro de la tumba, se inclinó con su linterna para ver si había algo en ella.

»Antes tenía el cabello de un castaño oscuro, con algunas mechas canosas en las sienes; en menos de un mes a partir de ese día lo tuvo tan gris como el pelo de un tejón. De joven había sido minero, y la mayoría de esas gentes han contemplado algún que otro espectáculo horrible cuando ha habido accidentes, pero nunca había

visto lo que vio esa noche…, esa Cosa que no está ni viva ni muerta, esa Cosa que no puede morar ni en la tumba ni encima del suelo. Antonio trajo consigo algo en lo que el sacerdote no se había fijado. Lo había fabricado esa misma tarde: era una estaca muy afilada hecha con un viejo trozo de madera muy dura que el mar había depositado en la arena. Ahora lo tenía consigo, y tenía también su pesado y robusto pico, y se había llevado la linterna al fondo de la tumba. No creo que ningún poder de la tierra pueda hacerle hablar de lo que ocurrió entonces, y el viejo sacerdote estaba demasiado asustado para mirar hacia el interior de la tumba. Dice haber oído que Antonio empezó a respirar tan deprisa como una bestia salvaje, y que se movía como si estuviera luchando con algo casi tan fuerte como él mismo; y dice que también oyó un sonido terrible acompañado de golpes, como si algo fuera introducido violentamente a través de la carne y el hueso; y después oyó el sonido más horrible de todos…, el chillido de una mujer, el grito ultraterreno de una mujer que no estaba ni viva ni muerta, pero que llevaba muchos días enterrada. Y el pobre y viejo sacerdote no pudo hacer nada salvo mecerse de un lado para otro arrodillado en la arena, gritando en voz alta sus plegarias y exorcismos para ahogar aquellos sonidos horrendos. Una pequeña caja con refuerzos de hierro salió disparada repentinamente hacia arriba y rodó por el suelo hasta chocar con la rodilla del anciano, y un instante después Antonio estaba junto a él, con el rostro tan blanco como el sebo a la parpadeante luz de la linterna, moviendo la pala con furiosa premura para llenar la tumba de arena y guijarros, y mirando por encima del borde hasta que el agujero estuvo medio colmado; y el sacerdote dijo que en las manos y la ropa de Antonio había mucha sangre fresca.

Había llegado al final de mi historia. Holger se terminó el vino y se reclinó en el asiento.

—Bueno, así que Angelo recobró lo que le pertenecía —dijo—. ¿Se casó con la joven regordeta a la que había estado prometido?

—No; la experiencia había resultado demasiado aterradora. Se marchó a Sudamérica, y desde entonces no se ha vuelto a saber nada de él.

—Y supongo que el cuerpo de esa pobre criatura sigue ahí —dijo Holger—. Me pregunto si estará del todo muerta…

Yo también me lo pregunto. Pero, tanto si está muerta como si está viva, no siento deseo alguno de verla, ni aun a plena luz del día. Antonio tiene la cabellera tan gris como el pelo de un tejón, y desde aquella noche nunca ha vuelto a ser el mismo de antes.

SEABURY QUINN

Almas en pena

[Restless Souls]



Traducción de Albert Solé

Almas en pena



—¡Diez mil diablillos verdes! ¡Vaya noche, vaya noche tan odiosa!

Jules de Grandin se detuvo bajo la entrada para vehículos del teatro y observó las cortinas de lluvia que caían del cielo con un feroz fruncimiento de ceño.

—Bueno, el verano está muerto y el invierno aún no ha llegado —le recordé intentando calmarle—. Estamos en octubre, y es lógico que tengamos algo de lluvia. El equinoccio de otoño…

—¡Espero que los demonios más selectos de Satanás se larguen volando con el equinoccio de otoño! —me interrumpió el pequeño francés—. *Morbleu*, sólo Dios sabe cuánto tiempo llevo sin ver el sol. ¡Además, me encuentro abominablemente hambriento!

—Eso es algo que sí podemos remediar —prometí, apartándole del refugio ofrecido por la cornisa y llevándole hacia mi coche—. ¿Y si nos pasamos por el Café Bacchanale? Siempre suelen tener algo bueno para comer.

—Excelente, magnífico —dijo Jules de Grandin con entusiasmo, instalándose ágilmente en el asiento trasero y bajándose el cuello del abrigo que se había subido para protegerse de la lluvia—. Es usted un auténtico filósofo, *mon vieux*. Siempre sabe decirme aquello que más deseo oír.

Los clientes del cabaret se lo estaban pasando en grande, pues era la noche del 31 de octubre, y la gerencia había preparado una fiesta especial de Halloween. Dejamos atrás el cordoncillo de terciopelo que colgaba a través de la entrada y apenas llegamos al comedor fuimos acogidos por un estallido de música. Una docena de ágiles jovencitas sucintamente vestidas estaban ejecutando unos giros muy complicados, dirigidas por una dama aparentemente desprovista de huesos cuyo atuendo se componía básicamente de tiras de tela con campanillas que le rodeaban el cuello, las muñecas y los tobillos.

—¿Conejo a la galesa? —sugerí—. Aquí lo preparan muy bien.

De Grandin asintió distraídamente con la cabeza mientras contemplaba a una pareja que comía en una mesa cercana.

—Amigo Trowbridge, tenga la amabilidad de observarles —me susurró justo cuando el camarero nos traía una bebida casi hirviente con que empezar la cena—. Comuníqueme los resultados de su examen, si es que obtiene alguno.

La chica «tumbaba de espaldas», como suele decirse. Era alta, esbelta y muy hermosa, y llevaba un traje de noche de color negro en el que no había ni el más mínimo adorno. Tampoco los había en el resto de su persona, dejando aparte el collar de pequeñas perlas de una sola vuelta que rodeaba su delgado y más bien largo cuello. Tenía el cabello de un castaño brillante, casi color cobre, y lo llevaba recogido alrededor de la cabeza formando una tiara griega: aquel marco rojizo hacía que su rostro pareciese una extraña flor situada al final de un largo tallo. Sus pestañas oscurecidas, el carmín de sus labios y la palidez de sus mejillas creaban una combinación de lo más interesante.

Cuando la observé con más atención me pareció que había en su rostro la vaga pero inconfundible expresión de quien sufre alguna enfermedad. No era nada definido, meramente la combinación de ciertos factores que atravesaron la cáscara de mi admiración puramente masculina y obtuvieron una respuesta de mis años de experiencia como practicante de medicina: un cierto tono azulado de la tez que para el profano significaba «palidez interesante», pero que al galeno le indicaba una pobreza de oxígeno en la sangre; una leve rigidez en los músculos situados alrededor de la boca que le daba una inclinación más bien patética a sus labios fruncidos en un hermoso mohín; y una apenas perceptible retracción allí donde se unían la mejilla y la nariz, que significaba fatiga de los nervios o los músculos, posiblemente de ambos.

Volví los ojos hacia el hombre que la escoltaba, mezclando distraídamente la admiración y el diagnóstico en mi cabeza, y mis labios se tensaron un poco mientras hacía una anotación mental: «¡Buscadora de oro!». El hombre tenía los huesos grandes y los rasgos toscos, la cabeza en forma de bala y el cuello grueso, y poseía la complexión blancuzca como el vientre de un sapo de quien bebe y duerme demasiado y apenas hace ejercicio físico. La muchacha le habló en un susurro apremiante y el rostro del hombre apenas si cambió de expresión. Todo en su actitud indicaba al propietario, como si aquella joven le perteneciera en cuerpo y alma porque la había adquirido a cambio de una buena suma, y sus ojos de pez no paraban de vagabundear por la sala posándose con un brillo codicioso en las mujeres atractivas que cenaban en las otras mesas.

—No me gusta. —El comentario de Jules de Grandin hizo que mi atención dejara de vagabundear y volviera a lo que nos ocupaba—. Es tan extraño como inexplicable; no es normal.

—¿Eh? —exclamé—. Tiene toda la razón; estoy de acuerdo con usted. Es vergonzoso. Que una muchacha semejante venda —o, quizá, sólo alquile—, su cuerpo a una criatura tal…

—*Non, non* —me interrumpió con voz algo irritada—. No siento ni el más mínimo deseo de censurar su comportamiento moral; eso es algo que sólo les concierne a ellos. Lo que me intriga es su tratamiento de la bebida.

—¿La bebida? —repetí yo.

—*Oui-da*, la bebida. Han pedido bebida por tres veces y, sin embargo, no le han

hecho caso en ninguna de esas tres ocasiones; la han dejado intacta sobre la mesa hasta que el *garçon* se la ha llevado. Y ahora le pregunto: ¿es normal eso?

—Bueno…, pues… —balbuceé intentando ganar tiempo, pero De Grandin siguió hablando.

—Mientras les observaba hubo un momento en el que la mujer pareció dispuesta a llevarse la copa a los labios, pero el gesto de su escolta la detuvo. No llegó a probar la bebida. ¿Qué clase de personas es capaz de no prestarle atención al vino…, el alma viva de la uva?

—Bien, ¿piensa investigarles? —le pregunté sonriendo.

Sabía que su curiosidad era casi tan ilimitada como su autoestima, y no me habría sorprendido demasiado ver cómo iba hacia la mesa de aquella extraña pareja y les pedía una explicación.

—¿Investigarles? —repitió con expresión pensativa—. Hum… Quizá lo haga.

Levantó la tapa de peltre de su jarra de cerveza produciendo un leve chasquido metálico, tomó un prolongado sorbo manteniendo su expresión pensativa y acabó inclinándose hacia adelante clavando sus ojillos redondos en los míos sin parpadear.

—¿Sabe de qué podría tratarse? —me preguntó.

—Naturalmente, es Halloween. Todos los diablillos andan sueltos por ahí robando las puertas de los jardines y llamando a las puertas de las casas…

—Puede que los diablos de mayor tamaño también anden sueltos por el mundo.

—Oh, vamos —protesté—, supongo que no hablará en serio…

—Sí, hablo en serio —afirmó solemnemente—. *Regardez s'il vous plait*.

Movió la cabeza señalando a la pareja de la otra mesa.

Sentado justo enfrente de la extraña pareja había un joven que iba solo. Era uno de esos jóvenes apuestos de lacia y lustrosa cabellera que pueden encontrarse por docenas en cualquier campus universitario. Si De Grandin hubiera presentado contra él las mismas acusaciones de desperdiciar los alimentos de que había hecho objeto a la pareja, habría estado igualmente justificado, pues el muchacho había dejado casi sin probar un plato bastante complicado mientras sus ojos extasiados devoraban a la chica sentada en la mesa contigua.

Me volví a mirarle y por el rabillo del ojo vi cómo el acompañante de la chica movía la cabeza señalando en esa misma dirección. Después se levantó y abandonó la mesa. Cuando fue hacia la puerta me di cuenta de que su paso recordaba más a los veloces movimientos de un animal que al caminar de un hombre.

En cuanto se quedó sola la chica se dio media vuelta, entornó los párpados y le lanzó una mirada tan indiferente al joven que resultaba imposible equivocarse en cuanto a su intención.

De Grandin observó con lo que me pareció un hosco desinterés cómo el joven se levantaba de su mesa para sentarse con ella y, dejando aparte alguna que otra mirada disimulada, no les prestó ninguna atención mientras se dedicaban al insulso intercambio de frases común en tales casos; pero unos minutos más tarde, cuando se

pusieron en pie para marcharse, me indicó que debíamos imitarles.

—Debemos averiguar qué dirección toman —me dijo—. Es muy importante.

—¡Oh, por el amor de Dios, tenga un mínimo de sentido común! —le reñí yo—. Déjeles flirtear, si es eso lo que quieren. Estoy seguro de que ahora se encuentra mucho mejor acompañada que cuando entró con…

—¡*Précisément*, exactamente, así es! —exclamó De Grandin—. Ese «mucho mejor acompañada» al que usted se refiere es justamente aquello en lo que pienso cuando me dejo dominar por la preocupación.

—Hum, no cabe duda de que el hombre con quien estaba sentada *era* un tipo de aspecto muy duro —admití—. Y pese a toda su bonita inocencia es posible que la chica sea el cebo de un juego sucio…

—¿Un juego sucio? *Mais oui*, amigo mío. ¡Un juego sucio en el que las apuestas son infinitamente elevadas! —Se volvió hacia el elegante portero del local—. *Monsieur le Concierge*, esa pareja, el joven y la mujer…, ¿se fueron por ahí?

—¿Eh?

—El joven y la muchacha…, ¿les ha visto salir? Nos gustaría saber en qué dirección se han ido…

Un arrugado billete de dólar cambió de manos y la memoria del portero revivió milagrosamente.

—Oh, ellos. Sí, les he visto. Cogieron un gran taxi negro y se alejaron en esa dirección. El conductor era un tipo bajito, un inglés. El joven daba la impresión de haber hecho una buena conquista… Aunque si el tipo duro que trajo aquí a la chavala se entera de que anda tonteando con ella puede acabar saliendo muy malparado. Ese fulano tiene cara de ser muy mala persona, y…

—Cierto, cierto —dijo De Grandin—. Y ese *monsieur le* Fulano de quien habla, ¿en qué dirección se marchó, si es tan amable?

—Se largó tan deprisa como si le persiguiera el mismísimo diablo hará unos diez minutos. Es un tipo bastante raro. Le observé cuando se alejaba por la calle, no por nada especial, entiéndame, pero estaba mirándole, desvié la vista un momento y cuando volví a mirar hacia allí había desaparecido. Cuando le vi por última vez estaba a mitad de la manzana, pero cuando volví a mirar ya no estaba allí. Que me cuelguen si sé cómo logró doblar la esquina en tan poco tiempo.

—Creo que su perplejidad está justificada —dijo De Grandin mientras yo detenía el coche junto a la acera. Una vez hubo entrado en él se volvió hacia mí y me dijo—: De prisa, amigo Trowbridge. Tenemos que localizarles antes de que desaparezcan en la tormenta.

Unos pocos minutos nos bastaron para divisar las luces traseras del gran coche en el que nuestra pareja se dirigía velozmente hacia las afueras de la ciudad. Les perdíamos de vez en cuando para volver a encontrarles casi de inmediato, pues la ruta que

seguían iba en línea recta por el bulevar Oriente hacia el Old Turnpike.

—Ésta es la mayor de las locuras que hemos cometido en todo el tiempo que llevamos juntos —gruñí—. Tenemos tan pocas probabilidades de alcanzarles como de… ¡Diablos, se han parado!

Por improbable qué parezca, el gran coche se había detenido ante la imponente Puerta Canterbury del cementerio Shadow Lawn.

De Grandin se inclinó hacia adelante en su asiento como un jockey montado sobre su caballo.

—¡Deprisa, amigo mío, con premura, a toda velocidad! —me suplicó—. ¡Debemos alcanzarles antes de que bajen del vehículo!

Todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Cuando frenamos junto al cementerio con nuestro motor haciendo tanto ruido como un caballo agotado, lo único que encontramos fue una limusina vacía y un chófer atónito que nos recibió con una amplia gama de profanidades.

—¿Por dónde, amigo mío…, por dónde se fueron?

De Grandin salió disparado del coche antes de que hubiera podido detenerlo del todo.

—¡Dentro del cementerio! —respondió el chófer—. Oiga, ¿qué diablos sabe usted acerca de esto? Me han hecho venir hasta este sitio donde el diablo dice «¡Buenas noches!» y me han dejado tirado como si fuese un trapo sucio… —Su voz cobró un agudo tono de falsete imitando a la de una mujer—. «No hace falta que nos espere, chófer, no volveremos», me dice. Dios Todopoderoso, ¿quién sino un cadáver puede entrar en un cementerio y no volver a salir?

—Ciertamente, ¿quién? —exclamó el francés y se volvió hacia mí—. Vamos, amigo Trowbridge, debemos apresurarnos, ¡tenemos que encontrarle pronto o será demasiado tarde!

El recinto funerario tenía una apariencia tan solemne como el propósito al cual estaba dedicado, y su oscura y lúgubre extensión se desplegó a nuestro alrededor cuando cruzamos la verja de la imponente entrada de piedra. Los caminos de gravilla bordeados por hileras dobles de piceas se curvaban alejándose como el dédalo de un laberinto, y el suelo negro con las ocasionales protuberancias de las tumbas o los monumentos funerarios de blanco mármol iba subiendo de nivel, aparentemente hasta el infinito.

De Grandin avanzó con paso rápido como si fuera un terrier que sigue el rastro de su presa, inclinándose de vez en cuando para pasar bajo la rama de algún árbol empapado por la lluvia, después de lo cual apretaba el paso yendo todavía más deprisa que antes.

—¿Conoce este lugar, amigo Trowbridge? —me preguntó durante una de sus breves paradas.

—Mejor de lo que quisiera —admití—. He estado aquí para asistir a varios funerales.

—¡Estupendo! —exclamó—. Entonces podrá decirme dónde se encuentra el… ¿cómo le llaman? ¿La cripta de recepción?

—Por allí, casi en el centro del recinto —respondí.

De Grandin asintió y reanudó su avance casi a la carrera.

Acabamos llegando al achaparrado mausoleo de piedra gris y De Grandin examinó todas las puertas, una detrás de otra.

—¡Es inútil! —anunció con expresión decepcionada después de que las grandes puertas metálicas de aquel sepulcro hubieran desafiado todos sus esfuerzos—. Parece que tendremos que buscar en otro sitio.

Corrió hacia la explanada reservada para aparcamiento de los coches fúnebres y examinó rápidamente lo que le rodeaba. Acabó tomando una decisión y salió disparado por el serpenteante camino que llevaba a una larga hilera de mausoleos familiares, moviéndose tan deprisa como si fuera un corredor en una prueba a campo traviesa. Se detuvo ante cada uno de ellos y trató de abrir las sólidas rejas metálicas de la entrada, observando su tenebroso interior con la ayuda de su linterna de bolsillo.

Visitamos una tumba tras otra hasta que me quedé sin aliento y sin paciencia.

—¿*A* qué viene todo esto? —le pregunté—. ¿Qué está buscando…?

—Lo que temo encontrar —replicó con voz jadeante mientras paseaba el haz luminoso de su linterna a nuestro alrededor—. Si hemos sido burlados… *¿Eh?* Mire, amigo mío, mire y dígame qué ve.

El angosto cono de luz proyectado por su linterna me permitió observar una silueta oscura que yacía sobre los peldaños de un mausoleo.

—Pero… ¡pero si es un hombre! —exclamé.

—Eso espero —replicó De Grandin—. Puede que sólo encontremos las reliquias de uno pero…, ¡eh! Bien. Todavía respira.

Cogí su linterna y moví el haz luminoso sobre la silueta inmóvil caída encima de los peldaños de la tumba. Era el joven al que habíamos visto salir del café acompañando a aquella mujer tan extraña. En su frente había un corte de feo aspecto que parecía haber sido causado por algún instrumento romo blandido con una fuerza terrible…, una cachiporra, por ejemplo.

Las expertas manos de mi amigo recorrieron con hábil rapidez el cuerpo del joven. Le apretó la muñeca con los dedos para tomarle el pulso y se inclinó para pegar el oído a su pecho.

—Vive —anunció en cuanto hubo terminado su inspección—, pero su corazón… No me gusta. Vamos, amigo mío; saquémosle de este lugar.

—Y ahora, *mon brave* —dijo media hora después cuando hubimos logrado revivir al joven inconsciente con sales aromáticas y compresas frías—, quizá tenga la amabilidad de explicarnos por qué abandona las moradas de los vivos para mezclarse con los muertos.

El paciente hizo un débil esfuerzo para incorporarse en la camilla, descubrió que le resultaba demasiado difícil, se rindió y volvió a recostarse.

—Creí que *estaba* muerto —confesó.

—¿Hum? —El francés le contempló entrecerrando los ojos—. Aún no ha respondido a mi pregunta, joven *monsieur*.

El muchacho hizo un segundo intento de levantarse. Una expresión de dolor se difundió por su rostro, se llevó la mano a la parte izquierda del pecho y cayó sobre la camilla, medio derrumbándose y medio retorciéndose.

—Deprisa, amigo Trowbridge, el nitrato de amilo…, ¿dónde está? —me preguntó De Grandin.

—Ahí. —Moví la mano señalando el armarito de las medicinas—. Encontrará tres dosis mínimas en la tercera botella.

Un instante después ya tenía en su mano las tres ampollitas de color perla. Rompió una por el centro con su pañuelo y acercó una mitad de la ampollita a las fosas nasales del joven.

—Ah, ya se siente mejor, *n'est-ce-pas, mi pobre amigo?* —le preguntó.

—Sí, gracias —replicó éste, aspirando otra honda bocanada de aquel potente tónico—, mucho mejor. ¿Cómo ha sabido lo que debía administrarme? —añadió un instante después—. No creía que…

—Amigo mío —le interrumpió el francés con una sonrisa—, yo ya trataba casos de *angina pectoris* cuando usted ni tan siquiera había sido concebido. Y ahora, si se encuentra lo suficientemente recuperado, ¿querrá decirnos por qué abandonó el Café Bacchanale y lo que ocurrió después? Esperamos su respuesta.

El joven bajó de la camilla, con De Grandin ayudándole por un lado y yo por el otro, y tomó asiento en un sillón.

—Me llamo Donald Rochester —dijo presentándose—, y ésta tenía que haber sido mi última noche en la tierra.

—¿Ah? —murmuró Jules de Grandin.

—Hace seis meses el doctor Simmons me explicó que padecía *angina pectoris* —*siguió* diciendo el joven—. Cuando hizo su diagnóstico mi caso ya estaba bastante avanzado, y me dio muy poco tiempo de vida. Hace dos semanas me dijo que tendría suerte si veía el final del mes, y el dolor estaba volviéndose más severo y los ataques más frecuentes; por lo que hoy decidí obsequiarme con una última fiesta, volver a casa y abandonar este mundo de una forma rápida y limpia.

—¡Maldición! —murmuré.

Conocía a Simmons: era un viejo pomposo y pagado de sí mismo, pero también era un médico de primera clase y un buen especialista en cardiología, aunque se mostraba brutal y despótico con sus pacientes.

—Pedí la clase de cena de la que no se me ha permitido disfrutar durante el último medio año —siguió diciendo Rochester—, y estaba a punto de empezar a saborearla cuando…, cuando la vi entrar. Ustedes… —Sus ojos fueron del rostro de Jules de Grandin al mío, como si esperara obtener más comprensión de un compatriota—. Ustedes también la vieron, ¿no?

—Perfectamente, *mon vieux* —dijo De Grandin—. Todos la vimos. Siga contándonos lo que ocurrió.

—Siempre había pensado que esas historias del amor a primera vista no eran más que un montón de estupideces, pero ya no opino lo mismo. Hasta olvidé mi cena de despedida. No tenía ojos ni cabeza para nada que no fuese ella. Pensé que si dispusiera de aunque sólo fuesen dos años más de vida nada podría impedirme que la cortejara y le pidiera que se casase conmigo…

—*Précisément*, desde luego, así es —le interrumpió el francés con expresión algo irritada—. Ya vemos que le dejó fascinado, *monsieur*, pero, en nombre de veinte mil monos azul claro, le ruego que nos cuente lo que hizo, no lo que pensó.

—Me limité a mirarla boquiabierto, señor. No podía hacer nada más. Cuando esa bestia enorme con la que estaba sentada se levantó y salió del local ella me sonrió, y este pobre corazón mío casi dejó de funcionar.

Cuando me sonrió por segunda vez ni todas las cadenas existentes en este país habrían bastado para mantenerme alejado de ella.

»Su forma de comportarse y caminar a mi lado cuando salimos del café…, cualquiera habría creído que me conocía de toda la vida. Tenía un gran coche negro esperando fuera. Subí a él y me senté a su lado. Antes de darme cuenta ya estaba contándole quién era, cuánto tiempo de vida me quedaba y el que lo único que sentía era perderla justo cuando acababa de encontrarla. Yo…

—*Parbleu*, ¿le contó eso?

—Desde luego que sí, y muchas cosas más…, antes de darme cuenta ya le había dicho que la amaba.

—Y ella…

—Caballeros, no estoy seguro de si la enfermedad que padezco debería provocarme delirios o no, pero estoy bastante seguro de que he tenido una experiencia extraña. Antes de contarles el resto quiero hacerles saber que no estoy loco; pero puede que haya sufrido un ataque al corazón o algo parecido que me haya dejado inconsciente y que lo haya soñado todo.

—Siga, *monsieur* —le ordenó De Grandin con expresión muy seria—. Le escuchamos.

—Muy bien. Cuando le dije que la amaba la chica se llevó las manos a los ojos, así, como si quisiera limpiarse algunas lágrimas que no había llegado a derramar. Había esperado que se enfadaría o que se echaría a reír, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Lo único que dijo fue: «Demasiado tarde…, ¡oh, demasiado tarde!».

»“Ya sé que es demasiado tarde”, respondí. “Ya te he dicho que es como si estuviera muerto, pero no podía dejar este mundo sin revelarte lo que sentía”.

»Y entonces ella dijo: “Oh, no es eso, querido mío. No me refería a eso. Yo también te amo, aunque no tengo derecho a decir semejante cosa…, no tengo derecho a amar a nadie… Para mí también es demasiado tarde”.

»Después la tomé en mis brazos y la estreché con todas mis fuerzas, y ella lloró

como si se le fuera a romper el corazón. Acabé pidiéndole que me hiciera una promesa. “Reposaré más tranquilo en mi tumba si sé que nunca volverás a salir con ese hombre horrendo junto al que te vi sentada esta noche”, le dije, y ella dejó escapar un grito ahogado y lloró todavía más desesperadamente que antes.

»Entonces me pasó por la cabeza la horrible idea de que quizá estuviera casada con él, y que a eso era a lo que se refería cuando dijo que ya era demasiado tarde; por lo que se lo pregunté a quemarropa.

»Su respuesta me pareció diabólicamente extraña. Me dijo: “Tengo que acudir a él siempre que lo desea. Le odio con un odio que nunca podrás comprender; pero cuando me llama tengo que ir a él. Es la primera vez que lo he hecho; ¡pero tendré que volver a hacerlo una vez, y otra, y otra más!”. Siguió repitiendo esas palabras hasta que la hice callar con mis besos.

»El coche se detuvo y salimos de él. Creo que nos hallábamos en una especie de parque, pero estaba tan absorto ayudándola a recuperar la compostura que apenas si me fijé en lo que nos rodeaba.

»Me llevó a través de una gran puerta y por un sendero serpenteante. Acabamos deteniéndonos ante una especie de albergue y la tomé en mis brazos para darle un último beso.

»No sé si el resto de lo que voy a contarles ocurrió realmente o si perdí el conocimiento y lo soñé. Lo que *creo* que ocurrió es lo siguiente: en vez de unir sus labios a los míos los puso *alrededor* de ellos y pareció aspirar el aliento de mis pulmones. Sentí cómo me debilitaba, igual que el nadador atrapado en un oleaje muy fuerte que le golpea y le maltrata hasta dejarle sin respiración, y mis ojos parecieron quedar velados por una especie de niebla; después todo lo que me rodeaba se fue volviendo de un color verde oscuro y sentí cómo mis rodillas empezaban a aflojarse. Todavía podía notar el contacto de sus brazos rodeándome, y recuerdo que me sorprendió lo fuertes que eran, pero entonces me pareció que acababa de ponerme los labios en la garganta. Seguí debilitándome con una especie de lánguido éxtasis, si es que eso tiene algún significado para ustedes… Era como irse quedando dormido poco a poco en una cama muy suave con una buena dosis de coñac en el estómago después de haber quedado agotado a causa del frío y el ejercicio físico. Lo siguiente que supe es que había perdido el equilibrio y había caído sobre los peldaños: mis rodillas estaban tan flácidas como las de un muñeco de trapo. Al caer debí de darme un golpe terrible en la cabeza, pues perdí el conocimiento, y lo siguiente que recuerdo es haber despertado para verles atendiéndome. Díganme, caballeros, ¿lo he soñado todo? Me… siento… muy… cansado.

A medida que pronunciaba esa frase su voz se fue haciendo cada vez más lenta, como si estuviera quedándose dormido, y la cabeza se le cayó hacia adelante mientras su mano se deslizaba sobre su regazo hasta acabar rozando el suelo con los músculos totalmente relajados.

—¿Ha muerto? —murmuré viendo cómo De Grandin cruzaba de un salto la

habitación y le abría el cuello de la camisa de un manotazo.

—No —respondió—. Más nitrato de amilo, por favor; revivirá dentro de un momento, pero no volverá a su casa hasta que prometa no destruirse a sí mismo. *Mon Dieu*y tanto su cuerpo como su alma quedarían destruidos si se incrustara una bala en el cerebro antes de que… ¡Ah! Mire, amigo Trowbridge, ¡lo que me temía!

En la garganta del joven había dos minúsculas perforaciones, como si una aguja muy fina hubiera sido introducida a través de un pliegue de la piel.

—Hum —comenté—. Si hubiera cuatro diría que le ha mordido una serpiente.

—¡Y así es! ¡En nombre de un hombrecillo azul, así es! —replicó De Grandin—. Una serpiente más virulenta y sutil que cualquiera de las que se arrastran sobre su vientre ha hundido sus colmillos en él; y le ha envenenado de una forma más terrible que si hubiera sido víctima de la mordedura de una cobra; pero juro por las alas del ángel de Jacob que nosotros impediremos que esa serpiente se salga con la suya, amigo mío. Le demostraremos que no se puede jugar con Jules de Grandin…, tanto ella como ese enamorado suyo de los ojos de pez aprenderán la lección; ¡de lo contrario, juro que mi cena de Navidad consistirá en repollos hervidos acompañados con agua de alcantarilla!

Al día siguiente De Grandin se presentó a desayunar con una cara muy seria.

—¿Tendría media hora libre esta mañana? —me preguntó mientras apuraba su cuarta taza de café.

—Supongo que sí. ¿Está pensando en algo especial?

—Ciertamente. Me gustaría volver al cementerio de Shadow Lawn. Querría examinarlo de día, si es tan amable.

—¿Shadow Lawn? —repetí yo, asombrado—. Pero ¿qué diablos…?

—Justamente —me interrumpió—. A menos que esté totalmente equivocado, creo que este asunto tiene mucho que ver con el diablo. Vamos; debe atender a sus pacientes y yo tengo cosas de las que ocuparme. En marcha.

La lluvia se había esfumado con la noche y cuando llegamos al cementerio un esplendoroso sol de noviembre brillaba en el cielo. Fuimos directamente a la tumba donde habíamos encontrado al joven Rochester la noche anterior. De Grandin se detuvo ante ella y la inspeccionó atentamente. Sobre el dintel de la inmensa puerta había tallada una sola palabra que De Grandin señaló con el dedo:

HEATHERTON

—Hum. —Sostuvo su puntiagudo mentón entre el pulgar y el índice con expresión pensativa—. Debo recordar ese apellido, amigo Trowbridge.

Dentro de la tumba, colocadas en dos hileras superpuestas, estaban las criptas que contenían los restos de los difuntos de la familia Heatherton: cada cripta tenía una

losa de mármol blanco unida con cemento a un marco de bronce, y una breve inscripción de dos líneas recogía el nombre y los datos vitales del ocupante. Los marchitos restos de una corona funeraria colgaban del anillo de bronce que adornaba el panel de mármol de la cripta más alejada sostenidos por una cinta anudada, y detrás del reseco círculo de rosas y hojas de rusco leí la siguiente inscripción:

ALICE HEATHERTON
28 de septiembre de 1906 - 2 de octubre de 1928

—¿Ve? —me preguntó.

—Veo que una chica llamada Alice Heatherton murió hace un mes a los veintidós años de edad —admití—, pero en cuanto a lo que eso tiene que ver con lo ocurrido anoche no…

—Naturalmente —me interrumpió con una risita en la que no había ninguna alegría—. Pero así es. Hay muchas cosas que usted no ve, mi viejo amigo, y hay muchas más ante las que se limita a parpadear, como un niño que se apresura a pasar las páginas desagradables de un libro de ilustraciones. Y ahora, si tiene la bondad de dejarme solo, hablaré con *Monsieur l'lntendant* de este hermoso parque y con algunas personas más. Si es posible volveré a tiempo para la cena, pero —alzó los hombros en un encogimiento cargado de fatalismo—, a veces el deber nos obliga a olvidarnos de la comida. Sí, desgraciadamente así ocurre a veces…

El consomé se había enfriado y el asado de cordero burbujeaba en el horno cuando oí sonar el teléfono de mi estudio.

—Trowbridge, amigo mío —dijo la voz de Jules de Grandin desde el otro extremo de la línea, agudizada por la emoción—, reúnase conmigo en Adelphi Mansions tan deprisa como pueda. ¡Le necesito como testigo!

—¿Testigo? —repetí—. ¿Qué…?

Un seco chasquido me informó de que había colgado el auricular, por lo que me quedé contemplando asombrado el mudo instrumento que tenía en la mano.

Cuando llegué, De Grandin estaba esperándome ante la entrada de aquel elegante edificio de apartamentos. Me hizo cruzar el umbral y me llevó por el vestíbulo alfombrado hasta los ascensores, negándose a contestar a mis impacientes preguntas. Cuando la cabina del ascensor salió disparada hacia arriba metió la mano en el bolsillo y sacó de él una pequeña instantánea sobre la que se veían las huellas dejadas por varios pulgares.

—La he tomado prestada de *le Journal* —me explicó—. Ellos ya no la necesitaban para nada.

—¡Cielo santo! —exclamé mientras contemplaba la foto—. Pe-pero si es…

—Desde luego que lo es —dijo De Grandin con voz impasible—. No cabe duda

de que es la chica a la que vimos anoche; la chica cuya tumba visitamos esta mañana; la chica que le dio el beso de la muerte al joven Rochester.

—Pero eso es imposible. Esa chica está……

Su breve carcajada me impidió terminar la frase.

—Estaba seguro de que diría justamente eso, amigo Trowbridge. Venga conmigo: oigamos qué puede decirnos al respecto la señora Atherton.

Una esbelta doncella negra vestida con un uniforme blanco y negro respondió a nuestra llamada y aceptó nuestras tarjetas para entregárselas a su señora. Cuando salió de la más bien suntuosa sala de recepción contemplé con cierta envidia lo que nos rodeaba, fijándome en las alfombras de China y Oriente Próximo, las antigüedades de caoba y un hermoso tapiz medieval con una escena de los *Nibelungenlied* bajo la que había una leyenda en letras góticas: «*Hic Siegriedum Aureum Occidunt* (Aquí mataron al dorado Sigfrido)».

—Doctor Trowbridge, doctor De Grandin…

Aquella voz suave y bien educada me hizo abandonar mi estudio del tapiz: una imponente dama de cabellos blancos acababa de entrar en la estancia.

—¡Señora, le pido mil perdones por esta intrusión! —De Grandin hizo entrechocar sus talones y la obsequió con una rígida reverencia—. Créame, no deseamos turbar su intimidad, pero hemos venido por un asunto de la máxima importancia. Disculpe que le pregunte en qué circunstancias murió su hija, pues soy de la *Sûreté* de París y mis pesquisas están relacionadas con la investigación científica.

La señora Heatherton era, para usar una frase algo sobada, «toda una dama». Nueve mujeres de cada diez se habrían quedado paralizadas nada más oír las palabras de Jules de Grandin, pero ella era la mujer número diez. La mirada tan directa que le había lanzado el pequeño francés y su evidente sinceridad, combinadas con los modales perfectos y el atuendo inmaculado, exigían una respuesta.

—Siéntense, caballeros —nos invitó—. No se me ocurre razón alguna por la que la tragedia de mi pobre niña deba interesar a un oficial de la policía secreta parisiense, pero estoy dispuesta a contarles todo lo que sé; de todas formas, los periódicos les darían una versión confusa y no demasiado fiel de lo ocurrido.

»Alice era mi hija pequeña. Ella y mi hijo Ralph se llevaban casi dos años exactos de diferencia. Ralph se graduó en ingeniería civil por la Universidad de Cornell hace dos años y fue a Florida para ocuparse de algunas obras. Alice murió mientras le visitaba.

—Pero…, disculpe lo que quizá pueda parecerle rudeza por mi parte, señora, pero su hijo… También está muerto, ¿no?

—Sí. —Nuestra anfitriona asintió con la cabeza—. También está muerto. Murieron casi al mismo tiempo. En Florida había un hombre de esta misma ciudad, Joachim Palenzke…, no es la clase de persona con la que solemos relacionamos, pero era el jefe de Ralph. Creo que tuvo algo que ver con la operación inmobiliaria que

motivó las obras. Cuando Alice fue a visitar a Ralph esa persona abusó de su posición y del hecho de que todos éramos de Harrisonville, y persiguió a mi hija de una forma absolutamente indecorosa.

—Comprendo. ¿Y qué ocurrió después? —preguntó De Grandin en voz baja y suave, instándola a proseguir.

—Ralph se enfadó muchísimo. Palenzke hizo algunas observaciones insultantes…, según me han contado, se trató de ciertas alusiones desagradables referentes a Alice y a mí. Se pelearon. Ralph no era demasiado corpulento pero tenía mucho valor. Palenzke era casi un gigante, pero en el fondo era un cobarde. Cuando vio que Ralph estaba a punto de vencerle sacó una pistola e incrustó cinco balas en el cuerpo de mi pobre hijo. Ralph murió al día siguiente después de haber pasado horas de terribles sufrimientos.

»Su asesino huyó a los pantanos, donde sería difícil seguirle el rastro con sabuesos, y según algunos tramperos acabó suicidándose pero debió de haber algún error pues… —Se quedó callada y se tapó la boca con un pañuelo arrugado, como si intentara contener los sollozos.

De Grandin se levantó de su asiento y le dio unas palmaditas en la mano, como si consolara a una criatura.

—Mi querida señora —murmuró—, le aseguro que todo esto me resulta muy doloroso, pero le ruego que me crea cuando le dijo que tengo mis razones para hacerle estas preguntas tan penosas para usted. Por favor, dígame por qué cree que la historia según la que ese malvado se suicidó no es cierta.

—Porque…, ¡porque volvieron a verle! ¡Él mató a Alice!

—*Nom d'un nom! Es* increíble! —El comentario casi fue un grito reprimido—. Señora, cuénteme lo ocurrido, dígame todo lo que sepa sobre ese acto tan espantosamente vil… Esto es de una gran importancia, y explica mucho de lo que hasta ahora resultaba inexplicable. ¡Siga, *chère Madame*, se lo imploro!

—La tragedia tuvo un efecto terrible sobre Alice…, parecía creer que ella era la responsable de que Ralph hubiera sido asesinado, pero pasados unos días se recuperó lo suficiente para dar comienzo a los preparativos necesarios y volver a casa con el cadáver.

»El ferrocarril más cercano quedaba a unos veinticinco kilómetros y quería coger un tren que salía a primera hora, por lo que se marchó en coche la noche anterior a la mañana en que debía coger el tren. El coche avanzaba por un tramo de carretera solitaria y mal iluminada con el pantano a los dos lados cuando alguien emergió de entre los cañizos —lo sabemos gracias a la declaración del chófer—, y saltó al estribo del coche en marcha. Dejó inconsciente al chófer de un solo golpe, pero no antes de haber sido reconocido. Era Joachim Palenzke. Cuando el chófer perdió el conocimiento el coche se dirigió hacia el pantano, pero afortunadamente para él el barro era lo bastante profundo para hacer que el motor se detuviera y no lo bastante profundo para engullir el vehículo. El chófer se recobró pasado un rato y dio la

alarma.

»Un grupo de búsqueda del sheriff les encontró a la mañana siguiente. Al parecer Palenzke había resbalado en el fango mientras intentaba escapar y se había ahogado. Alice estaba muerta…, los médicos dijeron que a causa del shock. Tenía los labios en un estado terrible, y había una herida en su garganta, aunque no era lo bastante seria para haber causado su muerte; y había sido…

—¡Basta! ¡No siga, señora, se lo suplico! *Sang de Saint Denis,* ¿acaso Jules de Grandin es un monstruo capaz de hacer rodar una piedra sobre el corazón destrozado de una madre? *Dieu de Dieuy non!* Pero respóndame a una pregunta más, si puede, y dejaré de interrogarla… ¿Qué fue de ese diez mil veces maldito…, le pido disculpas, señora…, de ese execrable *cochon* llamado Palenzke?

—Trajeron su cuerpo aquí para el entierro —replicó la señora Heatherton en voz baja—. Su familia es muy rica. Unos se dedicaron al contrabando de licor durante la prohibición, otros especulan con propiedades inmobiliarias, y algunos son políticos. La ceremonia se celebró en la iglesia ortodoxa griega y fue el funeral más suntuoso que jamás se haya visto —dicen que sólo las flores costaron más de cinco mil dólares —, pero el padre Apostolakos se negó a decir misa por él. Se limitó a recitar una breve plegaria y le negó el entierro en la parte consagrada del cementerio de la iglesia.

—¡Ah! —De Grandin me lanzó una mirada cargada de sobreentendidos cuyo significado parecía ser «¡Ya se lo había dicho yo!».

—Puede que esto también le interese, aunque no estoy segura —añadió la señora Heatherton—. Un amigo mío que conoce a un reportero del *Journal…,* los reporteros se enteran de todo, ya sabe —dijo con una encantadora ingenuidad—. Bien, ese amigo me contó que el cobarde realmente debió de intentar suicidarse y que no lo consiguió, pues había una señal de bala en su sien aunque, naturalmente, el disparo no debió de resultar fatal dado que le encontraron ahogado en el pantano. ¿Cree que pudo haberse herido a propósito allí donde pudieran verle esos tramperos para que la historia del suicidio se difundiera, esperando que los agentes de la ley dejarían de buscarle?

—Es muy posible —dijo De Grandin poniéndose en pie—. Señora, tenemos con usted una deuda mucho más grande de lo que jamás podrá imaginar, y aunque no puede saberlo al menos esta noche hemos conseguido ahorrarle un último dolor. *Adieu, chère Madame*, y que el buen Dios cuide de usted… y de los suyos.

Le rozó los dedos con los labios, hizo una reverencia y salió de la habitación.

Cuando cruzamos el umbral de la casa oímos el eco de un sollozo y el grito desesperado de la señora Heatherton.

—Yo y los míos… Ya no existen. ¡Todos han muerto, todos!

—*La pauvre!* —murmuró De Grandin mientras cerraba la puerta sin hacer ruido —. ¡Más razón para pedir que *le bon Dieu* cuide de ellos, aunque ella no lo sepa!

—¿Y ahora qué? —le pregunté, secándome furtivamente los ojos con mi pañuelo.

El francés no hizo esfuerzo alguno por ocultar sus lágrimas. Corrían por su rostro como si fuera un colegial.

—Vaya a casa, amigo mío —me ordenó—. Yo hablaré con el sacerdote de esa iglesia griega. Por lo que he oído de él debe de ser un hombre bueno y sabio. Pienso que creerá mi historia. Si no, *parbleu*, deberemos tomar el asunto en nuestras propias manos. Mientras tanto, suplíquele humildemente perdón a la excelente Nora por no haber acudido a disfrutar de su cena y pídale que prepare algún tentempié ligero. Después, esté listo para acompañarme de nuevo en cuanto lo hayamos consumido. *Nom d'un canard vert*, nos espera una noche muy atareada, mi viejo amigo!

Volvió cuando ya casi era medianoche, pero el brillo de sus ojos me reveló que había logrado cumplir con éxito algunas de sus «misiones».

—*Barbe d'une chèvre* —exclamó mientras liquidaba su sexto emparedado de cordero frío y vaciaba su octava copa de Ponte Canet—, ese padre Apostolakos no tiene ni un pelo de tonto, amigo mío. No es uno de esos pobres modernos de cabeza hueca tan sabios que no tienen ni idea de nada; un hombre versado en lo oculto puede hablar libremente con él y puede ser comprendido. Sí. Nos ayudará.

—¿Hum? —comenté yo, con la boca medio llena de pan y cordero.

—Exactamente —replicó De Grandin, volviendo a llenar su copa y cogiendo otro emparedado de la bandeja—. Exactamente, amigo mío… El buen *papa* es la autoridad suprema en los asuntos eclesiásticos, y mañana dará las órdenes necesarias sin necesidad de obtener ni un solo «permiso» de los respetables ex-contrabandistas, especuladores inmobiliarios y políticos que forman el ilustre clan Palenzke. ¿Ya no quedan emparedados y la botella está vacía? Bien, entonces pongámonos en marcha.

—¿Adónde? —le pregunté.

—A la casa del joven señor Rochester. Quiero volver a hablar con él.

Cuando salimos de la casa vi cómo sacaba un pequeño paquete oblongo del bolsillo de su chaqueta y lo metía en el del abrigo.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Algo que me ha prestado el buen padre. Espero que no tendremos ocasión de utilizarlo, pero si llega a ser preciso emplearlo nos resultará muy útil.

Una tenue neblina atravesada ocasionalmente por una lluvia gélida estaba cayendo sobre las calles cuando partimos hacia la casa de Rochester. Media hora de cautelosa conducción nos llevó a ese lugar, y cuando nos detuvimos junto a la acera el francés señaló una ventana iluminada del séptimo piso.

—Es la luz de su suite —me informó—. ¿Tendrá visitas a esta hora tan avanzada?

El ascensorista del turno de noche roncaba en una silla del vestíbulo y, guiado por el cauteloso gesto que me hizo De Grandin, le seguí hacia las escaleras.

—No hace falta que anunciemos nuestra presencia —murmuró mientras llegábamos al descansillo del sexto piso—. Creo que será mejor que nos presentemos

por sorpresa.

Subimos en silencio otro tramo de escalones y nos detuvimos ante la puerta del apartamento de Rochester. De Grandin golpeó suavemente el panel de madera, repitió la llamada de una forma más insistente y estaba a punto de probar suerte con el picaporte cuando oímos pisadas al otro lado de la puerta.

El joven Rochester llevaba un albornoz de seda encima del pijama y tenía la cabellera un tanto desordenada, pero no parecía adormilado ni especialmente contento de vernos.

—Tengo la impresión de que no nos esperaba —anunció De Grandin—, pero aquí estamos. Tenga la bondad de hacerse a un lado y dejarnos entrar, si es tan amable.

—No pueden entrar ahora —dijo el joven—. En este momento me es imposible verles. Si vuelven mañana por la mañana…

—Ya es mañana por la mañana, *mon vieux —le* interrumpió el pequeño francés—. Los relojes dieron la medianoche hace una hora.

Pasó junto a nuestro reluctante anfitrión y fue apresuradamente por el largo corredor que llevaba a la sala.

La habitación estaba elegantemente amueblada con un estilo típicamente masculino: robustos sillones de arce y nogal, alfombras turcas, una mesa con una lámpara y un gran sofá con muchos almohadones colocado ante una chimenea con rejilla de bronce tras la que relucía una capa de carbón. Un débil olor a humo de cigarrillos flotaba en el aire, pero mezclado con él se notaba el delicado y exótico aroma del heliotropo.

De Grandin se detuvo en el umbral, echó la cabeza hacia atrás y olisqueó la atmósfera como un sabueso que ha perdido el rastro. Delante de la entrada había un arco sobre el que se encontraba una varilla de bronce que sostenía dos gruesos cortinajes estampados al estilo Paisley, y De Grandin fue en línea recta hacia él con la mano derecha metida en el bolsillo del abrigo y el bastón de ébano que yo sabía ocultaba una espada levemente alzado en su mano izquierda.

—¡De Grandin! —protesté sorprendido, atónito al ver que se comportaba como si fuese el propietario del apartamento.

—No —le advirtió Rochester—. No debe…

Los cortinajes que colgaban del arco se separaron y una chica apareció entre ellos. El ceñido traje de tela púrpura que llevaba era casi tan diáfano como el humo, y pudimos ver a través de él los blancos perfiles de su cuerpo. Su cabellera cobriza fluía en una marea hendida por su rostro cayendo sobre la suave desnudez de sus hombros. Detenido sin haber llegado a completar el acto de dar un paso, un piececito descalzo mostraba su blancura y el azul de sus venas contrastando agudamente con el rojo color óxido de la alfombra de Bokhara.

Cuando sus ojos se encontraron con los del francés tragó aire haciendo un sonido sibilante y sus pupilas se dilataron a causa del miedo. En la expresión de su rostro no había vergüenza alguna; y tampoco había confusión por sentirse culpable ni el intento

de afrontar una situación desesperadamente embarazosa mediante el descaro. No, su expresión era la de alguien que se encuentra en un terrible peligro, y contempló a De Grandin tal y como podría haber contemplado a una serpiente de cascabel que avanzara ondulando hacia ella.

—¡Bien! —jadeó, y pude ver cómo la delgada tela de su traje se tensaba sobre sus senos—. ¡Así que lo sabe! Temía que lo descubriera, pero…

No llegó a terminar la frase. De Grandin dio un paso hacia ella y ladeó el cuerpo hasta que el bolsillo derecho de su abrigo quedó a un brazo de distancia de ella.

—*Mais oui, mais oui, Mademoiselle la Morte* —replicó De Grandin haciéndole una ceremoniosa reverencia, pero manteniendo la mano dentro de su bolsillo—. Lo sé, como muy bien ha dicho usted. Ahora la pregunta que se plantea es: «¿Qué vamos a hacer al respecto?».

—Oiga, ¿cuál es el significado de esta imperdonable intrusión? —le preguntó Rochester interponiéndose entre ellos.

El pequeño francés se volvió hacia él con una expresión levemente interrogativa en el rostro.

—¿*Usted* me pide una explicación? Bien, si es que hace falta dar explicaciones…

—Mire, maldita sea, no tengo por qué rendirle cuenta de mis actos a nadie. Alice y yo nos amamos. Vino a mí esta noche por voluntad propia y…

—*En verité?* —le interrumpió el francés—. ¿Y cómo vino, señor Rochester?

El joven contuvo el aliento de una forma parecida a la del corredor que lucha por normalizar su respiración al final de una prueba muy difícil.

—Yo…, salí un rato y cuando volví… —dijo con voz vacilante.

—Mi pobre amigo —volvió a interrumpirle De Grandin contemplándole con simpatía—, miente usted como un caballero, pero miente muy mal. Escúcheme y le diré cómo entró: esta noche, no sé exactamente cuándo pero bastante después de la puesta de sol, oyó un golpecito en su ventana o en su puerta y cuando se asomó a mirar, *voilà*, ahí estaba la hermosísima *demoiselle*. Creyó soñar, pero esos lindos dedos volvieron a golpear el cristal de la ventana y esos ojos tan adorables y luminosos le miraron lanzándole un mensaje de amor. Abrió la puerta o la ventana y la hizo entrar, decidido a seguir disfrutando con aquel sueño ya que no había posibilidad alguna de estar con ella en carne y hueso. Dígame, joven señor, y usted también, hermosa *mademoiselle*, ¿he descrito los hechos tal y como ocurrieron o no?

Rochester y la chica le contemplaron asombrados. El único testimonio de que había acertado lo dieron los temblorosos párpados del joven y el estremecimiento que hizo agitarse los delicados labios de la chica.

Un tenso y vibrante silencio reinó durante unos instantes en la habitación; después la joven dejó escapar un leve grito ahogado y avanzó sin hacer ruido dejándose caer de rodillas ante De Grandin.

—¡Tenga piedad de mí…, sea compasivo! —le suplicó—. Muéstreme la misma misericordia que quizá algún día desee recibir. Es tan poco lo que le pido… Usted

sabe *qué* soy; ¿sabe también quién soy y por qué ahora soy…, la criatura maldita que ve ante usted? —enterró el rostro en las manos—. Oh, es tan cruel…, ¡es demasiado cruel! —sollozó—. Era tan joven; toda mi vida se extendía ante mí. No conocí el auténtico amor hasta que ya era demasiado tarde. No puede ser tan implacable, no puede hacer que me marche con las manos vacías; ¡no *puede*!

—*Ma pauvre!* —De Grandin puso su mano sobre la reluciente cabellera de la joven—. ¡Mi pobre e inocente oveja que se encontró al carnicero allí donde tenía todo el derecho a jugar los juegos de las ovejas! Sé todo cuanto puede saberse sobre usted. Esta noche su santa madre me ha contado mucho más de lo que se imaginaba. No soy cruel, mi hermosa pequeña: soy todo simpatía y pena, pero la vida es cruel y la muerte todavía lo es más. Además, ya sabe cuál será el inevitable final de todo esto si me abstengo de cumplir con mi deber, ¿verdad? Si pudiera hacer un milagro abriría las puertas de la muerte y dejaría que viviera y disfrutara del amor hasta que le llegara el momento natural de morir, pero…

—¡No me importa cuál haya de ser el fin! —exclamó la joven echándose hacia atrás hasta quedar sentada en el suelo, con las plantas de sus pies descalzos mirando hacia arriba—. Sólo sé que se me ha robado aquello a lo que toda mujer tiene derecho por el simple hecho de nacer. Ahora he encontrado el amor y quiero disfrutar de él; ¡lo deseo! Él me pertenece, le digo que me pertenece… —Se encogió ante De Grandin, suplicándole—. ¡Piense en cuán poco le pido! —Se arrastró de rodillas hasta cogerle la mano entre las suyas y se la llevó a la mejilla—. Sólo le pido una gotita de sangre de vez en cuando; sólo una gotita insignificante para hacer que mi cuerpo siga intacto y conserve su belleza. Si fuera como las otras mujeres y Donald fuese mi amante no le importaría ofrecerme su sangre para una transfusión…, estaría dispuesto a darme cualquier cantidad de su sangre siempre que la necesitara. Entonces, ¿es pedirle demasiado cuando sólo quiero una gota de vez en cuando? Sólo una gota de vez en cuando y, algunas veces, un poco del hálito vital que hay en sus pulmones para…

—¡Para aniquilar su pobre cuerpo enfermo y, después, para destruir su alma joven y limpia! —la interrumpió el francés en voz baja y suave—. No es en los vivos en quien pienso más, sino en los muertos. Cuando haya perdido su vida por usted, ¿sería capaz de negarle el reposo de la tumba? ¿Le negaría el sueño apacible hasta que llegue el Gran Mañana de Dios?

—¡O-o-oh! —El grito que aquellas palabras le arrancaron a sus convulsos labios era como el gemido de un espíritu extraviado—. Tiene razón…, es su alma lo que debemos proteger. Lo que le pido también mataría esa alma, como murió la mía aquella noche en los pantanos. ¡Oh, Dios santo, ten compasión de mí! Tú que curaste a los leprosos y no despreciaste a la Magdalena, ¡ten piedad de mí, la impura, la que ha sido contaminada!

Ardientes lágrimas de agonía se deslizaron por entre los dedos de aquellas manos esbeltas y casi transparentes con las que se tapaba los ojos.

—Estoy preparada —anunció por fin, pareciendo haber encontrado el coraje necesario para renunciar a todo—. Haga lo que debe hacer. Si tiene que ser el cuchillo y la estaca, golpee con mano fuerte y veloz. Si puedo evitarlo, no gritaré.

De Grandin la miró durante un segundo interminable a la cara, y su expresión era la misma con la que podría haber contemplado a un ser muy querido que yacía dentro de su ataúd.

—*Ma pauvre* —murmuró con voz llena de compasión—. ¡Mi pobre, bella y valerosa muchacha!

Se volvió bruscamente hacia Rochester.

—*Monsieur* —dijo con voz seca—, deseo examinarle. Quiero averiguar qué tal anda su salud.

Observamos con expresión asombrada cómo le quitaba la chaqueta del pijama al joven y auscultaba atentamente su pecho, dándole golpecitos y fijándose en el ritmo y la velocidad de los latidos. Acabó pasándole lentamente la mano por el brazo.

—Hum —dijo con voz pensativa cuando hubo terminado su examen—, se encuentra en bastante mal estado, amigo mío. Con medicinas, muchos cuidados y más suerte de la que suele tener el médico podríamos mantenerle con vida otro mes. Naturalmente, entra dentro de lo posible que caiga muerto en cualquier momento… Pero le juro que nunca le he comunicado su sentencia de muerte a un paciente con tanta alegría como la que siento ahora.

Dos de nosotros le contemplamos enmudecidos por el asombro; la chica fue la única que le comprendió.

—Quiere decir… —susurró con voz temblorosa, con la risa y una luz como jamás he visto sobre el mar o sobre la tierra apoderándose de sus ojos—. Quiere decir que puedo tenerle hasta que…

De Grandin la obsequió con una sonrisa de placer.

—Exactamente, precisamente, así es, *mademoiselle* —replicó, y en su voz había una inconfundible alegría que casi llegaba a la risa. Le dio la espalda y se dirigió a Rochester—: Usted y *mademoiselle* Alice pueden amarse todo cuanto quieran mientras la vida siga alentando dentro de su cuerpo. Y después… —Alargó el brazo y tomó la mano de la joven—; después haré lo necesario…, por los dos. Ja, *Monsieur Diable*, te he engañado bien; ¡Jules de Grandin ha dejado en ridículo al infierno!

Echó la cabeza hacia atrás y asumió una postura desafiante con los ojos centelleando y los labios temblándole a causa de la excitación y el júbilo que sentía.

La chica se inclinó hacia adelante, le cogió la mano y la cubrió de besos.

—¡Oh, es usted tan bueno! —sollozó con voz a punto de quebrarse—. Sabiendo lo que sabe, ningún otro hombre habría hecho lo que acaba de hacer.

—*Mais non, mais certainement non*$_y$ *Mademoiselle* —dijo de Grandin con expresión imperturbable—. Olvida usted que soy Jules de Grandin… Vamos, Trowbridge, amigo mío, nuestra presencia aquí es una intrusión que esta joven no debe soportar —me dijo—. Nosotros apuramos el vino purpúreo de la juventud hace

muchos años, ¿qué hacemos aquí junto a los que ríen y pasan la noche entregándose al amor? Marchémonos.

Los enamorados nos siguieron hasta el vestíbulo cogidos de la mano, pero cuando nos detuvimos junto al umbral…

¡Rat-tat-tat! Algo golpeó la ventana empapada por la niebla y cuando giré sobre mis talones sentí cómo el aliento ardía en mi garganta. Más allá del cristal había una silueta humana que parecía flotar entre la niebla. Un examen más atento me reveló que era el hombre de rostro brutal que habíamos visto la noche antes en el café. Pero ahora su rostro feo y malvado era el del diablo, y no el de un mero hombre perverso.

—*Eh bien, monsieur*, ¿es usted, eh? —le preguntó De Grandin con voz despreocupada—. Pensé que quizá se decidiría a aparecer, por lo que estoy preparado para recibirle. No le invite a entrar —le ordenó secamente a Rochester—. No puede entrar a menos que alguien le invite a hacerlo… Abrace con fuerza a su amada y coloque la mano o los labios sobre su boca para que aquel de quien es sierva, aunque sea involuntariamente, no pueda darle permiso para entrar. ¡Recuerde, no puede cruzar el alféizar sin la invitación de alguno de los presentes en este cuarto!

Alzó la persiana y contempló a la aparición con ojos llenos de sarcasmo.

—*Monsieur le Vampire*, ¿tiene algo que decirnos antes de que le eche de aquí? —le preguntó.

La boca del ser que había al otro lado de la ventana se movió, pero la furia que sentía le había dejado sin palabras.

—¡Es mía! —logró chillar por fin—. La convertí en lo que es, y me pertenece. Volverá a ser mía, y esa cosa agonizante de rostro blanco como la harina que la abraza también lo será. ¡Todos vosotros me pertenecéis! ¡Seré el rey y el emperador de los muertos! Ni tú ni ningún mortal podéis detenerme. Soy omnipotente, supremo, soy…

—Eres el mayor mentiroso de todo el universo, dejando aparte a los que arden en las llamas del infierno —le interrumpió De Grandin con voz gélida—. En cuanto a tu poder y tus afirmaciones, *monsieur* Cara-de-Mono, mañana no tendrás nada, ni tan siquiera un trocito de tierra al que llamar tumba. Mientras tanto, contempla esto, engendro del diablo; ¡contémplalo y teme su presencia!

Su mano emergió velozmente del bolsillo del abrigo sosteniendo un estuchito parecido a esas carteritas de cuero que se usan para colocar las fotografías. Apretó un resorte oculto y la tapa se abrió. La criatura de la noche contempló el objeto que contenía con una mezcla de estupefacción, horror e incredulidad. Un instante después lanzó un grito salvaje y retrocedió: aquel espantoso movimiento me recordó el de un pez atrapado en el anzuelo.

—Veo que no te gusta —dijo el francés asintiendo con la cabeza—. *Parbleu*, apestoso truhán escapado del osario, ¡veamos qué efecto tiene su contacto!

Alargó el brazo hasta que el objeto contenido en el estuche de cuero casi tocó el rostro fantasmal que había al otro lado de la ventana.

Un alarido salvaje e inhumano despertó ecos en la noche y cuando el rostro demoníaco se apartó vimos que en su frente había un verdugón rojizo, como si el francés lo hubiese golpeado con un hierro candente.

—Cierren las ventanas, *mes amis* —nos ordenó con voz tan tranquila como si no hubiera ninguna presencia horrenda flotando al otro lado de la ventana—. Ciérrenlas bien, y abrácense el uno al otro hasta que llegue la mañana y haga huir las sombras. *Bonne nuit!*

—Por el amor del cielo —le dije mientras iniciábamos el trayecto de vuelta a casa —, ¿qué significa todo esto? Usted y Rochester la llamaron Alice, y es idéntica a la chica que vimos en él café la noche pasada. Pero Alice Heatherton está muerta. Esta noche su madre nos ha contado cómo murió; vimos su tumba esta mañana. ¿Hay dos Alice Heatherton, esta chica es su doble o…?

—En cierto modo —me respondió—. Amigo mío, la joven a la que acabamos de ver era Alice Heatherton, pero no era la Alice Heatherton de quien su madre nos habló esta noche, ni aquella cuya tumba vimos esta mañana.

—¡Deje de hablar en acertijos, por Dios! —exclamé sin poderme contener—. ¿Era o no era Alice Heatherton?

—Tenga paciencia, viejo amigo —me aconsejó—. Por ahora no puedo decírselo, pero dentro de poco se lo explicaré todo…, espero.

Estaba empezando a amanecer cuando los golpes que De Grandin daba en la puerta de mi dormitorio me sacaron de un sueño tan profundo como el coma.

—¡Arriba, amigo Trowbridge! —gritó, acentuando sus palabras con otro golpe asestado en la madera—. Arriba, y vístase lo más deprisa posible… Tenemos que partir inmediatamente. ¡Les ha ocurrido una tragedia!

Me levanté de la cama tambaleándome y sin saber muy bien lo que hacía, me puse la ropa a tientas y, con los ojos todavía velados por el sueño, bajé al vestíbulo: De Grandin me esperaba dominado por lo que parecía una frenética excitación.

—¿Qué ha sucedido? —le pregunté mientras nos dirigíamos hacia la casa de Rochester.

—Lo peor —me respondió—. El teléfono me despertó hace diez minutos. «Será una llamada para el amigo Trowbridge», me dije. «Algún paciente con *le mal de l'estomac* desea un pequeño paregórico y mucha simpatía. No le despertaré, pues el ajetreo de la noche le ha dejado agotado». Pero el timbre seguía sonando, así que acabé respondiendo. Era Alice, amigo mío. *Hélas*, el amor es fuerte pero la servidumbre que pesa sobre ella lo es todavía más. Aun así, después de que el daño estuviera hecho tuvo el valor suficiente para llamarnos. Recuerde eso cuando tenga que juzgarla.

Estuve a punto de disminuir la velocidad para pedirle una explicación pero De Grandin movió la mano en un gesto impaciente.

—De prisa; ¡oh, apresúrese, apresúrese! —me ordenó con voz apremiante—. Debemos reunimos con él lo más pronto posible. Puede que ahora ya sea demasiado tarde…

No había tráfico en las calles, y realizamos el trayecto hasta el apartamento de Rochester en un tiempo récord. Nos encontramos ante su puerta casi sin tiempo para darnos cuenta de ello, y De Grandin entró sin ninguna clase de ceremonias. Abrió la puerta de un manotazo, corrió por el pasillo y llegó a la sala, deteniéndose en el umbral para tragar aire.

—¡Ah! —jadeó—. Veo que ha sido muy concienzudo…

La habitación estaba destrozada. Los sillones habían sido volcados, los cuadros se hallaban torcidos, fragmentos de adornos y objetos varios yacían esparcidos por el suelo y el tapete que cubría la mesa de centro había sido arrancado salvajemente de su sitio, haciendo caer la lámpara y dispersando los ceniceros y las cajas de cigarrillos.

Donald Rochester yacía sobre la alfombra delante de la chimenea apagada, con una pierna doblada en una postura extraña debajo del cuerpo, el brazo derecho extendido flácidamente y la muñeca formando un ángulo recto con el resto del miembro.

El francés cruzó la habitación a la carrera abriendo su maletín mientras avanzaba. Se arrodilló junto a Rochester, auscultó con atención el pecho del joven durante unos instantes, le subió la manga, frotó su brazo con un algodón empapado en alcohol e introdujo la aguja de su hipodérmica a través de un pliegue de la piel.

—Hay una posibilidad entre un millón —murmuró mientras hacía bajar el émbolo de la hipodérmica—, pero la situación apremia; *le bon Dieu* sabe hasta qué punto…

El poderoso estimulante empezó a surtir efecto y los párpados de Rochester se movieron levemente. Gimió y ladeó la cabeza con un gran esfuerzo, pero no intentó levantarse. Me arrodillé junto a De Grandin y cuando le ayudé a incorporar al herido comprendí cuál era la causa de su sopor. Le habían roto la espina dorsal a la altura de la cuarta vértebra, dejándole paralizado.

—*Monsieur* —susurró el pequeño francés—, se está muriendo. El círculo del reloj contiene muchos más minutos de los que le quedan de vida. Cuéntenos lo que ha ocurrido, deprisa.

Volvió a inyectar más estimulante en el brazo de Rochester.

El joven se mojó sus labios azulados con la punta de la lengua e intentó tragar una honda bocanada de aire, pero descubrió que el esfuerzo era excesivo.

—Fue él…, aquel al que usted ahuyentó la noche pasada —murmuró con voz enronquecida—. En cuanto se marcharon Alice y yo nos acostamos sobre la alfombra, delante de la chimenea, contando nuestros minutos de estar juntos como un avaro podría contar su oro. Tenía mucho frío así que puse un poco más de carbón en el fuego, pero eso no pareció servir de nada. Empezó a jadear y a atragantarse, y dejé que tomara un poco de mi aliento. Eso la revivió y cuando hubo sorbido un poco de

sangre de mi garganta volvió a parecer la de siempre, aunque cuando se acostó junto a mí no pude detectar ningún latido de su corazón.

»Debió de ocurrir justo antes del amanecer…, no sé exactamente cuando, pues me había quedado dormido en sus brazos. Oí un ruido en la ventana y alguien que gritaba pidiendo que le dejaran entrar. Recordé su advertencia y traté de sujetar a Alice, pero se me escapó. Corrió hacia la ventana y la abrió de par en par mientras gritaba: “Entra, amo; ahora no hay nadie que pueda detenerte”.

»Se lanzó sobre mí y cuando Alice se dio cuenta de lo que pretendía hacer trató de impedírselo, pero la arrojó a un lado como si fuera una muñeca de trapo: la cogió por el cuello y la lanzó contra la pared. Oí cómo crujían sus huesos al chocar con ella.

»Luché con él pero la resistencia que pude ofrecer era tan escasa como la que habría presentado un niño de tres años que luchara conmigo. Me tiró al suelo y me rompió los brazos y las piernas con sus pies. El dolor fue terrible. Después me levantó en vilo y volvió a arrojarme al suelo, y ya no sentí más dolor, salvo esta terrible jaqueca. No podía moverme pero estaba consciente, y lo último que recuerdo fue ver cómo Alice y él salían por la ventana cogidos de la mano. Alice ni tan siquiera se volvió a mirar.

Se quedó callado durante unos momentos, luchando desesperadamente para recuperar el aliento y después, en voz todavía más baja que antes, añadió:

—Oh, Alice…, ¿cómo pudiste hacerlo? ¡Y yo que te amaba tanto!

—No se atormente, mi querido amigo —le dijo De Grandin—. No lo hizo por voluntad propia. Ese demonio la domina con un poder al que no puede resistirse. Está sujeta a él de una forma más completa de lo que jamás lo estuvo ningún esclavo negro a su amo. Escúcheme; y abandone este mundo pensando en lo que voy a decirle: ella le amaba y le ama. Estamos aquí porque ella nos llamó, y sus últimas palabras estuvieron llenas de amor hacia usted. ¿Me oye? ¿Me ha comprendido? Morir es muy triste, *mon pauvre*, pero estoy seguro de que morir sabiendo que se ama y se es amado es algo que no se encuentra al alcance de todos. Muchos hombres viven su existencia sin haber tenido tanto, y muchos cambiarían alegremente todos los años de su vida por cinco breves minutos del éxtasis que fue suyo ayer noche.

»—Señor Rochester, ¿me oye? —le preguntó con voz seca e imperiosa, pues el rostro del joven estaba cobrando el tono grisáceo que indica la proximidad de la muerte.

—S-sí. Me ama…, me ama. ¡Alice!

El nombre de la joven brotó de sus labios en un último suspiro, los músculos de su rostro se aflojaron y sus ojos adoptaron la fijeza vidriosa de los ojos que ya no ven nada.

De Grandin le bajó suavemente los párpados cubriendo aquellas pupilas incapaces de ver, le subió la mandíbula y empezó a ordenar la habitación con un metódico apresuramiento.

—Usted se encargará de firmar el certificado de defunción —me anunció como

sin darle importancia—. Nuestro joven amigo sufría de *angina pectoris*. Esta mañana tuvo un ataque y después de llamarnos se cayó del sillón en que estaba sentado cuando intentaba coger su medicina: como resultado de la caída se fracturó varios huesos. Cuando llegamos le encontramos agonizando, pero vivió el tiempo suficiente para contarnos lo sucedido. ¿Me ha comprendido?

—Que me cuelguen si entiendo algo de esto —negué—. Sabe tan bien como yo que…

—Que la policía nos hará muchas preguntas incómodas —me recordó—. Somos las últimas personas que le vimos con vida. Suponiendo que les dijéramos la verdad, ¿piensa que nos creerían?

Seguí sus órdenes al pie de la letra por mucho que me disgustaran, y una hora después el cuerpo del joven fue entregado al forense Martin, quien se ocuparía de él.

Rochester era huérfano y carecía de familia, por lo que De Grandin asumió el papel de amigo más cercano: se encargó de hacer todos los arreglos necesarios para el funeral y ordenó que los restos fueran incinerados sin tardanza. Las cenizas le serían entregadas para que dispusiera de ellas en la forma que le pareciese más conveniente.

Estos arreglos y mis visitas profesionales consumieron la mayor parte del día. A las cuatro de la tarde me hallaba totalmente agotado, pero De Grandin, infatigable, parecía tan fresco como al amanecer.

—Todavía no, amigo mío —dijo cuando me disponía a dejarme caer en mi sillón —. Aún tenemos algo que hacer. ¿No oyó la promesa que le hice al nunca suficientemente anatematizado Palenzke la noche anterior?

—¿Su promesa?

—*Précisément*. Le tenemos reservada una gran sorpresa.

La curiosidad venció a mi fatiga y le llevé a la pequeña iglesia ortodoxa griega refunfuñando entre dientes. Estacionado junto a la puerta estaba el severo vehículo negro de un empresario de pompas fúnebres: su conductor bostezaba audiblemente ante el retraso impuesto a su misión.

De Grandin subió corriendo los peldaños con paso ligero, entró en la iglesia y volvió unos minutos después acompañado por un venerable sacerdote ataviado con todas las insignias de su condición.

—*Allons, mon enfant—\t* dijo al chófer—. Póngase en marcha; nosotros le seguiremos.

Los imponentes muros de granito del Crematorio North Hudson se alzaron ante nosotros, pero ni tan siquiera entonces logré comprender los motivos de aquella alegría que De Grandin apenas podía contener.

Al parecer ya se habían hecho todos los preparativos. El padre Apostolakos recitó la plegaria del entierro ortodoxo en la pequeña capilla que había sobre el incinerador, y el ataúd fue esfumándose lentamente por el ascensor disimulado que lo llevaría hasta la cámara de incineración situada más abajo.

El anciano sacerdote nos hizo una cortés reverencia y abandonó el edificio en

dirección a mi coche. Me disponía a seguirle cuando De Grandin me hizo una seña imperiosa.

—Todavía no, amigo Trowbridge —dijo—. Acompáñeme abajo y le enseñaré algo.

Fuimos a la cámara subterránea donde se llevaba a cabo la incineración. El ataúd reposaba sobre una carretilla ante la abertura que daba acceso a la caverna del horno, pero De Grandin detuvo a los ayudantes cuando se disponían a introducirlo en ella. Avanzó de puntillas sobre el suelo embaldosado y se inclinó sobre el ataúd, indicándome que me reuniera con él.

Cuando me puse a su lado reconocí los toscos y malignos rasgos del hombre al que habíamos visto con Alice en el café: era aquel mismo rostro bestial y furioso que la noche antes nos había dirigido amenazas y maldiciones desde el otro lado de la ventana de Rochester. Estuve a punto de retroceder, pero el francés me agarró firmemente por el codo haciendo que me acercara todavía más al cuerpo.

—*Tiens, Monsieur le Cadavre* —murmuró mientras se inclinaba sobre aquella cosa muerta—, ¿qué piensa de esto, *hein*? Usted que iba a ser rey y emperador de todos los muertos, que alardeó de que ningún poder terrestre podría detenerle…, Jules de Grandin le prometió que no tendría nada, ni tan siquiera un pedazo de tierra al que llamar tumba, ¿verdad? *Bah*, asesino y violador de mujeres, homicida inmundo, ¿dónde está ahora su poder? Váyase…, váyase al horno que le llevará al fuego del infierno, ¡y llévese esto con usted!

Frunció los labios y escupió en el frío rostro del cadáver.

Quizá fuera un engaño producto de mis nervios cansados o una ilusión óptica causada por las luces eléctricas, pero creo que vi cómo aquel cadáver que llevaba mucho tiempo enterrado se retorcía dentro de su ataúd, y una expresión de odio tan terrible como imposible de describir desfiguró aquellos rasgos cerúleos.

De Grandin dio un paso hacia atrás, le hizo una seña a los ayudantes y el ataúd se deslizó sin ningún ruido hacia el interior del horno. La bomba de presión empezó a funcionar con un leve chirrido y un instante después oímos el rugir apagado de las llamas producidas por la gasolina que brotaba de los quemadores.

De Grandin encogió sus flacos hombros.

—*C'est une affaire finie*.

Volvimos al cementerio Shadow Lawn poco después de la medianoche. De Grandin me guió hasta el mausoleo de la familia Heatherton avanzando sin ninguna vacilación, como si acudiera a una cita. Abrió las enormes puertas de bronce con una llave que había conseguido no sé dónde y me ordenó que montara guardia en el exterior.

Entró en la tumba alumbrándose con su linterna eléctrica llevando un paquete cubierto con una tela debajo del brazo. Un instante después oí un ruido de metal

contra metal y el sonido de algún objeto pesado que era arrastrado por el suelo; a continuación hubo un largo silencio que acabó poniéndome bastante nervioso y, por fin, un grito medio ahogado, el tipo de grito que emite el paciente sentado en el sillón del dentista cuando se le extrae una muela sin anestesia.

Otro período de silencio, roto por el deslizarse de objetos pesados que eran llevados de un lado para otro, y el francés emergió de la tumba con las lágrimas corriéndole por el rostro.

—Paz —anunció con voz entrecortada—. Le he dado la paz, amigo Trowbridge, pero ¡oh!, qué terriblemente doloroso ha sido oírla gemir, y todavía lo ha sido más ver cómo su hermoso cuerpo que aún parecía vivo se estremecía bajo el abrazo implacable de la muerte. Ver morir a los vivos es fácil de soportar, mi viejo amigo, ¡pero ver morir a los muertos…! ¡*Mordieu*, cada vez que piense en lo que la clemencia me ha obligado a hacer esta noche mi alma sufrirá tormentos infinitos!

Jules de Grandin escogió un puro del humidificador y lo encendió con la precisión típica de todos sus movimientos.

—Admito que los acontecimientos de los últimos tres días han sido indiscutiblemente extraños —dijo mientras enviaba una nube de humo aromático hacia el techo—. Pero ¿qué tiene eso de sorprendente? Todo lo que se encuentra fuera del radio de nuestras experiencias cotidianas resulta extraño. Para quien no ha estudiado biología ver una ameba al microscopio es un espectáculo de lo más extraño; estoy seguro de que los esquimales encontraron rarísimo al aeroplano de *monsieur* Byrd y nosotros opinamos que cuanto hemos visto estas últimas noches es muy extraño. Lo es, por suerte para nosotros y para toda la humanidad.

»Empecemos por el principio: hoy en día existen ciertos protozoos que probablemente son idénticos a las primeras formas vitales que hubo sobre la faz de la tierra y, del mismo modo, todavía existen ciertos restos de un mal muy antiguo, aunque su número disminuye continuamente. Hubo una época en que la tierra estaba infestada por ellos: diablos y su parentela, duendes, sátiros y demonios, elementales, licántropos y vampiros… Todos eran numerosos; todos, quizá, existen actualmente en número considerable, aunque no sabemos de su existencia y la mayoría de nosotros ni tan siquiera hemos oído hablar de ellos. Esta vez nos vimos obligados a tratar con el vampiro. Sabe de qué le hablo, ¿verdad?

»Siendo precisos, el vampiro es un alma atada a la tierra, un espíritu que ha cometido muchos pecados y actos malvados y que, como resultado, se encuentra sujeto al mundo en el que cometió esas maldades y no puede desplazarse hasta el lugar que le corresponde. En la India hay muchos vampiros, así como en Rusia, Hungría, Rumanía y por todos los Balcanes…, el vampiro parece medrar en todos aquellos lugares donde la civilización es vieja y decadente. A veces roba el cuerpo de alguien que ya ha muerto; a veces permanece dentro del cuerpo que tuvo en vida y

nunca es más terrible que entonces, pues necesita alimento para ese cuerpo, pero su alimento no es el que usted o yo consumimos. No, el vampiro subsiste gracias a la fuerza vital de los que todavía no han muerto, fuerza que absorbe a través de su sangre, pues la sangre es vida. Debe chupar el aliento de aquellos que viven o no podrá respirar; debe beber su sangre o morirá de hambre. Y aquí es donde surge el peligro: un suicida, alguien que muere bajo una maldición *o alguien a quien se le ha inoculado el virus vampírico* debido a que un vampiro le ha chupado la sangre se convierte en vampiro después de la muerte. Es posible que esa persona no haya cometido mal alguno, y de hecho eso es lo que suele ocurrir, pero aún así estará condenada a vagar de noche alimentándose incesantemente con los vivos, reclutando nuevos miembros con que engrosar las horrendas filas de su tribu. ¿Comprende lo que le digo?

»Piense en el caso que nos ha ocupado: este *sacré* Palenzke, debido a que cometió un asesinato y se suicidó, quizá en parte a causa de sus antepasados eslavos, quizá también por sus otros muchos pecados, se convirtió en un vampiro después de haberse arrebatado la vida. El informante de la señora Heatherton no se equivocó: Palenzke se había destruido a sí mismo, pero su cuerpo maligno y su alma todavía más maligna seguían unidos el uno al otro, con lo que la amenaza que representaban para toda la humanidad era diez mil veces mayor que cuando estaban juntos en la vida natural.

»Palenzke se alzó del pantano con todos los poderes sobrenaturales que le confería su vida-en-la-muerte, le tendió una emboscada a *mademoiselle* Alice, atacó a su chófer y se la llevó a las ciénagas para someterla a sus maldades, satisfaciendo a la vez su lujuria bestial, la sed de sangre del vampiro y el deseo de venganza que sentía porque ella había rechazado sus insinuaciones. Cuando la mató la convirtió en otra criatura como él. Además consiguió adquirir un dominio irresistible sobre ella. Era su juguete, su autómata, algo desprovisto de toda voluntad propia. Debía hacer lo que le ordenara, por mucho que odiara hacerlo. Quizá recuerde que le dijo al joven Rochester que debía seguir a ese villano aunque le odiaba; y quizá recuerde también cómo le permitió entrar en el apartamento cuando ella y su amado yacían el uno en brazos del otro, aunque permitirle entrar significaría la perdición de Rochester…

»Si el vampiro pudiera añadir los poderes de los vivos a sus poderes de criatura muerta no tendríamos defensa contra él, pero por fortuna se encuentra sujeto a leyes que le es imposible vulnerar. No puede cruzar por sí solo un curso de agua en movimiento, necesita que alguien le lleve; no puede entrar en ninguna morada de los vivos a menos que reciba la invitación de alguien que se encuentre dentro de ella; puede volar por los aires, entrar por el agujero de una cerradura, la rendija de una ventana o el quicio de una puerta, pero sólo puede moverse de noche…, entre el crepúsculo y el canto del gallo. Desde el amanecer hasta que anochece no es más que un cadáver tan indefenso como cualquier otro despojo mortal y debe yacer en su tumba, sumido en la inmovilidad de los muertos. En esos momentos se le puede

matar con facilidad, pero sólo utilizando ciertos métodos. El primero requiere atravesarle el corazón con una estaca de fresno y cercenarle la cabeza: el vampiro habrá muerto y no podrá volver a levantarse de la tumba para molestarnos. El segundo requiere quemar su cuerpo hasta convertirlo en cenizas: el vampiro habrá desaparecido, pues el fuego limpia todas las cosas.

»Ahora que dispone de esta información haga encajar las piezas del rompecabezas que tan perplejo le tiene: cuando estábamos en el Café Bacchanale el aspecto de aquel hombre no me gustó nada. Tenía el rostro de un muerto y los rasgos de un villano nato, así como los ojos de un pez. En cuanto a su compañera, su belleza era totalmente irreprochable aunque ella también tenía un aspecto extraño, como si no perteneciera a este mundo. Empecé a sentir curiosidad por ellos, me dediqué a observarles por el rabillo del ojo y cuando vi que no comían ni bebían nada aquello me pareció no sólo extraño sino amenazador. La gente normal no hace tales cosas; la gente anormal suele resultar peligrosa.

»Cuando Palenzke dejó sola a la joven después de indicarle que flirteara con el joven Rochester la situación me gustó todavía menos que antes. Lo primero que pensé fue que quizá se tratara de un intento de robo… ¿Cómo lo describió usted? Juego sucio… Por lo tanto, pensé que sería mejor seguirles para ver lo que ocurría. *Eh bien*, amigo mío, no cabe duda de que ocurrieron muchas cosas, *n'est ce-pas?*

»Recordará la experiencia que tuvo el joven Rochester en el cementerio. Cuando nos la contó comprendí inmediatamente con qué clase de enemigo debíamos enfrentarnos, aunque en aquellos momentos no sabía que *mademoiselle* Alice era una víctima inocente de las circunstancias. La información proporcionada por *madame* Heatherton confirmó mis peores temores. Lo que vimos aquella noche en el apartamento de Rochester le sirvió de prueba a cuanto me había imaginado, e incluso a más cosas.

»Pero mientras tanto yo no me había mantenido cruzado de brazos. Oh, no. Visité al buen padre Apostolakos y le conté cuanto había averiguado. Él lo comprendió todo inmediatamente e hizo los arreglos necesarios para exhumar el cadáver del malvado Palenzke, ordenando que lo llevaran al crematorio para que fuese incinerado. También me prestó un *ikon* sagrado, una imagen bendita de un santo cuya potencia para repeler a los demonios había quedado demostrada en más de una ocasión. ¿Se fijó en que cuando me acerqué a ella llevando la reliquia en mi bolsillo *mademoiselle* Alice se apartó de mí? ¿Vio cómo el alma en pena que era Palenzke huyó ante ella como huye la carne ante el hierro al rojo blanco?

»Muy bien. Rochester amaba a esa mujer que ya había muerto y él mismo era un moribundo. ¿Por qué no permitirle que gozara del amor con el espectro de la mujer que correspondería a su pasión durante los pocos días que pudieran quedarle de vida? Cuando muriera, cosa inevitable, estaba preparado para tratar su pobre barro mortal de tal forma que no pudiera hacer ningún daño, aunque los besos vampíricos recibidos por su garganta ya casi le hubieran convertido en vampiro. Como bien sabe,

eso es lo que he hecho. El fuego purificador ha acabado con el poder de Palenzke. Además, me juré que haría lo mismo por la pobre y hermosa Alice, víctima inocente del pecado, en cuanto su breve lapso de felicidad terrestre hubiera llegado a su fin. Oyó cómo se lo prometía, y he sido fiel a mi palabra.

»No podía soportar la idea de hacerle más daño del estrictamente necesario, por lo que cuando fui en su busca esta noche con la estaca y el cuchillo llevé conmigo una jeringuilla en la que había cinco granos de morfina y se la administré antes de cumplir con mi deber. Creo que no sufrió mucho. Su gemido de disolución y el retorcerse de su pobre cuerpo cuando la estaca le atravesó el corazón fueron meros actos reflejos, no señales de un sufrimiento consciente.

—Pero si Alice era una vampira, como dice, y si podía recorrer el mundo de noche —protesté—, ¿por qué estaba en su ataúd cuando fuimos allí esta noche?

—Oh, amigo mío —dijo mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—, estaba esperándome. Teníamos un compromiso; la pobre muchacha yacería en su ataúd aguardando el cuchillo y la estaca que la liberarían de su servidumbre. Ella…, ¡cuando la saqué de la tumba me sonrió y sus dedos me apretaron suavemente la mano!

Se limpió los ojos y echó una considerable ración de coñac en una copa.

—Por usted, joven Rochester, y por su hermosa dama —dijo mientras alzaba la copa en un brindis—. Allí donde están ahora el matrimonio no existe, pero espero que sus pobres almas en pena encuentren la paz y el descanso eterno…, juntas.

Vació la copa y la arrojó a la chimenea, donde el frágil recipiente de cristal se hizo añicos.

AUGUST DERLETH

Entre la nieve

[The Drifting Snow]



Traducción de Albert Solé

Entre la nieve



El eco de los pasos de tía Mary se detuvo bruscamente a cierta distancia de la mesa, y Clodetta se volvió para ver qué le ocurría. Tía Mary estaba inmóvil con el cuerpo muy rígido, los ojos clavados en los ventanales que había enfrente de la puerta por la que acababa de entrar, con el bastón extendido ante ella.

Los ojos de Clodetta fueron rápidamente hacia su esposo, sentado al otro lado de la mesa, quien también estaba mirando a su tía; la expresión de su rostro no dejaba traslucir nada de lo que sentía. Cuando se volvió vio que la anciana estaba contemplándola en un pétreo silencio. Clodetta empezó a sentirse incómoda.

—¿Quién ha descorrido las cortinas de las ventanas del lado oeste?

Clodetta se acordó y el rubor invadió su rostro.

—Yo, tía. Lo siento. Olvidé que no querías que se descorrieran.

La anciana emitió una especie de extraño gruñido y sus ojos volvieron a posarse en los ventanales. Hizo un movimiento apenas perceptible, y Lisa llegó corriendo de entre las sombras del pasillo, desde donde había estado contemplando a los dos comensales con una mueca de hosca desaprobación. La sirvienta fue directamente hacia los ventanales del lado oeste y corrió las cortinas.

Tía Mary se acercó lentamente a la mesa y ocupó su sitio en la cabecera. Colocó el bastón al lado de la silla, tiró de la cadenilla que le rodeaba el cuello haciendo que sus impertinentes cayeran sobre su regazo y miró primero a Clodetta y luego a Ernest, su sobrino.

Después clavó los ojos en la silla vacía que había al otro extremo de la mesa, y habló como si no viera a las dos personas sentadas junto a ella.

—Ya os he dicho que las cortinas de esas ventanas no deben descorrerse después de la puesta de sol, y debéis haberos dado cuenta de que durante la noche ninguna de esas ventanas está abierta ni un solo segundo. Os instalé en habitaciones que dan al este, y la sala también da al este.

—Estoy seguro de que Clodetta no quería oponerse a tus deseos, tía Mary —dijo Ernest con voz seca.

—No, tía, claro que no.

La anciana enarcó las cejas y siguió hablando con expresión impasible.

—No me pareció prudente explicaros la razón de que os pidiera tal cosa. No

pienso daros ninguna explicación. Pero lo que sí quiero decir es que descorrer esas cortinas es peligroso. Ernest ya ha oído hablar de ello antes, pero tú no, Clodetta.

Clodetta le lanzó una mirada de perplejidad a su esposo.

La anciana se dio cuenta.

—Podéis pensar que estoy empezando a perder la cabeza o que me estoy volviendo excéntrica —dijo—. No me importa, pero creo mi deber aconsejaros que no os conforméis con eso.

Un joven entró en la habitación y fue hacia la silla colocada al otro extremo de la mesa, dejándose caer en ella con un saludo casi inaudible dirigido a los otros tres comensales.

—Vuelves a llegar tarde, Henry —dijo la anciana.

Henry murmuró algo ininteligible y empezó a comer apresuradamente. La anciana suspiró y también empezó a comer. Clodetta y Ernest la imitaron. La vieja sirvienta, que se había quedado inmóvil detrás de la silla de tía Mary, se retiró lanzándole una mirada despectiva a Henry.

Pasado un rato, Clodetta alzó los ojos y se atrevió a hablar.

—No estás tan aislada como creía que lo estarías, tía Mary.

—No, querida mía, los teléfonos y los coches han acabado con el aislamiento. Pero puedo asegurarte que hace veinte años todo era muy distinto. —Sonrió como si recordara el pasado, y miró a Ernest—. Entonces tu abuelo aún vivía, y solíamos quedar bloqueados por la nieve sin que hubiera forma de ponerse en contacto con nadie.

—Cuando estás en Chicago y oyes hablar de «el norte» o «los bosques de Wisconsin», te parece que quedan muy lejos —dijo Clodetta.

—Bueno, no cabe duda de que esto *queda* lejos —dijo Henry de repente—. Tía, espero que tengas algunas provisiones por si se da el caso de que nos quedemos bloqueados aquí durante uno o dos días. Parece que va a nevar y la radio ha dicho que se aproxima una ventisca.

La anciana lanzó un gruñido y le miró.

—Ah, Henry…, me parece que eso te tiene realmente preocupado. Me temo que empezaste a arrepentirte de haber hecho este viaje nada más poner el pie en mi casa. Si tanto te preocupa esa tormenta de nieve, puedo hacer que Sam te lleve a Wausau, y mañana mismo puedes estar de vuelta a Chicago.

—Claro que no.

El silencio que siguió a estas palabras se prolongó hasta que la anciana llamó a la sirvienta y Lisa entró en la habitación para ayudarla a levantarse de su asiento, aunque tía Mary no necesitaba que la ayudaran, tal y como le había dicho antes Clodetta a su esposo.

Tía Mary les dio las buenas noches desde el umbral —sostenía el bastón en una mano y los impertinentes en la otra, y tenía un aspecto realmente formidable—, y se desvaneció en la penumbra del pasillo, desde la que les llegaron los cada vez más

débiles ecos de sus pasos, acompañados por los de la sirvienta, quien rara vez era visible a mucha distancia de su señora. Las dos ancianas se pasaban la mayor parte del tiempo solas en la casa, con algunos períodos muy breves en que la vieja dama estaba acompañada por su sobrino Ernest, «el chico de mi querido John», o por Henry, de cuyo padre jamás hablaba, y que ayudaban a aliviar la plácida somnolencia de sus tranquilas existencias. Sam, que dormía en el garaje, no contaba.

Clodetta le lanzó una mirada llena de nerviosismo a su esposo, pero fue Henry quien dijo aquello en lo que todos estaban pensando.

—Creo que está perdiendo la cabeza —declaró como sin darle importancia.

Se puso en pie, atajando con un gesto de la mano la protesta que ya asomaba a los labios de Clodetta, y fue a la sala: unos instantes después oyeron la música que brotaba de la radio.

Clodetta acarició distraídamente el mango de su cuchara y acabó decidiéndose a hablar.

—Creo que es un poco rara, Ernest.

Ernest sonrió con una expresión de tolerancia.

—No, no lo creo. En cuanto a eso de por qué quiere que las ventanas del lado oeste siempre estén tapadas por las cortinas…, me parece que sé a qué se debe. Mi abuelo murió ahí afuera…, se extravió una noche en que hacía mucho frío y acabó congelado en la ladera de la colina. No sé muy bien cómo ocurrió…, por aquel entonces estaba fuera. Supongo que no le gusta recordarlo.

—Pero entonces, ¿cuál es el peligro del que hablaba?

Ernest se encogió de hombros.

—Quizá radique en ella misma…, podría sentirse afectada y, a su vez, eso nos afectaría a nosotros. —Se quedó callado durante unos instantes y, finalmente, añadió —: Supongo que a ti *puede* parecerte un poco extraña, pero que yo recuerde siempre ha sido así; en tu próxima visita ya te habrás acostumbrado.

Clodetta contempló a su esposo en silencio durante unos segundos antes de replicar.

—Creo que esta casa no me gusta, Ernest —dijo por fin.

—Oh, tonterías, querida.

Se dispuso a levantarse, pero Clodetta le detuvo.

—Escucha, Ernest, me acordaba de que tía Mary no quiere que esas cortinas estén descorridas…, pero sentí que tenía que hacerlo. No quería, pero…, *algo me obligó a hacerlo*.

Habló con voz entrecortada y vacilante.

—¿Por qué, Clodetta? —le preguntó su esposo en un tono levemente alarmado—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Clodetta se encogió de hombros.

—Tía Mary podría haber pensado que estoy chiflada.

—Bueno, no es nada serio, pero has permitido que eso te ponga nerviosa y no te

conviene. Olvídalo; piensa en otra cosa. Ven a escuchar la radio.

Se pusieron en pie y fueron a la sala juntos. Henry les recibió en la puerta. Se hizo a un lado y les dijo:

—Tendría que haberme imaginado que acabaríamos atrapados aquí —dijo, y al ver que Clodetta se disponía a protestar, añadió—: Sí, vamos a quedar atrapados, te lo aseguro. El viento cada vez es más fuerte y está empezando a nevar, y sé lo que eso significa.

Pasó junto a ellos y fue hacia el comedor, quedándose inmóvil un instante con los ojos clavados en aquella mesa demasiado grande para el tamaño de la estancia. Después se dio la vuelta y fue hasta los ventanales. Descorrió las cortinas y se dedicó a contemplar la oscuridad. Ernest, que seguía en la sala, le vio de pie ante los ventanales.

—A tía Mary no le gusta que esas cortinas estén descorridas, Henry —protestó.

—Bueno, puede que *ella* crea que es peligroso, pero yo puedo correr el riesgo —replicó Henry medio volviéndose hacia él.

Clodetta había estado contemplando la noche que se extendía al otro lado de los ventanales.

—¡Hay alguien ahí fuera! —exclamó de repente.

Henry se volvió rápidamente hacia el cristal.

—No, es la nieve —dijo—. Está cayendo con fuerza y el viento la impulsa de un lado para otro.

Corrió las cortinas y se apartó de los ventanales.

—Juraría que vi a alguien ahí fuera pasando ante la ventana —dijo Clodetta con voz vacilante.

—Supongo que desde aquí es fácil confundirse —dijo Henry, que había vuelto al salón—. Pero, personalmente, creo que te has dejado impresionar demasiado por las excentricidades de tía Mary.

Al oírle, Ernest hizo un gesto de impaciencia, y Clodetta no respondió. Henry se sentó delante de la radio y fue haciendo girar el dial muy despacio. Ernest había cogido un libro y pronto estuvo totalmente absorto en la lectura, pero Clodetta siguió con los ojos clavados en las cortinas, que aún se movían lentamente ocultando los ventanales que había detrás. Acabó levantándose y salió de la habitación, fue por el largo pasillo que llevaba al ala este y llamó suavemente a la puerta de tía Mary.

—Entra —dijo la anciana.

Clodetta abrió la puerta y entró en la habitación. Tía Mary se había puesto una bata y su dignidad, representada por el bastón y los impertinentes, reposaba en un rincón del cuarto y sobre la cómoda. Tenía un aspecto sorprendentemente benigno, y Clodetta así lo admitió nada más verla.

—Ja, pensabas que era un ogro disfrazado, ¿verdad? —dijo la anciana sonriendo a pesar de sí misma—. No lo soy, como puedes ver, pero ya has comprobado que sufro una especie de manía relacionada con los ventanales del lado oeste.

—Quería decirte algo sobre esos ventanales, tía Mary… —dijo Clodetta.

No llegó a terminar la frase. La expresión de la anciana se había alterado bruscamente convirtiéndose en una curiosa mezcla de abatimiento y preocupación. No había ira ni disgusto…, sólo tensión. ¡La anciana estaba asustada!

—¿Qué querías decirme? —le preguntó secamente a Clodetta.

—Estaba mirando por ellos…, sólo fue un momento, entiéndeme…, y me pareció ver que había alguien ahí fuera.

—No había nadie, Clodetta. Fue cosa de tu imaginación, o quizá fuera la nieve.

—¿Mi imaginación, dices? Quizá. Pero entonces no hacía viento y la nieve no se arremolinaba, aunque después el viento ha empezado a soplar con mucha fuerza.

—Yo también me he dejado engañar por el viento y la nieve en más de una ocasión, querida. A veces hasta he llegado a salir por la mañana en busca de huellas…, y nunca he encontrado ninguna. Estamos bastante lejos de la civilización, aislados por una tempestad de nieve pese a nuestros teléfonos y nuestras radios. El vecino más próximo se encuentra al final de la pendiente, a unos seis kilómetros de distancia, y todo el terreno que se interpone entre él y nosotros está cubierto por un bosque muy frondoso. El camino más próximo queda a esa misma distancia.

—Estaba tan segura… Podría jurarlo.

—¿Quieres salir por la mañana a echar un vistazo? —le preguntó la anciana.

—Claro que no.

—Entonces no viste nada, ¿verdad?

Era en parte una orden y en parte una pregunta.

—Oh, tía Mary, no hagas que discutamos por eso dijo Clodetta.

—Clodetta, ¿viste algo o no?

—Supongo que no, tía Mary.

—Muy bien. Y ahora, ¿crees que podríamos hablar de algo más agradable?

—Oh, sí, seguro que… Lo siento, tía Mary. No sabía que el abuelo de Ernest había muerto ahí fuera.

—Vaya, así que te lo ha contado, ¿eh? ¿Y bien?

—Sí, me contó que por eso no te gusta ver la ladera después del ocaso…, que no querías que eso te recordara su muerte.

La anciana la miró con expresión impasible.

—Quizá nunca llegue a saber lo mucho que se ha acercado a la verdad.

—¿Qué quieres decir, tía Mary?

—No es cosa que te incumba, querida. —Volvió a sonreír y su rostro perdió la severidad que se había apoderado de él—. Y ahora creo que será mejor que te vayas, Clodetta; estoy cansada.

Clodetta se levantó obedientemente y fue hacia la puerta, pero la voz de la anciana la hizo detenerse antes de salir.

—¿Qué tal anda el tiempo?

—Está nevando… Henry dice que con mucha fuerza. Y hace viento.

El rostro de la anciana mostró claramente el disgusto que le inspiraban aquellas noticias.

—No me gusta, no me gusta nada… —Hablaba consigo misma, como si hubiera olvidado que Clodetta estaba de pie en el umbral. Sus ojos volvieron a posarse en ella y añadió—: Pero tú no sabes nada de eso, Clodetta. Buenas noches.

Clodetta se quedó inmóvil con la espalda pegada a la puerta después de cerrarla, preguntándose qué habría querido decir la anciana con esas palabras. *Pero tú no sabes nada de eso, Clodetta*. Qué extraño… Durante unos instantes la anciana se había olvidado completamente de su presencia.

Se apartó de la puerta y vio a Ernest, que acababa de entrar en el ala este.

—Oh, estás aquí —dijo—. Me preguntaba dónde te habías metido.

—He estado hablando con tía Mary.

—Henry ha vuelto a mirar por los ventanales del oeste…, y cree que hay alguien ahí fuera.

Clodetta se detuvo.

—¿De veras lo cree?

Ernest asintió, muy serio.

—Pero hay unos remolinos de nieve realmente terribles, y no me cuesta nada imaginar el efecto que lo que dijiste antes ha tenido sobre su mente.

Clodetta dio la vuelta y fue por el pasillo.

—Voy a decírselo a tía Mary.

Ernest abrió la boca para protestar, pero no llegó a hacerlo, pues Clodetta ya estaba llamando a la puerta de la anciana y, de hecho, la abrió y entró en la habitación antes de que le vinieran a la cabeza las palabras que habrían podido impedírselo.

—Tía Mary, no quiero molestarte, pero Henry ha estado mirando por los ventanales del comedor y dice que hay alguien ahí fuera.

El efecto que aquellas palabras tuvieron sobre la anciana fue mágico.

—¡Los ha visto! —exclamó. Se puso en pie y fue rápidamente hacia Clodetta—. ¿Cuánto hace de eso? —le preguntó, cogiéndola por los brazos de una forma casi brusca—. Dímelo, deprisa. ¿Cuánto hace que los vio?

El asombro que sentía hizo que Clodetta enmudeciera durante unos instantes, pero acabó hablando, sintiendo los vivaces ojos de la anciana clavados en su rostro.

—Hace un rato, tía Mary, después de cenar.

Los dedos de la anciana se relajaron y su tensión desapareció con ese gesto.

—Oh —dijo.

Se dio la vuelta y fue lentamente hacia su sillón, cociendo el bastón que había dejado en una esquina del cuarto.

—Entonces *hay* alguien ahí fuera, ¿verdad? —preguntó Clodetta con voz desafiante cuando la anciana hubo llegado al sillón.

La respuesta tardó mucho en llegar. La anciana acabó moviendo suavemente la cabeza en un gesto afirmativo, y un «sí» apenas audible escapó de sus labios.

—En tal caso será mejor que los hagamos entrar en la casa, tía Mary.

La anciana contempló en silencio a Clodetta durante unos segundos; cuando replicó lo hizo en un tono de voz tan bajo como firme, con los ojos clavados en la pared que había a su espalda.

—No podemos dejar que entren, Clodetta…, portille no están vivos.

Clodetta recordó las palabras de Henry —«Está perdiendo la cabeza»—, y el respingo involuntario que no pudo contener traicionó sus pensamientos.

—Me temo que no estoy loca, querida…, al principio albergué la esperanza de estarlo, pero no lo estaba.

Y ahora tampoco lo estoy. Al principio sólo se veía a la chica; el otro es mi padre. Hace mucho tiempo, cuando yo era joven, mi padre hizo algo que lamentó durante todos los días de su vida. Tenía un genio demasiado vivo, y a veces perdía el control de sus actos. Una noche descubrió que uno de mis hermanos —el padre de Henry— se había tomado ciertas libertades con una sirvienta, una chica muy guapa, mayor de lo que yo era entonces. Mi padre creyó que ella había sido la culpable de todo, aunque no tenía ninguna culpa, y cuando descubrió su error ya era demasiado tarde. La echó de la casa. El invierno aún no había llegado, pero hacía mucho frío y la joven debía recorrer casi diez kilómetros a pie para llegar a su hogar. Le suplicamos que no la echara —aunque entonces no sabíamos qué había ocurrido—, pero no nos hizo caso. La chica tenía que marcharse.

»Poco después de que se hubiera ido empezó a soplar el viento y la tormenta no tardó en desencadenarse. Papá ya se había arrepentido, y mandó a algunos hombres en su busca. No la encontraron, pero a la mañana siguiente descubrieron su cuerpo: había muerto congelada en la ladera que da al oeste.

La anciana suspiró, se quedó callada durante unos instantes y siguió hablando.

—Años después…, volvió. Volvió durante una tormenta de nieve, como cuando se había marchado; pero se había convertido en una vampira. Todos la vimos. Estábamos cenando y mi padre fue el primero en verla. Los chicos ya habían subido al piso de arriba. Mi padre no la reconoció y mi hermana y yo tampoco la reconocimos. No era más que una silueta borrosa que flotaba entre la nieve al otro lado de los ventanales. Papá salió corriendo de la casa gritándonos que avisáramos a los chicos. No volvimos a verle con vida. Le encontramos por la mañana, en el mismo sitio donde habían encontrado a la chica años antes. Él también había muerto congelado.

»Unos cuantos años después la chica volvió con las primeras nieves, y le trajo consigo; él también se había convertido en un vampiro. Se quedaron ahí fuera hasta la última nevada, intentando atraer a alguien más. A partir de entonces estuve segura e hice tapar los ventanales durante las noches de invierno, desde el ocaso hasta el amanecer. Nunca van más allá de la ladera oeste.

»Ahora ya lo sabes todo, Clodetta.

La réplica de Clodetta, fuera la que fuese, no llegó a nacer: oyeron un veloz ruido

de pasos por el corredor, una apresurada llamada a la puerta y la cabeza de Ernest apareció bruscamente por el umbral.

—Venid las dos —dijo casi con alegría—. *Hay* gente en la ladera oeste…, una chica y un viejo. ¡Henry ha salido a buscarles!

Se marchó después de haber hecho su triunfante anunció. Clodetta se levantó, pero la anciana le tomó la delantera: la dejó atrás y casi corrió por el pasillo, llamando en voz alta a Lisa, quien acabó saliendo de su habitación en camisón y gorro de dormir.

—Lisa, ve a buscar a Sam y haz que venga al comedor —le dijo la anciana.

Fue corriendo al comedor, con Clodetta pisándole los talones. Los ventanales estaban abiertos, y Ernest había salido a la terraza cubierta de nieve: oyeron cómo llamaba a su primo. La anciana fue en línea recta hacia él, pisando la nieve hasta llegar a su lado, aunque el viento impulsaba con gran fuerza los remolinos blancos mandándolos contra ella. La boscosa ladera oeste estaba perdida en una neblina de nieve; los árboles más cercanos apenas eran discernibles.

—¿Adónde pueden haber ido? —exclamó Ernest, volviéndose hacia la anciana creyendo que era Clodetta—. ¡Tía Mary! —dijo al ver quién era—. ¡Y apenas llevas nada puesto! Cogerás un resfriado.

—No importa, Ernest —dijo la anciana—. Estoy bien. He hecho llamar a Sam para que te ayude a buscar a Henry…, pero me temo que no le encontraréis.

—No puede estar muy lejos, acaba de marcharse.

—Se marchó antes de que vieras adonde iba; con eso ya es suficiente.

Sam llegó corriendo del comedor envuelto en un chaquetón para toparse con los remolinos de nieve. Era bastante más viejo que Ernest, casi tan mayor como la anciana. Le lanzó una mirada interrogativa y preguntó:

—¿Han vuelto?

Tía Mary asintió.

—Tendrás que buscar a Henry. Ernest te ayudará. Y recuerda que no debéis separaros. No os alejéis mucho de la casa.

Clodetta apareció con el abrigo de Ernest, y las dos mujeres se quedaron inmóviles observándoles hasta que los dos hombres acabaron siendo engullidos por el muro de nieve. Después se dieron la vuelta muy despacio y entraron en la casa.

La anciana se dejó caer en un sillón colocado ante los ventanales. Estaba pálida y parecía cansada. Como diría después Clodetta, «daba la impresión de que el mundo se le hubiera caído encima». Permaneció en silencio durante un rato bastante largo. Acabó lanzando un leve suspiro y se volvió hacia Clodetta.

—Ahora habrá tres —dijo.

Ernest y Sam aparecieron al otro lado del cristal, tan de repente que ninguna de las dos supo cómo habían llegado hasta allí, sosteniendo a Henry entre los dos. La anciana se levantó corriendo para abrir los ventanales y los tres hombres entraron en la habitación envueltos en un torbellino de nieve.

—Le encontramos…, pero me temo que el frío le ha afectado bastante —dijo Ernest.

La anciana le ordenó a Lisa que trajera agua fría y Ernest fue corriendo a cambiarse de ropa. Clodetta le acompañó, y cuando estuvieron en su habitación le contó lo que le había revelado la anciana.

Ernest se rió.

—Me parece que te lo has creído todo, ¿eh, Clodetta? Sé que Sam y Lisa lo creen, porque Sam me contó la historia hace mucho tiempo. Creo que el *shock* provocado por la muerte del abuelo fue demasiado para ellos.

—Pero la historia de la chica, y luego…

—Me temo que esa parte es cierta. Fue un asunto muy desagradable, pero ocurrió.

—¡Pero Henry y yo vimos a esas personas! —protestó Clodetta sin demasiada convicción.

Ernest se quedó inmóvil donde estaba.

—Cierto —dijo—, y yo también las he visto. Siguen ahí fuera, ¡y tendremos que encontrarlas!

Ernest volvió a coger su abrigo y salió de la habitación. Clodetta le siguió protestando con un tono de voz extrañamente agudo. La anciana había oído cómo Clodetta le suplicaba a Ernest que no saliera de la casa y les recibió en la puerta del comedor.

—No, Ernest…, no puedes volver a salir —dijo—. Ahí fuera no hay nadie.

Ernest la apartó suavemente para entrar en el comedor y se volvió hacia Sam.

—¿Vienes, Sam? Ahí fuera sigue habiendo dos personas…, casi nos olvidamos de ellas.

Sam le miró de una forma extraña.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó con bastantes malos modos.

Le lanzó una mirada desafiante a la anciana, y ésta negó con la cabeza.

—La chica y el anciano, Sam. Tenemos que encontrarlos.

—Oh, *ellos* —dijo Sam—. ¡Están muertos!

—Entonces iré solo —dijo Ernest.

Henry se levantó de repente: parecía aturdido. Dio unos cuantos pasos hacia adelante y sus ojos se posaron en cada uno de los presentes, dando la impresión de no reconocerlos. Cuando habló, lo hizo en un tono de voz extrañamente semejante al de un niño.

—*La nieve* —murmuró—, *la nieve, esas manos tan hermosas, tan pequeñas, tan delicadas y hermosas…, sus hermosas manos…, y la nieve, la hermosa nieve, cayendo y revoloteando a su alrededor…*

Se dio la vuelta muy despacio y miró hacia los ventanales. Los demás siguieron la dirección de su mirada. Al otro lado del cristal había una muralla de nieve blanca que se estrellaba incesantemente contra la casa. Henry la contempló en silencio durante unos instantes; de repente una silueta blanca emergió de entre la nieve…, una

muchacha vestida con ropajes nevados cuyos ojos ardían con un resplandor extrañamente fascinante.

La anciana se lanzó hacia adelante y extendió los brazos para sujetar a Henry, pero ya era demasiado tarde.

Henry corrió hacia los ventanales, los abrió y se esfumó cu el muro de nieve que había al otro lado: el grito de Clodetta rompió el silencio en ese mismo instante.

Ernest corrió hacia los ventanales, pero la anciana le puso los brazos alrededor del cuerpo estrechándole con todas sus fuerzas.

—¡No irás! —murmuró—. ¡Ya no podemos hacer nada por Henry!

Clodetta fue a ayudarla y Sam se colocó ante los ventanales con una expresión amenazadora en el rostro, cerrándolos para no dejar entrar el viento y la amenaza de la nieve. Las dos mujeres le mantuvieron sujeto y no le dejaron marchar.

—Mañana iremos a sus tumbas y les clavaremos una estaca —dijo la anciana en un ronco susurro—. Tendríamos que haberlo hecho hace mucho tiempo.

Por la mañana encontraron el cuerpo de Henry acurrucado junto al tronco de un roble muy viejo, allí donde años antes habían encontrado otros dos cuerpos. Las huellas de lo que le había arrastrado hasta allí casi habían desaparecido, pero el surco irregular abierto en la nieve todavía era visible: aun así, no había pisadas, sólo unos extraños huecos esparcidos a lo largo de ese surco, como si el viento y nada más que el viento se hubiera llevado la nieve de aquellos puntos.

Pero sobre su piel estaban las señales de la vampira de las nieves…, las pequeñas y delicadas huellas dejadas por las manos de una muchacha.



Cubierta en rústica de la edición de *Drácula* de 1901, en la que aparece la primera ilustración de Drácula.



Víctimas de Lord Ruthven, el vampiro de Polidori, en una ilustración de una edición de *El Vampiro* de 1855.



Cartel para una versión teatral de *El Vampiro* de Polidori



VARNEY, THE VAMPYRE;

OR,

THE FEAST OF BLOOD

A Romance.

CHAPTER I.

——"How graves give up their dead,
And how the night air hideous grows
With shrieks!"

MIDNIGHT. — THE HAIL-STORM. — THE DREADFUL VISITOR.—THE VAMPYRE.

The solemn tones of an old cathedral clock have announced midnight—the air is thick and heavy—a strange, death-like stillness pervades all nature. Like the ominous calm which precedes some more than usually terrific outbreak of the elements, they seem to have paused even in their ordinary fluctuations, to gather a terrific strength for the great effort. A faint peal of thunder now comes from far off. Like a signal gun for the battle of the winds to begin, it appeared to awaken them from their lethargy, and one awful, warring hurricane swept over a whole city, producing more devastation in the four or five minutes it lasted, than would a half century of ordinary phenomena.

It was as if some giant had blown upon some toy town, and scattered many of the buildings before the hot blast of his terrific

Cubierta del primer número de *Varney, el Vampiro,* de James Malcolm Rymer



Ilustración para *Varney, el Vampiro.*



John Tenniel,
The Irish Vampire.



Ilustración de D. M. Friston para Carmilla,
de Joseph Sheridan Le Fanu



El Gigante Invisible: ilustración para el libro de Stoker, *Under the Sunset.*



Ilustración atribuida a Walter Crane: *El ángel del socialismo impide que el vampiro del capitalismo se alimente del trabajo.*



Una mujer vampiro sale de la tumba. Ilustración del siglo XVIII.



Goya, *Los desastres de la guerra.*



Un vampiro chileno en plena faena.
Courier de l'Europe, 1784.



María Antonieta, de vampiro.
Grabado de la Revolución Francesa.



Felicien Rops,
Le Plus Bel Amour de Don Juan.



Felicien Rops, *L'Agonie ou Mors et Vita.*



Grabado en madera de Vlad el Empalador, también llamado Vlad hijo de Drac, voivoda de Valaquia, que inspiró la figura del Conde Drácula.

ROBERT BLOCH

La capa

[The Cloak]



Traducción de Albert Solé

La capa



El sol estaba agonizando y su sangre salpicaba el cielo mientras se arrastraba hacia su sepulcro detrás de las colinas. El viento gimoteante impulsaba las hojas secas caídas de los árboles enviándolas hacia el oeste, como si les diera prisa para que acudieran al funeral del sol.

—¡Tonterías! —exclamó Henderson, y dejó de pensar en eso.

El sol estaba poniéndose en un cielo color rojo sucio y un viento cargado de porquería empujaba las hojas medio podridas hacia el repugnante interior de una cloaca. ¿Por qué desperdiciaba su tiempo con esa imaginería tan barata?

—¡Tonterías! —volvió a exclamar Henderson.

Pensó que probablemente su estado de ánimo sería algo provocado por el día. Después de todo, era el crepúsculo de Halloween. Esta noche era la temida Víspera de Todos los Santos, cuando los espíritus caminaban sobre la tierra y las calaveras gritaban desde sus tumbas.

Debía de ser eso o, de lo contrario, el que ésta fuera meramente la noche de otro día asqueroso y frío. Henderson suspiró. Pensó que hubo un tiempo en el que la llegada de esta noche tenía algún significado. Una Europa oscura que gemía bajo el peso del terror supersticioso había consagrado esta Víspera de Todos los Santos a lo Desconocido que hacía muecas entre las tinieblas. Un millón de puertas habían sido atrancadas para impedirles la entrada a los visitantes malignos, un millón de labios temblorosos habían murmurado plegarias y se habían encendido un millón de velas. Henderson pensó que había algo de majestuoso en aquella idea. En aquellos tiempos la vida había sido una aventura. Los hombres caminaban sumidos en el terror de lo que podían hallar en la siguiente curva de un camino a medianoche. Habían vivido en un mundo de espectros, demonios y espíritus elementales que codiciaban sus almas…, y, por todos los cielos, en aquellos tiempos el alma de un hombre tenía algún significado. Este nuevo escepticismo le había arrebatado algún profundo sentido a la existencia. Los hombres ya no reverenciaban sus almas.

—¡Tonterías! —dijo nuevamente Henderson de forma casi automática.

Aquella áspera palabra que siempre acababa poniéndole fin a los vuelos de su fantasía encerraba algo tosco e indiscutiblemente propio del siglo XX.

Para Henderson la voz de su cerebro que decía «tonterías» ocupaba el lugar de la

humanidad y de la gente común y corriente que expresaría en voz alta esa misma opinión si pudiera escuchar sus pensamientos secretos. Henderson pronunció la palabra en voz alta y trató de olvidar tanto sus problemas como sus ataques de melancolía.

Iba caminando por la calle bajo el crepúsculo para comprar un disfraz que ponerse en el baile de esa noche, y sería mejor que se concentrara en la tarea de encontrarlo antes de la hora de cerrar en vez de perder el tiempo soñando despierto con Halloween.

Sus ojos escrutaron la creciente oscuridad de las sombras proyectadas por los mugrientos edificios que se alineaban a ambos lados de la angosta calle. Volvió a echarle una mirada a la dirección que había garrapateado después de encontrarla en el listín telefónico.

¿Por qué diablos no iluminaban las tiendas cuando oscurecía? No lograba ver los números. De acuerdo, estaba en un barrio pobre, pero después de todo…

De repente Henderson localizó el sitio que andaba buscando al otro lado de la calle y cruzó la calzada. Pasó ante el escaparate y le echó un vistazo. Los últimos rayos del sol pasaban en ángulo oblicuo sobre el edificio de enfrente y caían directamente encima del escaparate y los artículos que contenía. Henderson tragó aire, sorprendido.

Estaba contemplando el escaparate de una tienda de disfraces, no atisbando por una fisura que diese al infierno. Entonces, ¿por qué todo lo que veía era fuego rojo iluminando los sonrientes rostros de unos demonios?

—El crepúsculo —murmuró Henderson.

Sí, naturalmente, eso era, y los rostros no eran más que las máscaras hábilmente modeladas, típicas de un comercio semejante. Aun así, bastaban para que un hombre imaginativo se sobresaltara. Abrió la puerta y entró.

La tienda estaba oscura y silenciosa. En la atmósfera flotaba un olor a soledad, ese mismo olor que se apodera de los sitios que llevan mucho tiempo sin ser visitados por nadie: tumbas, fosas perdidas en la espesura del bosque, cavernas subterráneas y…

—Tonterías.

¿Qué diablos le pasaba? Henderson le dirigió una sonrisa de disculpas a la oscuridad desierta. El olor de la tienda de disfraces le había hecho volver a sus días de actor aficionado en la universidad. Henderson conocía muy bien este olor a naftalina, pieles viejas, pintura grasienta y aceites varios. Había interpretado a Hamlet y había sostenido en sus manos una calavera sonriente que escondía todo el conocimiento del mundo en las vacías cuencas de sus ojos…, una calavera sacada del departamento de guardarropía, naturalmente.

Bueno, aquí estaba otra vez y la calavera le dio la idea. Después de todo, ésta era la noche de Halloween. Teniendo en cuenta su estado de ánimo, no le apetecía nada disfrazarse de turco, rajá o pirata…, todo el mundo lo hacía. ¿Por qué no acudir

disfrazado de diablo, o de hechicero, o de hombre lobo? Se imaginó el rostro de Lindstrom cuando entrara en su elegante apartamento vestido con unos cuantos harapos. Presentarse con semejante atuendo en una fiesta de sociedad llena de gente elegante que llevaría caros disfraces comprados en las mejores tiendas…, seguro que le daría un ataque. Y, de todas formas, las sofisticadas amistades de Lindstrom no le caían demasiado bien; no eran más que una pandilla de Noel Cowards aficionados y mujeres caballunas que llevaban arneses hechos de joyas. ¿Por qué no participar en el espíritu de Halloween y asistir disfrazado de monstruo?

Henderson se quedó inmóvil en la penumbra esperando a que alguien encendiera la luz, saliera de la trastienda y le atendiera. Pasados uno o dos minutos empezó a impacientarse y golpeó el mostrador con los nudillos.

¡Eh, oigan! ¿Pueden atenderme?

Silencio. Y, segundos después, un roce ahogado procedente de la trastienda…, un sonido nada agradable de escuchar en la oscuridad. Después oyó un ruido que parecía venir de abajo y el lento y pesado eco de unos pasos. Y de repente Henderson dejó escapar un respingo de sorpresa. ¡Una masa oscura estaba emergiendo del suelo!

Naturalmente, no era más que la trampilla del sótano al abrirse. Un hombre se acercó lentamente al mostrador llevando una lámpara en la mano. Parpadeó lentamente, como si estuviera adormilado.

El rostro amarillento del hombre se fue arrugando en una sonrisa.

—Me temo que estaba dormido —dijo en voz baja—. ¿Puedo servirle en algo, señor?

—Estaba buscando un disfraz de Halloween.

—Oh, sí. ¿Y en qué había pensado?

En aquella voz había un cansancio inmenso, infinito. Los ojos siguieron parpadeando en el rostro flácido y amarillento.

—Me temo que en algo que se sale de lo habitual. Verá, querría algún disfraz de monstruo para ir a una fies… ¿Tiene algo de ese estilo?

—Podría enseñarle algunas máscaras.

—No. Quiero decir…, trajes de hombre lobo, algo en esa línea. Algo que resulte más auténtico.

—Ya. Lo *auténtico*.

—Sí.

Viejo idiota…, ¿por qué le habría dado tanto énfasis a esa palabra?

—Puede que…, sí, puede que tenga lo que anda buscando, señor. —Los ojos parpadearon, pero los delgados labios se fruncieron en una sonrisa—. El disfraz ideal para la noche de Halloween.

—¿Cuál?

—¿Ha tomado en consideración la posibilidad de ser un vampiro?

—¿Como Drácula?

—Ah… Sí, supongo que… Sí, Drácula.

—No es mala idea. Pero ¿cree que tengo el tipo adecuado para esa clase de disfraz?

El hombre le examinó de pies a cabeza manteniendo su tensa sonrisa.

—Tengo entendido que hay vampiros de todas clases. Usted sería un vampiro estupendo.

—Vaya cumplido. —Henderson dejó escapar una risita—. Pero ¿por qué no? ¿En qué consiste el disfraz?

—¿El disfraz? Oh, meramente un traje adecuado para salir de noche, o lo que lleva puesto ahora. Yo le proporcionaré una capa auténtica.

—Sólo una capa…, ¿nada más?

—Sólo una capa. Pero se lleva como si fuese un sudario. A decir verdad, está hecha con tela de sudario, ¿sabe? Espere, se la traeré.

Sus pies se movieron lentamente sobre el suelo llevándole de nuevo hacia la parte trasera de la tienda. Su cuerpo volvió a desaparecer por la trampilla y Henderson esperó. Oyó más ruidos y el viejo volvió a aparecer trayendo consigo la capa. La agitó en la oscuridad para quitarle el polvo.

—Aquí está…, la auténtica capa del vampiro.

—¿Es auténtica?

—Permita que se la ponga bien…, estoy seguro de que hará maravillas.

La tela fría y pesada quedó suspendida sobre los hombros de Henderson. Cuando dio un paso hacia atrás y se contempló en el espejo, un débil olor a humedad y moho invadió sus fosas nasales. Había poca luz, pero Henderson vio que la capa había transformado asombrosamente su aspecto. Sus rasgos parecían más flacos y sus ojos destacaban en la blancura de su rostro, cuya palidez quedaba realzada por la capa oscura que llevaba. La capa era un gran sudario negro.

—Es auténtica —murmuró el viejo.

Debía de haberse movido muy deprisa, porque Henderson no le había visto en el cristal.

—Me la llevaré —dijo Henderson—. ¿Cuánto es?

—Estoy seguro de que se divertirá mucho llevándola puesta.

—¿Cuánto?

—Oh. Digamos que cinco dólares.

—Tenga.

El viejo cogió el dinero parpadeando y le quitó la capa de los hombros. Cuando dejó de estar cubierto por la tela, Henderson sintió que su cuerpo recobraba el calor que había perdido. En aquel sótano debía de hacer mucho frío: la capa estaba helada.

El viejo envolvió la capa sonriendo y se la entregó.

—Mañana volverá a tenerla aquí —prometió Henderson.

—No hace falta que me la devuelva. La ha comprado. Es suya.

—Pero…

—No tardaré en abandonar este negocio. Quédesela. Estoy seguro de que usted le

encontrará más usos que yo.

—Pero…

—Que pase una buena velada.

Henderson fue hacia la puerta sumido en la confusión, y cuando llegó a ella se volvió para despedirse del viejo, que parpadeaba en la penumbra.

Dos ojos llameantes le contemplaban desde el otro lado del mostrador…, dos ojos que no parpadeaban…

—Buenas noches —dijo Henderson, y se apresuró a cerrar la puerta preguntándose si no estaría empezando a perder la cabeza.

A las ocho Henderson estuvo a punto de llamar a Lindstrom para decirle que no podía ir a la fiesta. Nada más ponerse la capa empezó a sentir escalofríos, y cuando se contempló en el espejo lo vio todo borroso y apenas pudo distinguir su reflejo.

Pero después de tomarse unas cuantas copas empezó a sentirse mejor. No había comido, y el licor le calentó la sangre. Empezó a pasear por la habitación practicando con la capa, haciéndola moverse a su alrededor y frunciendo el ceño en lo que le parecía una expresión de ferocidad. ¡No cabía duda, iba a ser todo un vampiro! Llamó a un taxi y bajó al vestíbulo. Cuando el taxista entró a buscarle, Henderson estaba esperándole envuelto en su capa negra.

—Deseo que me lleve a donde he de ir —dijo en voz baja.

El taxista le miró y se puso pálido.

—¿Cómo dice?

—Le ordené que viniera —dijo Henderson con voz gutural mientras todo su interior temblaba a causa de la risa. Contorsionó sus rasgos en una mueca feroz y echó la capa hacia atrás.

—Sí, sí. Vale.

El taxista casi salió corriendo del vestíbulo. Henderson le siguió.

—¿Adónde vamos, jefe…, quiero decir, señor?

Henderson le dio la dirección y se reclinó en su asiento. El rostro asustado del taxista no se volvió hacia él.

El taxi se puso en marcha con una sacudida tan brusca que Henderson dejó escapar una risita ahogada muy acorde con su disfraz. El sonido de su risa hizo que el taxista se dejara dominar por el pánico y aumentó la velocidad hasta el límite fijado por las autoridades municipales. Henderson rió en voz alta, y el impresionable taxista se estremeció en su asiento. El trayecto fue bastante emocionante, pero Henderson no estaba preparado para lo que ocurrió al llegar a su destino: en cuanto abrió la puerta y se bajó, ésta se cerró de golpe y el taxista se alejó a toda velocidad sin cobrarle nada.

«Debo de tener todo el aspecto de un vampiro», pensó Henderson complacido mientras cogía el ascensor para subir al apartamento.

En el ascensor había tres o cuatro personas más; Henderson las había visto antes

en otras fiestas a las que Lindstrom le había invitado, pero ninguna de ellas pareció reconocerle. Pensar que el mero hecho de llevar esta extraña capa y una mueca poco habitual en él bastaban para alterar toda su personalidad y su apariencia le hizo sentirse más bien complacido. Los otros invitados lucían disfraces elegantes y complicados: una mujer iba vestida como una pastora de Watteau, otra iba de bailarina española, un hombre bastante alto se había vestido de payaso y su acompañante iba vestido de torero. Pero aun así Henderson les reconoció a todos; sabía que esos trajes tan caros no eran auténticos disfraces, sino meramente exageraciones indumentarias calculadas para realzar su apariencia. Casi todas las personas que acudían a fiestas de disfraces daban rienda suelta a sus deseos reprimidos. Las mujeres enseñaban sus encantos y los hombres acentuaban su masculinidad, como el torero, o la ridiculizaban exagerándola al máximo. Todo aquello era lamentable. Idiotas dominados por los convencionalismos que se quitaban apresuradamente sus horrendos trajes de negocios y salían corriendo con destino a un albergue, una función teatral de aficionados o un baile de máscaras para satisfacer sus famélicas imaginaciones… ¿Por qué no se vestían con atuendos abigarrados para ir por la calle? Henderson solía pensar en ello.

Una cosa sí era innegable: los disfraces de aquellas personas elegantes del ascensor les daban un aspecto magnífico. Se les veía sanos y llenos de vitalidad, con los rostros muy sonrosados y con unos cuellos y gargantas tan robustos… Henderson contempló los opulentos brazos de la mujer que tenía al lado. Clavó los ojos en ellos durante un buen rato sin darse cuenta de lo que hacía, y acabó dándose cuenta de que los demás ocupantes del ascensor se habían apartado de él. Estaban apelotonados en un rincón de la cabina, como si le tuvieran miedo a su capa y su fruncimiento de ceño y a sus ojos clavados en la mujer. Su parloteo había cesado de repente. La mujer le miró como si se dispusiera a decir algo, pero las puertas del ascensor se abrieron bruscamente dándole una bien acogida oportunidad de escapar a todo aquello.

¿Qué diablos estaba pasando? Primero el taxista, luego la mujer… ¿Habría bebido demasiado?

Bueno, ahora ya no tenía tiempo de pensar en ello. Aquí estaba Marcus Lindstrom, y acababa de ponerle un vaso en la mano.

¿Qué tenemos aquí? ¡Ah, un hombre del saco!

Bastaba con mirarle una vez para darse cuenta de que Lindstrom ya estaba borracho, como solía ocurrirle en aquel tipo de acontecimientos. Su gordo anfitrión tenía el cuerpo repleto de alcohol.

¡Venga, muchacho, tómate una copa! Yo beberé de la botella. Ese disfraz tuyo me ha dado un buen susto. ¿De dónde has sacado el maquillaje?

—¿Maquillaje? No llevo maquillaje.

—Oh. Claro, claro. No llevas maquillaje. Qué…, qué idiota soy.

Henderson se preguntó si estaría loco. ¿Lindstrom había llegado a dar un paso hacia atrás o todo eran ilusiones suyas? Y esa expresión de sus ojos…, ¿sería

autentico miedo?

—Te…, te veré más tarde —balbuceó Lindstrom apartándose de él y volviéndose rápidamente hacia los otros invitados que acababan de llegar. Henderson observó la nuca de Lindstrom, una nuca gorda y blanca. Asomaba por encima del cuello de su traje y en su centro había una vena. Una vena en el gordo cuello de Lindstrom… Lindstrom, gordo y asustado.

Henderson se quedó solo en la antesala. De la estancia que había más allá le llegaban risas y el sonido de la música; los ruidos de la fiesta. Henderson vaciló antes de entrar. Tomó un sorbo del vaso que tenía en la mano: ron Bacardi, una bebida realmente fuerte. Su efecto, añadido al de las copas que ya se había tomado casi le hizo tambalearse. Pero siguió bebiendo mientras se hacía preguntas. ¿Qué había de raro en él o en su disfraz? ¿Por qué asustaba a la gente? ¿Estaría representando inconscientemente su papel de vampiro? Ahora que lo pensaba, esa broma de Lindstrom sobre el maquillaje…

Se dejó llevar por un impulso y fue hacia el gran espejo del vestíbulo. Se bamboleó y acabó quedándose inmóvil delante de él, bañado por la potente luz blanca. Se encaró con el espejo, clavó los ojos en él y no vio nada.

¡Estaba mirándose en el espejo y allí no había nadie!

Henderson empezó a reírse con una risa suave y maléfica que despertó profundos ecos en su garganta. Siguió con los ojos clavados en aquel espejo vacío que no reflejaba nada, y sus carcajadas fueron aumentando de potencia a medida que una negra alegría iba invadiendo todo su ser.

—Estoy borracho —murmuró—. Tengo que estar borracho. Cuando me miré en el espejo de mi apartamento me vi borroso. Ahora estoy tan borracho que no puedo ver nada. Claro, estoy borracho como una cuba… He estado actuando de una forma ridícula, asustando a la gente. Y ahora estoy viendo alucinaciones…, o, mejor dicho, no viéndolas. Visiones. Ángeles.

Bajó el tono de voz.

—Claro, ángeles… Ahora mismo tengo uno detrás. Hola, ángel.

—Hola.

Henderson giró en redondo. Y allí estaba ella, con su capa oscura y su cabello formando una reluciente aureola que enmarcaba su rostro blanco de rasgos altivos; tenía los ojos de un azul celestial y los labios rojos como el infierno.

—¿Eres real? —le preguntó Henderson en voz baja—. ¿O soy un tonto que cree en los milagros?

Este milagro se llama Sheila Darrly, y si no te importa le gustaría empolvarse la nariz.

—Oh, naturalmente. Puedes usar el espejo: es una cortesía de Stephen Henderson —replicó el hombre de la capa con una sonrisa mientras se echaba a un lado huí apartar los ojos de ella.

La chica ladeó la cabeza y le obsequió con una sonrisa llena de picardía.

—¿Nunca has visto usar una polvera? —le preguntó.

—No sabía que los ángeles necesitaran cosméticos replicó Henderson—. Pero, naturalmente, hay muchas cosas que ignoro sobre los ángeles. A partir de ahora serán mi tema de estudio favorito. Tengo tanto que descubrir… Probablemente te iré siguiendo toda la noche con un cuaderno de notas en la mano.

—¿Un vampiro con un cuaderno de notas?

—Oh, soy un vampiro muy inteligente…, no como esos rústicos de Transilvania. Estoy seguro de que acabaré pareciéndote encantador.

—Sí, tienes todo el aspecto de serlo —se burló la chica. Pero un ángel y un vampiro…, es una combinación muy rara.

—Podemos reformarnos el uno al otro —observó Henderson—. Además, tengo la sospecha de que llevas dentro un poquito de diablo. Esa capa oscura sobre tu traje de ángel…, un ángel oscuro, ya sabes. Puede que no vengas del cielo, sino de mi ciudad natal.

Henderson se mostraba animado y jovial, pero por debajo de sus bromas hervía un auténtico huracán de pensamientos. Recordó algunas discusiones del pasado; observaciones cínicas que había proferido y en las que había creído.

En una ocasión Henderson afirmó que el amor a primera vista no existía salvo en los libros o las obras teatrales, donde era utilizado como un artificio dramático para acelerar la acción. Estaba convencido de que la gente sacaba sus conocimientos acerca del amor romántico de los libros y las obras teatrales, y acababa creyendo en el amor a primera vista cuando lo único que se podía sentir en tales casos era deseo.

Y ahora esta Sheila, este ángel rubio había aparecido en su vida y había expulsado de ella todos los pensamientos tristes y morbosos, borrando de su mente todas aquellas tonterías sobre la embriaguez y aquel ridículo mirarse en el espejo; su presencia le había hecho sumergirse en sueños repletos de labios rojos, etéreos ojos azules y esbeltos brazos blancos.

Parte de lo que sentía se había transmitido a sus ojos, y cuando la chica alzó la cabeza hacia él captó la verdad de lo que le ocurría.

—Bueno —dijo con voz entrecortada—. Espero que los resultados de tu inspección te hayan complacido.

—Esa última frase ha sido un auténtico milagro de comprensión. Pero había algo que deseaba averiguar sobre la divinidad. ¿Vosotros los ángeles…, bailáis?

—¡Un vampiro con tacto! ¿Vamos a la sala?

Entraron en la gran habitación cogidos del brazo. El jolgorio y la diversión estaban en pleno apogeo. El licor había conseguido que la alegría llegara al máximo, pero ya nadie bailaba. Grupitos de parejas esparcidos por la habitación reían ruidosamente. Los típicos graciosos de la fiesta hacían sus numeritos en los rincones. La atmósfera superficial que Henderson detestaba era de lo más evidente.

La reacción a lo que veía hizo que Henderson se irguiera lo más posible y recogiera la capa alrededor de sus hombros. La reacción hizo que su pálido rostro

volviera a adoptar el fruncimiento de ceño anterior, y le impulsó a avanzar sumido en un hosco silencio. Sheila pareció encontrarlo muy divertido.

—Venga, haz el vampiro y dales un buen susto —dijo riendóse sin soltarle el brazo.

Henderson obedeció contemplando a las parejas con el ceño fruncido al máximo y dedicándoles sonrisas horrendas a las mujeres; y su avance se vio marcado por el continuo volverse de las cabezas y el brusco extinguirse de las conversaciones. Atravesó la gran habitación como si fuera la mismísima Muerte Roja en carne y hueso. Su progresión fue seguida por una estela de susurros.

¿Quién es ese hombre?

Subimos con él en el ascensor y…

Sus ojos…

¡Es un vampiro!

¡Hola, Drácula!

El saludo venía de Marcus Lindstrom, quien avanzó con paso tambaleante hacia Henderson acompañado por una morena de expresión malhumorada. Lindstrom apenas podía mantenerse en pie, y su compañera de copas se encontraba en un estado similar. Henderson apreciaba a Lindstrom cuando estaba sobrio y le gustaba conversar con él en el club, pero su conducta durante las fiestas siempre le había irritado. En su estado actual Lindstrom era particularmente inaguantable: el alcohol le convertía en un tipo de lo mis aburrido.

Querida, deseo que conozcas a un gran amigo mío. Sí, señor, dado que ésta es la noche de Halloween y todo eso, he invitado al conde Drácula y a su hija.

También invité a su abuela, pero estaba muy ocupada: tenía que asistir al Aquelarre Negro…, acompañada por tía Jemima. ¡Ja, ja! Conde, le presento a mi pequeña compañera de juegos.

La mujer alzó la mirada hacia Henderson.

—¡Oooh, Drácula, qué ojos tan grandes tienes! ¡Oooh, qué dientes tan grandes tienes! Oooh…

—Marcus, realmente… —protestó Henderson.

Pero su anfitrión ya se había dado la vuelta y estaba dirigiéndose a gritos a todos los presentes en la sala.

—¡Amigos, os presento al único vampiro viviente en cautividad que existe! Drácula Henderson, el único vampiro con dentadura postiza…

En cualquier otra circunstancia Henderson le habría propinado un rápido y eficiente puñetazo en la mandíbula. Pero Sheila estaba a su lado, se encontraban en una fiesta repleta de gente y pensó que sería mejor participar en la estúpida broma de su anfitrión. ¿Por qué no ser un vampiro?

Henderson le lanzó una rápida sonrisa a la chica, se irguió encarándose con la multitud y frunció el ceño. Sus manos rozaron la capa. Qué raro, aún parecía estar fría… Cuando miró hacia abajo se dio cuenta por primera vez de que estaba algo

sucia en los bordes; parecía manchada de fango o tierra. Pero la fría seda se deslizó entre sus dedos cuando la atrajo hacia su pecho con una larga y flaca mano. Aquella sensación pareció inspirarle. Abrió los ojos al máximo y dejó que llamearan. Sus labios se separaron. Se sintió invadido por un poder increíble. Y contempló el blando y gordo cuello de Marcus Lindstrom, con aquella vena que resaltaba en la blancura. Observó el cuello, vio que la multitud le miraba y un instante después el impulso se apoderó de él. Se dio la vuelta, sin apartar los ojos de aquel cuello y sus arruguitas…, el cuello flácido y cubierto de arruguitas del hombre gordo.

Un par de manos salió disparado hacia adelante.

Lindstrom chilló como una rata asustada. Era una rata blanca gorda y lustrosa repleta de sangre. A los vampiros les encanta la sangre. Sangre de la rata, del cuello de la rata, de la vena que había en el cuello de la rata que no paraba de chillar…

Sangre cálida.

Aquella voz profunda y gutural era la voz de Henderson.

Las manos eran las manos de Henderson.

Las manos que rodearon el cuello de Lindstrom mientras hablaba, las manos que sintieron el calor, que buscaron la vena… El rostro de Henderson estaba inclinándose hacia el cuello, y sus dedos apretaron con más fuerza al sentir cómo Lindstrom se debatía entre ellos.

El rostro de Lindstrom se estaba volviendo de color púrpura. La sangre afluía a su cabeza. Magnífico. ¡Sangre!

Henderson abrió la boca. Sintió el aire en sus dientes. Se inclinó sobre aquel cuello de rata y entonces…

—¡Basta! ¡Ya es suficiente!

La voz, la voz de Sheila haciéndole recobrar la cordura. Sus dedos en su brazo. Henderson alzó los ojos, sobresaltado. Soltó a Lindstrom, que se derrumbó como un fardo con la boca abierta.

La multitud le estaba mirando y sus bocas formaban la «O» instintiva del asombro.

¡Bravo! —susurró Sheila—. Le está bien empleado…, ¡pero le has asustado!

Henderson luchó consigo mismo durante unos instantes para recobrar la calma. Después sonrió y se dio la vuelta.

—Damas y caballeros —dijo—, la pequeña exhibición con que acabo de obsequiarles tenía como objeto probarles que cuanto nuestro anfitrión dijo de mí era cierto. *Soy* un vampiro. Ahora ya están avisados, y tengo la seguridad de que no correrán ningún peligro. Si hay algún médico en la casa, quizá pueda hacerme una pequeña transfusión de sangre.

Las bocas se fueron relajando y la risa brotó de las tensas gargantas. Al principio fueron risas parcialmente histéricas, después auténticas. Henderson lo había

conseguido. Sólo Marcus Lindstrom siguió contemplándole con ojos en los que había el más absoluto terror. *Él* lo sabía.

Y entonces el momento pasó porque un gángster salió corriendo del ascensor y entró en la sala. Había bajado a la calle y había cogido prestadas la gorra y el delantal de un chico que vendía periódicos. Empezó a correr por entre la multitud con un fajo de periódicos debajo del brazo.

—¡Extra! ¡Extra! Entérense de todo. ¡El gran horror de Halloween! ¡Extra!

Los invitados le compraron periódicos, riéndose. Una mujer fue hacia Sheila, y Henderson, aturdido, vio alejarse a la chica.

—Te veré después —le dijo, y su mirada hizo que un torrente de fuego le recorriera las venas. Aun así, no podía olvidar la terrible sensación que le había invadido cuando se lanzó sobre Lindstrom. ¿Por qué?

Aceptó automáticamente el periódico que le ofrecía el seudovendedor. «El gran horror de Halloween», había gritado. ¿Qué era eso?

Sus confusas pupilas recorrieron la primera plana del periódico.

Y Henderson se tambaleó. ¡Aquel titular! El periódico era un auténtico *Extra*. Henderson examinó las columnas de texto con un creciente pavor.

«Fuego en una tienda de disfraces…, poco después de las ocho de la noche una llamada hizo que los bomberos acudieran a la tienda de…, llamas incontrolables…, totalmente destruida…, daños estimados en…, nombre del propietario desconocido, lo que resulta extraño…, esqueleto encontrado en…».

—¡No! —gritó Henderson.

Leyó aquel pasaje y volvió a leerlo atentamente. El esqueleto había sido encontrado en una caja llena de tierra en el sótano que había debajo de la tienda. La caja era un ataúd. Había dos cajas más, vacías. El esqueleto estaba envuelto en una capa que no había sido dañada por las llamas…

Y en el recuadro situado al final de la columna había unos cuantos comentarios de testigos oculares, encabezados por comentarios en gruesas letras negras. Los vecinos le tenían mucho miedo a ese sitio. Un barrio con predominio de inmigrantes húngaros, alusiones al vampirismo, a desconocidos que entraban en la tienda… Un hombre hablaba de un culto que se creía que celebraba sus reuniones en aquel lugar. Supersticiones sobre las cosas que se vendían allí…, filtros de amor, amuletos y disfraces extraños.

Disfraces extraños…, vampiros…, capas…, ¡sus ojos!

Es auténtica.

No voy a usarla mucho tiempo más. Quédesela.

El recuerdo de esas palabras aulló por el cerebro de Henderson. Salió corriendo de la habitación y se lanzó hacia el espejo de pared.

Un instante después alzó un brazo ante su rostro para proteger sus ojos de la imagen que no estaba allí…, el reflejo desaparecido. *Los vampiros no tienen reflejo.*

No era extraño que tuviera un aspecto raro. Ni que los brazos y los cuellos le

resultaran tan atractivos. Había querido beber la sangre de Lindstrom. ¡Santo Dios!

Todo era obra de la capa, la capa oscura con aquellas manchas. Las manchas de tierra del cementerio… Llevar la capa, aquella capa helada, le había hecho experimentar los sentimientos de un auténtico vampiro. Era una prenda maldita, algo que había cubierto el cuerpo de un no muerto. La mancha color óxido que había en una manga era sangre.

Sangre. Ver sangre resultaría tan agradable… Saborear su calor, el flujo de su roja vida.

No. Era una locura. Estaba borracho, había perdido la cabeza.

—¡Ah! Mi pálido amigo el vampiro…

Sheila de nuevo. Y el palpitar del corazón de Henderson se aceleró dominando todo aquel horror. Cuando contempló sus ojos resplandecientes y su cálida boca curvada en una roja invitación, Henderson sintió una oleada de calor. Clavó los ojos en la blanca garganta que se alzaba sobre su oscura capa y otro calor distinto invadió todo su ser. Amor, deseo… y hambre.

Debía de haberlo visto en sus ojos, pero no se asustó. Al contrario, sus pupilas se encendieron enviándole una muda respuesta.

¡Sheila también le amaba!

Henderson se arrancó la capa del cuello en un gesto impulsivo. Se había desprendido de aquel peso helado. Era libre. No había querido quitarse la capa, pero lo había hecho. Aquella capa estaba maldita y un minuto después habría tomado a la chica en sus brazos, la habría abrazado para darle un beso y habría seguido abrazándola para…

Pero no se atrevía a pensar en eso.

—¿Harto de disfraces? —le preguntó Sheila.

Se quitó la capa con un gesto similar y quedó revelada en toda la gloria de su túnica de ángel. Su rubia perfección de estatua hizo que la garganta de Henderson dejara escapar un jadeo ahogado.

—Ángel —murmuró.

—Diablo —respondió ella con voz burlona.

Y de repente se encontraron abrazados. Henderson había cogido su capa con el brazo, colocándola junto a la suya. Permanecieron inmóviles con los labios unidos buscando el éxtasis hasta que Lindstrom y un grupo de invitados entraron ruidosamente en la antesala.

En cuanto vio a Henderson el gordo anfitrión retrocedió.

—Tú… —murmuró—. Eres un…

—Ya me iba —dijo Henderson sonriendo.

Cogió a la chica por el brazo y la llevó hacia el ascensor. La puerta se cerró sobre el pálido y asustado rostro de Lindstrom.

—¿Nos marchamos? —susurró Sheila pegándose a su hombro.

—Sí. Pero no a la tierra. No vamos a bajar a mi reino, sino que subiremos al tuyo.

—¿Al jardín de la terraza?

—Exactamente, ángel mío. Quiero hablar contigo teniendo como telón de fondo el cielo que te pertenece, quiero besarte entre las nubes y…

Los labios de Sheila buscaron los suyos mientras el ascensor empezaba a subir.

—Ángel y diablo. ¡Vaya pareja!

—Eso mismo estaba pensando yo —confesó la chica—. ¿Qué tendrán nuestros hijos? ¿Halos o cuernos?

—Estoy seguro de que tendrán las dos cosas.

Salieron al tejado desierto. Y volvía a ser Halloween.

Henderson lo sintió. Lindstrom y sus amigos de la alta sociedad estaban abajo emborrachándose en una fiesta de disfraces. Aquí todo era noche, silencio y oscuridad. No había luz, música, alcohol o el parloteo gracias al que una fiesta resultaba idéntica a otra y una noche parecida a todas las demás. Aquí esta noche tenía personalidad propia.

El cielo no era azul sino negro. Las nubes colgaban de él como las barbas grises de gigantes suspendidos en el vacío que contemplaran el redondo globo anaranjado de la luna. Un viento frío soplaba del mar y llenaba la atmósfera con murmullos casi imperceptibles llegados de muy lejos.

Y hacía mucho frío.

—Dame mi capa —murmuró Sheila.

Henderson le ofreció la prenda en un gesto automático y el cuerpo de la chica giró bajo el negro esplendor de la tela. Sus ojos se alzaron hacia Henderson ardiendo con una llamada que no pudo resistir. La besó, tembloroso.

—Tienes frío —dijo la chica—. Ponte tu capa.

Sí, pensó Henderson. Ponte tu capa mientras contemplas su garganta. Después, cuando vuelvas a besarla, desearás su garganta y ella te la ofrecerá como una muestra de amor y tú la tomarás…, impulsado por el hambre.

—Póntela, querido…, insisto —murmuró la chica.

Sus ojos estaban llenos de impaciencia y en ellos llameaba un anhelo tan fuerte como el de Henderson.

Henderson se estremeció.

¿Ponerse la capa de la oscuridad? ¿La capa de la tumba, la capa de la muerte, la capa del vampiro? ¿La capa maligna animada por una fría vida capaz de transformar su rostro y su mente? Toma.

Los esbeltos brazos de la chica le rodearon colocando la capa sobre sus hombros. Sus dedos le rozaron el cuello en una caricia mientras ceñía la capa alrededor de su garganta.

Y entonces Henderson sintió cómo aquella frialdad helada se extendía por todo su cuerpo convirtiéndose en un calor todavía más horrible. Sintió cómo aumentaba de tamaño y cómo la mueca burlona se difundía por su rostro. ¡Esto era el auténtico Poder!

Y la chica que tenía delante le provocaba con sus ojos, invitándole. Vio su cuello de marfil, su esbelto y cálido cuello que le aguardaba. Estaba esperándole a él, a sus labios.

A sus dientes.

No…, no podía ser. La amaba. Su amor debía ser capaz de imponerse a esta locura. Sí, lleva la capa, desafía su poder y tómala en tus brazos como hombre, no como demonio. Debía hacerlo. Ésta era la prueba final.

—Sheila, tengo que decirte una cosa.

Sus ojos…, tan atractivos, tan incitantes. ¡Sería fácil!

—Sheila, por favor. ¿Has leído el periódico de esta noche?

—Sí.

—Yo…, compré mi capa allí. No puedo explicarlo. Ya viste lo que hice con Lindstrom. Quería llegar hasta el final. ¿Me comprendes? Tenía intención de…, de morderle. Llevar esta capa hace que sienta lo mismo que una de esas criaturas. Pero te amo, Sheila.

—Lo sé.

La luz de la luna hacía brillar sus ojos.

—Quiero hacer una prueba. Quiero besarte llevando puesta la capa. Quiero sentir que mi amor es más fuerte que esta… cosa. Si empiezo a ceder a la tentación, prométeme que te apartarás de mí y echarás a correr lo más deprisa que puedas. Pero no quiero que me malinterpretes. Debo enfrentarme a esta sensación y vencerla; quiero que mi amor por ti sea así de puro y de inconmovible… ¿Tienes miedo?

—No.

Seguía contemplándole tal y como él contemplaba su garganta. ¡Si supiera lo que pasaba por su mente!

—No creerás que estoy loco, ¿verdad? Fui a esa tienda de disfraces…, el propietario era un viejo horrendo y me dio la capa. Llegó a decirme que era la auténtica capa de un vampiro. Pensé que estaba bromeando, pero esta noche no he podido verme en el espejo y quería morder el cuello de Lindstrom, y quiero morder el tuyo. Aun así, tengo que hacer la prueba.

El rostro de la chica se burlaba de él. Henderson hizo acopio de valor. Se inclinó hacia adelante sintiendo cómo impulsos contradictorios luchaban en su interior. Durante un momento se quedó inmóvil bajo aquella horrible luna anaranjada y su rostro se contorsionó a causa del combate interior.

Y la chica seguía invitándole a que lo hiciera.

Sus labios extraña e increíblemente rojos se separaron para dejar escapar una risa tintineante, y sus blancos brazos asomaron por entre la negrura de la capa que llevaba para rodearle suavemente el cuello.

Lo sé…, lo supe cuando miré en el espejo. Supe que llevabas una capa como la mía…, compraste la tuya en el mismo sitio que yo…

Y los labios de la chica parecieron eludir los suyos mientras la sorpresa dejaba

paralizado a Henderson durante un segundo. Después sintió la gélida dureza de sus pequeños y afilados dientes en su garganta, un aguijonazo extrañamente agradable y relajante, y la negrura se alzó a su alrededor, engulléndole.

MANLY WADE WELLMAN

Cuando había luz de luna

[When it Was Moonlight]



Traducción de Albert Solé

Cuando había luz de luna



Que mi corazón se calme un instante
y explore este misterio.
El Cuervo

Su mano, tan delgada como una garra blanca, mojó la pluma en la tinta y escribió la fecha en una esquina de la página: 3 de marzo de 1842.

EL ENTIERRO PREMATURO
por Edgar A. Poe

Odiaba su segundo nombre, el nombre de su mezquino y despreciable padre adoptivo. Durante un segundo hasta llegó a pensar en tachar la inicial; después se dijo que lo único que hacía era perder el tiempo, posponer la pesada tarea de escribir. Y tenía que escribir o se moriría de hambre… el *Dollar Newspaper* de Filadelfia exigía el relato que le había prometido. Bueno, hoy había oído montañas de cotilleos —su suegra se había enterado de todo a través de un vecino—, y lo que oyó había hecho revivir en su mente un tema que siempre le había parecido fascinante.

Empezó a escribir rápidamente con una caligrafía de rasgos finos y elegantes:

Hay ciertos temas a cuyo interés nadie puede sustraerse, pero que son demasiado horribles para los propósitos de toda ficción legítima…

Iba a escribir un ensayo, no un cuento, y podía hacerle justicia al tema. A menudo pensaba en el mundo como si fuera un inmenso y apretado cementerio repleto de tumbas, y no todos sus ocupantes reposaban en paz… un número excesivo de ellos luchaban vanamente para no ser asfixiados por sus mortajas, golpeando las tapas emplomadas de sus ataúdes. ¿Qué eran sus propias labores literarias sino una lucha

para impedir que una sociedad tan pesada, hosca e insensible como las pellas de tierra arrojadas por la pala de un sepulturero acabara asfixiándole y robándole la respiración?

Dejó de escribir y fue al dintel de la chimenea para coger una vela. Su lámpara de queroseno había sido empeñada hacía mucho tiempo, y estaba muy oscuro para ser sólo media tarde, incluso en el mes de marzo. Su suegra barría diligentemente el suelo de la casa, y en la habitación contigua a la suya resonaba el leve eco de la respiración de su esposa inválida. La pobre Virginia dormía, y por el momento no sufría dolor alguno. Volvió a la mesa llevando su vela, mojó la pluma en el tintero y siguió escribiendo:

No cabe duda de que ser enterrado vivo es el más terrorífico de todos los destinos que hayan caído sobre un ser mortal. Que ha ocurrido con frecuencia, con mucha frecuencia, tampoco puede ser negado…

Su oscura imaginación volvió a saborear la historia que había oído contar ese día. Había ocurrido en este mismo barrio de Filadelfia hacía menos de un mes. Tras varias semanas de llorar a su esposa, un viudo fue a visitar su tumba con un ramo de flores. Se inclinó sobre la losa de mármol para colocarlas en la tumba y oyó unos ruidos que llegaban de abajo. Pidió ayuda, embargado por una mezcla de alegría y pavor. Acudieron hombres con palancas de hierro y sacaron de la tumba el cuerpo de su esposa, que no había sido afectado por la corrupción. La mujer recobró el conocimiento aquella misma noche en su casa.

Eso decían los rumores, quizá exagerados, quizá no. Y la casa se encontraba a sólo seis manzanas de distancia de la calle Spring Garden, donde estaba sentado ahora.

Poe cogió sus cuadernos de notas y empezó a buscar casos con que adornar su composición: una lúgubre historia de resurrección ocurrida en Baltimore, otra de Francia, una cita realmente espeluznante tomada del *Diario Quirúrgico* de Leipzig; un caso londinense en el que un muerto había sido revivido mediante descargas eléctricas, certificado por varios testimonios dignos de toda confianza… Después añadió una experiencia suya embellecida románticamente, una aventura onírica de su juventud en Virginia.

Cuando pensaba ponerle punto final a la composición tuvo una nueva idea.

¿Por qué no averiguar algo más sobre el caso de Filadelfia y esa mujer que se decía que había vuelto de la muerte? Aquello serviría para redondear su ensayo, dándole un oportuno clímax local y aseguraría que fuese aceptado… no podía correr el riesgo de que se lo rechazaran. Además, también serviría para satisfacer su propia curiosidad. Poe dejó la pluma sobre la mesa y se puso en pie. Cogió su sombrero negro de ala ancha y la vieja capa militar que había llevado desde sus infortunados

días de cadete en West Point. Envolvió su delgado y pequeño cuerpo en los pliegues de la capa, abrió la puerta principal y salió de la casa.

Marzo se había presentado como un león y ahora rugía sobre Filadelfia, devastándola como haría esa bestia. Un polvo seco y frío intentó invadir los ojos grises de Poe haciéndole apretar la boca bajo su oscuro bigote. Sintió cómo se le erizaba el vello de las pantorrillas; sus pantalones a rayas eran demasiado delgados para la estación y sus zapatos necesitaban urgentemente ser reparados. ¿Hacia dónde tenía que ir?

Recordaba el nombre de la calle y algo sobre un jardín abandonado. Acabó llegando al lugar o a lo que debía de ser el lugar: no cabía duda de que el jardín estaba abandonado, y había sido invadido por una gran cantidad de hierbajos de tallos delgados y resistentes que aún seguían formando grandes macizos pese a haber soportado la dureza del invierno. Poe logró abrir la rechinante puerta y siguió el sendero enlosado que llevaba hasta el umbral. Vio una placa de bronce: «Gauber», decía en ella. Sí, ése era el apellido que había oído. Hizo girar el llamador con fuerza y creyó captar un movimiento casi inaudible dentro de la casa. Pero la puerta no se abrió.

—Ahí no vive nadie, señor Poe —dijo alguien desde la calle.

Era un chico de los recados que llevaba una pesada cesta colgando del brazo. Poe bajó el escalón de la entrada. Conocía al muchacho; de hecho, le debía once dólares al tendero para el que trabajaba.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Bueno… —el chico se cambió la pesada cesta al otro brazo—. Si ahí dentro viviera alguien compraría en nuestra tienda, ¿verdad? Y yo le traería las compras, ¿no? Pero ya hace seis meses que tengo este trabajo y nunca he puesto los pies al otro lado de esa puerta.

Poe le dio las gracias y se alejó calle abajo, pero no tomó por el camino que le habría llevado a su casa, sino que se dirigió al comercio de un tal Pemberton, impresor y amigo suyo, pensando pasar un rato allí y pedirle un préstamo.

Pemberton no podía prestarle ni tan siquiera un dólar —también estaba pasando por una mala época—, pero le ofreció una copa de whisky Monongahela que Poe se obligó a rechazar, y a continuación una cena consistente en galletas, queso y salchicha con ajo que Poe compartió con gratitud. En casa sólo habría pan y melaza, a menos que su suegra hubiera mendigado o le hubiese pedido prestado algo a los vecinos. El escritor estrechó la mano de Pemberton cuando ya empezaba a anochecer, le agradeció su hospitalidad con cálida cortesía y salió a la oscuridad del ocaso.

No llovía, gracias a Dios. A Poe siempre le habían entristecido las tormentas. El viento se había calmado y el cielo de marzo estaba despejado salvo por una nubecilla algodonosa que se movía a toda velocidad: una congelada luna llena de color crema iba subiendo por el firmamento. Poe contempló las sombras del disco lunar entrecerrando los ojos bajo el ala de su sombrero. Quizá pudiera escribir otra historia

sobre un viaje a la Luna… algo parecido al relato de Hans Pfaal, pero narrado en un tono de la máxima seriedad. Caminó por la calle sumida en sombras pensando en ello y acabó encontrándose de nuevo ante el jardín abandonado, la puerta que rechinaba y la casa con la placa de bronce sobre la que se leía «Grauber».

Ah, el chico de los recados debía de estar equivocado… Había luz al otro lado de la ventana delantera, una luz de un azul acuoso… ¿o no la había? De todas formas, no podía dudar de que había movimiento… sí, había una figura encorvada que parecía mirarle.

Poe entró en el jardín y volvió a llamar a la puerta de la casa.

Cuatro o cinco segundos de silencio; después oyó el crujir de la vieja cerradura. La puerta giró hacia el interior con ruidosa lentitud. Poe pensó que la luz azulada debía de haber sido algún engaño de sus sentidos, pues lo único que podía ver era oscuridad. Una voz habló:

—¿Y bien, señor?

Las tres palabras fueron pronunciadas en un tono muy bajo y ronco, como si la persona que había abierto la puerta apenas respirase. Poe se quitó el sombrero e hizo una de sus gráciles reverencias.

—Si es usted tan amable… —hizo una pausa, no sabiendo si se dirigía a un hombre o a una mujer—. ¿Es ésta la residencia Gauber?

—Lo es —replicó aquella voz ronca y suave carente de sexo—. ¿Qué le trae aquí, señor?

Poe habló empleando la sequedad propia de los funcionarios y oficiales; había sido sargento mayor de artillería antes de cumplir los veintiún años y sabía cómo inyectar el matiz imperioso adecuado en su voz.

—Vengo por un asunto que interesa a toda la comunidad —anunció—. Soy periodista, y ando siguiéndole la pista a una historia bastante extraña de la que me han informado.

—¿Periodista? —repitió la persona que le interrogaba—. ¿Una historia extraña? Entre, señor.

Poe entró en la casa y la puerta se cerró bruscamente a su espalda con un chirriar oxidado del pestillo. Recordó su estancia en la cárcel, y que la puerta de su celda había hecho exactamente el mismo ruido al cerrarse. No era un recuerdo agradable. Pero ahora podía ver con más claridad; estar dentro de la casa había hecho que sus ojos se fueran acostumbrando a la débil claridad emitida por la luna.

Se encontraba en un pasillo oscuro con las paredes cubiertas por paneles de madera: no había muebles, cuadros ni tapices. Quien le había abierto la puerta era una mujer vestida con un traje oscuro y una cofia de encaje, una mujer tan alta como él y poseedora de unos ojos rápidos y vivaces que parecían arder con una llama interior. La mujer no se movió y permaneció en silencio, esperando a que le contara algo más sobre lo que le había traído hasta aquí.

Poe le dijo quién era y exageró un poco afirmando ser segundo editor del *Dollar*

Newspaper, explicándole que le habían encargado la misión de entrevistarla.

—Y ahora, señora, respecto a esa historia relacionada con un entierro prematuro…

La mujer se había movido hasta quedar muy cerca de Poe, pero cuando volvió el rostro hacia ella retrocedió un poco. Poe tuvo la impresión de que su aliento la había barrido como si fuese una pluma; después recordó la salchicha con ajo que le había ofrecido Pemberton y se sintió avergonzado. Y ahora, como si quisiera confirmar su sospecha, la mujer estaba ofreciéndole un poco de vino… ¿para endulzar su aliento?

—¿Una copa de vino canario, señor Poe? —le invitó abriendo una puerta lateral.

Poe la siguió a una habitación cuyas paredes estaban cubiertas por un papel color azul claro. El resplandor de la luna caía sobre el papel y se reflejaba creando lo que parecía una luminosidad artificial. Eso era lo que había visto desde el exterior. Su anfitriona cogió la botella que había sobre una mesa desprovista de tapete o mantel, llenó de vino una copa metálica y se la ofreció.

Poe deseaba beber aquel vino, pero hacía poco le había prometido a su esposa enferma que se abstendría de tomar el más mínimo sorbo de aquella sustancia que tan terribles efectos producía en él, y la promesa había sido tan sincera como solemne.

—Se lo agradezco mucho —dijeron con dificultad sus sedientos labios—, pero soy abstemio.

—Oh —sonrió; Poe vio el reflejo blanco de sus dientes—. Soy Elva Gauber… la señora de John Gauber. En cuanto al asunto por el que me pregunta… no puedo darle ninguna explicación satisfactoria, pero es cierto. Mi esposo fue enterrado en el cementerio luterano…

—Señora Gauber, según he oído se trataba de una mujer.

—No, no era una mujer. Mi esposo había estado enfermo. Su cuerpo estaba frío y no se le oía respirar. El doctor Mecham dijo que estaba muerto, y fue enterrado bajo una losa de mármol en la cripta de su familia —parecía cansada, pero hablaba con voz tranquila y firme—. Esto ocurrió poco después de Año Nuevo. El día de San Valentín le llevé flores. Oí cómo luchaba y se movía bajo su lápida. Hice que le desenterraran. Y sigue vivo… en cierta forma.

—¿Sigue vivo? —repitió Poe—. ¿En esta casa?

—¿Quiere verle? ¿Desea entrevistarle?

El corazón de Poe empezó a latir rápidamente y sintió cómo un escalofrío le recorría la columna vertebral. Otra de sus muchas peculiaridades era el que tales sensaciones le producían un extremado placer.

—Nada me gustaría más —le aseguró, y la mujer fue hacia otra puerta.

La abrió y se detuvo en el umbral, como si estuviera haciendo acopio de valor para zambullirse en una corriente fría y rápida. Después empezó a bajar un tramo de escalones.

Poe la siguió, cerrando maquinalmente la puerta a su espalda.

Las tinieblas de la medianoche, de la prisión o… sí, de la tumba, cayeron

inmediatamente sobre aquellas escaleras. Oyó cómo Elva Gauber dejaba escapar un jadeo ahogado.

—No… la luz de la luna… déjela entrar…

Y un instante después todo su cuerpo se aflojó y se desplomó pesadamente escaleras abajo.

Poe fue rápidamente a tientas hacia ella, perplejo, y la encontró al final de la escalera, con el cuerpo pegado al panel de madera de una puerta. La tocó y descubrió que estaba fría y rígida: no se movía, y parecía haber perdido toda la elasticidad de la vida. La delgada mano de Poe buscó el picaporte de la puerta, acabó hallándolo y la abrió. El tenue reflejo de la claridad lunar entró por el hueco y Poe se dispuso a arrastrar a la mujer en esa dirección.

Un instante después oyó cómo lanzaba un pesado suspiro. Elva Gauber levantó la cabeza y se puso en pie.

—Qué estúpida he sido —se disculpó con voz ronca.

—Yo he tenido la culpa —protestó Poe—. Sus nervios, su salud… es natural que hayan sufrido a causa de todo esto. La repentina oscuridad y el estar en un lugar pequeño y cerrado la abrumaron —hurgó en su bolsillo buscando la cajita donde guardaba la yesca—. Permítame encender una luz.

Pero la mujer alzó la mano, deteniéndole.

—No, no. La luna es suficiente —fue hacia una pequeña ventana oblonga incrustada en la pared. Sus manos, tan delgadas como las de Poe y con las uñas largas y sucias, se curvaron sobre el alféizar. Su rostro quedó bañado por la claridad de la luna y sus rasgos no tardaron en recobrar la calma. Tragó una honda bocanada de aire, aspirándola casi con voluptuosidad—. Ya estoy totalmente recuperada —dijo—. No tema por mí. No hace falta que esté tan cerca, señor.

Poe había olvidado el olor a ajo y se apresuró a retroceder, muy contrito. La mujer debía de ser tan sensible a ese olor como… como… ¿cuál era la criatura que no podía soportar el olor a ajo y huía de él? No pudo recordarlo, y aprovechó aquellos instantes para examinar el sitio donde se encontraban: era un sótano con paredes de piedra y suelo de tierra apisonada. El agua parecía gotear en un rincón, formando un charco de barro en el suelo. Junto a ese rincón había una especie de trampilla formada por unos tablones de madera bastante gruesa colocados en diagonal que se unían a la pared, como para ocultar una ventana. Pero ninguna ventana podía estar tan baja… Todo olía a moho y a cerrado, como si el aire fresco llevara décadas enteras sin entrar allí.

—¿Su esposo está aquí? —preguntó Poe.

—Sí.

La mujer fue hacia la especie de trampilla, descorrió el pestillo y la abrió.

El agujero situado detrás de los tablones estaba tan negro como la tinta, y de él surgió una especie de balbuceo ahogado. Poe siguió a Elva Gauber y forzó los ojos intentando ver algo. Un espacio enlosado contenía una especie de catre. Sobre él

yacía un hombre casi desnudo. Su piel estaba tan blanca como el hueso, y sólo sus ojos —que empezaban a abrirse— poseían algo de vida. El hombre miró a Elva Gauber y después a Poe.

—Váyase —murmuró.

—Señor… —dijo Poe—. He venido para escuchar de sus labios cómo recobró la vida dentro de la tumba…

—Es mentira —le interrumpió el hombre del catre. Se retorció hasta quedar medio sentado, tensando el cuerpo como si tuviera que luchar con un peso terrible que le aplastara. La luz de la luna mostró lo consumido y flaco que estaba. Los contempló enseñando los dientes en una mueca parecida a la de una calavera—. ¡Le he dicho que es mentira! —gritó en una brusca demostración de fuerza que bien podía ser la última—. Se lo ha contado este monstruo que no es… mi esposa…

La trampilla volvió a cerrarse ahogando sus gritos. Elva Gauber se encaró con Poe, dando un paso hacia atrás para evitar su aliento a ajo.

—Ya ha visto a mi esposo —dijo—. Bien, señor, ¿le ha parecido un espectáculo agradable?

Poe no respondió y la mujer se movió sobre el suelo de tierra dirigiéndose hacia la escalera de caracol.

—¿Quiere subir primero? —le preguntó—. Cuando llegue arriba mantenga abierta la puerta para que yo pueda tener… —pronunció la palabra «vida», o quizá fuera «luz», Poe no estuvo seguro[8].

Obviamente, aquella mujer que al principio casi había acogido con placer su intrusión ahora quería que se marchara de la casa. Sus ojos, tan imperiosos como órdenes gritadas en voz alta, estaban clavados en su rostro. Poe sintió su poder y se inclinó ante él.

Subió obedientemente por la escalera y se detuvo ante la puerta abriéndola de par en par. Elva Gauber le siguió. Cuando llegó al final de la escalera sus ojos volvieron a clavarse en los de él y, de repente, Poe supo más de lo que nunca había imaginado posible acerca de esos impulsos mesméricos sobre los que tanto le gustaba escribir.

—Espero que su visita no haya resultado infructuosa —dijo la mujer con voz mesurada—. Vivo sola… no veo a nadie, y dedico todo mi tiempo a cuidar de la pobre criatura que en tiempos fue mi marido, John Gauber. Mi mente no se encuentra muy despejada. Puede que mis modales no sean todo lo buenos que deberían. Discúlpeme, y buenas noches.

Poe se encontró fuera de la casa, nuevamente expuesto al viento que volvía a aullar con fuerza. La puerta principal se cerró a su espalda y la cerradura rechinó.

El aire fresco, el azote del vendaval en su rostro y el no hallarse sujeto a la imperiosa mirada de Elva Gauber hicieron que su mente saliera del estupor parecido al sueño en que acababa de caer, y Poe comprendió lo que había ocurrido… o lo que no había ocurrido.

Había salido de su casa esta desapacible tarde de marzo para investigar los

informes sobre un entierro prematuro que habían llegado a sus oídos. Había contemplado a una pobre criatura espantosamente enferma y ésta le había dicho que todos los rumores eran mentira. Entonces, sin saber muy bien cómo, se había visto bruscamente expulsado de la casa, y se le había impedido estudiar con detenimiento lo que podía ser una de las más extrañas aventuras que le era concebible conocer a la buena fortuna de un escritor. ¿Por qué estaba permitiendo que las cosas quedaran en ese punto?

Decidió no olvidarse del asunto. Eso sería mucho peor que no haber llegado a tener conocimiento de él.

En cuanto hubo tomado esa decisión su mente formó rápidamente un plan. Recorrió el sendero, dio la vuelta al llegar a la puerta del jardín y se deslizó cautelosamente junto a la casa. Se arrodilló junto a los cimientos de una esquina, justo allí donde una pequeña ventana oblonga parecía confundirse con el suelo.

Inclinó la cabeza y descubrió que la luz de la luna le permitía ver bastante bien lo que había al otro lado: comprendió que aquello era un fenómeno bastante extraño, pues normalmente el contenido de una habitación sólo queda revelado si hay luz dentro de ella. La puerta abierta que daba a las escaleras, el charco de barro del rincón, la trampilla con el pestillo descorrido… todo era claramente discernible. Y había algo acurrucado en el nicho revelado por esa claridad, algo que se encorvaba sobre el frágil bulto blanco que era John Gauber.

El traje oscuro, la cofia blanca… Elva Gauber. Siguió inclinándose hasta que su rostro tocó la cara o el hombro de su esposo.

El corazón de Poe, que nunca había sido el más robusto y saludable de sus órganos, empezó a vibrar como un tambor y se le aceleró el pulso. Se acercó un poco más a la ventana queriendo distinguir con una mayor claridad lo que ocurría en el sótano. Su sombra interceptó parte de la luz. Elva Gauber se volvió a mirar.

Su rostro estaba tan pálido como la luna y, como la luna, estaba cubierto por manchones oscuros. Se incorporó y fue rápidamente hacia la ventana detrás de la que estaba acuclillado Poe, moviéndose tan deprisa que casi parecía correr. Poe la vio claramente, a muy poca distancia de él.

En su boca y sus mejillas había manchas oscuras de un líquido pegajoso. Su lengua emergió de entre los labios, lamiendo las manchas…

¡Sangre!

Poe se levantó de un salto y fue corriendo hacia la parte delantera de la casa. Hizo que sus delgados y temblorosos dedos cogieran el llamador y lo movieran una y otra vez. Al ver que no obtenía respuesta lanzó su cuerpo contra la puerta, pero ésta ni tan siquiera se movió. Fue hacia una ventana, la golpeó con los nudillos, intentó separarla del alféizar y acabó alzando el puño para romper el cristal.

Algo se movió al otro lado del cristal y abrió la ventana. Una silueta pálida salió disparada hacia él moviéndose con la velocidad de una serpiente al atacar… Antes de que pudiera moverse unos dedos le habían agarrado por la pechera de la chaqueta.

Los ojos de Elva Gauber se clavaron en los suyos.

Ya no llevaba la cofia y su oscura cabellera caía desordenadamente alrededor de su rostro. Su boca y sus mejillas seguían estando manchadas de sangre.

—Ha ido demasiado lejos —le dijo con una voz tan fría y mesurada como las gotitas que se desprenden de los carámbanos—. Iba a perdonarle la vida porque ese olor a ajo que desprende me repugna… Le mostré un poco, lo suficiente para advertir a cualquier persona prudente, y le dejé marchar. Ahora…

Poe intentó soltarse. Los dedos de la mujer le sujetaban con una presión tan imposible de romper como si estuviera atrapado por un cepo de acero. La mujer torció los labios en una mueca de triunfo, pero aún no podía encararse plenamente con él… el aliento de Poe seguía oliendo a ajo.

—Míreme a los ojos —le ordenó—. Míreme… no puede negarse, no puede escapar. Morirá, igual que John… y cuando mueran los dos volverán a alzarse de la tumba, como yo. Mientras vivan tendré dos manantiales de vida… y dos compañeros después de que mueran.

—Está loca —dijo Poe, intentando resistirse al influjo de su mirada.

La mujer dejó escapar una risita burlona.

—Estoy cuerda, y usted también lo está. Los dos sabemos que digo la verdad. Los dos sabemos cuán fútiles son sus esfuerzos —alzó un poco la voz—. Cuando yacía muerta en mi tumba, un rayo de luz lunar atravesó una rendija y cayó sobre mis ojos. Desperté. Luché. Me liberaron. Ahora, de noche, cuando brilla la luna… ¡Uf! ¡No me eche el olor de esa hierba a la cara!

Ladeó la cabeza. En ese instante Poe tuvo la impresión de que un telón de la más absoluta negrura caía del cielo, y el cuerpo de Elva Gauber se desplomó con él.

Intentó ver algo en la repentina oscuridad. Elva Gauber había caído sobre el alféizar de la ventana como un títere abandonado por las manos del que lo manipulaba. Su mano seguía agarrotada sobre la chaqueta de Poe, y para librarse de ella tuvo que apartar uno a uno aquellos dedos fríos y rígidos como el acero. Después se dio la vuelta para huir de aquel lugar repleto de sombríos peligros que amenazaban tanto el cuerpo como el alma.

Al darse la vuelta vio cuál era la causa de aquella oscuridad. Una nube había ido avanzando desde el horizonte —era el lejano manchón color hollín que había visto hacia el ocaso—, y ocultaba la luna. En vez de huir Poe se quedó quieto, observándola.

Sus ojos calcularon la velocidad y el tamaño de la nube. Ocultaba la luna y seguiría ocultándola durante… bueno, unos diez minutos. Y durante esos diez minutos Elva Gauber yacería inmóvil y sin vida. Lo que le había dicho era cierto: la luna le daba vida. ¿Acaso no se había derrumbado como una muerta en las escaleras cuando éstas quedaron sumidas en la oscuridad? Poe empezó a examinar las pruebas y fue uniéndolas en su mente.

La muerta era Elva Gauber, no su esposo, y fue su cuerpo el que enterraron en la

cripta familiar. Había vuelto a la vida, o a una espantosa imitación de ésta, en cuanto los rayos de la luna cayeron sobre ella. Aquella luz poseía una fuerza impredecible: hacía aullar a los perros, enfurecía a los locos haciéndoles cometer actos de violencia, provocaba el miedo, la pena más negra o el éxtasis. Las viejas leyendas decían que engendraba a las hadas, causaba la transformación de los licántropos y era el poder que infundía movimiento a las escobas en que cabalgaban las brujas. Sí, aquella luz debía de ser la fuente de la fuerza maligna que animaba lo que había sido el cadáver de Elva Gauber… y Poe no debía seguir perdiendo el tiempo ante aquel alféizar sumido en tales ensueños.

Hizo acopio de todo su coraje y entró por el hueco de la ventana que contenía el cuerpo inmóvil de la mujer. Cruzó a tientas la habitación hasta encontrar la puerta del sótano, la abrió y bajó por la escalera, atravesó el umbral que había al final de ésta y entró en el sótano con las paredes de piedra.

Todo estaba a oscuras: la luna seguía oculta detrás de la nube. Poe se detuvo el tiempo imprescindible para sacar su cajita de yesca del bolsillo, encender una luz y prenderle fuego al extremo de un trapo que enrolló lo más apretadamente posible. La luz que le proporcionaba era débil, pero ardería sin apagarse, y le permitió ir hasta la trampilla, abrirla y poner la mano sobre el flaco hombro desnudo de John Gauber.

—Levántese —le dijo—. He venido a salvarle.

El rostro parecido a una calavera cambió levemente de posición para devolverle la mirada. John Gauber logró hablar, aunque su voz era casi un gemido inaudible.

—Es inútil. No puedo moverme… a menos que ella me lo permita. Sus ojos me mantienen aquí… medio vivo. Habría muerto hace mucho tiempo, pero ella…

Poe pensó en una infortunada araña paralizada por el aguijón de una avispa, obligada a yacer indefensa en la madriguera del insecto que la había capturado hasta que llegara la hora de alimentarse. Se inclinó sobre el catre acercando a éste su trapo encendido. Pudo ver el cuello de Gauber: era una masa de pequeñas heridas parecidas a perforaciones de aguja, y en algunas aún había gotitas de sangre fresca o a punto de secarse. Torció el gesto, pero se obligó a mantenerse firme en su decisión.

—Deje que adivine la verdad —dijo rápidamente—. Sacaron a su esposa de la tumba, la trajeron a casa y una vez aquí pareció recobrar la vida. Le hechizó, o le engañó… y le convirtió en un prisionero indefenso. Eso último no es nada contrario a la naturaleza. He estudiado el mesmerismo.

—Es cierto —balbuceó John Gauber.

—Y cada noche viene a beber su sangre, ¿no es así?

Gruber asintió débilmente con la cabeza.

—Sí. Acababa de empezar, pero se marchó corriendo por la escalera. No tardará en volver.

—Bien —dijo Poe con expresión hosca—. Puede que cuando vuelva se encuentre con algo que no esperaba. ¿Ha oído hablar alguna vez de los vampiros? Probablemente no, pero yo he estudiado ese tema, así como muchos otros. Creo que

empecé a albergar sospechas cuando mostró tanta repugnancia ante el olor a ajo. Los vampiros yacen inmóviles durante el día y caminan y se alimentan por la noche. Son criaturas de la luna… la sangre es su sustento. Vamos.

Poe se calló, apagó la luz y cogió al hombre en sus brazos. Gauber pesaba tan poco como un niño. El escritor lo llevó hasta el refugio ofrecido por la escalera de caracol y le dejó apoyado en la pared, tapándole con su vieja capa de cadete. La penumbra de aquel lugar hacía que el gris de la capa se fundiera con el gris de las piedras del muro. El pobre desgraciado estaría bien escondido.

Después se quitó la chaqueta, el chaleco y la camisa. Amontonó su ropa allí donde las sombras proyectadas por la escalera eran más profundas y se puso en pie, desnudo hasta la cintura. Su piel era casi tan blanca y exangüe como la de Gauber, su pecho y sus brazos casi igual de flacos. Poe se atrevió a creer que podría pasar por aquel infortunado, aunque sólo fuera durante unos momentos.

El sótano volvió a llenarse de luz. La nube debía de estar alejándose de la luna. Poe aguzó el oído. Oyó el sonido de algo que se arrastraba por el suelo del cuarto de arriba y después el eco de unos pasos.

Elva Gauber, la criatura nocturna que bebía sangre, acababa de revivir.

No había ni un segundo que perder. Poe corrió hacia el nicho, entró en él y cerró la trampilla a su espalda.

Sonrió, compartiendo una horrenda paradoja con la oscuridad que le rodeaba. Conocía todas las formas de acabar con los vampiros registradas en las viejas leyendas: atravesarles con una estaca, agua bendita, las oraciones, el fuego… Pero él, Edgar Alian Poe, había dado con un nuevo sistema. Miríadas de historias hablaban en murmullos aterrados de los demonios que les tendían emboscadas a los hombres normales pero ¿quién había oído hablar jamás de un hombre normal que le tendía una emboscada a un demonio? Bueno, Poe nunca se había considerado demasiado normal, ya fuese en cerebro, en espíritu o en gustos.

Estiró el cuerpo, juntando los pies y cruzando las manos sobre su desnudo estómago. Estar en la tumba sería algo muy parecido a esto, pensó de pronto. A su mente acudió una poesía escrita por alguien llamado Bryant, publicada hacía mucho tiempo en una revista de Nueva Inglaterra: «La oscuridad que no alienta y la angosta morada». Bien sabía el cielo que esta oscuridad no alentaba y este agujero se hallaba lo suficientemente oscuro… Rechazó con una violencia casi histérica la idea de estar enterrado. Se puso de cara al muro con el brazo desnudo sobre la mejilla y la sien, queriendo romper aquel horrendo hechizo que pesaba sobre él con una fuerza mucho mayor que cualquier pensamiento referente a Elva Gauber.

Su oreja entró en contacto con la mohosa superficie del catre y ésta le transmitió el eco de unos pasos que bajaban por las escaleras. Unos pasos rítmicos y confiados… los pasos de alguien que tenía prisa por llegar a su destino.

Elva Gauber deseaba reanudar la cena tan bruscamente interrumpida.

Estaba cruzando la habitación. No se detuvo ni se dio la vuelta: no se había fijado

en su esposo, que yacía bajo la capa de cadete a la sombra de los peldaños. Los sonidos fueron en línea recta hacia la trampilla y oyó cómo sus manos descorrían el pestillo.

Una luz azulada como la leche después de que se le ha quitado la nata entró en su agujero. Una sombra se abrió paso por entre la luz, cayendo sobre el cuerpo de Poe. Su imaginación, que siempre se adelantaba a la realidad, le murmuró que aquella sombra pesaba tanto como el plomo… era un peso fatídico y opresivo.

—John —dijo la voz de Elva Gauber en su oreja—, he vuelto. Ya sabes por qué… ya sabes para qué —en su voz había un matiz codicioso, como si brotara de unos labios flácidos y temblorosos—. Ahora eres mi única fuente de sustento y energía. Esta noche pensé que un desconocido… pero ha escapado. No importa. De todas formas, estaba envuelto en un olor repugnante…

Su mano le tocó la piel del cuello. Estaba acariciándole y examinándole, como hace un carnicero con la bestia condenada al sacrificio.

—No te apartes de mí, John —le ordenó con voz roncamente burlona—. Ya sabes que eso no te servirá de nada. Es noche de luna llena y tengo el poder suficiente para hacer cualquier cosa… ¡cualquier cosa! —estaba intentando levantar el brazo con que se tapaba la cara—. No conseguirás… —se calló, perpleja, y un instante después un ronco alarido salvaje brotó de su garganta—. ¡Tú no eres John!

Poe se irguió en el catre, y sus manos parecidas a garras de pájaro salieron disparadas hacia delante y la agarraron: una mano se enredó en el desorden serpentino de su oscura cabellera, la otra hundió las yemas de sus dedos en la gélida carne de su brazo.

El grito tembló y acabó convirtiéndose en un horrible jadeo agónico. Poe tiró de su cautiva, invirtiendo en aquel esfuerzo todas las energías que había ido acumulando. Los pies de la mujer dejaron de estar en contacto con el suelo y su cuerpo voló hacia el hueco, pasando por encima de Poe y perdiéndose más allá. Se estrelló contra las piedras de la pared en un ruidoso impacto lo bastante fuerte para romperle los huesos, y se habría derrumbado sobre Poe; pero sus manos la habían soltado en ese mismo instante y ya estaba deslizándose a toda prisa por el suelo del sótano.

Buscó la trampilla con una premura frenética. Elva Gauber intentaba incorporarse sobre las manos y las rodillas, debatiéndose entre el desorden del catre esparcido por el nicho; Poe cerró la trampilla con un golpe seco.

Elva Gauber se lanzó contra los tablones, gimiendo y gritando como un animal caído en la trampa. Era casi tan fuerte como él, y durante unos segundos Poe pensó que lograría salir del nicho, pero pegó el hombro a los tablones, sudando y jadeando, y clavó los pies en el suelo. Sus dedos encontraron el pestillo, lo levantaron y lo colocaron en su sitio.

—Está oscuro —gimió Elva Gauber desde el interior del nicho—. Oscuro… no hay luna…

Su voz se fue extinguiendo.

Poe se dirigió al charco fangoso que había en el rincón del sótano y metió las manos en él. El fango no era muy espeso, pero serviría. Empezó a esparcirlo por la trampilla, usándolo para sellar las grietas y los contornos de los tablones. Usó las palmas de sus manos como si fueran llanas de albañil, cubriendo la trampilla con una capa de fango cada vez más espesa.

—Gauber —dijo con voz jadeante—, ¿cómo se encuentra?

—Bien… creo —la voz sonaba extrañamente fuerte y límpida. Poe miró por encima del hombro y vio que Gauber había logrado erguirse por sus propios medios. Seguía estando pálido, pero parecía capaz de sostenerse en pie—. ¿Qué está haciendo? —le preguntó.

—La estoy emparedando —respondió Poe, cogiendo un poco más de fango—. La emparedo para siempre con su maldad…

Sintió un fugaz relámpago de inspiración, el germen simbólico de un relato; un hombre emparedaba a su mujer en un agujero semejante, encerrando junto a ella una encarnación del mal activo… quizá bajo la forma de un gato negro.

Hizo una pausa en su trabajo para tragar una honda bocanada de aire y se sonrió a sí mismo. Incluso en el peor de los peligros, en el instante de labor y miedo más terribles… siempre tenía que estar inventando nuevos argumentos para sus relatos.

—Nunca podré agradecérselo lo suficiente —estaba diciéndole Gauber—. Creo que ahora todo irá bien… siempre que siga allí dentro.

Poe pegó la oreja a la pared.

—Ni el más mínimo movimiento, señor. La luz de la luna no puede llegar hasta ella… ha perdido la vida y el poder que le daban. ¿Puede ayudarme a ponerme la ropa? Tengo un frío terrible.

Cuando volvió a la casa de la calle Spring Garden su suegra le recibió en el umbral. Los fuertes rasgos de su rostro coronado por un bonete blanco de viuda estaban tensados a causa de la preocupación.

—Eddie, ¿estás enfermo? —en realidad lo que le preguntaba era si había estado bebiendo. Una mirada bastó para tranquilizarla—. No —se respondió a sí misma—, pero has estado tanto tiempo fuera de casa… Y estás muy sucio, Eddie. Tienes que lavarte.

Dejó que le condujera por la casa y que llenara un barreño con agua caliente. Mientras se frotaba para limpiarse su mente fue formando excusas, una mentira banal sobre un largo paseo en busca de la inspiración, un breve mareo causado por el cansancio, un tropezón que le había hecho caer en un charco de barro…

—Voy a prepararte un poco de café caliente, Eddie —dijo su suegra.

—Sí, por favor —respondió, y volvió a su habitación.

Encendió la vela, se sentó y cogió la pluma.

Su mente estaba embelleciendo la inspiración para el relato que había acudido a él en un momento tan terrible, cuando estaba en el sótano de la casa Gauber. Mañana

trabajaría en eso. Esperaba que el *United States Saturday Post* querría aceptarlo. ¿Título? «El gato negro», simplemente eso.

¡Pero antes debía acabar la tarea que había emprendido! Mojó la pluma en el tintero. ¿Cómo empezar? ¿Cómo terminar? Y, después de haber escrito y publicado semejante composición, ¿cómo defenderse contra los crecientes rumores de que estaba loco?

Decidió olvidarse de aquello, si es que podía: al menos intentaría buscar algunas compañías más saludables, la comodidad y la paz… quizá incluso pudiera escribir algunos versos de tono más ligero, unos cuantos relatos y artículos humorísticos. Por primera vez en su vida, había tenido una dosis más que suficiente de lo macabro.

Escribió rápidamente el último párrafo:

«Hay momentos en que el mundo de nuestra triste Humanidad puede cobrar el aspecto de un Infierno incluso para el sereno ojo de la Razón… pero la imaginación de un hombre no es ninguna Carathis capaz de explorar con impunidad todas y cada una de sus cavernas. ¡Ay! La terrible legión de los horrores sepulcrales no puede ser considerada como algo totalmente fantasioso… pero, como los Demonios en cuya compañía hizo Afrasiab su viaje por el Oxus, deben dormir o nos devorarán. Debemos consentir que se suman en el sopor, o pereceremos».

Edgar Allan Poe decidió que eso bastaría para el público. En cualquier caso, bastaría para el *Dollar Newspaper* de Filadelfia.

Su suegra le trajo el café.

DAVID H. KELLER

Herencia

[Heredity]



Traducción de Albert Solé

Herencia



El doctor Theodore Overfield estaba impresionado.

El tamaño de la propiedad, la gran cantidad de árboles, la espaciosa casa de piedra y, por encima de todo, la verja de hierro que rodeaba el lugar indicaban riqueza y una planificación muy cuidadosa. La casa era vieja y los árboles tenían muchos años de edad, pero la verja era nueva. Las afiladas y relucientes puntas en que terminaban los barrotes apuntaban hacia arriba como las bayonetas en un desfile.

Cuando aceptó la invitación para visitar aquella casa en su calidad de médico pensó que se encontraría con un mero caso de neurastenia, quizá una psicosis alcohólica o una mujer histérica. Cuando cruzó el umbral y oyó el chasquido de la puerta de hierro cerrándose detrás de su coche ya no estuvo tan seguro de que ésta fuese una situación corriente o un paciente normal. Unos cuantos ciervos asustados huyeron corriendo del camino para esconderse entre los árboles. Eran muy hermosos. Al menos, su presencia allí justificaba la existencia de la verja.

Un criado de expresión hosca le abrió la puerta de la casa sin decir palabra y le guió hasta una habitación que parecía ser la biblioteca. No sólo contenía libros en abundancia, sino que al parecer los libros eran utilizados. No había muchos juegos de obras completas, pero sí una gran cantidad de volúmenes dispersos, evidentemente primeras ediciones. En un extremo de la habitación se alzaba un Mercurio alado; al otro una Venus blanca como la nieve. Entre las dos estatuas una pared acogía a la chimenea, rodeada por varios sillones cuyo aspecto invitaba a sentarse en ellos.

El doctor pensó que una semana de estancia pagada allí no estaría nada mal. El agradable curso de sus pensamientos se vio interrumpido por la entrada de un hombre de poca estatura y mediana edad con ojos de apariencia juvenil, pero cuya cabellera no tardaría en volverse totalmente blanca.

—Soy Peterson, el que le escribió —dijo el recién llegado presentándose—. Supongo que usted es el doctor Overfield, ¿no?

Los dos hombres se dieron la mano y tomaron asiento junto a la chimenea.

Septiembre había empezado hacía poco y los días resultaban bastante fríos en las montañas.

—Tengo entendido que es usted psiquiatra, doctor Overfield —empezó diciendo el hombre de los cabellos que empezaban a encanecer—. Al menos, se me dijo que

quizá pudiera ayudarme a resolver mi problema…

—No sé cuál es su problema —respondió el doctor—, pero tengo libre toda la semana próxima; por lo que mi tiempo y mis capacidades profesionales se encuentran a su disposición. Sus cartas no mencionaban en qué consistía el problema. ¿Quiere hablarme de ello ahora?

—No, todavía no. Quizá después de la cena. Puede que lo averigüe sin necesidad de que se lo explique. Voy a llevarle a su dormitorio. Baje a las seis y conocerá al resto de la familia.

La habitación a la que le llevó parecía muy cómoda. Peterson fue hacia la puerta, se detuvo en cuanto cruzó el umbral, vaciló y volvió a entrar.

—Permítame que le dé un consejo, doctor. Cuando esté solo en la habitación… asegúrese de cerrar la puerta con llave.

—¿Debo cerrar con llave cuando salga?

—No, no es necesario. Nadie le robará nada.

El doctor cerró la puerta con llave tal y como se le había aconsejado y fue hacia las ventanas. Daban al bosque. A lo lejos pudo ver algunos ciervos. Unos conejos blancos jugueteaban por entre la hierba, más cerca de la casa. El paisaje era muy agradable, ¡pero había barrotes en las ventanas!

«¿Una prisión? —se preguntó a sí mismo—. ¡Barrotes en las ventanas! ¡Aconsejarme que cierre la puerta con llave! ¿A qué puede tenerle miedo? No teme a los ladrones, eso está claro. Quizá sufra de alguna fobia. Me pregunto si todas las ventanas de la casa tendrán barrotes… Esto parece interesante. Y también está la verja, claro. Haría falta mucho valor para intentar cruzarla, aun contando con una escalera. No me ha parecido un neurasténico pero, al mismo tiempo, quería posponer el momento del interrogatorio. Evidentemente, parece convencido de que todo resultará más sencillo si descubro algunas cosas por mis propios medios».

El doctor estaba cansado a causa del largo trayecto en coche, por lo que se quitó los zapatos, se aflojó el cuello de la camisa y empezó a quedarse adormilado. El silencio era completo. El más leve sonido parecía amplificarse hasta adquirir una turbadora intensidad. Los minutos fueron pasando. Creyó oír el ruido de un picaporte que giraba y tuvo la seguridad de que era el de su puerta, pero nadie llamó a ella y no oyó ningún sonido de pasos. Acabó quedándose dormido pensando en todo aquello. Cuando despertó y le echó una mirada a su reloj ya estaba oscureciendo. Faltaban diez minutos para las seis. Tenía el tiempo justo de ponerse algo más elegante y bajar a cenar. No sabía si los habitantes de aquella mansión se cambiaban de ropa para cenar, pero pensó que no había mal alguno en hacerlo.

Peterson estaba esperándole en el piso de abajo acompañado por la señora Peterson, quien debía de haberse imaginado que el doctor se vestiría para la cena y, no queriendo hacerle sentir incómodo, también se había puesto un traje más adecuado para la ocasión. Pero su esposo iba vestido como antes. Ni tan siquiera se había peinado.

Una vez sentados a la mesa, el hombre de los cabellos canosos se mantuvo en silencio. La esposa era una excelente conversadora, y el doctor disfrutó de su charla tanto como de la comida. La señora Peterson había visitado muchos lugares y había visto muchas cosas, y tenía una forma de hablar sobre ellas que resultaba mucho más vivida que la mera descripción habitual en los viajeros. Parecía estar interesada por todo.

«Una mujer de mucha cultura», pensó Overfield. «Esta mujer sabe un poco de todo y es capaz de soltarlo en el momento adecuado».

Podría haber añadido que era muy hermosa. Al menos ésa fue la impresión subconsciente que le produjo; y un nivel todavía más profundo de su mente se preguntó cómo era posible que semejante mujer se hubiese casado con un fósil como Peterson. No cabía duda de que Peterson parecía un buen hombre, pero desde luego no era el compañero adecuado para una mujer como ella.

La mujer era de poca estatura y constitución delicada, pero aun así irradiaba salud y vitalidad. Había un enfermo en la familia, pero evidentemente no era ella. El doctor Overfield observó a su esposo. ¿Sería Peterson su paciente? Silencioso, expresión melancólica, suspicaz, ¡puertas cerradas con llave y barrotes en las ventanas! Podía ser un caso de paranoia, y la esposa intentaba mostrarse alegre y mantener viva la conversación como una simple reacción defensiva.

¿Era realmente feliz? A veces una nube parecía pasar por su rostro sólo para ser expulsada inmediatamente por una sonrisa o, incluso, una alegre carcajada. Overfield tuvo la seguridad de que no era totalmente feliz. ¿Cómo podía serlo con semejante esposo?

El criado adusto y silencioso se encargaba de atender la mesa. Parecía anticiparse a cada necesidad de su señora. Su forma de servir era irreprochable; pero, sin poder explicarse muy bien por qué, al doctor le desagradó desde el principio. Intentó analizar aquel sentimiento, pero no lo consiguió. Después dio con la razón. Su mente estaba trabajando a toda velocidad, intentando resolver el problema planteado por el hecho de su estancia allí y la invitación a pasar una semana en la casa. Y, de repente, se dio cuenta de que había una silla vacía. La mesa había sido puesta para cuatro. En ese mismo instante se abrió la puerta y un joven seguido por un hombre corpulento vestido de negro entró en el comedor.

—Doctor Overfield, mi hijo Alexander. Alexander, dale la mano a este caballero.

El joven le dio la vuelta a la mesa seguido de cerca por el hombre de negro, estrechó la mano del doctor y tomó asiento en el lugar vacío. El criado sirvió helado. El hombre de negro se quedó de pie detrás de la silla ocupada por el joven observando atentamente cada uno de sus movimientos. La conversación se detuvo. El helado fue consumido en silencio. Cuando hubieron terminado, Peterson habló.

—Yorry, puedes llevarte a Alexander a su habitación.

—Muy bien, señor Peterson.

El número de comensales volvió a quedar reducido a tres, pero la conversación no

se reanudó. Fumaron cigarrillos en silencio. La señora Peterson se excusó.

—Estoy diseñando un nuevo traje y he llegado a una parte muy interesante. No logro decidir si le pondré cierres o botones; y si acabo poniéndole botones, deben poseer una originalidad que haga lógico su uso. Por lo tanto, caballeros, no me queda más remedio que pedirles disculpas. Espero que pase una semana agradable con nosotros, doctor Overfield.

—Estoy seguro de que así será, señora Peterson —replicó el doctor, poniéndose en pie cuando ella abandonó la mesa. El hombre de los cabellos canosos no se levantó. Se limitó a seguir con los ojos clavados en la pared que tenía delante, contemplándola sin ver el cuadro que había en ella… ¡sin ver nada de cuanto había por ver allí! Acabó aplastando su cigarrillo en un cenicero y se levantó.

—Vayamos a la biblioteca. Quiero hablar con usted.

Una vez allí intentó conseguir que el doctor se sintiera cómodo.

—Quítese la chaqueta y el cuello duro, si quiere, y ponga los pies en el escabel. Vamos a estar solos y no hace falta que guardemos tan estrictamente las apariencias.

—Señor Peterson, ¿me equivoco, o no es usted muy feliz? —le preguntó el doctor.

No era más que un gambito de apertura para darle comienzo a la catarsis mental que esperaba que se produjera a continuación. De hecho, era una de sus introducciones favoritas cuando daba comienzo al examen de un paciente. Hacía que la persona enferma confiara en el doctor, y Overfield podía comprender esa sensación. Además, muchas de las personas que visitaban su consulta sólo lo hacían porque no eran felices.

—No mucho —replicó Peterson—. Voy a contarle algo al respecto, pero hay una parte que deseo que averigüe por usted mismo. Todo se remonta a la época en que empecé con mi negocio. Mis padres me pusieron el nombre de Philip… Philip Peterson. Cuando estudiaba leí muchas cosas sobre Filipo de Macedonia, y había partes de su vida que me inspiraron una gran admiración. Era un hombre capaz de abrir caminos, no sé si me comprende. Conquistó muchos países y los consolidó. Reorganizó el ejército. Hablando en el argot moderno, era alguien «que no se paraba en barras». Naturalmente, tenía sus debilidades, como el vino y las mujeres, pero en conjunto era un gran hombre.

»Había una considerable diferencia entre ser rey de Macedonia y convenirse en presidente de una empresa dedicada al cuero, pero pensé que podía utilizar los mismos principios y que probablemente me llevarían al éxito. Estudié la vida de Filipo e intenté sacar provecho de lo que había aprendido. Acabé convirtiéndome en un hombre rico.

»Después me casé. Como ha visto, mi esposa es una mujer hermosa, culta y muy inteligente. Tuvimos un hijo. Le puse de nombre Alexander. Quería seguir el mismo camino que el rey macedonio. Yo dirigía el negocio del cuero en Norteamérica, y tenía la esperanza de que él lo dirigiera en el mundo entero. Esta noche ha visto al

chico durante la cena.

—Sí, le he visto.

—¿Y cuál es su diagnóstico?

—No se trata exactamente de eso, pero creo que lo que más se le aproxima es el tipo de deficiencia mental conocido como *idiotez mongólica*.

—Eso es lo que me han dicho. Le mantuvimos en casa durante dos años, y después le matriculé en una de las mejores escuelas privadas de Norteamérica. Cuando cumplió los diez años se negaron a seguir teniéndole allí sin que les importase lo que les pagara; así que hice reformar este sitio, vendí mis acciones de la compañía y me vine a vivir aquí. Es mi hijo, y creo que debo cuidar de él.

—Me extraña que una escuela privada no quiera acogerle. Con su riqueza…

—Es por algo que ocurrió. Opinaron que no podían asumir la responsabilidad de cuidarle.

—¿Cómo actúa? ¿Qué piensa su madre de esto?

—¿Sabe usted mucho sobre las madres en general?

—Un poco.

—Entonces supongo que podrá comprenderlo. Su madre piensa que no le ocurre nada. A veces se niega a creer que padece una profunda deficiencia mental. Dice que va «algo atrasado» y piensa que acabará pasándosele, y que algún día llegará a ser normal.

—Se equivoca.

—Eso me temo. Pero no consigo convencerla. Cuando hablamos de ello acaba enfadándose; y cuando se enfada puede llegar a mostrarse muy desagradable. Nos mudamos a este lugar. Ya ha visto a los sirvientes. El mayordomo desempeña varias funciones. Lleva muchos años con la familia y se puede confiar en él. Es sordomudo.

—Comprendo —dijo el doctor—. Eso explica su expresión adusta y el silencio. Todos los mudos tienden a ser algo raros.

—Supongo que tiene razón. Se ocupa de la casa. Verá, tenemos ciertas dificultades para conservar a la servidumbre… Contratarles es fácil, pero en cuanto conocen a Alexander se niegan a quedarse mucho tiempo.

—¿Debido a su retraso mental?

—No, lo que les inquieta es su forma de actuar. Acabo de darle todos los hechos. No quieren quedarse. Yorry es un exboxeador. Parece haber nacido sin nervios y no le tiene miedo a nada. Es muy bueno con el chico pero, al mismo tiempo, sabe hacerse obedecer por él. Desde que le tenemos con nosotros es posible conseguir que acuda a la mesa, y eso hace muy feliz a su madre. Pero, naturalmente, no puede ocuparse continuamente de él. Durante sus horas libres deja que Alexander corra por el parque.

—Al chico debe de gustarle. Vi los ciervos y los conejos.

—Sí, es un buen ejercicio para él. Le encanta perseguirlos.

—¿No cree que debería tener algunos compañeros de juegos?

—Eso es lo que pensaba antes. Incluso llegamos a adoptar otro niño. Murió.

Después de eso no pude repetir el experimento.

—Pero eso es algo que puede ocurrirle a cualquier niño —replicó el doctor—. ¿Por qué no trae aquí a otro chico, aunque sólo sea unas cuantas horas al día, para que Alexander hable y juegue con él?

—¡No, nunca más! Quiero que observe al chico. Examínelo y descubra si puede darme algún consejo que me sirva de ayuda.

—Me temo que no se puede hacer gran cosa por él, aparte de enseñarle a comportarse lo mejor posible y corregir las malas costumbres que pueda haber adquirido.

El hombre de los cabellos canosos le contempló con una cierta perplejidad.

—Ése es el problema —replicó—. Hace algunos años consulté con un especialista. Se lo conté todo, y me dijo que creía que el chico debía gozar de cierta libertad de acción. Dijo algo sobre los deseos y la libido. Opinaba que la única posibilidad de conseguir que mejorase era dejar que hiciera lo que quisiese. Ésa es una de las razones por las que vivimos aquí, con los ciervos y los conejos.

—¿Quiere decir que al chico le gusta jugar con ellos?

—No exactamente. Estúdielo. Le he dicho a Yorry que debe responder a todas las preguntas que le haga. Conoce al chico mucho mejor que yo; y que Dios me perdone por decirlo, pero le conozco demasiado bien. Naturalmente, me resulta difícil hablar de esto. Preferiría que obtuviera los detalles a través de Yorry. Está haciéndose tarde y quizá sería mejor que se fuera a la cama. Asegúrese de cerrar la puerta con llave.

—Lo haré —replicó el doctor—, pero usted me dijo que aquí nadie me robará nada.

El doctor fue a su habitación sumido en la más profunda perplejidad. Conocía la variedad de deficiencia mental conocida como *idiotez mongólica*. Había examinado y tratado a centenares de casos semejantes. El joven Alexander era uno más y, sin embargo, era distinto. Había algo en él que no encajaba del todo con el diagnóstico. ¿Sus costumbres? Quizá fuera eso. Se preguntó si su padre tendría miedo de él. ¿Sería ésa la razón de que hubiera contratado a un hombre tan fuerte para que le atendiera? Quizá por eso había barrotes en las ventanas. Pero ¿qué pintaban allí los conejos y los ciervos?

Estaba a punto de quedarse dormido cuando le despertó un golpe en la puerta. Se levantó y, sin abrirla, preguntó:

—¿Quién es?

—Yorry —se le respondió—. ¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Déjeme entrar.

El doctor abrió la puerta, le dejó entrar en la habitación y volvió a cerrar con llave.

—¿Qué ocurre?

—Alexander no está en su cuarto. De día no nos importa, pero de noche puede

acarrear problemas. ¡Mire, en esa ventana!

Una silueta blanca se agarraba con las manos a los barrotes de una ventana, sacudiéndolos en un esfuerzo por romperlos. Yorry meneó la cabeza.

—¡Ah, este chico, este chico! No debería estar aquí, pero ¿qué otra cosa pueden hacer los pobres? Bueno, veo que está a salvo. Saldré fuera e intentaré atraparle. Cierre con llave en cuanto me haya marchado.

—¿Le tiene miedo?

—No temo por mí, sino por los demás. No conozco el miedo. El señor Peterson dijo que deseaba examinar al chico. ¿A qué hora de mañana?

—A las diez. Puedo hacerlo aquí mismo.

—Lo traeré. Buenas noches, y asegúrese de cerrar la puerta con llave.

El doctor estaba cansado, por lo que se fue a dormir sin haberle encontrado respuesta a ninguna de las preguntas que le acosaban. A la mañana siguiente el sordomudo se encargó de servirle el desayuno en su habitación. Yorry se presentó a las diez acompañado por Alexander. El chico parecía asustado, pero obedeció las órdenes de su cuidador.

En casi todos los aspectos el examen reveló los defectos físicos del idiota mongólico. Había unas cuantas diferencias menores. Aunque el chico era bajo para su edad, la musculatura era buena y los dientes perfectos. No había presente ni una sola cavidad. Los caninos superiores se salían de lo normal.

—Tiene unos dientes magníficos, Yorry —comentó el doctor.

—Los tiene, señor, y los utiliza —replicó el ex-boxeador.

—¿Al comer, quiere decir?

—Sí. Eso es.

—Son los dientes de un carnívoro.

—Eso es justamente lo que es.

—Me gustaría que fuese sincero conmigo. ¿Por qué le expulsaron de esa escuela privada?

—Por sus costumbres.

—¿Qué clase de costumbres?

—Será mejor que lo vea con sus propios ojos. Iremos al bosque. Mientras esté conmigo no correrá peligro, pero no debe alejarse de mí.

El doctor se rió.

—Estoy acostumbrado a tratar con personas anormales.

—Quizá, pero no quiero que le ocurra nada. Ven conmigo, Alexander.

El chico les acompañó comportándose con la más absoluta docilidad.

Cuando llegaron al bosque, Yorry le ayudó a quitarse la ropa. En cuanto estuvo desnudo el chico echó a correr por entre los árboles.

—¿No puede escaparse de la propiedad? —preguntó el doctor.

—No, y los ciervos y los conejos tampoco pueden. No intentaremos seguirle. Volverá en cuanto haya terminado.

Pasó una hora, y otra más. Alexander acabó emergiendo de entre la espesura, moviéndose a cuatro patas. Yorry se sacó un paño húmedo del bolsillo, limpió la sangre que cubría el rostro y las manos del chico y empezó a vestirle.

—Así que eso es lo que hace, ¿eh? —preguntó el doctor.

—Sí, y a veces más que eso.

—¿Y ésa es la razón de que no le quisieran en la escuela?

—Supongo. Su padre me ha contado que todo empezó cuando era más pequeño: entonces comía moscas, escarabajos y sapos.

La mente del doctor estaba funcionando en ese momento a toda velocidad.

—Trajeron a un niño para que le sirviera como compañero de juegos. El niño murió. ¿Sabe algo de eso?

—No. No sé nada de eso. No quiero saber nada al respecto. Probablemente ocurrió antes de que llegara aquí.

Overfield sabía que Yorry no le estaba diciendo la verdad. Pero incluso mintiendo le había dado información útil. El doctor decidió mantener otra conversación con el padre del chico. Tratar de ayudarle no serviría de nada a menos que conociera todos los hechos.

La conversación de la comida no fue tan chispeante y animada como lo había sido la de la noche anterior. Peterson parecía preocupado por algo. La señora Peterson se mostró cortés, pero decididamente poco habladora. Casi todo lo que se dijo resultó un tanto forzado. Cuando hubieron terminado de comer se pronunciaron unas cuantas frases que parecieron grabarse en la mente del especialista. Peterson observó que un diente le estaba molestando, y que tendría que acabar yendo al dentista.

—Yo tengo una dentadura perfecta —dijo su esposa—. Nunca he ido al dentista.

El doctor Overfield recordó esas palabras mientras estaba en la biblioteca esperando a Peterson.

—He examinado a su hijo, señor Peterson —le dijo—, y le he visto en el bosque. Yorry me contó algunas cosas y me mintió sobre algunas otras. Hasta el momento nadie parece dispuesto a revelarme toda la verdad. Tengo una pregunta que debe ser contestada. ¿Cómo murió el niño? Me refiero al que adoptó para que Alexander jugara con él.

—No lo sé con certeza, y le aseguro que soy perfectamente sincero. Una mañana le encontramos muerto en su habitación. Uno de los paneles de la ventana estaba roto, y alrededor de su cuerpo había esparcidos muchos fragmentos de cristal. Tenía un corte muy profundo a un lado de la garganta. El forense supuso que habría estado caminando dormido, que chocó con la ventana y que un fragmento de cristal le seccionó la yugular. Según el certificado que extendió, ésa fue la causa de la muerte.

—¿Y qué cree usted que ocurrió, señor Peterson?

—He dejado de pensar en esas cosas.

—¿Cuándo hizo colocar los barrotes en las ventanas? ¿Antes o después de eso?

—Después. ¿Puede ayudar al chico?

—Me temo que no. Ese especialista con el que consultó hace años no le aconsejó bien. Lo único que ha conseguido es mantener al chico en un excelente estado físico, pero hay otras cosas en que pensar aparte de la salud física. Si fuera hijo mío sacaría del parque los conejos y los ciervos… los que sigan vivos. Y trataría de alterar sus costumbres.

—Pensaré en ello. Le pago para que me dé su opinión, y la valoro. Y ahora, una pregunta más: ¿cree que esta costumbre suya es hereditaria? ¿Cree que en el pasado algún antecesor suyo hizo cosas semejantes?

La pregunta le dejó perplejo y puede que el doctor Overfield hiciera bien contestando a ella con otra pregunta.

—¿Hay algún caso de locura en la familia?

—No que yo sepa.

—¡Bien! ¿Y en la familia de su esposa?

—Su herencia es tan buena como la mía, puede que incluso mejor.

—Entonces lo único que podemos decir es que el *mongolismo* puede darse en cualquier familia; y en cuanto concierne a las costumbres del chico… quizá podamos considerar que es un caso de atavismo. Hubo un tiempo en el que todos nuestros antepasados comían carne cruda. La variedad mongólica de la deficiencia mental es algo que ha llegado a nosotros procedente de la mismísima cuna de la especie humana. Puede que el chico la haya traído consigo cuando saltaba dos millones de años hacia delante… quizá la costumbre de comer carne cruda sea algo que acompaña a sus cejas protuberantes.

—Ojalá estuviera seguro de que es así —comentó el padre—. Daría cualquier cosa por tener la seguridad de que no soy culpable de su estado.

—O de que su esposa tampoco lo es —dijo el doctor.

—¡Oh! En su caso no hay duda alguna —replicó Peterson con una semisonrisa—. Es una de las mujeres más maravillosas que Dios ha creado.

—Quizá haya algo en su subconsciente, algo que no es claramente visible en la superficie…

El señor Peterson meneó la cabeza.

—No. Es totalmente perfecta.

Aquellas palabras pusieron punto final a la conversación. El doctor prometió pasar el resto de la semana en la casa, aunque tenía la impresión de que eso no serviría de mucho. Bajó a cenar con el comerciante en cueros retirado y su esposa. La señora Peterson estaba más hermosa que nunca: vestía un traje de noche blanco adornado con lentejuelas doradas. Peterson parecía cansado, pero su esposa estuvo tan brillante como su traje. Habló como si jamás se cansara de hacerlo, y todo lo que dijo era digno de escucharse. Acababa de prestar su ayuda para la creación de un fondo destinado a proporcionar leche a los niños desnutridos. Al parecer las obras de caridad eran una de sus grandes aficiones. Peterson habló de la herencia, pero ni él ni sus palabras recibieron demasiada atención, por lo que no tardó en callarse.

En la atmósfera flotaba algo que el doctor Overfield no logró comprender. Cuando le dio las buenas noches al hombre de los cabellos canosos, le habló de ello.

—Yo tampoco lo comprendo —comentó Peterson—, pero quizá lo comprenda antes de morir. No puedo evitar tener la sensación de que es algo relacionado con la herencia, pero no dispongo de ninguna prueba.

El doctor Overfield cerró con llave la puerta de su habitación y se acostó enseguida. Estaba soñoliento y, al mismo tiempo, nervioso. Pensó que una larga noche de sueño reparador le sentaría bien. Pero no durmió mucho tiempo. Unos golpes en la puerta le hicieron recobrar la conciencia.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, Yorry. ¡Abra la puerta!

—¿Qué ocurre?

—El chico, Alexander… Se me ha vuelto a escapar, y no consigo encontrarle.

—Quizá haya ido al bosque.

—No. Todas las puertas que dan al exterior están cerradas. Tiene que estar dentro de la casa.

—¿Le ha buscado?

—Por todas partes. El mayordomo está a salvo en su habitación. He registrado toda la casa salvo el cuarto del amo.

—¿Por qué no va allí? Espere a que me ponga algo encima. Sólo será un momento. El también cierra su puerta con llave, ¿no? Me dijo que mantuviera mi puerta cerrada con llave. ¿Está seguro de que su puerta está cerrada con llave?

—Lo estaba hace un rato. Me aseguré. Lo hago cada noche con todos los dormitorios.

—¿Hay alguien que tenga un duplicado de las llaves?

—Nadie, sólo la señora Peterson. Creo que debe de tener un juego de llaves, pero duerme en otra habitación y su puerta estaba cerrada. Al menos, hace unas horas lo estaba.

—Creo que deberíamos ir a sus habitaciones. El chico tiene que estar en algún sitio. Quizá esté con su padre o con su madre.

—Si está con su madre no pasará nada. Se llevan muy bien. Sabe manejarle a la perfección.

Subieron corriendo las escaleras. La puerta que daba a la habitación de la señora Peterson estaba abierta, la habitación vacía y la cama intacta. Eso era algo inesperado. La puerta que daba a la habitación contigua, la de Peterson, estaba cerrada… pero no con llave. Yorry la abrió y encendió la luz.

Antes de que lo hiciera oyeron un extraño gruñido ahogado que salía de las tinieblas. Las luces se encendieron un instante después y pudieron ver a la familia Peterson en el suelo. Peterson estaba en el centro. Tenía la camisa hecha pedazos y no se movía. Alexander estaba a su derecha, desgarrándole los músculos del brazo con el rostro y las manos cubiertos de sangre. Su esposa estaba al otro lado, bebiendo la

sangre que brotaba de la vena yugular. Su rostro y su vestido estaban manchados de sangre y, cuando alzó la cabeza hacia ellos, su rostro era el de un demonio irritado pero, por lo demás, satisfecho. La interrupción pareció molestarla un poco, pero estaba demasiado ocupada para entender lo que ocurría. Siguió bebiendo, aunque el chico expresó su ira lanzando un gruñido. Overfield tiró de Yorry a través del umbral, apagó las luces y cerró la puerta dando un golpe seco a su espalda. Después arrastró al aturdido ex-boxeador escaleras abajo hasta llegar al primer piso.

—¿Dónde está el teléfono? —gritó.

Yorry acabó enseñándoselo. El doctor cogió el auricular.

—¿Oiga? ¿Oiga, central? Póngame con el forense. No, no sé el número. ¿Por qué debería saberlo? Póngame al habla con él. ¿Oiga? ¿Es usted el forense? ¿Puede oírme? Soy médico… el doctor Overfield. Venga inmediatamente a la casa de Philip Peterson. Se ha cometido un crimen. Sí. El señor Peterson. Ha muerto. ¿Qué le mató? La herencia. ¿Que no lo entiende? ¿Por qué debería entenderlo? Y ahora escúcheme. Le han rajado la garganta, puede que con un trozo de cristal y puede que con otra cosa. ¿Puede entender eso? ¿Se acuerda del niño? Venga enseguida, le esperaré aquí.

El doctor colgó el auricular. Yorry estaba mirándole.

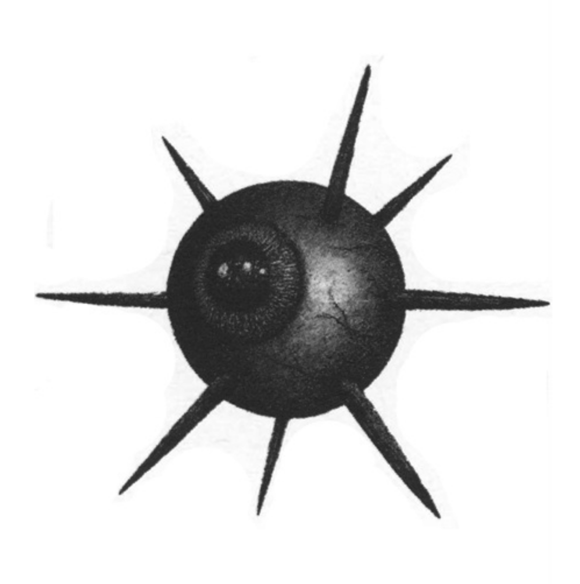
—El amo siempre se preocupaba por el chico —dijo Yorry.

—Ahora ya puede dejar de preocuparse —respondió el doctor.

FRITZ LEIBER

La chica de los ojos hambrientos

[The Girl with the Hungry Eyes]



Traducción de Albert Solé

La chica de los ojos hambrientos



De acuerdo, le explicaré por qué la Chica me pone la piel de gallina. Le explicaré por qué no puedo ir al centro y ver cómo a la multitud se le cae la baba ante la torre donde está su efigie, con esa botella de refresco, ese paquete de cigarrillos o lo que sea que tenga al lado; la razón de que ya no pueda soportar echarle ni un vistazo a las revistas porque sé que ella aparecerá en alguna página luciendo un sostén o metida en un baño de espuma… por qué no me gusta pensar que millones de norteamericanos absorben ávidamente esa media sonrisa ponzoñosa. Es toda una historia… más de lo que se espera.

No, no es que haya sufrido un repentino ataque de indignación ante los males de la publicidad y la obsesión nacional por las chicas guapas y seductoras. Eso sería más bien risible en un hombre dedicado a mi profesión, ¿verdad? Aunque, de todas formas, creo que estará de acuerdo conmigo en que hay algo levemente perverso en el hecho de que el sexo sea empleado de esa forma… Claro que a mí no me importa, y ya sé que hemos tenido la Cara, el Cuerpo, la Mirada y muchas cosas más, así que, ¿por qué no íbamos a acabar teniendo a alguien que poseyera todo eso resumiéndolo de una forma tan completa que no nos ha quedado más remedio que llamarla la Chica y colocar su efigie en todas las vallas publicitarias que hay desde Times Square hasta Telegraph Hill?

Pero la Chica no se parece a ninguna de las que la han precedido. Lo suyo no es algo natural. Es morboso. Es… algo maligno.

Oh, sí, claro, ya sé que estamos en 1948 y el tipo de cosas a que estoy haciendo alusión desapareció con los tiempos de la brujería, ¿verdad? Pero, verá, cuando se llega más allá de cierto punto no me siento demasiado seguro de a qué estoy haciendo alusión… Hay vampiros y vampiros, y no todos chupan sangre.

Y tampoco debemos olvidar los crímenes, si es que fueron crímenes.

Dejemos aparte todo eso. Permita que le haga una pregunta: si Norteamérica está tan obsesionada con la Chica, ¿por qué no sabemos más de ella? ¿Por qué nunca ha merecido el honor de aparecer en una portada de *Time* con una biografía incluida dentro? ¿Cómo es que ni *Life* ni el *Post* le han dedicado un solo artículo? O un Perfil en el *New Yorker*… ¿Cómo es que *Charm* o *Mademoiselle* no nos han contado la saga de su carrera? ¿Cómo dice? ¿Que todavía no están preparados para eso? ¡Tonterías!

¿Por qué no ha hecho ninguna película? ¿Por qué no ha aparecido en *Information, Please*? ¿Por qué no la vemos besando a los candidatos en los actos políticos? ¿Por qué no la han escogido reina de cualquier porquería en alguna convención?

¿Por qué no leemos nada sobre sus gustos y aficiones o sus opiniones acerca de la situación rusa? ¿Cómo es que los columnistas no la han entrevistado vestida con un quimono en el último piso del hotel más alto de Manhattan para decirnos con qué hombres sale?

Finalmente, y ésta es la pregunta más importante de todas, ¿por qué nunca ha sido dibujada o pintada?

Oh, no, se lo aseguro. Si tuviera algunos conocimientos sobre arte comercial ya lo sabría. Todas y cada una de esas imágenes suyas han sido hechas a partir de fotos. ¿Que son excelentes? Pues claro que lo son. Tienen a los mejores artistas para que se ocupen de eso. Pero así es como se hace, ¿entiende?

Y ahora voy a explicarle cuál es el *por qué* de todo eso a que me he referido antes. Es porque en todo el mundo de la publicidad, de las noticias y los negocios no hay ni una sola persona que sepa de dónde salió la Chica, dónde vive, qué hace, quién es y ni tan siquiera cuál es su nombre…

Sí, me ha oído bien. Más aún, nadie llega a *verla* nunca… salvo un pobre fotógrafo que está consiguiendo ganar más dinero con ella del que jamás tuvo esperanzas de ganar en toda su vida y que se pasa cada minuto del día sintiéndose terriblemente asustado y confuso.

No, no tengo ni la más leve idea de quién es ese fotógrafo o de dónde cae su estudio. Pero sé que ese hombre debe de existir y tengo la más absoluta certeza moral de que siente justo lo que le he *dicho*.

Cierto, si lo intentara quizá lograse encontrarla. Pero no estoy muy seguro… a estas alturas lo más probable es que ya tenga otros medios de protección. Además, no quiero intentarlo.

Oh, así que según usted estoy como una cabra, ¿eh? ¿Esta clase de cosas no pueden ocurrir en este Año de nuestro Átomo 1948? ¿Nadie puede mantenerse oculto para siempre, ni tan siquiera la Garbo?

Bueno, da la casualidad de que yo sé cómo puede hacerse porque el año pasado fui ese pobre fotógrafo del que le estaba hablando hace unos momentos. Sí, el año pasado, en 1947, cuando la Chica armó su primer gran revuelo en esta inmensa y provinciana ciudad nuestra…

Sí, ya sé que usted no estaba aquí el año pasado y que no está enterado de eso. Incluso la Chica tuvo que empezar poco a poco, ¿no le parece? Pero si se dedica a hurgar en los archivos de los periódicos locales encontrará algunos anuncios y quizá pueda mostrarle parte del material antiguo… creo que Lovelybelt aún utiliza una de las fotos. Yo tenía una auténtica montaña de fotos suyas, pero acabé quemándolas todas.

Sí, claro que saqué una buena tajada de ella. Nada comparable con lo que debe de

estar ganando ese otro fotógrafo, pero aun así gané lo suficiente para pagar este whisky que bebo. La Chica tenía una actitud muy extraña hacia el dinero. Ya le hablaré de eso más adelante.

Pero antes imagínese cómo era yo en 1947. Tenía un estudio situado en el cuarto piso de esa ratonera llamada Edificio Hauser, el que está pegadito al Parque Ardleigh.

Estuve trabajando en los estudios Marsh-Mason hasta que me harté y decidí probar suerte en solitario. El Edificio Hauser era un auténtico desastre —nunca olvidaré cómo crujían aquellas escaleras—, pero los alquileres eran baratos y había una claraboya que daba luz natural.

El negocio andaba fatal. Recorrí todo el circuito de anunciantes y agencias publicitarias y hubo algunas que hasta parecieron interesarse un poco por mí, pero no conseguí cerrar ningún trato. Apenas tenía dinero. Llevaba algún tiempo sin pagar el alquiler. Diablos, si ni tan siquiera tenía el dinero suficiente para salir con una chica…

Hacía una de esas tardes grises y oscuras. El edificio estaba terriblemente silencioso: había una gran escasez de viviendas, pero aun así apenas habían conseguido alquilar la mitad del Hauser. Acababa de revelar unas fotos que pensaba ofrecerle a Fajas Lovelybelt y a Piscinas y Juegos Bruford: esas últimas eran una escena de playa trucada. Mi modelo ya se había marchado. Una tal señorita León… Era profesora en una escuela secundaria y de vez en cuando también hacía algún trabajito de modelo para mí, aunque no tenía que pagarle nada a menos que consiguiera vender las fotos. Les eché un vistazo y decidí que la señorita León probablemente no fuese lo que Lovelybelt andaba buscando: lo más probable era que mis fotos tampoco encajaran en sus proyectos. Pensé que lo mejor sería dar por terminado el día.

Y entonces oí la puerta de la calle, cuatro pisos más abajo, ella entró en el edificio y el eco de unos pasos resonó por las escaleras.

Vestía un traje negro de tela barata. Calzaba unos zapatos negros, no llevaba medias y, dejando aparte el abrigo gris que sostenía sobre uno de ellos, sus flacos brazos estaban desnudos. Tiene los brazos bastante flacos, ¿se ha dado cuenta? Aunque puede que a estas alturas ya hayan perdido la capacidad de fijarse en ese tipo de cosas…

Y vi ese cuello delgado, ese rostro levemente enflaquecido, casi austero, vi la cascada de cabello oscuro y asomando por debajo de ella los ojos más hambrientos del mundo.

Ésa es la auténtica razón de que su efigie esté esparcida por todo el país, ¿sabe? Esos ojos… No contienen nada vulgar, pero te miran con un hambre que es completamente sexual y algo más, algo distinto al sexo. Eso es lo que todo el mundo ha andado buscando desde el Año Uno… algo más que sexo.

Bueno, amigo, ahí estaba yo con la Chica en un despacho que estaba empezando a llenarse de sombras y en un edificio casi vacío. Una situación que estoy seguro de

que un millón de varones norteamericanos se han imaginado con una considerable variedad de pequeños detalles salaces… ¿Que qué sentía? Estaba asustado.

Ya sé que el sexo puede dar miedo. Ese frío palpitar de tu corazón cuando estás a solas con una chica y te das cuenta de que vas a tocarla… Pero, si esto era sexo, se trataba de sexo recubierto por algo más, algo distinto.

Al menos en aquellos momentos yo no estaba pensando en el sexo.

Recuerdo que di un paso hacia atrás y que la mano empezó a temblarme de tal forma que las fotos que había estado examinando cayeron al suelo.

Sentí un mareo casi imperceptible, como si algo estuviera saliendo de mi cuerpo… sólo un poquito, entiéndame.

Y eso fue todo. Después ella abrió la boca y todo volvió a la normalidad durante un tiempo.

—Veo que es usted fotógrafo, señor —me dijo—. ¿Tendría trabajo para una modelo?

Por su voz no me pareció que fuese demasiado refinada.

—Lo dudo mucho —respondí agachándome a recoger las fotos. Compréndalo, no me había impresionado… Aún me faltaba mucho para captar las posibilidades comerciales que había en sus ojos—. ¿Qué ha hecho hasta ahora?

Bueno, me contó una historia bastante vaga, así que me dediqué a comprobar hasta dónde llegaban sus conocimientos sobre las agencias de modelos, los estudios, las tarifas y todo ese tipo de cosas, y no necesité mucho tiempo para hacerme una idea al respecto.

—Oiga, usted no ha posado para un fotógrafo en toda su vida. Éste es el primer estudio fotográfico que pisa, ¿verdad?

Admitió que así era, más o menos.

Durante toda nuestra conversación tuve la impresión de que se movía y hablaba con cierta vacilación, como hacemos todos cuando nos encontramos en un lugar desconocido. No es que se sintiera poco segura de sí misma o que mi presencia la pusiera nerviosa… no, era sólo la situación en general, nada más.

—¿Y cree que cualquiera puede hacer de modelo? —le pregunté mirándola con expresión compasiva.

—Claro —dijo ella.

—Mire —le expliqué—, un fotógrafo profesional puede malgastar toda una docena de negativos intentando conseguir una sola foto donde una mujer corriente parezca tener un aspecto medio humano. ¿Cuántos cree que necesitará malgastar antes de que pueda conseguir una instantánea donde esa mujer esté realmente atractiva?

—Creo que puedo trabajar como modelo —dijo ella.

Bueno, tendría que haberla echado a patadas de mi estudio en ese mismo instante… No sé, quizá sentí cierta admiración ante la frialdad con que pregonaba sus modestos atractivos. Quizá me dejé conmover por esa delgadez suya y ese aspecto de

no comer lo suficiente… Lo más probable es que estuviera irritado porque nadie quería mis fotos y tuviera ganas de desahogarme con ella dándole una buena lección.

—De acuerdo, voy a hacerle una prueba —le dije—. Voy a sacarle un par de fotos, pero quiero que tenga bien claro que esto sólo es una prueba. Si alguien llega a querer utilizar una foto suya, para lo que hay aproximadamente una probabilidad entre dos millones, le pagaré las tarifas habituales por su tiempo. De lo contrario, no le pagaré ni un solo centavo.

Me sonrió.

Fue su primera sonrisa.

—Por mí estupendo —dijo.

Bueno, le saqué tres o cuatro fotos (primeros planos de su rostro, porque el vestido que llevaba me parecía bastante feo), y he de reconocer que al menos supo aguantar bien mis sarcasmos. Después recordé que seguía teniendo a mano las muestras de Lovelybelt y supongo que todavía debía de sentirme bastante irritado, porque le alargué una faja y le dije que fuera detrás del biombo y se la pusiera, y ella lo hizo sin ruborizarse, aunque me había imaginado que se pondría roja como un tomate, y dado que habíamos llegado tan lejos supuse que tanto daba, que bien podía repetir la escena de la playa… y eso fue todo.

Durante todo ese tiempo no sentí nada de particular salvo que de vez en cuando volvía a sufrir uno de esos leves ataques de mareo y me pregunté si tendría algún problema de estómago, o si habría sido un poco más descuidado que de costumbre al manejar mis productos químicos.

Aun así… bueno, creo que en el fondo seguía estando tan nervioso y asustado como al principio, ¿me comprende?

Le arrojé una tarjeta y un lápiz.

—Escriba ahí su nombre, su dirección y su número de teléfono —le dije, y fui hacia el cuarto oscuro.

Se marchó unos minutos después. No me despedí de ella. Estaba molesto porque había obedecido todas mis órdenes sin rechistar ni ponerme pegas, y no parecía sentir ni la más mínima preocupación por cómo saldrían las fotos. Ni tan siquiera me había dado las gracias, dejando aparte esa sonrisa…

Acabé de revelar los negativos, saqué algunas copias, les eché un vistazo y decidí que eran casi tan buenas como las de la señorita León. Me dejé guiar por un impulso y las puse junto a las otras fotos que pensaba llevar conmigo a la mañana siguiente cuando hiciera mi nueva ronda por los estudios.

A esas alturas ya había trabajado lo suficiente para estar un poco cansado y nervioso, pero no me atrevía a gastar el dinero que me costaría el licor necesario para remediar ese problema. No tenía mucha hambre. No estoy seguro, pero creo que fui al cine.

No pensé ni una sola vez en la Chica, excepto para preguntarme sin mucho interés por qué no le había hecho ni la más leve insinuación, dado que por aquel entonces no

había ninguna mujer en mi vida. Me había dado la impresión de que pertenecía a… bueno, digamos que a un estrato social más accesible y abierto que el de la señorita León. Pero, naturalmente, había muchísimas razones que podían explicar perfectamente el que no me hubiera insinuado.

A la mañana siguiente hice la ronda de costumbre. Mi primera parada fue en la Cervecería Munsch. Estaban buscando una «Chica Munsch». Papá Munsch sentía cierto afecto hacia mí, aunque mis fotos le parecían horrorosas y creo que no se equivocaba: tenía una especie de talento natural para juzgar ese tipo de cosas. Si hubiera vivido cincuenta años antes Papá Munsch podría haber sido uno de los tipos que crearon Hollywood partiendo de la nada.

Le encontré en la fábrica dedicado a su ocupación favorita. Dejó la jarra de cerveza sobre una mesa, se pasó la lengua por los labios, me soltó no sé qué tecnicismo referente a la espuma, se limpió sus gordas manos en el inmenso delantal que llevaba y cogió mi delgado fajo de fotos.

Dio con su foto después de haber repasado la mitad del fajo, haciendo muchos ruiditos con la lengua y los dientes. Me habría dado de bofetadas. ¿Qué me había impulsado a meter su foto en el fajo?

—Es ella —me dijo—. La foto no es gran cosa, pero la chica… es ella.

Y eso lo decidió todo. Ahora me pregunto por qué papá Munsch captó lo que tenía la chica nada más verla, cuando yo no me había dado cuenta de nada. Creo que es porque la vi por primera vez en carne y hueso, aunque no sé si ésas son las palabras más adecuadas.

En aquel momento lo único que sentí fue una cierta debilidad, como si estuviera a punto de perder el conocimiento.

—¿Quién es? —me preguntó.

—Una de mis nuevas modelos.

Intenté que mi voz sonara lo más tranquila posible.

—Tráigala a la fábrica mañana por la mañana —me dijo—, y venga con su equipo. La fotografiaremos aquí. Quiero enseñarle unas cuantas cosas… Vamos, vamos, no ponga tan mala cara —añadió—. Tómese un poco de cerveza.

Bueno, me marché de allí diciéndome que no había sido más que una casualidad, que probablemente mañana ella lo mandaría todo a rodar con su inexperiencia… ese tipo de cosas, ya me entiende.

Aun así, cuando dejé reverentemente mi siguiente fajo de fotos junto al secante de color rosa que había sobre la mesa del señor Fitch de Lovelybelt, su foto estaba la primera de todas.

El señor Fitch hizo todos los gestos que se esperan de un crítico de arte. Se reclinó en el asiento, entrecerró los ojos, formó un puente con sus largos y flacos dedos y dijo:

—Hummm. ¿Qué opina, señorita Willow? Venga aquí, mírela a esta luz. Naturalmente, la foto no muestra bien el corte del modelo. Y quizá deberíamos usar

el Diablillo Lovelybelt en vez del Ángel… Aun así, no cabe duda de que la chica… Acérquese, Binns —más agitar de dedos—. Quiero la reacción de un hombre casado.

No logró ocultar el hecho de que la chica le había dejado fascinado.

Y en Piscinas y Juegos Buford ocurrió exactamente lo mismo, dejando aparte el que Da Costa ni tan siquiera necesitó el visto bueno de un hombre casado.

—Menudo bombón —dijo chupándose los labios—. ¡Oh, chico, ustedes los fotógrafos sí que tienen suerte!

Volví a toda prisa al despacho y cogí la tarjeta que le había entregado para que anotara su nombre y su dirección.

Y vi que estaba en blanco.

No me importa confesarle que los cinco días siguientes fueron los peores por los que jamás he pasado, aunque ese «peor» no se salió de lo corriente. A la mañana siguiente no había logrado ponerme en contacto con ella, claro está, y tuve que empezar a buscar alguna forma de ganar tiempo.

—Se ha puesto enferma —le dije a papá Munsch por teléfono.

—¿Está en el hospital? —me preguntó.

—Oh, no, no es nada tan serio —le dije.

—Bueno, pues entonces tráigala aquí. ¿Qué importa un pequeño dolor de cabeza?

—Lo siento, no puedo.

Papá Munsch empezó a ponerse suspicaz.

—Oiga, ¿tiene realmente a esa chica trabajando de modelo para usted?

—Pues claro que sí.

—Bueno, no sé… Si no fuera porque reconocí su pésimo estilo fotográfico habría jurado que era alguna modelo de Nueva York.

Me reí.

—Bueno, mire… Tráigala aquí mañana por la mañana, ¿entendido?

—Lo intentaré.

—Nada de que lo intentará. Tráigala aquí.

Nunca llegó a saber lo que me esforcé por conseguirlo. Visité todas las agencias de modelos y agencias de empleo. Hice un poco de labor detectivesca en los estudios de arte y fotografía. Gasté parte de mis últimas monedas poniendo anuncios en los tres periódicos de la ciudad. Examiné anuarios de la escuela secundaria y fotos de empleadas en las casas de música. Recorrí montones de restaurantes y drugstores fijándome en las camareras, y montones de tiendas y almacenes fijándome en las dependientas. Observé a las multitudes que salían de los cines. Vagué sin rumbo por las calles.

Por las noches me pasaba un rato recorriendo la calle de los ligues. No sé por qué, pero me parecía que era el lugar más adecuado para ella.

Al final de la quinta tarde comprendí que no conseguiría encontrarla. El último plazo de papá Munsch —ya me había dado varios, pero éste era el definitivo—, expiraría a las seis. El señor Fitch ya había dejado de interesarse por ella.

Estaba de pie ante la ventana del estudio, contemplando el Parque Ardleigh.

Ella entró en la habitación.

Había repasado mentalmente ese instante tantas veces que no me costó nada actuar de una forma casi instintiva.

Ni tan siquiera la leve sensación de mareo logró ponerme nervioso.

—Hola —dije, casi sin mirarla.

—Hola —dijo ella.

—¿Qué, aún sigue teniendo ganas de intentarlo?

—Sí.

Habló en un tono de voz que no sonaba ni inquieto ni desafiante. Era una simple afirmación, nada más.

Le eché un vistazo a mi reloj y me levanté.

—Mire, voy a darle una oportunidad —le dije secamente—. Un cliente mío anda buscando una chica como usted. Haga un buen trabajo y quizá conseguirá acabar convirtiéndose en modelo. Si nos damos prisa aún podremos verle esta tarde —le dije. Recogí mis cosas—. Vamos. Y si espera que la gente le haga favores la próxima vez no olvide anotar su número de teléfono.

—No —dijo sin moverse.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunté.

—Que no voy a ver a ningún cliente suyo.

—Pero qué diablos… Claro que lo verá —dije yo—. Oiga, pequeña chiflada, le estoy ofreciendo una oportunidad, ¿comprende?

Meneó la cabeza.

—No me engañas, cariño, no me has engañado ni un solo segundo… Me *necesitan* —y me obsequió con la segunda sonrisa.

Entonces pensé que debía de haber visto mis anuncios del periódico. Ahora ya no estoy tan seguro.

—Y ahora escúchame bien porque voy a explicarte cómo trabajaremos —siguió diciendo—. No sabrás mi nombre, mi dirección o mi número de teléfono. Nadie va a saberlos. Y haremos todas las fotos aquí mismo. Sólo tú y yo, sin nadie más.

Ya puede imaginarse el jaleo que armé, ¿no? Lo probé todo: la ira, el sarcasmo, las explicaciones dadas con mucha paciencia, fingir que iba a volverme loco, amenazar, suplicar…

Le habría partido la cara a bofetadas, pero yo era fotógrafo y en mi caso eso habría sido un auténtico pecado mortal.

Al final lo único que pude hacer fue llamar por teléfono a papá Munsch y explicarle cuáles eran sus condiciones. Sé que no tenía ni una sola posibilidad de salir bien librado, pero no me quedaba más remedio: tenía que hacerlo.

Papá Munsch se enfadó muchísimo. Gritó, dijo «no» varias veces y acabó colgando.

Ella no se dejó impresionar.

—Empezaremos la sesión de fotos a las diez —me dijo.

Muy típico de ella: usar esa frase estúpida de las revistas de cine…

Papá Munsch me llamó hacia medianoche.

—No sé en qué asilo de lunáticos habrá encontrado a esa chica —me dijo—, pero quiero sus fotos. Venga mañana por la mañana y trataré de meterle en la cabezota cómo deseo que las haga. ¡Y me alegra haberle hecho levantar de la cama!

Después de aquello todo fue como una seda. Hasta el señor Fitch cambió de parecer y después de pasarse dos días enteros diciéndome que era imposible también aceptó las condiciones.

Naturalmente ahora todos ustedes se encuentran bajo el hechizo de la Chica, así que no puede comprender el terrible sacrificio que llevó a cabo el señor Fitch cuando renunció a supervisar las fotos de mi modelo llevando el Diablillo Lovelybelt, o la Zorra Lovelybelt o el maldito modelo que acabamos utilizando, no recuerdo cuál fue…

A la mañana siguiente se presentó a la hora convenida y empezamos a trabajar. Tengo que admitir una cosa: nunca se cansaba y nunca me ponía pegas a la hora de repetir las fotos. No tuve ningún problema con ella, aunque seguía experimentando esa misma sensación de estar perdiendo algo indefinible, como si me lo quitaran de una forma muy suave… Puede que usted también lo haya sentido un poquito al mirar una foto suya.

Cuando terminamos descubrí que aún había más reglas. Debía de ser media tarde. Me dispuse a bajar con ella para comer un bocadillo y tomarme un café.

—No —me dijo—. Bajaré sola. Y oye, cariño, si alguna vez intentas seguirme, si llegas a asomar la cabeza por esa ventana cuando me vaya… ya puedes ir buscándote otra modelo.

Ya se imaginará que esas locuras suyas me pusieron de bastante mal humor… e hicieron que mi cabeza empezara a funcionar a toda velocidad. Recuerdo que abrí la ventana después de que se hubo marchado —confieso que antes esperé unos minutos —, y me quedé de pie delante de ella respirando un poco de aire fresco mientras intentaba imaginarme qué podía haber detrás de todo aquello, si estaba escondiéndose de la policía o si era la hija de algún ricachón arruinado, o si se le habría metido en la cabeza que todas esas tonterías la hacían resultar más interesante… o si (y eso era lo más probable) todo se reducía al simple hecho de que papá Munsch estaba en lo cierto y le faltaba un tornillo.

Pero tenía que terminar las fotos.

Cuando pienso en lo ocurrido, me asombra la rapidez con que su magia empezó a conquistar la ciudad después de aquello, y cuando recuerdo lo que sucedió después me asusta pensar en lo que le está pasando al país… y puede que al mundo entero. Ayer leí un comentario en la revista *Time*: decían que la imagen de la Chica ya ha aparecido en las vallas publicitarias de Egipto.

El resto de mi historia le ayudará a comprender por qué siento ese temor. Pero

también tengo una teoría que ayuda a explicarlo, aunque es una de las cosas que se encuentran más allá de ese «cierto punto». Es una teoría sobre la Chica. Voy a resumírsela en pocas palabras.

Usted ya debe de saber que la publicidad moderna hace que la mente del público vaya en la misma dirección: todos quieren lo mismo, todos se imaginan lo mismo… Y ya sabe que hoy en día los psicólogos ya no sienten tanto escepticismo hacia la telepatía como antes, ¿verdad?

Ahora, sume las dos ideas. Imagínese que los deseos de millones de personas se concentran en alguien que posee el don de la telepatía. Digamos que esa persona es una chica, y que esos deseos la moldean a su imagen y semejanza.

Suponga lo que sería para ella el conocer los apetitos más ocultos de millones de hombres. Imagínesela siendo capaz de comprenderlos y captarlos de una forma mucho más profunda que las personas que los experimentan, viendo el odio y el deseo de muerte que se oculta detrás de la lujuria… Imagínesela moldeándose a sí misma para adoptar esa apariencia, manteniéndose tan altiva y distante como si estuviera hecha de mármol. Y, aun así, imagínese el hambre que podría sentir en respuesta al hambre de esos millones de personas…

Pero eso es alejarse mucho de los hechos de mi historia, y algunos de esos hechos son condenadamente sólidos. El dinero, por ejemplo… Ganamos muchísimo dinero.

Eso es lo que iba a contarle antes, y resulta bastante extraño. Temía que la Chica se aprovechara de mí. Después de todo, me tenía realmente atado de pies y manos, ¿comprende?

Pero se conformó con las tarifas habituales. Acabé discutiendo con ella y logré que aceptara más dinero… montones de dinero. Pero ella siempre lo cogía con esa misma expresión despectiva, como si fuera a tirarlo por la primera alcantarilla en cuanto hubiera salido de mi estudio.

Quizá lo hacía.

Bueno, el caso es que ahora tenía dinero. Por primera vez en meses tenía el dinero suficiente para emborracharme, comprar ropa nueva y coger todos los taxis que quisiera. Podía hacerle la corte a cualquier chica que me gustara. Me bastaba con escoger.

Y, naturalmente, tuve que escoger a…

Pero antes deje que le hable de papá Munsch.

Papá Munsch no fue el primero que intentó conocer a mi modelo, pero creo que fue el primero que se volvió realmente loco por ella. Yo podía ver el cambio de expresión en sus ojos cada vez que examinaba sus fotos. Sus pupilas empezaron a brillar con una luz sentimental, casi reverente. Mamá Munsch había muerto hacía dos años.

Oh, debo reconocer que lo planeó todo de una forma muy hábil. Logró sonsacarme un poco de información que le sirvió para enterarse de cuándo venía a trabajar, y una mañana subió corriendo por las escaleras unos minutos antes de la

hora en que debía presentarse.

—Dave, necesito verla —me dijo.

Discutí con él, intenté bromear, le expliqué que no sabía hasta qué punto se tomaba en serio todas aquellas locuras suyas… Le dije que iba a acabar con nuestra gallina de los huevos de oro particular. Hasta hubo un momento en que me sorprendí a mí mismo gritándole a pleno pulmón.

Pero no reaccionó a nada de eso de su manera habitual. Lo único que hizo fue repetir una y otra vez «Pero, Dave, necesito verla…».

Oí el ruido de la puerta de la calle.

—Es ella —dije bajando la voz—. Venga, tiene que marcharse de aquí ahora mismo.

No quiso, así que acabé metiéndole a empujones en el cuarto oscuro.

—Y no haga ruido —murmuré—. Le diré que hoy no puedo trabajar.

Sabía que intentaría verla y que lo más probable era que acabara saliendo en tromba del cuarto oscuro, pero no podía hacer otra cosa, ¿comprende?

Las pisadas llegaron al cuarto piso, pero la Chica no llamó a la puerta. Empecé a ponerme bastante nervioso.

—¡Saca de ahí a ese imbécil! —gritó de repente desde el otro lado del panel de madera. La verdad es que cuando digo que gritó exagero bastante: usó su tono de voz normal, como si lo que decía no tuviera ni la más mínima importancia—. Voy a subir hasta el otro descansillo —añadió—, y si ese imbécil barrigudo no baja ahora mismo por las escaleras y se larga a la calle la única foto mía que conseguirá en el futuro será un primer plano de mi cara escupiendo en su cerveza.

Papá Munsch salió del cuarto oscuro. Estaba muy pálido. Se marchó del estudio sin mirarme. Nunca volvió a contemplar sus fotos delante de mí.

Eso es lo que le ocurrió a papá Munsch. Ahora voy a hablarle de lo que me ocurrió a mí. Hablé del tema con ella, hice alguna que otra alusión y acabé probando suerte.

Me apartó la mano como si fuera un trapo mojado.

—No, cariño —dijo—. Estamos en horas de trabajo.

—Pero después… —insistí yo.

—Las reglas siguen en pie.

Y conseguí la que creo que fue su quinta sonrisa.

Puede que le resulte difícil de creer, pero se mantuvo fiel a esas locas normas suyas. Nuestro trabajo era muy importante, lo adoraba y no debía haber nada que la distrajera de él, por lo que cuando estábamos en el estudio no podía ni ponerle la mano encima. Y tampoco podía verla en ningún otro sitio, porque si lo intentaba jamás volvería a sacarle otra foto… y cada vez ganaba más dinero, y ni por un momento llegué a cometer la estupidez de imaginarme que mis capacidades como fotógrafo tuvieran algo que ver con todo aquello.

Naturalmente, no habría sido humano si no hubiera vuelto a intentarlo, pero todas

mis insinuaciones y avances fueron respondidos con el mismo tratamiento «trapo húmedo» del que le he hablado antes y no hubo más sonrisas.

Cambié. Fue como si me volviera loco, como si la cabeza estuviera dándome vueltas continuamente… pero había momentos en que tenía la sensación de que me iba a estallar.

Y empecé a hablar con ella. Continuamente. Le hablaba de mí, ¿entiende?

Era como encontrarse en un estado constante de delirio que no interfería con mi trabajo. Ya no le prestaba ninguna atención a los mareos. Habían llegado a parecerme totalmente naturales.

Me daba la vuelta y por un instante el foco me parecía una lámina de acero al rojo blanco, o las sombras me parecían ejércitos de mariposas, o la cámara se convertía en una inmensa vagoneta cargada de carbón. Pero un segundo después todo había vuelto a la normalidad.

Creo que había momentos en que le tenía un miedo terrible. Me parecía que era la persona más extraña y horrible de todo el mundo. Pero también había otros momentos en que…

Y le hablaba. No importaba lo que estuviese haciendo —iluminarla, hacerle adoptar una pose, ocuparme del equipo, sacar la foto—, o dónde estuviera ella —sobre la plataforma, detrás del biombo, descansando unos minutos con una revista en las manos—, yo le hablaba y le hablaba sin parar.

Se lo conté todo sobre mí. Le hablé de mi primera chica. Le hablé de la bicicleta de mi hermano Bob. Le hablé de que me había metido de polizón en un tren de carga y de la paliza que me dio papá cuando volví a casa. Le hablé de mi viaje a Sudamérica y de lo azul que estaba el cielo al anochecer. Le hablé de Betty. Le hablé de mi madre, que había muerto de cáncer. Le hablé de aquella vez en que me dieron una paliza en un callejón, detrás de un bar. Le hablé de Mildred. Le hablé de la primera foto que vendí. Le hablé de Chicago y de qué aspecto tenía vista desde un velero. Le hablé de la borrachera más prolongada que he pillado en mi vida. Le hablé de Marsh-Mason. Le hablé de Gwen. Le hablé de cómo conocí a papá Munsch. Le conté cómo la había perseguido. Le conté todo lo que sentía en aquellos momentos.

La Chica nunca prestaba ni la más mínima atención a lo que le decía. Ni tan siquiera estoy seguro de que llegara a oírme.

Cuando estábamos empezando a abrirnos paso en las revistas de circulación nacional decidí seguirla hasta su casa.

No, espere, creo que puedo precisar todavía mejor cuándo tomé esa decisión… Algo que recordará de los periódicos… esas muertes de que le hablé, las que quizá fueran asesinatos. Creo que hubo seis casos.

Uso la palabra «quizá» porque la policía jamás pudo tener la seguridad de que no fueran ataques cardíacos. Pero el que personas cuyos corazones estaban perfectamente sufran ataques cardíacos es algo que provoca ciertas sospechas, y el que los ataques siempre ocurran de noche, cuando esas personas están fuera de casa y

no se sabe muy bien qué andaban haciendo…

Las seis muertes crearon uno de esos pánicos colectivos: todo el mundo tenía miedo del «envenenador misterioso». Después hubo la sensación de que las muertes no habían cesado, pero ahora se producían en unas circunstancias que no invitaban tanto a la sospecha.

Ésa es una de las cosas que me tienen tan asustado.

Pero en aquella época lo único que sentía era alivio: por fin me había decidido a seguirla…

Un día hice que se quedara a trabajar en el estudio hasta bastante tarde. No necesité ninguna excusa: teníamos montañas de encargos. Esperé hasta oír el golpe de la puerta al cerrarse y bajé corriendo las escaleras. Llevaba zapatos con suela de goma. Me puse un abrigo oscuro que ella nunca me había visto utilizar y cogí un sombrero negro.

Me quedé inmóvil en el umbral hasta localizarla. Estaba pasando junto al Parque Ardleigh. Iba hacia el centro de la ciudad. Hacía una de esas noches cálidas típicas de otoño. Empecé a seguirla por el otro lado de la calle. Me limitaría a descubrir dónde vivía: eso me daría una cierta ventaja sobre ella.

Se detuvo ante un escaparate de los grandes almacenes Everly, manteniéndose un poco alejada de la claridad. Se quedó muy quieta, contemplando el escaparate.

Me acordé de que le había sacado una foto para los almacenes Everly, una pose para el departamento de lencería. Eso era lo que estaba mirando.

Por aquel entonces no le encontré nada raro al hecho de que estuviera adorándose a sí misma de esa forma, si era eso lo que estaba haciendo.

Cuando alguien pasaba junto a ella se ladeaba un poco o retrocedía hasta ocultarse en las sombras.

Vi llegar a un hombre. No pude verle bien la cara, pero parecía de mediana edad. Se detuvo y se puso a contemplar el escaparate.

La Chica salió de entre las sombras y se puso a su lado.

¿Qué sentiría usted si estuviera contemplando una foto de la Chica y ella estuviera de repente junto a usted, deslizándole el brazo debajo del suyo?

No me costó nada interpretar la reacción de aquel tipo. Un sueño acababa de convertirse en realidad.

Hablaron durante unos instantes. Después él movió la mano para llamar un taxi. Subieron al taxi y se alejaron.

Esa noche me emborraché. Era como si ella hubiese sabido que la estaba siguiendo y hubiera escogido esa forma de hacerme daño. Quizá lo supiese. Puede que esto fuera el final de todo.

Pero al día siguiente la Chica apareció a la hora de costumbre y volví a sumergirme en el delirio, sólo que ahora con un montón de nuevos ángulos añadidos a los anteriores.

La seguí. Esa noche escogió un farol situado delante de una valla publicitaria

donde había un anuncio de la Chica Munsch.

Ahora me asusta pensar en ella acechando de esa forma en la oscuridad…

Habrían transcurrido unos veinte minutos cuando un convertible pasó junto a ella, disminuyó la velocidad, retrocedió y se detuvo junto a la acera.

Esta vez me encontraba un poco más cerca. Pude echarle una buena ojeada a la cara del tipo que conducía. Era un poco más joven, aproximadamente de mi edad.

A la mañana siguiente ese mismo rostro me contempló desde la primera página del periódico. El convertible había sido encontrado en una calle lateral. El tipo se encontraba dentro. Como en las otras muertes que podían ser asesinatos, la causa del fallecimiento no estaba demasiado clara.

Aquel día mi cabeza fue un tiovivo donde giraban toda clase de ideas confusas, pero sólo había dos cosas de las que estaba seguro. Una era que acababa de conseguir la primera oferta de una agencia publicitaria que funcionaba a escala nacional, y la otra que cuando dejáramos de trabajar cogería a la Chica del brazo y bajaría las escaleras con ella.

No pareció sorprenderse demasiado.

—¿Sabes qué estás haciendo? —me preguntó.

—Lo sé.

Sonrió.

—Estaba empezando a preguntarme cuándo te decidirías a hacerlo.

Me sentí mejor que antes. Estaba despidiéndome de todo, pero tenía mi brazo alrededor de su cintura.

Hacía otra de esas noches cálidas de otoño. Fuimos caminando hasta el Parque Ardleigh. Todo estaba muy oscuro, pero a nuestro alrededor el cielo brillaba con la débil luminosidad rosada de los neones publicitarios.

Estuvimos caminando bastante rato por el parque. La Chica no decía nada y ni tan siquiera me miraba, pero pude ver que sus labios se movían levemente y pasado un tiempo me puso la mano sobre el brazo y me lo apretó con fuerza.

Nos paramos. Habíamos estado caminando sobre la hierba. Se acostó en el suelo y tiró de mí. Me puso las manos en los hombros. Le miré la cara. Era un manchón rosado con el mismo tono que la claridad del cielo. Los ojos hambrientos eran dos borrones oscuros.

Empecé a luchar con su blusa. Me apartó la mano, pero no tal y como lo había hecho en el estudio.

—No, eso no —me dijo.

Primero le contaré lo que hice después. Luego le explicaré por qué lo hice. Después le contaré qué dijo ella.

Lo que hice fue huir corriendo. No lo recuerdo muy bien porque estaba mareado y el cielo color rosa oscilaba contra el telón oscuro de los árboles. Pero pasado un rato me encontré avanzando bajo las luces de la calle. Al día siguiente cerré el estudio. Cuando hice girar la llave en la cerradura, oí sonar el teléfono y el suelo estaba lleno

de cartas sin abrir. Nunca volví a ver a la Chica en carne y hueso, si es que ésas son las palabras adecuadas.

Lo hice porque no quería morir. No quería que me chupara la vida. Hay vampiros y vampiros, y los que chupan sangre no son los peores. De no haber sido por la advertencia que suponían esos ataques de mareo y por papá Munsch y aquel rostro en el periódico de la mañana, habría acabado igual que los otros. Pero comprendí a qué me enfrentaba cuando aún tenía tiempo de salvarme. Comprendí que viniera de donde viniese y fueran cuales fuesen las fuerzas que le habían dado forma, ella es la quintaesencia del horror que se oculta detrás de esas resplandecientes vallas publicitarias. Es la sonrisa que te engaña para que arrojes a los cuatro vientos tu dinero y tu vida. Sus ojos son los ojos que te hacen seguir adelante, siempre adelante, y que acaban mostrándote tu muerte. Es la criatura por la que lo das todo y a la que nunca llegas a conseguir. Es la cosa que se apodera de todo cuanto tienes y no te da nada a cambio. Recuerde todo eso cuando vea su rostro en los carteles y sienta el deseo de poseerlo. Ella es el engaño. Es el cebo. Es la Chica.

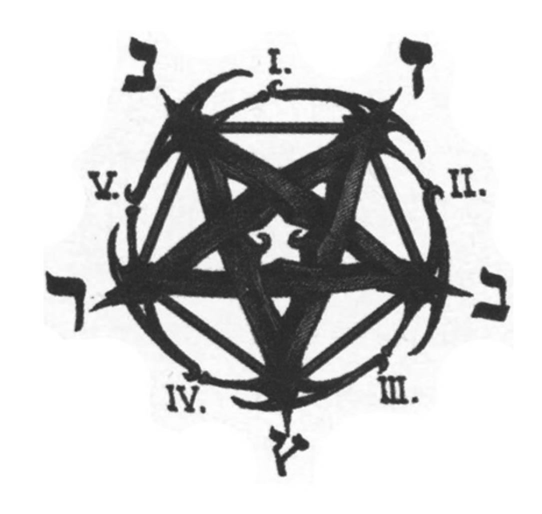
Y esto es lo que me dijo:

—Te deseo. Deseo todo lo que te convierte en alguien especial. Deseo todo aquello que te ha hecho feliz y todo lo que te ha hecho daño. Quiero tu primera chica. Quiero esa bicicleta reluciente. Quiero esa paliza. Quiero esa cámara barata. Quiero las piernas de Betty. Quiero el cielo azul lleno de estrellas. Quiero la muerte de tu madre. Quiero tu sangre esparciéndose sobre los adoquines. Quiero la boca de Mildred. Quiero la primera foto que le vendiste a una agencia. Quiero las luces de Chicago. Quiero la ginebra. Quiero las manos de Gwen. Quiero que me desees. Quiero tu vida. Aliméntame, cariño, aliméntame…

MANLY WADE WELLMAN

La última tumba de Lill Warran

[The Last Grave of Lill Warran]



Traducción de Albert Solé

La última tumba de Lill Warran



Al pasar por entre los pinos la carretera secundaria se convertía en un camino polvoriento, y el camino acababa convirtiéndose en un simple sendero. John Thunstone pensó que debería haber sabido que su coche no podría recorrer toda la distancia y, en cualquier caso, un coche parecía estar fuera de lugar en aquellos antiguos bosques apenas explorados. Un carro maderero habría sido más adecuado; o montar una mula, si John Thunstone hubiera sido más pequeño y menos corpulento, con lo que una mula no habría protestado al tener que cargar con su peso. Bajó del coche, subió las ventanillas y cerró la portezuela con llave. Ante él se extendía un sendero que serpenteaba por entre la espesura, angosto pero bien marcado por los pies de cuantos lo habían transitado. Nadie sabía el número de caminantes que lo habían recorrido a lo largo de los años.

John Thunstone plantó sus grandes pies en él. Su cuerpo de gigante se movía con una gracia silenciosa. Para John Thunstone los bosques o lugares todavía más salvajes eran tan agradables y familiares como su casa.

Se había vestido adecuadamente para la expedición. No tenía ninguna intención de presentarse ante los habitantes de los bosques de Sandhill como si fuera un invasor extranjero ataviado con un traje elegante, por lo que llevaba pantalones de pana, una chaqueta de cuero que le habían hecho con las pieles de los ciervos que él mismo había cazado, y un andrajoso sombrero de fieltro. En su rostro de huesos fuertes y bigote pulcramente recortado había una expresión tranquila y vigilante. Sus rasgos no delataban ninguna excitación o presagio del asombro que esperaba sentir cuando terminara con su misión. Su manaza derecha sostenía un bastón hecho con una vieja madera oscura.

—Sí, sí —dijeron los hombres que mataban las horas en el ayuntamiento del pueblo que había al final del camino asfaltado, respondiendo a sus preguntas—. Lill Warran, ése es su nombre, Lill, no Lily. En ella no había nada de lirio, nada dulce y puro, oh, no[9]. No cabe duda de que era una bruja, señor. Pues claro que la sacaron de su tumba. No, no estábamos allí, oímos hablar de lo ocurrido. Parece que la enterraron en el cementerio parroquial de Beaver Dam y una persona o varias la desenterraron y se llevaron su cuerpo. Los viejos creen que enterrar a una bruja en terreno consagrado trae muy mala suerte. Si haces eso y la dejas allí ya puedes irte

olvidando de la iglesia, porque nunca más estará bendita. No es que nosotros creamos en eso, compréndalo, es una creencia del campo…

Pero los ociosos del ayuntamiento no habían negado la creencia de que fuese necesario desenterrar a una bruja. Uno o dos de ellos contribuyeron contándole historias de Lill Warran. Le dijeron que no era una vieja reseca y encorvada de carnes nudosas, sino una mujer «bien plantada», alta y con un cuerpo muy bien hecho, con una frondosa mata de cabellos negros. La llevaba recogida en la nuca, dijeron, y su cabellera relucía como el alquitrán recién derretido. Le dijeron que sus ojos eran como el cristal verde, que ardían en un rostro moreno y que su boca…

—¡Uf! —le dijeron a coro a Thunstone—. Usted viene de muy lejos, señor, y seguramente habrá visto muchas mujeres hermosas. Pero hay una cosa que no se puede discutir, y es que si usted hubiera visto a Lill Warran y esa boca roja que tenía, hipotecaría su alma inmortal para conseguir un beso de ella.

Y la inferencia era que más de un hombre había hipotecado su alma inmortal para conseguir un beso de la boca de Lill Warran. Y ahora estaba muerta. ¿Cómo? Una bala, dijeron algunos. Un accidente, dijeron otros. Pero estaba muerta y la habían enterrado dos veces, y las dos veces había sido desenterrada.

Después de haber recogido ésta y otras informaciones, John Thunstone empezó a seguirle la pista al final de la historia, pues su carrera y su tema de estudio favoritos eran seguir tales historias hasta el final. La búsqueda de historias le había hecho vivir aventuras de las que sólo se ha contado una décima parte, y esa décima parte es la más simple y creíble. John Thunstone se ha guardado para sí mismo las experiencias de la mayoría de sus casos. Puede que esas experiencias hayan ayudado a rociar de canas su lacia cabellera negra y a ensombrecer su rostro tranquilo y fuerte.

El camino serpenteaba subiendo de nivel. Las tierras boscosas iban ascendiendo ladera tras ladera, y bajo los pinos crecían matorrales de una variedad espinosa, tan frondosos y pegados los unos a los otros que John Thunstone tuvo que abrirse paso a través de ellos como un toro en un pantano. Los espinos tiraban de sus flancos y del cuero que recubría sus brazos como si frieran deditos que intentaban retenerle.

En lo alto de la pendiente estaba el claro que buscaba.

Era un claro en el sentido más estricto de la palabra. Los pinos habían sido derribados con un hacha, y no cabía duda de que sus fuertes y rectos troncos habían servido para construir la cabaña que se alzaba en el centro del claro. Las gruesas tejas habían sido fabricadas con cipreses de algún pantano próximo. Rodeando la casa en todas direcciones había una explanada de arena en la que no crecían ni un hierbajo, ni un solo tallo verde: la explanada estaba tan vacía y desnuda como una playa lamida por el mar. Nadie se movía en aquel patio desierto, pero desde detrás de la casa llegaba un ruido. *Plink, plink*, rítmicamente. *Plink, plink*. Metal golpeando algo sólido, quizá piedra o ladrillos unidos con argamasa.

John Thunstone dobló la esquina de la cabaña de troncos moviéndose tan silenciosamente como un indio, se detuvo para asegurarse de lo que había más allá y acabó yendo hacia lo que había visto.

El hombre arrodillado en el suelo era tan alto como John Thunstone, pero su constitución era flaca y sus miembros delgados, como es típico en los habitantes de las Sandhills. Vestía una desgastada camisa a cuadros y un mono azul deshilachado y tan descolorido por los lavados que la tela había acabado alcanzando el desvaído tono azul de un huevo de petirrojo. Llevaba las mangas subidas hasta los bíceps, mostrando unos brazos de piel pálida con los codos puntiagudos y las manos nudosas. Estaba dándole la espalda a Thunstone. Tenía el cabello color estopa y su coronilla empezaba a quedarse calva. En el suelo delante de él había un rectángulo de piedra color hígado. El hombre sostenía un martillo de mango corto y gruesa cabeza en la mano derecha, y un punzón muy afilado en la izquierda, parecido al que se usa para partir un tronco y convertirlo en madera destinada al fuego. Apoyó la punta del punzón en la piedra y empezó a golpear el otro extremo con el martillo. *Plink, plink*. Cambió de posición la punta. *Plink*.

Thunstone fue hacia él moviéndose con el mismo silencio que una nube en el cielo. Pudo ver lo que el hombre flaco estaba tallando en la piedra. La última letra de una serie de palabras: las letras eran algo irregulares, pero grandes y bastante profundas.

AQUÍ YACE
LILL WARREN
DOS VECES ENTERRADA
Y DOS VECES DESENTERRADA
POR HOMBRES ESTÚPIDOS Y COBARDES
DESCANSE EN PAZ
ERA UNA ROSA DE SHARON
UN LIRIO DEL VALLE

John Thunstone se inclinó para leer la última palabra y el sol del atardecer proyectó su sombra sobre la piedra. El hombre se incorporó al instante y todo su cuerpo se irguió como un resorte al otro lado de su obra, veloz y furtivo como una comadreja. Clavó los ojos en John Thunstone con el martillo apuntando hacia el suelo y la delgada punta del punzón algo levantada.

—¿Quién es usted? —le preguntó el hombre flaco con voz entrecortada.

Tenía los rasgos afilados y una nariz que asomaba de su rostro como un pico puntiagudo. La frente y el mentón se curvaban alejándose de ella hacia arriba y hacia abajo. Sus ojos eran oscuros, parecidos a cuentas y bastante próximos el uno al otro. La piel de su rostro era amarilla y de una textura similar al cuero, y hasta el blanco de sus ojos tenía un aspecto nublado y legañoso.

—Me llamo John Thunstone —replicó Thunstone con el tono de voz más tranquilo y despreocupado de que fue capaz—. Estoy buscando al señor Parrell.

—Ése soy yo. Zari Parrell.

Zari… Sí, no cabía duda de que el nombre le sentaba a la perfección. Aquella nariz flaca y puntiaguda, la frente y el mentón huidizos, los ojos vivaces… todo aquello hacía pensar en una zarigüeya, una zarigüeya suspicaz, irritada y peligrosa.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Zari Parrell, y por el tono de su voz daba la impresión de que le gustaría que fuese algo relacionado con la violencia.

—Quiero hacerle algunas preguntas sobre la señorita Lill Warran —dijo Thunstone sin alterar el tono de su voz, hablando con la misma calma y suavidad que habría podido emplear para tranquilizar a un perro o a un caballo nervioso—. Veo que está haciendo una lápida para ella.

Señaló la piedra con su bastón.

—¿Y por qué no? —replicó secamente Zari Parrell. Sus delgados labios se fruncieron revelando unos dientes pequeños y fuertes que parecían colmillos manchados—. ¿Es que nunca se le permitirá descansar en paz dentro de su tumba?

—Espero que así sea —dijo Thunstone—. Estuve en el ayuntamiento y me contaron que la habían sacado de su tumba del cementerio parroquial.

Zari Parrell lanzó un bufido. Sus dedos se tensaron sobre el martillo y el punzón.

—Oiga, señor, ¿qué le importa a usted todo eso? ¿Trabaja para la ley? En tal caso, ya puede ir volviéndose con su ley al ayuntamiento. No pienso hacer caso de ninguna ley. No la dejaron seguir enterrada en Beaver Dam, yo la he enterrado aquí y aquí se quedará.

—No —le aseguró Thunstone—, no trabajo para la ley.

—Entonces, ¿quién es usted? ¿Uno de esos reporteros de los periódicos? Sea lo que sea, salga de mi propiedad.

—No hasta que hayamos hablado un poco, señor Parrell.

—Le echaré de aquí. Tengo derecho a echarle de mi propiedad.

Thunstone le obsequió con su sonrisa más encantadora.

—Sí, tiene derecho a hacerlo. Pero ¿cree que sería capaz de hacerlo?

Zari Parrell le examinó con sus ojos parecidos a cuentas.

—Usted es el doble de corpulento que yo, pero…

Dejó caer el martillo y la cabeza golpeó el suelo con un sonido ahogado. Se pasó velozmente el punzón a la mano derecha, sosteniéndolo como si fuera un cuchillo.

—No lo intente —le advirtió Thunstone, y alzó el bastón.

Zari Parrell dio un paso hacia delante. Su mano izquierda agarró el extremo del bastón de Thunstone y la derecha blandió el punzón.

Pero Thunstone tiró de la empuñadura del bastón. Hubo un susurro metálico. La parte inferior del bastón se deslizó como la vaina de una espada y quedó entre los dedos de Parrell, revelando una hoja reluciente larga y tan recta como un espetón encajada en la empuñadura. Parrell lanzó un golpe con el punzón y Thunstone movió

delicadamente la punta de su espada haciendo que entrara en contacto con el dorso del puño de Parrell. Parrell soltó un chillido de dolor y el punzón cayó junto al martillo. Thunstone avanzó tranquilamente hacia él y la punta de la espada se detuvo a unos centímetros de la garganta de Parrell, vibrando ligeramente.

—¡Eh! —protestó Parrell—. ¡Eh!

—Lo siento, pero tendrá que escucharme.

—Baje esa cosa. ¡Me rindo!

Thunstone bajó la punta de la espada y sonrió.

—Olvidemos lo ocurrido y hablemos.

Parrell se fue calmando. Aún tenía agarrada la parte inferior del bastón. Thunstone se la quitó de entre los dedos y envainó la hoja.

—¿Sabe una cosa? —dijo Parrell con voz cansina—. Nunca había visto un sitio más raro para llevar algo con que abrirle las tripas a un hombre.

—Es un bastón espada —le explicó Thunstone con el mismo tono de voz amistoso que había usado al principio—. Tiene centenares de años de antigüedad. El hombre que me lo dio dijo que había sido fabricado por san Dunstan.

—¿Quién era ése?

—Un inglés.

—Un extranjero, ¿eh?

—San Dunstan era platero —dijo Thunstone—. La hoja de mi bastón está hecha de plata. Entre otras cosas, se cuenta que san Dunstan le retorció la nariz al diablo.

—Déjeme ver esa cosa —dijo Parrell, y Thunstone desenvainó la hoja—. ¡Uh! —gruñó Parrell—. Tiene palabras grabadas en ella. No entiendo lo que pone.

El grueso dedo de Thunstone golpeó suavemente las letras grabadas en el metal.

—*Sic pereant omnes inimici tui, Domine* —leyó en voz alta—. Quiere decir: «Así perezcan todos tus enemigos, oh Señor».

—¿Son palabras de la Biblia, o son palabras mágicas?

—Puede que las dos cosas —dijo Thunstone—. Y ahora, Parrell, quiero ser amigo suyo. La gente del pueblo no tiene muy buena opinión de usted.

—Tampoco la tenían de Lill —dijo Parrell en voz tan baja que Thunstone apenas pudo oírle—. Pero yo la amaba. Montones de hombres la han amado, pero supongo que yo fui el único que la amaba cuando se murió.

—Cuéntemelo —le apremió Thunstone.

Parrell fue hacia la cabaña de troncos y Thunstone le siguió. Parrell se sentó en la entrada y removió la tierra con sus zapatones. Se examinó el dorso de la mano derecha, allí donde la hoja de plata hábilmente manejada por Thunstone había producido una minúscula herida y derramado una gota de sangre.

—Oiga, creo que si quisiera podría haberme hecho mucho daño —dijo.

—No quería hacérselo —replicó Thunstone.

Los zapatones volvieron a remover la tierra.

—Arranqué la piedra de mi umbral para hacerle una lápida a la tumba de Lill.

—Es una buena piedra.

Parrell movió la mano señalando hacia el borde del claro. Allí, a la sombra de los pinos, había un montículo de arena oscura removida hacía poco, con el tamaño y la forma de un cuerpo.

—La enterré allí —dijo—, y allí se quedará. Supongo que al final se dio cuenta de que la amaba y nada puede cambiar eso.

Una rosa de Sharon, un lirio del valle. Los ociosos del ayuntamiento habían insistido en que Lill Warran no era ningún lirio. Thunstone se acuclilló junto a Parrell.

—Oiga, creo que si habla de todo eso con alguien que quiera escucharle se sentirá mucho mejor —dijo.

—Supongo que sí.

Y Zari Parrell habló.

Después Thunstone puso por escrito lo que Parrell le había contado, considerando que era una interesantísima muestra de creencia en lo sobrenatural, y también en una mujer muy hermosa que poseía una inmensa fuerza de voluntad.

La gente decía que Lill Warran era una bruja porque tanto su abuela como su madre lo habían sido. Decían que podía echarle una maldición a los cerdos para que enflaquecieran, y a las gallinas para que dejaran de poner huevos, y también podía hacer que los árboles cayeran sobre los hombres que los talaban. No estaban dispuestos a creer que ese tipo de cosas fueran culpa del azar. El predicador de Beaver Dam juraba que deformaba el Padrenuestro: «Padre Nuestro, que *no* estás en los cielos». Eso era una clara referencia a Satanás, que había sido arrojado a través de las Puertas de Perla, tal y como se cuenta en el libro de Isaías. No, el predicador no la había echado de la iglesia, pero Lill Warran dejó de ir a ella y se rió de las personas que murmuraban a sus espaldas. Los viejos la odiaban, los niños le tenían miedo y las mujeres se mostraban suspicaces. ¡Pero los hombres…!

—No había ningún hombre que se le pudiera resistir —dijo Parrell—. Los consiguió prácticamente a todos. El cazador abandonaba su arma, el bebedor olvidaba su botella de whisky destilado en casa, el granjero se marchaba del campo dejando su arado en el surco… Muchas esposas derramaron lágrimas porque sus maridos no estaban en casa durante las noches: andaban detrás de Lill Warran. Y todo el mundo sabe que Nobe Filder se ahorcó porque tenía una cita con Lill, y Lill no acudió a la cita, sino que se fue a bailar con Newton Henley. Y Newton acabó odiándola, pero se puso enfermo y cuando agonizaba lo único que hacía era pronunciar su nombre.

Zari Parrell la amaba. Lill nunca le prometió nada: se limitaba a arrojarle sonrisas y alguna que otra palabra casual, como otros tantos restos de la comida arrojados a un perro. Quizá fuera lo mejor. Los amantes de Lill Warran empezaban adorándola y acababan odiándola y teniéndole miedo.

Eso, por lo menos, era una típica historia de brujas, idéntica a todas las que Thunstone había leído e investigado. Los antiguos libros de los viejos eruditos estaban repletos de pruebas sobre mujeres semejantes con terribles poderes de seducción, remontándose hasta las diosas del amor oscuro… Ishtar, Astoreth, Astarté, muchos nombres para la misma fuerza, terrible en el amor como el Dios de la Guerra lo es en la batalla. Thunstone recordó un fragmento del Poema de Gilgamesh, escrito sobre una tablilla de barro caldea hacía cinco milenios. Gilgamesh había rechazado las insinuaciones de Ishtar:

> Te enamoraste del pastor
> que dispersaba su grano por ti,
> y que cada día te sacrificaba una cría;
> le fulminaste,
> convirtiéndole en lobo…

—Eso no demostraba nada —protestó Parrell—, sólo que era enamoradiza y que resultaba muy difícil de conservar.

—¿De qué vivía? —le preguntó Thunstone—. ¿Alguna propiedad familiar?

—No, nada de eso. Era huérfana. Vivía sola… han quemado su cabaña. La gente decía que conocía hechizos y que podía hacer que la carne se esfumara de las fresqueras para acabar en su cazuela, y que podía robar las viandas de las despensas y llevarlas a su mesa.

—He oído a gente que sospechaba todo eso de las brujas —dijo Thunstone en un tono de voz cuidadosamente comprensivo—. Es fácil convencerse de que esas historias son reales.

—Yo nunca las creí, ni tan siquiera cuando…

Parrell le contó el clímax de aquella historia extraña e increíble. Había tenido lugar hacía una semana. Guardaba relación con una bala de plata.

Pues las balas de plata son la muerte segura para los demonios, y esto era sabido por un joven llamado Taylor Howatt, el último en revolotear alrededor de aquella llama fascinante que era Lill Warran. Sus amigos le advirtieron acerca de ella, pero Taylor no quiso escucharles. ¡No, Taylor no creía en esas cosas! No hasta que oyó rondar junto a su cabaña algo que gemía y chillaba como una bestia salvaje… un lobo, habrían dicho los viejos, salvo que en aquellas comarcas no se veían lobos desde los lejanos días de la colonización. Y Taylor Howatt había visto fugazmente en una o dos ocasiones a la criatura bajo la luz de la luna. Era muy peluda, tenía las orejas puntiagudas y un hocico afilado, pero se sostenía sobre dos patas, al menos parte del tiempo.

—La vieja historia del hombre lobo —comentó Thunstone, pero Parrell siguió

hablando.

Taylor Howatt sabía lo que debía hacer. Poseía un viejo rifle para cazar ciervos, un rifle de los que los armeros del campo llevan fabricando desde épocas tan antiguas como la guerra contra el Norte. También poseía un molde para hacer balas y fundió medio dólar de plata que convirtió en una bala. Cargó el rifle para cazar ciervos y se pasó varias noches con el oído atento para captar los aullidos. Cuando la cosa se acercó a una ventana abierta para mirar por ella, Taylor distinguió su silueta achaparrada recortándose contra la luna y disparó.

Al día siguiente Lill Warran fue encontrada muerta en el sendero que llevaba a su casa: una bala le había atravesado el corazón.

Naturalmente, un delegado del *sheriff* se presentó a investigar. Taylor Howatt pudo afirmar que había sido un accidente. La gente había acudido a la cabaña de Lill y dijeron haber encontrado cosas muy raras. Uno de los que fueron se llevó un pedazo de tocino que dijo había estado colgando hasta hacía poco en su ahumadero. Y otro encontró un libro.

—¿Un libro? —exclamó John Thunstone rápidamente, pues en historias como la de Lill Warran los libros suelen tener mucho interés.

—Tres personas que juran haberlo visto me hablaron de él —replicó Parrell—. Yo no lo he visto, por lo que creo que no puedo opinar al respecto.

—¿Y qué le contaron esas personas acerca del libro?

—Bueno… me dijeron que era como peludo. La tapa era oscura y peluda, como la piel de un oso negro. Y dentro había tres partes.

—La primera estaba escrita con tinta roja sobre papel blanco —dijo Thunstone—. La segunda estaba escrita con tinta negra sobre papel rojo. Y la tercera, la del papel negro, estaba escrita con…

—¡Ha estado hablando con ellos! —le acusó Parrell, medio incorporándose.

—No, aunque oí comentarios sobre el libro en el ayuntamiento. Lo único que ocurre es que ya he oído hablar antes sobre esa clase de libros. La tercera parte del libro, la del papel negro, está escrita con tinta blanca que brilla en la oscuridad, para que pueda ser leída sin luz.

—Entonces esas personas que se burlaban de mí oyeron lo mismo que ha oído contar usted sobre esos libros. Se lo inventaron todo para mortificarme.

—Puede ser —accedió Thunstone, aunque dudaba de que los habitantes de las Sandhills pudieran tener tales conocimientos sobre grimorios tan antiguos como difíciles de encontrar—. Siga.

Por lo que había oído Parrell, la primera parte del libro —la escrita con tinta roja sobre papel blanco—, sólo contenía hechizos bastante sencillos que servían para curar el reumatismo o el dolor de ojos, junto con uno o dos hechizos más interesantes relacionados con cómo conseguir el amor de alguien o cómo librarse de un amante al que ya no se deseaba. La segunda, la escrita en tinta negra sobre papel rojo, contenía el hechizo para apoderarse de la comida guardada en las despensas de los vecinos, así

como otro hechizo que afirmaba ser capaz de volver invisible a quien lo utilizara, y otro más que ayudaba a construir un espejo en el que se podían ver escenas y actos muy distantes.

—¿Y la parte negra del libro? —preguntó Thunstone con mucha más calma de la que realmente sentía.

—Nadie llegó tan lejos.

—Me alegro —dijo Thunstone sintiendo una inmensa gratitud.

Él mismo se lo habría pensado dos veces y quizá más de dos antes de leer las letras brillantes que había en la negra tercera parte de un libro semejante.

—El predicador se lo llevó. Dijo que lo guardó en su escritorio y que cerró el cajón con llave. Al día siguiente el libro había desaparecido. La gente cree que ahora está en poder del mismísimo Satanás.

Y quizá no se equivocaran, pensó Thunstone, pero no llegó a decirlo en voz alta.

Cuando terminó su relato, la voz de Parrell se había vuelto algo cascada. Lill Warran no tenía parientes, por lo que no había nadie que quisiera reclamar su cuerpo. Parrell acabó reclamándolo: compró un ataúd y pagó por un pedazo de tierra en el cementerio parroquial de Beaver Dam. El funeral de Lill Warran sólo contó con dos asistentes, Parrell y el ayudante de un enterrador.

—Nadie quería portarse como un auténtico cristiano, por lo que no se citó ningún versículo de la Biblia durante el entierro —le dijo Parrell a Thunstone—. Yo repetí una estrofa de una canción que me venía a la cabeza cuando pensaba en ella… siempre me acordaba de esa canción. Decía así…

Y canturreó estos versos:

El cuervo es negro, negro como el carbón,
el arrendajo es azul púrpura,
si alguna vez me olvido de mi amor,
que mi corazón se derrita como el rocío.

Thunstone se preguntó cuántos años tendría aquella canción.

—¿Y luego? —le preguntó.

—Ya conoce el resto. A la mañana siguiente la sacaron de su tumba y la arrojaron en mi patio. La encontré junto a mi umbral, allí donde estaba la piedra que he arrancado para hacerle una lápida —Parrell movió la cabeza señalando la piedra—. Volví a enterrarla. Y esta mañana todo estaba igual. Yacía en el mismo sitio que la primera vez… Malditos sean todos. La enterré entre los pinos y allí se quedará, y si alguien opina otra cosa se lo discutiré con algo más que un libro de leyes. ¿Hice mal, señor?

—No —dijo Thunstone—. Siguió los dictados de su corazón.

—Gracias. Muchísimas gracias… Tenía razón, contarle todo esto ha hecho que me sienta mejor —Parrell se puso en pie—. Voy a colocar esa lápida.

Thunstone le ayudó. El peso de la piedra puso a prueba la fortaleza de los dos hombres. Parrell la clavó en la arena a la cabecera de la tumba. Después miró hacia donde el sol se estaba hundiendo detrás de los pinos.

—Antes de que pueda marcharse de aquí ya habrá oscurecido y le será difícil encontrar el camino. Me sentiría muy honrado si quisiera pasar la noche conmigo. No puedo ofrecerle una cama muy cómoda ni una gran cena, pero si quiere…

—Gracias —dijo Thunstone, quien había estado preguntándose cómo podría arreglárselas para pasar la noche allí.

Entraron en la habitación delantera de la pequeña cabaña. El interior estaba acabado con tablones, aserrados y sin desbastar pero firmemente instalados en su sitio. Había una mesa vieja, sillas igualmente viejas, una cocina antiquísima y sartenes y cazuelas colgando de unos clavos en las paredes. Parrell le hizo una seña a Thunstone para que fuera a ver una foto clavada con chinchetas en la pared.

—Es ella —dijo.

La instantánea no era muy buena y el artista de algún estudio fotográfico barato la había retocado coloreándola, pero Thunstone pudo darse cuenta de qué clase de mujer había sido Lill Warran. La foto la mostraba de medio cuerpo y llevaba un vestido ceñido con grandes flores estampadas. Le sonreía a la cámara con aquella boca opulenta de la que tanto había oído hablar. Tenía los ojos un poco rasgados, burlones y brillantes. Su cabeza se alzaba orgullosamente sobre unos hombros soberbios. El seno que había sido atravesado por la bala de plata salida del viejo rifle de Taylor Howatt era opulento y bien moldeado.

—¿Comprende por qué la amaba? —le preguntó Parrell.

—Lo comprendo —le aseguró Thunstone.

Parrell cocinó la cena de los dos. Había pan de maíz y sirope, y un buen plato de costillas. Pese a su pena, Parrell comió abundantemente. Cuando hubieron terminado, Parrell inclinó la cabeza y murmuró una vieja bendición del campo. Salieron al patio. Parrell fue lentamente hasta la tumba de Lill Warran y clavó los ojos en ella. Thunstone se internó un poco entre los árboles, vio algo que crecía en el suelo y se inclinó para arrancarlo.

—¿Qué está recogiendo? —le preguntó Parrell.

—Unas plantas raras que he visto —respondió Thunstone, y arrancó otra.

Eran las raíces que se conocen en todo el sur con el nombre de Juan el Conquistador, una excelente protección contra toda clase de hechizos. Thunstone se llenó los bolsillos con ellas y volvió a reunirse con Parrell.

—Me alegra que haya venido, señor Thunstone —dijo Parrell. Su rostro de zarigüeya estaba iluminado por una tímida sonrisa—. Llevo dos años viviendo sin

compañía, pero nunca me había sentido tan solo como durante la semana pasada.

Entraron juntos en la casa. Parrell cogió una lámpara de aceite y la encendió. Apenas lo hizo, Thunstone sintió el impacto de unos ojos que le contemplaban desde el otro extremo de la habitación. Se volvió rápidamente en esa dirección y vio el rostro de Lill Warran en la pared. La sonrisa de la foto parecía burlarse de él, desafiándole y, al mismo tiempo, invitándole a que se acercara. ¿Qué había dicho aquel hombre del ayuntamiento? *Hipotecarías tu alma inmortal por un beso suyo*. Aquella foto bastó para convencer a Thunstone de que hombres mucho mejores que el pobre Zari Parrell habrían encontrado irresistible a Lill Warran.

—Le prepararé un catre —ofreció Parrell.

—No hace falta que se moleste por mí —dijo Thunstone, pero Parrell abrió un viejo y baqueteado arcón de madera y sacó de él primero un cubrecamas bordado y luego otro. Cuando los desplegó, Thunstone reconoció los motivos de cada dibujo, tan antiguos como famosos. Uno era la Estrella Llameante de Kentucky, el otro Mi Auténtico Amor.

—Los hizo mi madre —le informó Parrell.

Parrell dobló los cubrecamas hasta formar un lecho junto a la pared.

—¿Está seguro de que se encontrará bien aquí? Quizá prefiera dormir en mi cama.

—He dormido en sitios mucho más incómodos que el que me ha preparado —se apresuró a asegurarle Thunstone.

Tomaron asiento ante la mesa y hablaron. Parrell seguía pensando en su amor perdido. Hablaba continuamente de ella, con una ansiedad tal que le reveló muchas cosas. En una o dos ocasiones Thunstone incluso sospechó que intentaba ser poético.

—Cuando la miraba era como si oyera en vez de ver —dijo Parrell.

—¿Qué oía?

—Oía… bueno, se parecía mucho al sonido de un violín, un violín tocado por un músico mejor de los que haya podido oír en su vida. Mucho mejor de lo que yo nunca podré llegar a ser…

Thunstone había visto el viejo estuche de violín colocado en un estante de madera tallada a mano junto a la puerta de la habitación trasera que, aparentemente, era el dormitorio de Parrell, pero no había dicho nada al respecto.

—¿Por qué no toca algo ahora? —sugirió.

Parrell tragó saliva.

—¿Tocar música? ¿Con ella yaciendo ahí fuera en su tumba?

—Si pudiera enterarse creo que no protestaría. Tocar el violín le gusta, ¿verdad?

Al parecer, Parrell no necesitaba más razones. Se puso en pie, abrió el estuche y cogió el violín. Era viejo y oscuro, y Parrell lo hizo girar con dedos respetuosos y hábiles. Thunstone le miró.

—¿De dónde lo ha sacado? Me refiero al violín.

—Oh, me lo dejó mi abuelo en herencia. Yo fui el único nieto que quiso aprender

a tocarlo.

—¿Y de dónde lo sacó él?

—No sé muy bien cómo decírselo… Siempre he oído contar que un hombre de fuera —quiero decir un auténtico extranjero de Europa o algún otro sitio, no meramente alguien de otra parte del país—, se lo regaló a mi abuelo o se lo cambió por algo.

Thunstone entendía un poco de violines, y juzgó que éste valía una suma de dinero cuya simple mención bastaría para sorprender a Parrell. Thunstone no mencionó ninguna suma de dinero.

—¿Por qué no toca algo? —se limitó a decir.

Parrell sonrió mostrando sus dientecillos. Apoyó el instrumento en la mejilla y empezó a tocar. Lo hacía de una forma algo errática pero vigorosa; con un poco de adiestramiento habría podido ser un violinista brillante. La música subió de tono, gimió, atronó y acabó extinguiéndose.

—Eso ha sido interesante —dijo Thunstone—. ¿Qué era?

—Oh, nada, algo que me he inventado —dijo Parrell como disculpándose—. Lo hago de vez en cuando, pero no muchas veces. La gente prefiere oír las viejas canciones… cosas que ya conocen, como «Viajero de Arkansas» o «Fuego en las montañas». Normalmente sólo toco mi música cuando estoy solo en casa a última hora —Parrell dejó el instrumento sobre la mesa—. Mi violín me ha hecho compañía algunas noches, cuando deseaba que Lill estuviera conmigo.

—¿Sabe por qué hay tantos violines en los pueblos de nuestro país? —le preguntó Thunstone.

—No, que yo recuerde nunca he oído hablar de eso.

—Cuando nuestro país era joven las casas de los colonos estaban muy aisladas y los bosques estaban llenos de bestias salvajes —dijo Thunstone—. Lobos, sobre todo.

—Ahora ya no es así —dijo Parrell—. Acuérdese de lo que contó Taylor Howatt acerca de haberle disparado a un lobo… Aquí no ha habido lobos desde no sé hace cuánto tiempo.

—Puede que ahora no los haya, pero en los viejos tiempos había muchos. La música del violín resultaba dolorosa para sus oídos y los mantenía alejados.

—Puede que haya mucha verdad en eso que cuenta —dijo Parrell asintiendo con la cabeza, y guardó el instrumento en su estuche—. Oiga, estoy cansado. Llevo seis noches durmiendo muy poco. Pero ahora con usted aquí, diciendo esas cosas tan llenas de sentido común… —Parrell se calló, se estiró y bostezó—. Si no le importa, creo que voy a acostarme.

—Buenas noches, Parrell —dijo Thunstone, y vio cómo su anfitrión entraba en la habitación trasera y cerraba la puerta.

Thunstone salió de la cabaña. Todo estaba en silencio. Hacía una noche llena de estrellas y la luna no tardó en salir mostrando el pálido resplandor de la mitad de su disco. Sacó de sus bolsillos las raíces de Juan el Conquistador, colocó una encima de

la puerta, otra sobre la ventana delantera y fue andando alrededor de la cabaña, colocando una raíz en cada ventana. Volvió a entrar en la habitación principal, subió un poco la intensidad de la lámpara y puso una hoja de papel sobre la mesa. Después sacó una pluma de su bolsillo y empezó a escribir:

«Mi querido De Grandin[10]:

»Sé que sus investigaciones le han impedido acompañarme, pero me pregunto si este asunto no será más interesante e incluso más importante que el que le ha impulsado a quedarse en Nueva Jersey.

»Los rumores sobre Lill Warran que le describí en la carta que le he mandado esta mañana han quedado casi totalmente confirmados. Paso a hablarle sobre los nuevos datos que he descubierto:

»Fuertes pruebas del peor tipo de grimorio. Me refiero al que tiene una parte blanca, otra roja y otra negra. Dado que se le menciona en este caso, me siento inclinado a creer que existía un grimorio semejante: estas gentes del campo jamás habrían podido inventar un libro como ése basándose meramente en su imaginación. Parece ser que Lill Warran poseía una copia, que después se desvaneció de un cajón cerrado con llave. ¡Naturalmente! ¡O, mejor dicho, sobrenaturalmente!

»*Licantropía*. Un tal Taylor Howatt estuvo lo bastante seguro de ello como para fabricarse una bala de plata y usarla de forma efectiva. Le disparó a un monstruo peludo de orejas puntiagudas, y Lill Warran fue encontrada muerta. Este dato, naturalmente, sugiere el siguiente.

»Nadie sabe qué persona o personas sacaron a Lill Warran de su tumba. La mayoría de los habitantes de la región se sienten más bien complacidos ante el hecho de que a Lill Warran no se le permitiera descansar en suelo consagrado por la iglesia, y Zari Parrell, embargado por la pena, la ha enterrado en su patio con la intención de que encuentre finalmente la paz. Pero, De Grandin, supongo que usted ya habrá adivinado la verdad que ellos ni tan siquiera han sido capaces de imaginarse: si Lill Warran era una mujer loba —y no cabe duda de que la parte negra del grimorio explicaba cómo convertirse en licántropo a voluntad—, si, como digo, Lill Warran era una mujer loba…».

Thunstone se irguió en el asiento con la pluma entre los dedos. Alguien o algo estaba moviéndose cautelosamente en la oscuridad del exterior.

Oyó un golpeteo muy suave en la pantalla que Zari Parrell había clavado sobre la ventana. Thunstone se prohibió mirar hacia allí. Se obligó a bostezar, tapándose la boca con una de sus grandes manos, y mientras bostezaba pensó en aquel gesto reflejo nacido de generaciones anteriores temerosas de que un demonio pudiera apoderarse del alma aprovechando que la boca estaba abierta. Colocó lentamente el capuchón de su pluma y la dejó sobre la carta inacabada dirigida a De Grandin. Se

puso en pie, se estiró y arrojó a un lado su chaqueta de cuero. Fingió desatarse los cordones de los zapatos, pero no se los quitó. Finalmente, puso la palma de la mano sobre la lámpara de la chimenea y la apagó de un soplido. Fue hacia el catre de cubrecamas preparado por Parrell y se tumbó en él. Empezó a respirar de una forma profunda y regular. Una mano, aparentemente relajada, se encontraba a dos centímetros del bastón espada.

Sabía que el clímax estaba a punto de llegar; pero en los momentos siguientes debía actuar con la máxima calma, dando una impresión de estar dormido tan convincente que fuera capaz de engañar al observador más escéptico.

Después de haber tomado esta decisión, empezó a relajar sus músculos partiendo de los dedos de los pies y siguiendo hacia arriba. Dejó que su potente mandíbula se aflojara y que sus grandes manos se fuesen abriendo. Siguió respirando de una forma lenta y regular, como si estuviera dormido. Lo más difícil fue imponerse a la desbocada carrera del corazón y el pulso, pero John Thunstone también había aprendido a hacerlo, pues la necesidad le había obligado a ello en muchas ocasiones anteriores. Logró una imitación del sueño tan completa que su mente empezó a sentir una auténtica somnolencia. Tuvo la impresión de estar flotando a escasa distancia del catre, y le pareció que su conciencia se encontraba bastante cerca de las puertas que dan al país de los sueños.

Pero sus oídos seguían aguzados al máximo para captar cualquier sonido, y la criatura desconocida del exterior seguía moviéndose cautelosamente por entre la oscuridad.

Se detuvo… justo delante de la puerta, tal y como John Thunstone había pensado que haría. La criatura sabía que la raíz de Juan el Conquistador estaba allí y suponía un obstáculo a su avance, pero no era un obstáculo insuperable. Sólo el acónito o el ajo habrían sido capaces de rechazar a una criatura como la que Thunstone suponía rondaba la cabaña; o, de entre lo que crecía naturalmente en aquella parte del mundo, la lila de Francia. Juan el Conquistador —Gran Juan o Pequeño Juan, como llamaban los recolectores de hierbas y plantas silvestres a sus dos variedades—, sólo «ayudaba a vencer» y no garantizaba la victoria. Lo único que podía hacer, y de eso no cabía duda, era volver más lento el avance del enemigo.

John Thunstone empezó a murmurar en voz muy baja unas palabras que le había enseñado un mago blanco en una ciudad muy lejana, palabras que eran en parte plegaria y en parte un hechizo contra los seres malignos:

—Dos ojos perversos han hecho caer su sombra sobre nosotros, pero dos ojos santos nos contemplan, los ojos de san Dunstan, quien venció al diablo y lo cubrió de oprobio. Ten cuidado, ser maligno; por dos veces te lo aviso, ser maligno; por tres veces…

Thunstone oyó sonidos procedentes de la habitación contigua. Los sonidos indicaban un hurgar lento y cauteloso. Venían de la dirección en que, como había visto antes, se encontraba la ventana del dormitorio de Zari Parrell.

Thunstone abandonó su catre rodando sobre sí mismo con el absoluto silencio que sabía mantener en tales casos, y permaneció un instante acostado de bruces en el suelo. Se apoyó en una rodilla y en las dos manos y se irguió, sujetando el bastón espada entre los dedos de una mano.

Deslizó un pie sobre los tablones sin desbastar del suelo rezando para no producir ningún crujido. Los sonidos seguían llegando a sus oídos. Dio un paso, otro más, un tercero. Llegó a la puerta de la habitación contigua.

Su mano libre buscó a tientas un picaporte. No había ninguno, sólo un pestillo hecho con un cordel. Thunstone lo levantó y la puerta se abrió en silencio.

Vio una habitación iluminada por el resplandor de la luna. La ventana mostraba el contorno de una cabeza y unos hombros que se recortaban contra los cuatro paneles de cristal. Oyó un murmullo tintineante y un panel cayó hacia el interior de la habitación, haciéndose pedazos con un leve estruendo musical al chocar con los tablones del suelo. Algo había quitado la masilla. Un brazo oscuro se deslizó por el orificio ondulando como una serpiente para llegar hasta el cierre de la ventana. Un instante después la ventana estaba abierta y algo entró por ella aterrizando en el suelo.

La luz de la luna le permitió ver mejor la silueta cuando se puso a cuatro patas y se volvió hacia la cama en que yacía Zari Parrell, tan silencioso y flácido como si le hubieran drogado.

John Thunstone conocía aquel rostro gracias a la foto de la habitación en que había dormido. Poseía los mismos brillantes ojos rasgados y la aureola de cabellos, que ahora no estaban recogidos sino que colgaban como un gran nubarrón de tormenta a cada lado de la cara. Y la boca de labios opulentos no sonreía, sino que temblaba como bajo los efectos de algún palpitar imposible de contener.

—Zari —murmuró la boca de Lill Warran.

Vestía una prenda blanca parecida a una túnica como la que se le pone a las muertas en esas comarcas. Sus anchas mangas en forma de ala le tapaban los brazos, pero la tela dejaba al descubierto sus lisos y blancos hombros y la hermosa curva superior de sus senos. Lill Warran seguía siendo una criatura tan impresionantemente hermosa como lo había sido en vida. Su cuerpo pareció ondular flotando hacia Parrell.

—Me amas —le murmuró.

El durmiente se agitó por primera vez. Se volvió hacia ella y una mano se movió en sueños, casi como si le hiciera señas. Lill Warran se deslizó hasta llegar a la cabecera del lecho.

—¡Quédate donde estás! —exclamó John Thunstone, y entró en el dormitorio yendo hacia la cama.

Lill Warran se detuvo con una mano sobre la manta que cubría a Parrell. Su rostro se volvió hacia Thunstone y la luz de la luna iluminó sus rasgos. Una sonrisa burlona curvaba sus labios.

—Eres lo bastante listo para haberlo adivinado casi todo sobre mí —dijo—. ¿Vas

a ser lo bastante estúpido para intentar impedir lo que debe suceder?

—No le tocarás —dijo Thunstone.

Lill Warran se rió.

—No temas, puedes gritar. Esta noche tus gritos no conseguirán despertar a Zari Parrell… no mientras yo me encuentre aquí. Me ama. Siempre me ha amado. Los demás me amaron y acabaron odiándome. Pero él me ama… aunque cree que estoy muerta…

En su voz había una extraña y procelosa rigidez, como si estuviera pronunciando frases de una obra antigua que no había tenido el tiempo suficiente para ensayar. Thunstone sabía que así debía ser.

—Te ama, de eso no cabe duda —dijo Thunstone—. Lo cual significa que te has dado cuenta de que está indefenso. Crees que su amor le ha convertido en una presa fácil. No contabas conmigo.

—¿Quién eres?

—Me llamo John Thunstone.

Lill Warran le miró fijamente y sus labios se retorcieron en una mueca. Por un instante dio la impresión de que iba a escupir.

—He oído ese nombre. ¡John Thunstone! ¿Cómo vas a impedir que acabe contigo aquí y ahora, estúpido?

Dio un paso hacia delante apartándose de la cama. Alzó las manos y las mangas que parecían alas se deslizaron por sus brazos. Curvó los dedos como si fueran garras y Thunstone vio lo largas y afiladas que eran sus uñas.

Lill Warran se rió.

—Los estúpidos tienen su propia recompensa. ¡La destrucción!

Thunstone seguía inmóvil con los pies bien separados. El bastón se encontraba delante de su cuerpo, la empuñadura en su mano derecha y los dedos de la mano izquierda rodeando la parte inferior que servía de vaina.

—Veo que tienes un palo —dijo Lill Warran—. ¿Crees que puedes hacerme huir con él como si fuera un perro?

—Eso creo.

—¡Ni tan siquiera puedes moverte, John Thunstone! —sus manos bailaron en el aire como hacen las manos de un hipnotizador—. ¡Para mí no eres más que un juguete! Recuerdo que en tiempos oí un poema: «Érase una vez un loco…».

Se calló y de sus labios brotó una carcajada.

—¿Recuerdas el título de ese poema? —le preguntó Thunstone casi con dulzura, y ella gritó emitiendo un sonido como el que podría haber hecho el más inmenso de todos los murciélagos, y saltó sobre él.

En ese mismo instante Thunstone extrajo la larga hoja de plata de su escondite y, tan velozmente como ella, extendió su brazo en la posición del espadachín que se

prepara para detener una estocada.

Lill Warran se empaló en la afilada punta de aquella hoja. Thunstone sintió cómo el metal se deslizaba suavemente en la carne de su seno. Rozó un hueso, produciendo un seco rechinar, y lo dejó atrás para seguir avanzando. El cuerpo de Lill Warran chocó con la empuñadura y durante un momento sólo un brazo de distancia le separó de ella. Sus ojos se convirtieron en dos circunferencias y abrió la boca, pero lo único que salió de ella fue un leve suspiro.

Después cayó hacia atrás, tan flácida como un traje vacío, y cuando Thunstone sacó la hoja se derrumbó en el suelo y se quedó inmóvil con los brazos extendidos a derecha e izquierda, como si la hubieran crucificado.

Thunstone sacó un pañuelo del bolsillo de su cadera y limpió la sangre que empezaba a correr de la punta a la base del arma de plata forjada siglos antes por san Dunstan, patrono de aquellos que se enfrentan a las criaturas malignas y luchan contra ellas.

La plegaria grabada en la hoja acudió a sus labios y la repitió en voz alta:

—*Sic pereant omnes inimici tui, Domine…* Así perezcan todos tus enemigos, oh, Señor.

—¿Eh? —dijo Zari Parrell con voz soñolienta, y se irguió en el lecho. Forzó sus ojos para ver algo en la penumbra—. ¿Qué ha dicho, señor? ¿Qué ha pasado?

Thunstone fue hacia la cómoda y envainó su hoja de plata. Rascó una cerilla, le quitó la pantalla a la lámpara que había sobre la cómoda y la encendió. La cálida luz emitida por el pábilo inundó la habitación.

Parrell saltó de la cama.

—Eh, mire. La ventana está abierta… tiene un cristal roto. ¿Quién ha hecho eso?

—Alguien desde fuera —dijo Thunstone, sin moverse de su posición.

Parrell se volvió y vio lo que había en el suelo.

—¡Es Lill! —exclamó con voz temblorosa—. ¡Que sus almas podridas se hundan en el infierno, han vuelto a desenterrarla y la han dejado aquí!

—No creo que hayan sido ellos —dijo Thunstone, y cogió la lámpara—. Mírela bien.

Dio un par de pasos hacia delante e hizo que la luz de la lámpara cayese sobre el cuerpo inmóvil de Lill Warran.

Parrell se arrodilló junto a ella y sus manos temblorosas tocaron la mancha oscura que había en su pecho.

—¡Sangre! —balbuceó—. ¡Sangre fresca! Su herida está sangrando… ¡La metieron en la tumba pero no estaba muerta!

—No —dijo Thunstone en voz baja—. No estaba muerta. Pero ahora sí lo está.

Parrell la examinó atentamente con una expresión de dolor en el rostro.

—Tiene razón, señor. Ahora está muerta. Ya no volverá a levantarse.

—Sí, ya no volverá a levantarse —dijo Thunstone—. Y salió de la tumba por sus propios medios. Nadie la desenterró, muerta o viva.

Parrell le miró desde donde estaba arrodillado. El asombro y la incomprensión eran claramente visibles en aquel flaco rostro de nariz picuda marcado por la pena.

—Venga conmigo y lo verá —le invitó Thunstone.

Cogió la lámpara que había dejado sobre la cómoda, cruzó la habitación delantera y salió por la puerta. Parrell le siguió casi pisándole los talones.

La noche estaba muy silenciosa, con tan poca brisa que la llama de la lámpara apenas parpadeaba. Thunstone llevó a Parrell en línea recta hasta la tumba, y alzó la lámpara sobre el agujero recientemente excavado en ella.

—Mire, Parrell —le dijo Thunstone—. Esa tumba fue abierta desde el interior, no desde el exterior.

Parrell se inclinó y miró. Alzó una mano y se la pasó por su ancho y curvado entrecejo.

—Supongo que tiene razón —dijo por fin—. Parece como el agujero que hace un zorro cuando llega al final de su excavación y se abre paso… la tierra ha sido arrojada hacia afuera desde abajo, sólo que esto es mucho más grande que el agujero de un zorro —Parrell se irguió. La luz de la lámpara iluminaba un rostro tan amarillo como el sebo rancio—. Entonces es cierto, aunque parece absolutamente imposible. Estaba ahí dentro, viva, y esta noche salió de la tumba.

—También salió las otras dos noches —dijo Thunstone—. No creo que pueda explicarle muy bien el porqué, pero la noche era el momento en que recobraba las fuerzas. Y cada vez venía hacia donde estaba usted… caminando o arrastrándose hasta recorrer todo el trayecto. Y cada vez que llegaba el amanecer volvía a quedarse paralizada, sin poder moverse.

—¡Lill vino a mí!

—La amaba, ¿verdad? Por eso vino a usted.

Parrell se volvió hacia la casa.

—Y ella debía de amarme mucho para llegar a salir de la tumba —murmuró—. Esta noche no tenía que recorrer tanta distancia. Si hubiera seguido viva…

Thunstone empezó a caminar hacia la casa.

—No piense en eso, Parrell. Ahora está muerta, y lo que le habría hecho si siguiera viva… será mejor que no pensemos en eso.

Parrell guardó silencio hasta que hubieron vuelto a cruzar el umbral de la entrada. Fue hacia el cuerpo de Lill Warran, que seguía tal y como lo habían dejado. La luz de la lámpara que Thunstone llevaba en la mano permitía ver claramente su rostro.

El rostro del cadáver mostraba una expresión tranquila, la de alguien que está en paz consigo mismo y sólo siente una leve tristeza. Sí, era un rostro hermoso y dulce.

Lill Warran quizá no hubiera tenido ese aspecto en vida, o durante su vida-en-la-muerte, pero ahora que estaba completamente muerta había adquirido una suave belleza dormida. Al verlo Thunstone comprendió muy bien que Parrell o cualquier otro hombre podía enamorarse de semejante rostro.

—Y vino a mí. Me amaba… —volvió a murmurar Parrell.

—Sí, le amaba —asintió Thunstone—. A su manera, le amaba… Devolvámosla a su tumba.

La sacaron de la casa y la llevaron al agujero. En el fondo de éste había un sencillo ataúd hecho con tablones de pino. La tapa estaba levantada y las correas que la sujetaban se habían roto.

Thunstone y Parrell pusieron el cuerpo dentro del ataúd, enderezaron sus flácidos miembros y bajaron la tapa. Parrell trajo un azadón y una pala, y entre los dos llenaron la tumba de tierra y la alisaron.

—Voy a repetir esa estrofa que le recité antes —dijo Parrell.

Inclinó la cabeza y murmuró en voz baja los versos de la canción:

El cuervo es negro, negro como el carbón,
el arrendajo es azul púrpura,
si alguna vez me olvido de mi amor,
que mi corazón se derrita como el rocío.

Alzó los ojos hacia Thunstone mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—Ahora descansará en paz.

—Así es. Descansará en paz. No volverá a levantarse de la tumba.

—Oiga, ¿le importaría volver a la casa? Me quedaré aquí hasta que amanezca. Eso no le hará daño a nadie, ¿verdad?

Thunstone sonrió.

—No, claro que no. Puede quedarse. Ahora nada volverá a molestarle.

—Ni a ella tampoco.

—Ni a ella tampoco —asintió Thunstone—. Descansará en paz. Cuando se acuerde de ella, piense que le amó y que su descanso nunca más volverá a ser interrumpido.

Thunstone volvió a la casa, cogió la lámpara y la llevó a la mesa donde había dejado su carta inacabada a De Grandin. Sacó la pluma y siguió escribiendo:

«He sido interrumpido por acontecimientos que han hecho que esta aventura tuviera un buen fin. Puede que espere a verle de nuevo antes de contarle esta parte de lo ocurrido.

»Aun así, para terminar mis observaciones anteriores:

»Si Lill Warran era una mujer loba y murió en su forma licantrópica, es lógico que se convirtiera en vampira después de su muerte. Puede leer descripciones de casos semejantes en los libros de Montague Summers, así como en la obra de su compatriota Cyprien Robert.

»Y una vez convertida en vampira era lógico que acudiera a la única persona viva cuyo corazón seguía vuelto hacia ella, y así lo hizo, queriendo ofrecerle la burda

parodia del afecto propia de los vampiros.

»Sospechaba algo parecido desde que la historia de Lill Warran llegó a mi conocimiento, por lo que traje conmigo la hoja de plata forjada por san Dunstan para semejantes batallas, y esa hoja fue el arma de mi victoria».

Terminó la carta y dobló la hoja. Fuera la luna iluminaba con su resplandor una noche tan silenciosa y tranquila que parecía imposible que ninguna criatura maligna se moviera en ella.

RICHARD MATHESON

El vestido de seda blanca

[Dress of White Silk]



Traducción de Albert Solé

El vestido de seda blanca



Aquí no hay ruidos y dentro de mí tampoco.

La abuela me ha encerrado en mi habitación y no me deja salir. Ella dice que es porque ha pasado. Supongo que he sido mala. Sólo era el vestido. El vestido de mamá, quiero decir. Se ha ido para siempre. Abuela dice tu mamá está en el cielo. No lo entiendo. ¿Puede ir al cielo si está muerta?

Ahora oigo a la abuela. Está en la habitación de mamá. Está poniendo el vestido de mamá dentro de la caja. ¿Por qué hace siempre eso? Además la cierra con llave. Me gustaría que no lo hiciera. Es un vestido muy bonito y huele muy bien. Y es cálido. Me encanta tocarlo con mi mejilla. Pero ahora ya nunca podré volver a hacerlo. Supongo que por eso la abuela está enfadada conmigo.

Pero no lo sé seguro. El día fue igual a todos los días. Mary Jane vino a mi casa. Mary Jane vive al otro lado de la calle. Viene cada día a mi casa y jugamos. Hoy vino a mi casa.

Tengo siete muñecas y un camión de bomberos. Hoy la abuela ha dicho jugad con vuestras muñecas. Y eso hicimos. Ha dicho no entres en la habitación de tu mamá. Siempre dice lo mismo. Yo creo que lo único que quiere decir es que no debo enredar en sus cosas. Porque lo dice todo el tiempo. No entres en la habitación de tu mamá. Así mismo.

Pero la habitación de mamá es muy bonita. Cuando llueve voy allí. O cuando la abuela está echando la siesta. No hago ningún ruido. Lo único que hago es sentarme en la cama y tocar la colcha blanca. Como cuando aún no había crecido. La habitación tiene un olor dulce.

Juego a que mamá se está vistiendo y me deja entrar en su habitación. Huelo su vestido de seda blanca. Es su vestido para salir de noche. Eso dijo una vez, no recuerdo cuándo.

Si escucho con atención puedo oír cómo se mueve. Juego a verla sentada delante de su tocador. Como si se estuviera poniendo perfume o algo parecido, quiero decir. Y veo sus ojos oscuros. Puedo recordar.

Si llueve y veo ojos en la ventana resulta muy bonito. La lluvia suena igual que si un gran gigante estuviera andando alrededor de la casa. El gigante dice callad callad porque quiere que todo el mundo se quede en silencio. Me gusta jugar a eso en la

habitación de mamá.

Y lo que más me gusta, bueno, lo que casi me gusta más de todo es sentarme delante del tocador de mamá. Es rosa y muy grande y también huele bien. La silla que hay delante tiene cosido un almohadón. Hay botellas y más botellas con curvas y bultos raros y dentro tienen perfumes de muchos colores. Y casi te puedes ver de cuerpo entero en el espejo.

Cuando me siento allí juego a que soy mamá. Digo no hagas ruido mamá voy a salir y no puedes impedírmelo. No sé por qué lo digo, y es como si lo oyera dentro de mí. Y también digo oh madre deja de llorar no me cogerán porque tengo mi vestido mágico.

Cuando juego a eso me cepillo el pelo pero sólo utilizo mi cepillo, el de mi habitación. Nunca he usado el cepillo de mamá. No creo que la abuela se haya enfadado conmigo por eso, porque yo nunca uso el cepillo de mi mamá. Jamás haría eso.

A veces he abierto la caja. Porque sé dónde pone la llave. Una vez vi a mi abuela cuando ella no sabía que yo la estaba mirando. Pone la llave en el gancho que hay dentro del armario de mamá. Detrás de la puerta, quiero decir.

He podido abrir la caja montones de veces. Lo hago porque me gusta mirar el vestido de mamá. Lo que más me gusta es mirarlo. Es tan bonito y tan suave al tacto, como sedoso. Sería capaz de pasarme un millón de años tocándolo.

Me arrodillo en la alfombra que tiene rosas. Sostengo el vestido en mis brazos y es como si lo respirara. Lo pongo contra mi mejilla. Ojalá pudiera llevármelo a la cama y dormir con él abrazado. Me gusta hacer eso. Pero ahora no puedo. Por lo que dice la abuela. La abuela dice debería quemarlo pero la quería tanto, y luego llora por el vestido.

Nunca hice travesuras con él. Lo vuelvo a guardar y lo dejo igual que si nunca lo hubiera tocado. La abuela nunca se ha enterado. Me he reído mucho porque ella nunca se ha enterado. Pero supongo que ahora lo sabe. Y me castigará. ¿Por qué se ha enfadado tanto? ¿Acaso no era el vestido de mamá?

Lo que realmente me gusta más en la habitación de mamá es mirar la foto de mamá. Tiene una cosa de oro alrededor. Marco, eso dice la abuela. Está en la pared, encima de la cómoda.

Mamá es bonita. Tu mamá era bonita dice la abuela. ¿Por qué dice eso? Veo a mamá sonriéndome allí en la foto y es muy bonita. Para siempre.

Su cabello es negro. Como el mío. Sus ojos son bonitos, y también son negros. Su boca es roja tan roja. Me gusta el vestido, el vestido blanco. Le deja los hombros descubiertos. Su piel es blanca, casi tan blanca como el vestido. Y sus manos también son muy blancas. Es tan bonita. La quiero aunque se haya ido para siempre, la quiero tanto.

Supongo que por eso me he portado mal. Con Mary Jane, quiero decir.

Mary Jane vino después de almorzar como hace siempre. La abuela se fue a echar

la siesta. Acuérdate de que no has de entrar en la habitación de tu mamá dijo. Sí abuela dije yo, y estaba diciéndole la verdad porque no pensaba entrar allí, pero después Mary Jane y yo estábamos jugando con el camión de bomberos y Mary Jane dijo apuesto a que no tienes madre, apuesto a que te lo has inventado todo, eso es lo que dijo.

Yo me enfadé mucho con ella. Tengo una mamá le dije. Me hizo enfadar porque dijo que me lo había inventado todo. Dijo que mentía. Me refiero a la cama, y al tocador, y la foto, y hasta al vestido.

Bueno pues yo te voy a enseñar lista dije.

Miré en la habitación de la abuela. Seguía durmiendo. Bajé y le dije a Mary Jane que viniera, porque la abuela no se iba a enterar de nada.

Después de eso ya no se hizo la lista como antes. Se rió con esa risa suya, como hace siempre. Incluso hizo un ruidito de susto cuando se dio con la mesa en el vestíbulo de arriba.

Le dije que era tan asustadiza como una gata. Bueno mi casa no es tan oscura como ésta dijo ella. Como si aquí estuviera demasiado oscuro.

Entramos en la habitación de mamá. Todo estaba tan oscuro que no se podía ver. Por eso descorrí las cortinas. Sólo un poco para que Mary Jane pudiera ver. Esta es la habitación de mi mamá supongo que no me la he inventado, dije.

Mary Jane estaba junto a la puerta y entonces tampoco se hizo la lista ni nada. No dijo ni palabra. Estaba mirando la habitación. Cuando la cogí del brazo dio un salto. Bueno sigamos le dije.

Me senté en la cama. Ésta es la cama de mi mamá mira que blanda es, dije. Mary Jane no dijo nada. Miedica, dije yo. Y ella dijo no lo soy con una voz como si lo fuera.

Siéntate, dije, cómo puedes saber que es blanda si no te sientas en ella. Se sentó junto a mí. Toca, mira, qué blanda es, le dije. Huele a que huele muy bien.

Cerré los ojos pero era raro, no era como siempre. Porque Mary Jane estaba allí. Le dije que no tocara más la colcha. Dijiste que lo hiciera, me dijo ella. Bueno pues no la toques más, dije yo.

Mira, ése es el tocado, dije, y la hice levantar de la cama. La cogí por el brazo y la llevé hasta allí. Suéltame, dijo ella. Todo estaba muy silencioso y era como siempre. Empecé a sentirme mal. Porque Mary Jane estaba allí. Porque estaba en la habitación de mi mamá y a mi mamá no le habría gustado que Mary Jane estuviese allí.

Pero tenía que enseñarle las cosas. Le enseñé el espejo. Las dos nos miramos en él. Mary Jane estaba muy blanca.

Mary Jane es una miedica, dije. No lo soy, no lo soy, dijo ella y de todas formas nadie vive en una casa tan oscura y silenciosa por dentro. Y además huele, dijo.

Me enfadé mucho con ella. No, no huele, le dije. Sí que huele, dijo ella, tú dijiste que olía. Eso también hizo que me enfadara, y cada vez estaba más enfadada. Huele igual que el azúcar, dijo. En la habitación de tu mamá huele igual que si hubiera gente

enferma.

No digas que la habitación de mi mamá es como la de la gente enferma, le dije.

Bueno, no me has enseñado ningún vestido y estás mintiendo, dijo ella. No hay ningún vestido, dijo. Me sentí muy rara y acalorada por dentro, así que le tiré del pelo. Ya te enseñaré, dije, y nunca vuelvas a decir que soy una mentirosa.

Me voy a casa y se lo contaré todo a mi mamá, dijo. No lo harás, dije yo, vas a ver el vestido de mi mamá y será mejor que no me llames mentirosa.

La obligué a que se estuviera muy quieta y cogí la llave del gancho. Me arrodillé. Abrí la caja con la llave.

Puaj, eso huele a basura, dijo Mary Jane.

Le clavé las uñas y ella se apartó y se enfadó mucho. No me pellizques, dijo, y estaba toda colorada. Se lo contaré todo a mi madre, dijo, y de todas formas eso no es un vestido blanco, es feo y está muy sucio.

No está sucio, le dije. Lo dije tan alto que me extraña que no me oyera la abuela. Saqué el vestido de la caja. Lo sostuve para enseñarle lo blanco que era. El vestido se desplegó con un susurro como el que hace la lluvia y rozó la alfombra.

Está blanco, dije, todo blanco limpio y sedoso.

No, dijo ella, muy enfadada y estaba toda colorada, y tiene un agujero. Me enfadé todavía más. Si mi mamá estuviera aquí ya te enseñaría lo que es bueno, le dije. Tú no tienes mamá, dijo ella, y tenía toda la cara fea. La odio.

Sí tengo mamá. Lo dije muy muy alto. Señalé con el dedo la foto de mi mamá. Bueno, quién puede ver nada en esta ridícula habitación oscura, dijo ella. La empujé con fuerza y Mary Jane se dio con la cómoda. Mira, dije entonces y quería decir que mirase la foto. Ésa es mi mamá y es la señora más hermosa del mundo entero.

Es fea y tiene las manos raras, dijo Mary Jane. No dije yo. ¡Es la señora más hermosa del mundo entero!

No, no, dijo ella, tiene dientes de conejo.

Después ya no me acuerdo. Creo que fue como si el vestido se moviera en mis brazos. Mary Jane gritó. No recuerdo qué gritó. Todo se puso muy oscuro y creo que las cortinas estaban corridas. Al menos yo no podía ver nada. No podía oír nada, sólo dientes de conejo, manos raras dientes de conejo manos raras, incluso cuando no había nadie diciendo eso.

Había algo más porque creo que oí que alguien decía ¡no la dejes hablar así! No podía sostener el vestido. Y lo tenía puesto pero no recuerdo cómo. Porque era como una persona mayor, fuerte. Pero creo que también seguía siendo una niña pequeña. Por fuera, quiero decir.

Y creo que entonces fui terriblemente mala.

Supongo que la abuela me sacó de la habitación. No lo sé. Estaba gritando. Dios nos ayude, ha ocurrido, ha ocurrido, gritaba. Una y otra vez. No sé por qué. Tiró de mí todo el rato hasta llegar aquí, a mi habitación, y me encerró. Ahora no quiere dejarme salir. Bueno, no estoy asustada. ¿Qué me importa si me encierra un millón de

millones de años? Ni tan siquiera hace falta que me dé la cena. No tengo hambre.

Estoy llena.

WILLIAM TENN

Sólo sale de noche…

[She Only Goes Out at Night]



Traducción de Albert Solé

Sólo sale de noche…



En esta parte del país la gente cree que el doctor Judd lleva la magia dentro de su maletín de cuero negro: *así* de buen médico es.

Desde que perdí la pierna en el aserradero he sido el hombre para todo de la casa Judd. Cuando Doc recibe una llamada de noche después de haber tenido un día realmente duro y está demasiado cansado para conducir, viene a buscarme, y entonces me convierto en su chófer. La pierna de plástico reluciente que Doc me consiguió rebajada me permite apretar el acelerador tan bien que puedo competir con cualquiera.

Subimos rugiendo hasta la granja, y mientras Doc entra en la casa para traer un bebé al mundo o atender la garganta de la abuela, yo me quedo sentado en el coche y les escucho hablar del viejo Doc y de que no hay nadie como él. En Groppa County les dirán que Doc Judd es capaz de vérselas con *cual-quier* problema. Y yo asiento y escucho, asiento y escucho.

Pero mientras hago eso no dejo de preguntarme qué opinarían de la forma en que resolvió el problema que se le presentó cuando su único hijo se enamoró de una vampira…

Steve volvió a casa para pasar las vacaciones. Hacía un verano terriblemente cálido, de ésos en que el sol es capaz de llenarte la piel de ampollas. Steve quería hacerle de chófer a su padre y echarle una mano en su trabajo, pero Doc dijo que después de lo duro que era el primer año de la facultad de medicina quien lo hubiese aguantado se merecía unas auténticas vacaciones.

—En nuestro oficio el verano suele ser bastante tranquilo —le dijo al chico—. Nadie se pone enfermo, dejando aparte los que se caen en un macizo de yedra venenosa y tonterías por el estilo, y no habrá trabajo hasta que llegue la temporada de la polio en agosto. Además, no querrás dejar en el paro al viejo Tom, ¿verdad? No, Stevie, limítate a recorrer los caminos con tu cacharro y pásatelo bien.

Steve asintió y emprendió el vuelo. Y no crean que exagero: una semana después empezó a llegar a casa a las cinco o las seis de la madrugada. Dormía hasta las tres de la tarde, haraganeaba durante un par de horas y en cuanto daban las ocho y media subía a su cochecito y volvía a esfumarse. Pensamos que debía de estar recorriendo todos los bares y tabernas de la zona, o quizá hubiera conocido a alguna chica…

A Doc no le gustaba demasiado, pero había criado al chico de una forma bastante liberal y no quería decirle nada… al menos todavía no. Pero el viejo Tom, entrometido por naturaleza… Yo era distinto. Había ayudado a criar al chico desde que murió su madre, y cuando le pillaba saqueando la nevera no me importaba darle un par de azotes para que aprendiera la lección.

Así que empecé a dejar caer alguna alusión de vez en cuando, intentando sugerirle que se tomara las cosas con calma y que no hiciese ninguna tontería. Para lo que conseguí, igual podría haber estado hablando con una estatua. No es que se mostrara grosero conmigo, nada de eso: Steve tenía tan sorbido el seso por aquel asunto, fuera el que fuese, que ni tan siquiera me prestaba atención.

Y entonces empezó lo otro, y tanto Doc como yo nos olvidamos de Steve.

Los niños de Groppa County se vieron afectados por una extraña epidemia que dejó tumbados en la cama a veinte o treinta de ellos.

—Estoy a punto de tirar la toalla, Tom —me decía Doc Judd mientras íbamos dando tumbos por los polvorientos caminos rurales—. Sus efectos son parecidos a los de una fiebre bastante grave, pero la elevación de la temperatura apenas es perceptible. Aun así, los niños pierden las fuerzas, y su número de glóbulos rojos cae en picado y ahí se queda sin importar lo que haga. Lo único bueno es que no parece ser fatal… de momento.

Cada vez que me hablaba de aquello yo sentía un extraño cosquilleo en el muñón, allí donde tocaba la pierna de plástico. La sensación acababa resultándome tan incómoda que intentaba cambiar de tema, pero con Doc aquel sistema no funcionaba. Se había acostumbrado a encontrarle la solución a sus problemas hablándome de ellos, y esta epidemia le tenía realmente muy preocupado.

Escribió a un par de universidades pidiéndoles consejo, pero al parecer no pudieron ayudarle mucho y mientras tanto los padres de los niños esperaban que abriera su maletín negro y sacara de él algún milagro envuelto en celofán, porque, como decían en Groppa County, al cuerpo humano no se le puede estropear nada que Doc Judd no sepa arreglar de un modo o de otro. Y mientras tanto los niños cada vez estaban más débiles…

Doc se pasaba las noches despierto examinando los libros y los últimos ejemplares de las revistas médicas que se hacía enviar de la ciudad, y acabaron saliéndole unas grandes bolsas violáceas debajo de los ojos. Que yo supiera no había dado con nada útil, aunque muchas noches se iba a la cama casi tan tarde como Steve.

Y un día volvió a casa con el pañuelo. Apenas lo vi mi muñón me obsequió con una punzada mucho más fuerte de lo normal y estuve a punto de salir de la cocina. Era un pañuelito muy mono, de lino bordado con adornos de encaje.

—¿Qué opinas, Tom? Lo encontré en el suelo de la habitación donde duermen los críos de los Stope. Ni Betty ni Willy tienen la más mínima idea de dónde puede haber salido. Durante unos momentos pensé que quizá me permitiría seguirle la pista a la plaga, pero esos niños no son de los que mienten. Si dicen que no lo habían visto

antes, es que no lo han visto —dejó caer el pañuelo sobre la mesa que yo estaba limpiando y se quedó inmóvil, suspirando—. La anemia de Betty está empezando a resultar bastante seria. Ojalá supiera… ojalá… Oh, bueno.

Se fue al estudio con los hombros tan encorvados como si llevara un saco de cemento encima de ellos.

Cuando Steve entró en la cocina, yo seguía con los ojos clavados en el pañuelo, mordiéndome una uña. Steve se sirvió una taza de café, la puso sobre la mesa y vio el pañuelo.

—Eh —dijo—. Es de Tatiana. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Tragué lo que me quedaba de la uña y me senté delante de él, muy despacio y con mucha cautela.

—Steve… —dije, y me callé porque necesitaba darme masaje en el muñón, que me estaba doliendo muchísimo—. Stevie, ¿conoces a la propietaria de este pañuelo? ¿Conoces a una chica llamada Tatiana?

—Claro. Tatiana Latianu. Mira, sus iniciales están bordadas en una esquina… T. L. Sus antepasados eran de la nobleza rumana; su familia se remonta a quinientos años atrás. Voy a casarme con ella.

—¿Es la chica a la que has estado viendo cada noche durante todo el mes?

Asintió con la cabeza.

—Sólo sale de noche. Odia el sol. Ya sabes, esa clase de chicas con espíritu poético. Y Tom, es tan *hermosa…*

Me pasé toda la hora siguiente sentado en esa silla escuchándole, y a medida que le escuchaba me sentía cada vez peor. ¿Por qué? Porque yo también soy rumano por parte de madre. Y sabía por qué había estado padeciendo esas punzadas en el muñón.

La chica vivía en Brasket Township, a unos veinte kilómetros de distancia. Steve se la encontró una noche en la carretera: su convertible se había averiado. La llevó hasta su casa —acababa de alquilar la vieja mansión de los Mead—, y la chica le había robado el corazón, el alma y todo lo demás.

Cuando iba a visitarla solía encontrarse con que Tatiana había salido a dar una vuelta para disfrutar del frescor nocturno, y tenía que esperar a que volviera jugando al «cribbage» con su doncella, una vieja solterona rumana de nariz picuda. Intentó seguirla en una o dos ocasiones con su coche, pero tuvieron fuertes discusiones. Tatiana le dijo que cuando quería estar sola quería *estar* sola. Steve acabó conformándose y la esperaba noche tras noche. Pero cuando regresaba Tatiana hacía que la espera valiese sobradamente la pena, al menos según él. Oían música, hablaban, bailaban y comían extraños platos típicos rumanos preparados por la doncella. Hasta el amanecer: entonces Steve volvía a casa.

Steve me puso la mano en el brazo.

—Tom, ¿conoces ese poema llamado *El búho y la gatita*? Siempre he pensado que la última línea era preciosa: «Bailaron bajo la luz de la luna, la luna, bailaron bajo la luz de la luna». Así será mi vida con Tatiana. Si está dispuesta a compartirla

conmigo, claro está… Aún no he logrado convencerla.

Dejé escapar el aire que había estado conteniendo.

—Es la primera cosa buena que he oído salir de tus labios —dije sin pensar—. Casarte con *esa* chica…

Me callé en cuanto vi la expresión que había en sus ojos. Pero ya era demasiado tarde.

—Tom, ¿qué diablos quieres decir? ¿*Esa* chica? Pero si ni tan siquiera la conoces…

Intenté escurrir el bulto, pero Steve no me dejó. Estaba realmente enfadado, así que pensé que lo mejor sería decirle la verdad.

—Stevie, escúchame y no te rías: tu novia es una vampira.

Abrió la boca muy despacio.

—Tom, has perdido la…

—No, nada de eso.

Y le hablé de los vampiros. Le conté lo que le había oído decir a mi madre, que llegó aquí procedente del viejo país, de Transilvania, cuando sólo tenía veinte años. Le dije que los vampiros pueden vivir eternamente y que tienen toda clase de poderes extraños… siempre que se den un banquete de sangre humana de vez en cuando. Le conté que la maldición del vampirismo es algo heredado y que normalmente sólo recae sobre un niño o niña de la familia. Y que sólo salen de noche, porque la luz del sol es una de las cosas que pueden destruirles.

Cuando llegué a ese punto Steve se puso pálido. Pero seguí hablando. Le conté todo lo referente a la misteriosa epidemia que había atacado a los niños de Groppa County… y les había dejado anémicos. Le dije que su padre había encontrado el pañuelo en casa de los Stopes, en la habitación donde dormían dos de los niños que estaban más graves. Y le dije… pero de repente me encontré hablando solo. Steve había salido corriendo de la cocina. Un segundo o dos más tarde ya estaba en su coche.

Volvió sobre las once y media, y parecía tan viejo como su padre. Sí, yo tenía razón. Cuando despertó a Tatiana y se lo dijo, la chica lo admitió y derramó lágrimas suficientes como para llenar un par de cubos. Sí, era una vampira, pero no había sentido el anhelo de beber sangre hasta hacía un par de meses. Había intentado resistirse hasta que su mente empezó a hacerse pedazos cada vez que el anhelo la atacaba.

Sólo se había alimentado de niños porque los adultos le daban miedo… podían despertarse y quizá lograran atraparla. Pero había estado alimentándose de muchos niños a la vez para que ninguno perdiera demasiada sangre. El único problema era que el anhelo estaba haciéndose cada vez más fuerte…

¡Y aun así Steve le había pedido que se casara con ella!

—Debe de haber alguna forma de curarla —dijo—. Es una enfermedad como cualquier otra.

Pero ella se negó, y créanme cuando les digo que le di las gracias a Dios por ello. Le apartó de un empujón y le obligó a marcharse de su casa.

—¿Dónde está papá? —me preguntó—. Puede que conozca algún remedio.

Le dije que su padre debía de haberse marchado más o menos al mismo tiempo que él, y que todavía no había regresado; así que nos quedamos sentados en silencio, pensando. *Y pensando*.

Cuando sonó el teléfono estuvimos a punto de caernos del asiento. Steve se encargó de responder y le oí gritar por el auricular.

Entró corriendo en la cocina, me cogió por el brazo y me llevó casi a rastras hasta su coche.

—Era Magda, la doncella de Tatiana —me contó mientras avanzábamos a toda velocidad por la carretera—. Dice que Tatiana se puso histérica después de que me marché y se fue hace unos minutos en su convertible. No quiso decir adonde iba. Magda cree que Tatiana intentará acabar con su vida.

—*¿Que va a suicidarse?* Pero si es una vampira, ¿cómo…? —y de repente supe cómo pensaba hacerlo. Le eché una mirada a mi reloj—. Steve, sube por Crispin Junction —le dije—. ¡Y conduce como si nos persiguieran todos los demonios del infierno!

Steve hizo que el motor de su coche diera de sí todo lo que podía. Parecía como si fuera a salir despedido de la carrocería. Recuerdo que tomamos algunas curvas en las que apenas tocábamos el asfalto con el borde de una llanta.

Vimos el convertible nada más entrar en Crispin Junction. Estaba aparcado al lado de uno de los tres caminos que atraviesan el pueblo. Una figurita vestida con un camisón muy delgado estaba de pie en el centro de la calle desierta. El muñón de la pierna me dolía tanto como si estuvieran golpeándomelo con un martillo.

El reloj de la iglesia empezó a dar la medianoche cuando la alcanzamos. Steve saltó del coche y le quitó el palo puntiagudo que llevaba en las manos. La rodeó con sus brazos y dejó que llorase.

Yo me sentía bastante mal. Sólo había estado pensando en una cosa: que Steve se había enamorado de una vampira. No había contemplado la situación desde el punto de vista de ella. Tatiana le quería lo bastante como para intentar suicidarse usando el *único* sistema con el que se puede matar a un vampiro: atravesarle el corazón con una estaca en una encrucijada a medianoche.

Y era realmente bonita. Me había imaginado a una de esas mujeres tipo sirena, ya saben: alta, delgada y con un traje muy ceñido. Una especie de bruja… Pero la chica que subió al coche y se pegó al brazo libre de Steve como si acabara de alquilarlo estaba muy asustada y se encontraba muy confusa; y me di cuenta de que era todavía más joven que Steve.

Durante todo el trayecto de vuelta sólo pensé en una cosa, y era que aquel par de chicos se habían metido en un buen lío. Enamorarse de una vampira ya era bastante malo, pero ser una vampira y estar enamorada de un ser humano normal y corriente…

—Pero ¿cómo *puedo* casarme contigo? —gimió Tatiana—. ¿Qué clase de hogar tendríamos, qué vida llevaríamos? Y además, Steve… ¡puede que una noche llegara a estar lo bastante hambrienta para atacarte!

El único factor que ninguno de nosotros había tomado en consideración era Doc. Al menos, no lo suficiente…

En cuanto le hubimos presentado a Tatiana y hubo escuchado su historia irguió los hombros y sus ojos volvieron a brillar con la misma luz de siempre. Ahora los niños enfermos se pondrían bien. Eso era lo más importante. Y en cuanto a Tatiana…

—Tonterías —le dijo—. Puede que el vampirismo fuese una enfermedad incurable en el siglo XV, pero estoy seguro de que en el siglo XX podemos vencerla. Para empezar, todo ese asunto del vivir de noche indica una posible alergia a la luz solar y quizá una cierta fotofobia. Muchacha, tendrás que llevar gafas de sol durante una temporada y veremos si las inyecciones de hormonas pueden ayudarnos. Aun así, la necesidad de consumir sangre presenta un problema algo más complicado.

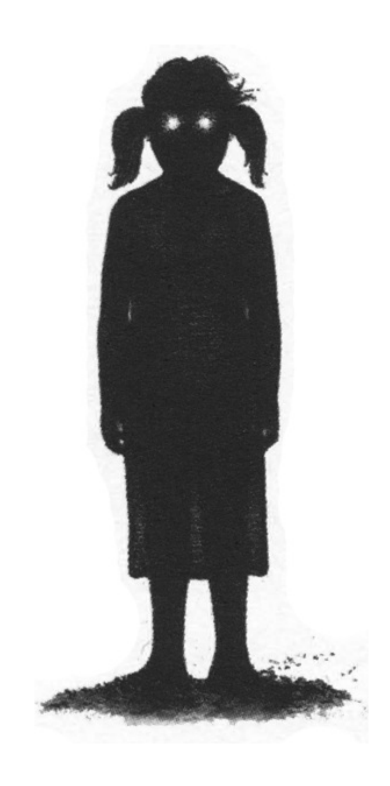
Pero logró encontrarle una solución.

Hoy en día fabrican sangre deshidratada en forma de cristales. Cada noche antes de acostarse la señora de Steven Judd echa unos polvos en un vaso con agua, le añade uno o dos cubitos de hielo y se toma su cóctel de sangre del día. Por lo que sé, ella y su esposo son muy felices y esperan seguir siéndolo.

STEPHEN KING

Uno para el camino

[One for the Road]



Traducción de Albert Solé

Uno para el camino



Eran las diez y cuarto y Herb Tooklander estaba pensando en cerrar cuando el hombre del abrigo caro y el rostro muy pálido entró en el bar de Tookey, que se encuentra en la parte norte de Falmouth. Era el 10 de enero, la época en que la mayoría de la gente está aprendiendo a vivir con todas las resoluciones de Año Nuevo que no han tenido la fuerza de cumplir, y fuera soplaba una terrible tormenta del noroeste. Antes de que oscureciera ya habían caído quince centímetros de nieve y desde entonces había seguido nevando con entusiasmo. Habíamos visto pasar dos veces a Billy Larribee encaramado a la máquina quitanieves del pueblo, y en la segunda ocasión Tookey salió corriendo para llevarle una cerveza: mi madre habría dicho que eso era un acto de auténtica caridad cristiana, y bien sabe Dios que en sus tiempos se había tragado sus buenos litros de la cerveza de Tookey. Billy le dijo que habían logrado mantener abierta la carretera, pero que los caminos secundarios estaban cerrados y que probablemente seguirían así hasta que amaneciera. La radio de Portland pronosticaba que caerían treinta centímetros más de nieve, y habría un viento de sesenta kilómetros por hora para ir amontonándola en cunetas y recodos.

En el bar sólo estábamos Tookey y yo, escuchando cómo el viento aullaba en los aleros y viendo cómo hacía bailar el fuego en la chimenea.

—Tómate uno para el camino, Booth —dijo Tookey—. Estoy a punto de cerrar.

Me sirvió un trago, se sirvió uno para él y entonces vimos abrirse la puerta y el desconocido entró tambaleándose en el bar con nieve en los hombros y en el pelo, tan blanco como si hubiera estado revolcándose en un saco de azúcar. El viento hizo que una capa de nieve tan fina que parecía arena entrara detrás de él.

—¡Cierre la puerta! —rugió Tookey—. ¿Ha nacido en un granero o qué?

Nunca había visto a un hombre más asustado. Me hizo pensar en un caballo que se hubiera pasado la tarde comiendo hierba de fuego. Sus ojos saltones se volvieron hacia Tookey.

—Mi esposa… mi hija… —dijo, y rodó por el suelo, desmayado.

—Jesús bendito —dijo Tookey—. Booth, ¿quieres cerrar la puerta?

Fui hasta la puerta y la cerré, y tuve que luchar con el viento que quería mantenerla abierta. Tookey había puesto una rodilla en el suelo, sostenía la cabeza del desconocido en sus manos y estaba dándole palmaditas en las mejillas. Me incliné

sobre él y enseguida me di cuenta de que lo había pasado bastante mal. Tenía la cara muy enrojecida, pero aquí y allá se veían manchones grisáceos, y cuando has vivido los inviernos de Maine desde que Woodrow Wilson era presidente, como he hecho yo, sabes que esos manchones grisáceos quieren decir congelación.

—Ha perdido el conocimiento —dijo Tookey—. Tráeme el coñac, ¿quieres?

Fui a buscarlo y volví con él. Tookey le había desabrochado el abrigo. El desconocido parecía encontrarse un poco mejor; tenía los ojos entreabiertos y murmuraba algo en voz tan baja que no había forma de entenderle.

—Echa un poco de coñac en el tapón —dijo Tookey.

—¿Sólo vas a darle un tapón de coñac? —le pregunté.

—Eso es dinamita —dijo Tookey—. No quiero sobrecargar su carburador.

Llené el tapón de coñac y miré a Tookey, que asintió con la cabeza.

—Adentro.

Se lo eché en la boca. El resultado fue digno de verse. El desconocido se estremeció y empezó a toser. La cara se le puso todavía más roja. Los párpados que habían estado a medio abrir salieron disparados hacia arriba como si fueran un par de persianas. Me alarmé un poco, pero Tookey se limitó a sentarle en el suelo como si fuera un bebé enorme y le dio varias palmadas en la espalda.

El desconocido puso cara de querer vomitar y Tookey le dio más palmadas en la espalda.

—No lo desperdicie —le dijo—. Ese coñac es carísimo.

El desconocido volvió a toser, pero con menos fuerza que antes. Aproveché para echarle una buena mirada. Sí, no cabía duda de que era un tipo de ciudad, y seguramente de algún lugar situado al sur de Boston. Llevaba unos guantes de piel, caros pero delgados. Probablemente en sus manos también habría unas cuantas manchas entre grises y blancas, y tendría suerte si no perdía un dedo o dos. En cuanto a su abrigo, no cabía duda de que era de buena calidad: por lo menos trescientos dólares, si es que entiendo algo de eso. Calzaba unas botitas que apenas le llegaban a los tobillos, y empecé a preguntarme qué tal les habría ido a los dedos de sus pies.

—Me encuentro mejor —dijo.

—Estupendo —dijo Tookey—. ¿Puede acercarse al fuego?

—Mi esposa y mi hija —dijo el desconocido—. Están ahí fuera… en la tormenta.

—Por su forma de entrar ya me imaginé que no estarían en casita viendo la televisión —dijo Tookey—. Oiga, no hace falta que se quede sentado en el suelo: puede contárnoslo junto al fuego. Venga, Booth, ayúdame.

El desconocido logró ponerse en pie, pero dejó escapar un leve gemido y sus labios se retorcieron en una mueca de dolor. Volví a pensar en los dedos de sus pies, y me pregunté qué razón tenía Dios para hacer que los idiotas de Nueva York intentaran conducir por el sur de Maine en pleno apogeo de una ventisca del noroeste. Y también me pregunté si su esposa y su hija irían tan poco protegidas como él…

Le llevamos hasta la chimenea y le hicimos sentarse en una mecedora que solía

ser la favorita de la señora Tookey hasta que nos dejó en el 74. La señora Tookey se había encargado de casi toda la decoración del local, y habían escrito artículos sobre él en *Down East y* en el *Sunday Telegram*, y en una ocasión hasta le dedicaron unas páginas en el suplemento dominical del *Globe* de Boston. La verdad es que más parece un albergue que un bar: suelo de madera con los tablones cuidadosamente encajados entre sí, nada de clavos; mostrador de arce, techo sostenido por unas enormes y viejas vigas de establo, una chimenea de tamaño realmente monstruoso… Después del artículo aparecido en *Down East* la señora Tookey empezó a padecer delirios de grandeza y dijo que había que cambiarle el nombre al local, que quería llamarle «La Posada de Tookey» o «El Reposo de Tookey», y debo admitir que el sitio posee una cierta atmósfera colonial, no cabe duda, pero yo prefiero que siga siendo lo que siempre ha sido: el bar de Tookey, y punto. Hacerse el fino durante el verano, cuando el Estado se encuentra abarrotado de turistas es una cosa, pero en invierno has de ganarte la vida gracias a tus vecinos, y eso es algo muy distinto. Había montones de noches invernales como ésta, noches de bar vacío que Tookey y yo pasábamos a solas bebiendo escocés con agua o unas cuantas cervezas. Mi Victoria se fue en el año 73 y el bar de Tookey era un sitio al que ir, un lugar con las voces suficientes para ahogar el implacable tic-tac del reloj que va contando lo que te falta para morir. Aunque sólo estuviéramos Tookey y yo era suficiente. Si se llamara «El Reposo de Tookey» ya no me habría gustado tanto. Puede que parezca una locura, pero es la verdad.

Le instalamos delante del fuego y empezó a temblar todavía más fuerte que antes. Se pasó los brazos alrededor de las rodillas, le castañetearon los dientes y unas cuantas gotitas de un moco muy claro brotaron de la punta de la nariz.

Creo que estaba empezando a comprender que quince minutos más ahí fuera podrían haber bastado para matarle. No es la nieve, es la frialdad del viento: te roba el calor.

—¿Dónde dejó la carretera? —le preguntó Tookey.

—N-nueve kilómetros al s-sur de aquí —dijo él.

Tookey y yo nos miramos el uno al otro y de repente sentí frío. Mucho frío.

—¿Está seguro? —le preguntó Tookey—. ¿Ha recorrido nueve kilómetros por entre la nieve?

Asintió.

—Le eché una mirada al cuentakilómetros cuando atravesamos el p-pueblo. Seguía las instrucciones que me habían dado… íbamos a ver a la hermana de mi esposa… en Cumberland… nunca he estado allí antes… somos de Nueva Jersey…

Nueva Jersey. Si hay alguien más idiota que un tipo de Nueva York es un tipo de Nueva Jersey.

—¿Nueve kilómetros? ¿Está seguro? —volvió a preguntarle Tookey.

—Sí, estoy seguro. Encontré el desvío, pero estaba cubierto de nieve… estaba…

Tookey le cogió por los hombros. La claridad cambiante del fuego iluminó su

rostro tenso y pálido, y vi que parecía tener diez años más de los sesenta y cinco que tiene realmente.

—¿Torció a la derecha?

—Sí, a la derecha. Mi esposa…

—¿Vio un letrero?

—¿Un letrero? —alzó los ojos hacia Tookey, le miró con cara de no entender nada y se limpió la nariz—. Pues claro que vi el letrero. Estaba en mis instrucciones. Tomar por la Avenida Jointner a través de Jerusalem's Lot hasta llegar a la rampa de entrada número 295 —sus ojos fueron de Tookey a mí y volvieron a posarse en Tookey. Fuera el viento aullaba, gemía y silbaba en los aleros—. ¿Qué le pasa? ¿No tendría que haber ido por allí?

—Jerusalem's Lot —dijo Tookey en voz tan baja que apenas resultó audible—. Oh, Dios mío.

—¿Qué pasa? —preguntó el hombre subiendo el tono de voz—. ¿No hice bien? Quiero decir que el camino estaba cubierto de nieve, pero pensé que si había un pueblo las máquinas quitanieves estarían funcionando y… y después yo…

Acabó quedándose callado sin completar la frase.

—Booth —me dijo Tookey en voz baja—, coge el teléfono y llama al *sheriff*.

—Claro, llámele —dijo el idiota de Nueva Jersey—. Oigan, ¿qué les pasa? Parece como si acabaran de ver un fantasma.

—En Jerusalem's Lot no hay fantasmas, señor. ¿Les dijo que se quedaran dentro del coche?

—Naturalmente —respondió con tono ofendido—. No estoy loco.

Bueno, yo no estaba tan seguro pero…

—¿Cómo se llama? —le pregunté—. El *sheriff* querrá saberlo.

—Lumley —dijo—. Gerard Lumley.

Se volvió hacia Tookey y fui hacia el teléfono. Cogí el auricular y no oí nada, sólo el silencio de una línea muerta. Di a los botones de desconexión un par de veces. Nada.

Volví con ellos. Tookey le había servido un poco más de coñac a Gerard Lumley, y por lo que parecía esta nueva ración bajaba mucho mejor que la de antes.

—¿Qué pasa, no estaba allí? —me preguntó Tookey.

—No hay línea.

—Maldición —dijo Tookey, y nos miramos el uno al otro. Una ráfaga de viento arrojó más nieve contra las ventanas.

Los ojos de Lumley fueron de Tookey a mí y volvieron a Tookey.

—Bueno, ¿ninguno de ustedes dos tiene coche? —preguntó. La ansiedad había vuelto a su voz—. Tienen que mantener el motor en marcha para que la calefacción siga funcionando. El depósito ya estaba tres cuartas partes vacío, y necesité una hora y media para… Oiga, ¿quiere *responderme*?

Se puso en pie y agarró a Tookey por la camisa.

—Eh, amigo, creo que a su cerebro se le acaba de escapar una mano —dijo Tookey.

Lumley se miró la mano, miró a Tookey y acabó soltándole la camisa.

—Maine —siseó, consiguiendo que sonara como un insulto dirigido a tu madre —. Está bien —dijo—. ¿Dónde está la gasolinera más cercana? Deben de tener una grúa…

—La gasolinera más cercana está en el Centro Falmouth —dije yo—. Eso queda a cinco kilómetros siguiendo la carretera.

—Gracias —me dijo Lumley con un cierto sarcasmo, y fue hacia la puerta abrochándose el abrigo.

—Pero no estará abierta —añadí.

Se dio la vuelta lentamente y nos miró.

—¿De qué está hablando, viejo?

—Está intentando explicarle que la gasolinera del centro es propiedad de Billy Larribee, y Billy está conduciendo la máquina quitanieves, maldito imbécil —dijo Tookey con mucha paciencia—. Y ahora, ¿por qué no vuelve aquí y se sienta antes de que se le reviente una vena?

Volvió hacia nosotros con una mezcla de incomprensión y miedo en la cara.

—¿Está diciéndome que no puede… que no hay…?

—No le estoy diciendo nada —replicó Tookey—. Usted es el que se lo dice todo y si se callara un minuto quizá consiguiéramos pensar en lo que podemos hacer.

—¿Qué ocurre en ese pueblo… en Jerusalem's Lot? —preguntó—. ¿Por qué no habían despejado el camino? ¿Por qué no había luces en ningún sitio?

—Jerusalem's Lot ardió hace dos años —dije yo.

—¿Y no lo reconstruyeron?

Puso cara de no creérselo.

—Eso parece —dije, y miré a Tookey—. Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—No podemos dejarlas allí —dijo Tookey.

Di un par de pasos hacia él. Lumley estaba junto a la ventana, contemplando la noche y la nieve.

—¿Y si las han pillado? —le pregunté.

—Es posible —dijo Tookey—, pero no podemos estar seguros. Tengo mi Biblia en el estante. ¿Sigues llevando encima tu medalla del Papa?

Saqué el crucifijo de mi camisa y se lo enseñé. Nací y me criaron en el seno de una familia de congregacionistas, pero casi todos los que vivimos cerca de Jerusalem's Lot llevamos algo encima… un crucifijo, una medalla de san Cristóbal, un rosario… Todos llevamos algo porque hace dos años, en el lapso de un oscuro mes de octubre, a Jerusalem's Lot le ocurrió algo horrible. A veces, a altas horas de la noche, cuando el bar está vacío y sólo quedamos unos cuantos habituales pegados a la chimenea, hablamos de ello, aunque quizá sería mejor decir que le damos vueltas al tema sin llegar a abordar directamente lo que ocurrió. Verán, la gente de allí empezó a

desaparecer. Primero fueron unos cuantos, después unos cuantos más, y después montones y montones de gente. Las escuelas cerraron. El pueblo estuvo vacío durante casi un año. Oh, sí, hubo algunos que se fueron a vivir allí —casi todos imbéciles de fuera del Estado, como este soberbio espécimen que teníamos aquí—, supongo que atraídos por lo bajos que estaban los precios de las propiedades inmobiliarias. Pero no duraron mucho. La mayoría se largaron un mes o dos después de haberse instalado en el pueblo. Los otros… bueno, desaparecieron. Y el pueblo acabó ardiendo. Ocurrió al final de una larga temporada de sequía. Creemos que el fuego se originó en la casa Marsten, la que está sobre la colina que domina la Avenida Jointner, pero hasta la fecha de hoy nadie está seguro de cómo ocurrió. Las llamas ardieron durante tres días sin que hubiera forma de controlarlas. Después de eso las cosas mejoraron durante un tiempo. Y luego todo volvió a empezar.

Sólo oí mencionar la palabra «vampiros» en una ocasión. Fue una noche en el bar de Tookey, y salió de los labios de un camionero medio loco llamado Richie Messina que venía de Freeport y había bebido lo suyo.

—¡Jesús! —rugió irguiendo lo que parecían dos metros de pantalones de lana, camisa a cuadros y botas con puntera metálica—. ¿Qué pasa, estáis tan jodidamente asustados que no os atrevéis a decirlo en voz alta? ¡Vampiros! Eso es lo que estáis pensando todos, ¿verdad? ¡Por los clavos de la motocicleta de Cristo! ¡Igual que un montón de crios asustados por lo que han visto en una película! ¿Sabéis lo que hay en Salem's Lot? ¿Queréis que os lo cuente? ¿Queréis que os lo cuente?

—Sí, Richie, cuéntanoslo —dijo Tookey. Todo se había quedado muy silencioso. Podías oír el crujir del fuego y el suave golpeteo de la lluvia de noviembre cayendo en la oscuridad—. Anda, tú tienes la palabra.

—Lo que tenéis allí no es más que una manada de perros salvajes —dijo Richie Messina—. Eso es lo que tenéis, y nada más; eso y un montón de viejas a las que les encanta oír una buena historia de miedo. Oh, vamos, si alguien me ofreciera ochenta pavos iría allí y pasaría la noche en lo que queda de esa casa encantada que tanto os preocupa a todos… Bueno, ¿qué me decís? ¿Nadie quiere ofrecerme esa suma?

Nadie dijo nada. Richie era un bocazas, no sabía aguantar la bebida y nadie lloraría por él en cuanto muriera, pero ninguno de nosotros estaba dispuesto a ver cómo se iba a Salem's Lot después de que hubiese anochecido.

—Que os jodan a todos —dijo Richie—. Tengo la escopeta en el maletero de mi Chevy y eso detendrá a cualquier cosa que haya en Falmouth, Cumberland o Jerusalem's Lot, y allí es donde pienso ir.

Salió del bar dando un portazo y durante un rato ninguno de los presentes dijo una palabra.

—Nadie volverá a ver a Richie Messina —dijo Lamont Henry por fin en voz muy baja—. Santo Dios…

Y Lamont, que se había criado siendo metodista desde que su madre le sentó sobre sus rodillas, se persignó.

—En cuanto se le pase un poco la borrachera cambiará de opinión —dijo Tookey, pero no parecía muy convencido—. Volverá a la hora de cerrar diciendo que todo era broma.

Pero fue Lamont quien acabó teniendo razón, porque nadie volvió a ver a Richie. Su mujer le dijo a la policía del Estado que creía que se había largado a Florida para escapar a una agencia especializada en el cobro de morosos, pero podías ver la verdad en sus ojos: estaba aterrorizada. Poco después se mudó a Rhode Island. Quizá pensaba que Richie vendría a por ella alguna noche oscura, y no seré yo quien diga que no podría haber acabado haciéndolo.

Tookey estaba mirándome y le devolví la mirada mientras me guardaba el crucifijo dentro de la camisa. En toda mi vida jamás me había sentido tan viejo o asustado como ahora.

—No podemos dejarlas ahí fuera, Booth —repitió Tookey.

—Sí, ya lo sé.

Nos miramos el uno al otro durante unos instantes más y Tookey acabó alargando el brazo y me puso la mano en el hombro, dándome un apretón.

—Eres un buen hombre, Booth.

Eso bastó para darme un poco de coraje. No sé a qué se debe, pero cuando rebasas los setenta la gente empieza a olvidarse de que eres un hombre, o de que lo fuiste alguna vez.

Tookey fue hacia Lumley y le dijo:

—Tengo un Scout con tracción en las cuatro ruedas. Voy a por él.

—Por el amor de Dios, ¿por qué no lo ha dicho antes? —Lumley giró en redondo apartándose de la ventana y clavó los ojos en Tookey, muy irritado—. ¿Por qué se ha pasado diez minutos mascullando y perdiendo el tiempo en tonterías?

—Cierre el pico, amigo —dijo Tookey en voz muy baja y suave—. Y si vuelve a sentir el impulso de abrirlo, recuerde quién hizo ese giro para meterse por un camino cubierto de nieve en mitad de una condenada ventisca.

Lumley abrió la boca para decir algo, pero la cerró sin que ningún sonido saliera de ella. Tenía las mejillas muy rojas. Tookey salió del bar para sacar su Scout del garaje. Hurgué por debajo del mostrador hasta encontrar su petaca niquelada y la llené de coñac. Pensé que antes de que la noche hubiera terminado quizá llegaríamos a necesitarlo.

Las ventiscas de Maine… ¿han estado alguna vez metidos en una?

La nieve es tan fina y hay tanta que parece arena, y cuando golpea los flancos de tu coche o de tu camioneta hace el mismo ruido que si lo fuera. No puedes usar las luces largas porque los haces se reflejan en la nieve, y no te dejan ver nada a más de tres metros. Si usas los otros faros quizá consigas ver hasta unos cuatro o cinco metros de distancia. Pero la nieve no es lo peor: puedo aguantarla. Lo que no me gusta es el viento que va cobrando potencia y empieza a aullar, empujando la nieve y haciéndole adoptar cien siluetas extrañas que vuelan por los aires, armando un

estrépito en el que parece haber encerrado todo el odio, el dolor y el miedo del mundo. La garganta de un viento cargado de nieve está llena de muerte, muerte blanca… y quizá de algo que se encuentra más allá de la muerte. Cuando estás cómodamente instalado en tu cama con las mantas hasta la nariz, los postigos asegurados y las puertas cerradas, ese sonido te impresiona. Cuando estás conduciendo es mucho peor. Y nosotros íbamos hacia Salem's Lot.

—Vaya un poco más deprisa, ¿quiere? —dijo Lumley.

—Para ser un hombre que entró en el bar medio congelado parece tener muchas ganas de acabar otra vez a pie —dije yo.

Me lanzó una mirada en la que se mezclaban la perplejidad y la furia y no dijo nada más. Avanzábamos por la carretera a unos cincuenta kilómetros por hora. Resultaba difícil creer que Billy Larribee había despejado esta zona hacía sólo una hora; cinco centímetros más de nieve habían caído sobre ella y la capa blanca seguía creciendo. Las ráfagas de viento más fuertes hacían que el Scout se bamboleara sobre los ejes. Los faros mostraban un torbellino de nada blanca que giraba ante nosotros. No habíamos visto ni un solo vehículo.

—¡Eh! —jadeó Lumley unos diez minutos después—. ¿Qué es eso?

Estaba señalando hacia mi lado del coche; yo llevaba bastante rato con los ojos clavados en el parabrisas. Me volví, pero lo hice una fracción de segundo tarde. Me pareció ver una especie de silueta borrosa y encorvada que se desvanecía volviendo a confundirse con la nieve, pero pudo ser mi imaginación.

—¿Qué era? ¿Un ciervo? —le pregunté.

—Supongo —dijo con voz algo temblorosa—. Pero sus ojos… me pareció que tenía los ojos de color rojo —me miró—. ¿Es así como se ven los ojos de un ciervo de noche?

Por el tono de su voz casi parecía estar suplicando una respuesta afirmativa.

—Oh, pueden tener cualquier aspecto —repliqué, pensando que quizá fuera cierto, pero había visto montones de ciervos de noche montado en un montón de coches y jamás vi ningún par de ojos que devolvieran un reflejo rojizo.

Tookey no dijo nada.

Unos quince minutos después llegamos a un punto donde el montón de nieve apilado a la derecha de la carretera no era tan alto, porque se supone que las quitanieves deben levantar la pala un poco cuando pasan por un cruce.

—Creo que aquí es donde nos desviamos —dijo Lumley, aunque no parecía demasiado seguro—. No veo el letrero…

—Está ahí delante —dijo Tookey con una voz muy rara, que no recordaba en nada a la suya de siempre—. Se puede ver la parte de arriba.

—Oh. Claro —Lumley pareció muy aliviado—. Oiga, señor Tooklander, siento haber perdido los nervios en el bar. Tenía frío, estaba muy preocupado y ya no se me ocurrían más insultos que aplicarme a mí mismo. Quiero agradecerles que…

—No nos dé las gracias por nada hasta que tengamos a su mujer y a su hija aquí

dentro —dijo Tookey.

Conectó la tracción en las cuatro ruedas y se abrió paso por entre el montón de nieve hasta llegar a la Avenida Jointner, que atraviesa Salem's Lot y sale a la 295. La nieve salió disparada hacia arriba por los guardafangos. La parte trasera del Scout intentó patinar, pero Tookey llevaba montones de años conduciendo sobre la nieve. Manejó el volante con delicadeza, convenció al Scout de que continuara adelante y logramos pasar. De vez en cuando los faros iluminaban las huellas de neumáticos dejadas por el coche de Lumley: las huellas aparecían y desaparecían a intervalos. Lumley se había inclinado hacia delante en el asiento, buscando su coche.

—Señor Lumley… —dijo Tookey de repente.

—¿Qué?

Lumley se volvió hacia él.

—La gente de esta comarca siente un cierto temor supersticioso hacia Salem's Lot —dijo Tookey. Habló con voz bastante tranquila, pero pude ver las profundas arrugas de tensión que había alrededor de su boca, y la forma en que movía continuamente los ojos de un lado para otro—. Si su familia está dentro del coche… bueno, será estupendo. Los recogeremos, volveremos a mi local y mañana, cuando la tormenta haya terminado, Billy sacará su coche de la nieve. Pero si no están dentro del coche…

—¿Si no están dentro del coche? —le interrumpió Lumley con voz seca—. ¿Y por qué no iban a estar dentro del coche?

—Si no están dentro del coche —siguió diciendo Tookey sin responderle—, daremos la vuelta, iremos hasta el Centro Falmouth y llamaremos al *sheriff*. De todas formas, deambular de noche en plena tormenta no tiene sentido, ¿verdad?

—Estarán en el coche. ¿En qué otro sitio podrían estar?

—Una cosa más, señor Lumley —dije yo—. Si vemos a alguien, a quien sea… no vamos a hablar con esa persona. Ni aunque nos dirija la palabra. ¿Lo ha comprendido?

—Oiga, ¿en qué consisten exactamente esas supersticiones? —preguntó Lumley hablando muy despacio.

Tookey se me adelantó antes de que pudiera responderle, y sólo Dios sabe qué podría haberle respondido.

—Ya hemos llegado —dijo.

Vimos la parte posterior de un gran Mercedes. La capota del coche estaba cubierta de nieve, así como todo el lado izquierdo. Pero las luces de atrás seguían encendidas y había humo saliendo del tubo de escape.

—Bueno, al menos no se han quedado sin gasolina —dijo Lumley.

Tookey recorrió los últimos metros y puso el freno de emergencia del Scout.

—¿Recuerda lo que le ha dicho Booth, Lumley?

—Claro, claro.

Pero no estaba pensando en nada que no fuese su mujer y su hija, y no creo que

haya nadie capaz de culparle por ello.

—¿Listo, Booth? —me preguntó Tookey.

Sus ojos se clavaron en los míos: dos pupilas severas y grises iluminadas por los reflejos del salpicadero.

—Supongo que sí —dije.

Salimos del Scout y el viento tiró de nosotros arrojándonos nieve a la cara. Lumley nos tomó la delantera inclinando el cuerpo contra la ventisca, con su elegante abrigo flameando a su espalda como si fuera una vela. Proyectaba dos sombras, una originada por los faros de Tookey y la otra por las luces traseras de su coche. Yo iba detrás y Tookey me seguía a un paso de distancia. Cuando llegué al maletero del Mercedes Tookey me cogió del brazo.

—Deja que se adelante —me dijo.

—¡Janey! ¡Francie! —gritó Lumley—. ¿Va todo bien? —abrió la portezuela del volante y metió la cabeza en el coche—. ¿Va todo…?

Se quedó inmóvil, como paralizado. El viento le arrancó la pesada portezuela de entre los dedos y la abrió del todo.

—Dios santo, Booth —dijo Tookey, y el aullido del viento hizo que apenas pudiera oírle—, creo que ha vuelto a ocurrir.

Lumley vino hacia nosotros. Estaba asustado y confuso, y tenía los ojos casi fuera de las órbitas. Echó a correr, resbaló en la nieve y estuvo a punto de caerse. Me apartó de un manotazo, como si fuera una brizna de paja, y agarró a Tookey por la pechera.

—¿Cómo ha podido saberlo? —rugió—. ¿Dónde están? ¿Qué diablos pasa aquí?

Tookey se lo quitó de encima y fue hacia el coche. Inspeccionamos el interior del Mercedes: estaba tan caliente como una tostada, pero no seguiría así durante mucho tiempo. La lucecita color ámbar de la reserva del combustible estaba encendida. Dentro de aquel gran coche no había nadie. Una muñeca Barbie estaba tirada sobre la alfombrilla del asiento derecho, y un anorak de esquí de talla infantil estaba hecho una bola encima del respaldo.

Tookey se tapó la cara con las manos… y un instante después ya no estaba allí. Lumley le había cogido y le había empujado hacia el montón de nieve. Tenía el rostro muy pálido y parecía haberse vuelto loco. Sus labios se movían convulsivamente, como si hubiera masticado algo muy amargo y no lograra reunir la saliva suficiente para escupirlo. Metió el brazo en el coche y cogió el anorak.

—¿El anorak de Francie? —medio dijo y medio murmuró, y después gritó esas mismas palabras—. *¡El anorak de Francie!* —se dio la vuelta sosteniéndolo ante él por la capuchita forrada de piel. Me miró con la expresión de quien no cree lo que está viendo—. No puede andar por ahí sin su anorak, señor Booth. ¿Por qué… por qué…? Se morirá de frío, se congelará.

—Señor Lumley…

Pasó tambaleándose junto a mí sin soltar el anorak, gritando:

—*¡Francie! ¡Janey! ¿Dónde estáis? ¿Dónde estáiiiiis?*

Le ofrecí la mano a Tookey y le ayudé a levantarse.

—¿Te encuentras…?

—Olvídate de mí —dijo—. Booth, tenemos que detenerle.

Lo seguimos lo más deprisa posible, lo cual no era gran cosa teniendo en cuenta que había sitios donde la nieve nos llegaba a la altura de la rodilla, pero acabó deteniéndose y logramos alcanzarle.

—Señor Lumley… —dijo Tookey poniéndole una mano sobre el hombro.

—Por aquí —dijo Lumley—. Se fueron por aquí. ¡Mire!

Miramos hacia abajo.

Estábamos en una especie de hondonada y casi todas las ráfagas de viento pasaban por encima de nuestras cabezas. Y ahí estaban: dos juegos de huellas distintas, unas grandes y unas pequeñas, que empezaban a llenarse de nieve. Si hubiéramos llegado cinco minutos después ya habrían desaparecido.

Lumley empezó a alejarse de nosotros con la cabeza inclinada y Tookey le cogió por el brazo, reteniéndole.

—¡No! ¡No, Lumley!

Lumley volvió su rostro enloquecido hacia Tookey y apretó el puño. Lo alzó para golpear… pero en la expresión de Tookey había algo que le detuvo. Sus ojos fueron de Tookey a mí y volvieron a Tookey.

—Se congelará —dijo como si fuéramos un par de niños estúpidos—. ¿Es que no lo entienden? No lleva puesto el anorak y sólo tiene siete años…

—Podrían estar en cualquier sitio —dijo Tookey—. No conseguirá seguir esas huellas. Desaparecerán en el siguiente montón de nieve.

—¿Qué me sugiere? —gritó Lumley con la voz convertida en un aullido histérico —. ¡Si volvemos para avisar a la policía morirá congelada! ¡Francie y mi esposa morirán!

—Puede que ya estén congeladas —dijo Tookey, y la expresión de sus ojos hizo que Lumley le mirara fijamente—. Congeladas o algo peor.

—¿Qué quiere decir? —murmuró Lumley—. ¡Hable claro, maldita sea! ¡Expliqúese!

—Señor Lumley, en Salem's Lot hay algo que… —dijo Tookey.

Pero fui yo quien acabó explicándoselo, quien pronunció esa palabra que nunca hubiese creído que llegaría a pronunciar.

—Vampiros, señor Lumley. Jerusalem's Lot está lleno de vampiros. Supongo que le resultará difícil de creer…

Estaba mirándome como si me hubiese vuelto verde de repente.

—Chalados —murmuró—. Son un par de chalados… —se dio la vuelta, formó bocina poniendo las manos ante su boca y gritó—: *¡FRANCIE!¡JANEY!*

Empezó a alejarse de nosotros, igual que antes. La nieve llegaba hasta el final de su elegante abrigo.

Miré a Tookey.

—¿Qué hacemos ahora?

—Seguirle —dijo Tookey. Tenía el cabello cubierto de nieve y la verdad es que su aspecto recordaba un poco al de un chalado—. No puedo dejarle aquí, Booth. ¿Y tú? ¿Serías capaz?

—No —dije—, supongo que no.

Así que empezamos a abrirnos paso por entre la nieve siguiendo a Lumley y esforzándonos por alcanzarle, pero cada vez nos llevaba más ventaja. Era joven y fuerte, ¿comprenden? Avanzaba por entre la nieve como si fuera un toro. Mi artritis empezó a torturarme con unas punzadas horribles y no tardé en echarle miradas a mis piernas, diciéndome: un poquito más, sólo un poquito más, sigue adelante, maldita sea, sigue adelante…

Tropecé con Tookey, caído sobre un montón de nieve. Tenía la cabeza inclinada y se apretaba el pecho con las dos manos.

—Tookey, ¿te encuentras bien? —le pregunté.

—Estoy bien —dijo apartando las manos del pecho—. Tenemos que seguirle, Booth. Cuando caiga reventado recobrará la cordura y verá que no se puede hacer nada.

Llegamos a lo alto de una pequeña loma y vimos a Lumley al final de la pendiente buscando desesperadamente más huellas. Pobre hombre… No había ni una sola posibilidad de que lograra encontrarlas. En aquella zona el viento soplaba con todas sus fuerzas, y cualquier huella existente habría quedado borrada tres minutos después de que la hicieran, así que en un par de horas…

Alzó la cabeza para gritarle a la noche. *¡FRANCIE! ¡JANEY! ¡POR EL AMOR DE DIOS!* Podías sentir la desesperación y el terror que había en su voz, y le compadecí por ello. La única respuesta que obtuvo fue el gemido del viento, tan agudo y potente como el de un tren de mercancías. El viento parecía estar riéndose de él, diciéndole: *Me las he llevado, señor Nueva Jersey de coche caro y abrigo de pelo de camello. Me las he llevado, he borrado sus huellas y por la mañana estarán tan frías y bien conservadas como un par de fresas metidas en el congelador…*

—¡Lumley! —gritó Tookey intentando hacerse oír por encima del viento—. ¡Oiga, ya sé que no cree en los vampiros, los espectros y todas esas tonterías, pero tiene que escucharme! ¡Lo que está haciendo no va a ayudarlas! ¡Tenemos que llegar a…!

Y entonces *hubo* una respuesta, una voz que brotó de la oscuridad con el suave tintineo de unas campanillas de plata, y el corazón se me quedó tan frío como un pedazo de hielo metido en el pozo durante el invierno.

—*Jerry… Jerry, ¿eres tú?*

Aquel sonido hizo que Lumley girara en redondo y entonces la vimos salir de entre las oscuras sombras de un bosquecillo, como un fantasma. Era una mujer de ciudad, no cabe duda, y en aquel instante me pareció que jamás había visto a una

mujer más hermosa. Sentí que deseaba ir hacia ella y decirle cómo me alegraba que estuviera bien. Vestía una gruesa prenda verde que se parecía un poco a un pullover, creo que las llaman ponchos. La tela flotaba a su alrededor y su oscuro cabello bailaba en aquel vendaval salvaje como el agua en un arroyo de diciembre, cuando falta poco para que el invierno la congele y la deje prisionera del cauce.

Quizá di un paso hacia ella, porque sentí la mano de Tookey sobre mi hombro, áspera y cálida. Y aun así… ¿cómo puedo expresarlo? Sí, seguí *anhelando* ir hacia ella, tan oscura y hermosa con el poncho verde flotando alrededor de su cuello y sus hombros, tan exótica y extraña que te hacía pensar en alguna magnífica mujer surgida de un poema de Walter de la Mare.

—¡Janey! —gritó Lumley—. *Janey!*

Se abrió paso por entre la nieve, yendo hacia ella con los brazos extendidos.

—¡No! —gritó Tookey—. *¡No, Lumley!*

Lumley ni tan siquiera se volvió a mirarle… pero ella sí le miró. Alzó la cabeza hacia nosotros y sonrió. Y cuando lo hizo sentí que mi anhelo y mi pasión se convertían en un horror tan frío como la tumba, tan blanco y silencioso como un montón de huesos envueltos en un sudario. Incluso estando en lo alto de la loma pudimos ver el súbito destello rojizo que iluminó aquellos ojos. Eran menos humanos que los ojos de un lobo. Y cuando sonrió pudimos ver qué largos se habían vuelto sus dientes. Ya no era humana. Era una cosa muerta que había logrado volver a la vida en el seno de esta negra tormenta aullante.

Tookey hizo la señal de la cruz. Vimos cómo se encogía… y luego volvió a sonreímos. Estábamos demasiado lejos, y quizá estuviéramos demasiado asustados.

—¡Hay que detenerla! —murmuré—. ¿Es que no podemos detenerla?

—¡Es demasiado tarde, Booth! —dijo Tookey con un hilo de voz.

Lumley había llegado hasta ella. Se encontraba tan cubierto de nieve que él mismo parecía un fantasma. Alargó los brazos hacia ella… y empezó a gritar. Oiré ese sonido en mis sueños, el sonido de un hombre que grita como un niño cuando tiene una pesadilla. Lumley intentó retroceder, pero los largos brazos desnudos de la mujer fueron hacia él ondulando como serpientes, más blancos que la nieve, y le atrajeron hacia su cuerpo. Pude ver cómo ladeaba la cabeza y después la movió hacia delante…

—¡Booth! —dijo Tookey con voz enronquecida—. ¡Tenemos que salir de aquí!

Y echamos a correr. Supongo que algunos dirían que huimos como ratas, pero quienes dirían eso no estaban allí aquella noche. Seguimos el camino que habíamos abierto al venir, cayendo, incorporándonos, resbalando y patinando. Yo no paraba de mirar por encima del hombro para ver si aquella mujer venía detrás de nosotros sonriendo con esa mueca horrible y observándonos con aquellos ojos rojos.

Llegamos al Scout y Tookey se dobló sobre sí mismo llevándose las manos al pecho.

—¡Tookey! —exclamé, muy asustado—. ¿Qué…?

—El reloj, Booth… —dijo—. Llevo cinco o seis años teniendo problemas con él. Ayúdame a subir y sácanos de aquí lo más deprisa que puedas.

Pasé un brazo por debajo de su chaquetón, le hice caminar alrededor del Scout y me las arreglé para subirle al asiento, aunque no sé muy bien cómo. Tookey apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Tenía la piel amarillenta, con un aspecto cerúleo.

Volví corriendo al otro lado del Scout y casi me di de narices con la niña. Estaba inmóvil junto a la portezuela del conductor: tenía el pelo recogido en un par de coletas y sólo llevaba un vestidito amarillo.

—Señor —dijo con una voz clara y límpida, tan dulce como la niebla del amanecer—, ¿querría ayudarme a encontrar a mi madre? Se ha marchado y tengo tanto frío…

—Cariño —le dije—, cariño, será mejor que entres en el coche. Tu madre…

No llegué a terminar la frase, y si ha habido algún momento de mi vida en el que estuviera cerca de desmayarme estoy seguro de que fue ése. La niña estaba inmóvil junto a la portezuela, ¿comprenden?, pero estaba *encima* de la nieve y no había huellas, no había huellas en ninguna dirección…

Y entonces Francie, la hija de Lumley, alzó los ojos hacia mí. Sólo tenía siete años y seguiría teniendo siete años durante toda una eternidad de noches. Su carita estaba espantosamente blanca, como la de un cadáver, y sus ojos eran un abismo rojo y plata en el que podías caer para siempre. Y bajo su mandíbula pude ver dos heriditas tan pequeñas como alfilerazos, con la carne horriblemente amoratada a su alrededor.

Extendió los brazos hacia mí y sonrió.

—Cójame, señor —dijo en voz baja—. Quiero darle un beso. Después podrá llevarme con mi mamá.

No quería hacerlo, pero no pude evitarlo. Empecé a inclinarme hacia delante alargando los brazos. Pude ver cómo abría la boca, pude ver los pequeños colmillos ocultos tras el anillo rosado de sus labios. Algo se deslizó por su mentón, algo plateado y brillante, y con un horror tan leve como distante comprendí que estaba babeando.

Sus manecitas rodearon mi cuello y pensé: Bueno, quizá no sea tan malo, no, quizá no lo sea, puede que pasado un tiempo ya no resulte tan horrible. Entonces algo salió volando del Scout e hizo impacto en su pecho. Vi una nubecilla de un humo anaranjado que tenía un olor muy extraño, un resplandor que se esfumó un instante después y la niña retrocedió emitiendo un siseo ahogado. Su rostro se había convertido en una máscara vulpina de rabia, odio y dolor. Se dio la vuelta y… desapareció. Estaba allí y un segundo después ya no había nada, sólo un torbellino de nieve que se parecía un poco a una silueta humana. El viento enseguida lo dispersó llevándoselo a través de los campos.

—¡Booth! —murmuró Tookey—. ¡Date prisa!

Y eso hice. Pero no tanta como para no tener tiempo de recoger lo que le había arrojado a esa niñita salida del infierno: era la Biblia de su madre.

Esto ocurrió hace ya cierto tiempo. Ahora soy un poco más viejo, y entonces no era ningún polluelo recién salido del cascarón. Herb Tooklander nos dejó hace dos años. Murió tranquilamente, durante la noche. El bar sigue ahí: una pareja bastante agradable de Waterville lo compró y el local apenas ha cambiado. Pero ahora no voy mucho por allí. Con Tookey muerto ya no sería lo mismo que antes.

En Salem's Lot todo continúa más o menos como siempre. Al día siguiente el *sheriff* fue hasta allí y encontró el coche de Lumley: la gasolina se había acabado y la batería estaba descargada. Ni Tookey ni yo dijimos nada al respecto. ¿De qué habría servido? Y de vez en cuando un autoestopista o alguien que iba de excursión va por esa zona y desaparece en Schoolyard Hill o cerca del cementerio de Harmony Hill. Las partidas de búsqueda acaban encontrando su mochila o un cuaderno hinchado y descolorido por la lluvia y la nieve, o algún objeto semejante. Pero nunca encuentran sus cuerpos.

Sigo teniendo pesadillas en las que revivo esa noche de tormenta y lo que nos ocurrió allí. No suelo soñar con la mujer sino con la niña, y con su sonrisa cuando me ofreció los brazos para que pudiera cogerla. Para que pudiera darme un beso… Pero soy viejo y pronto dejaré de soñar.

Puede que algún día tengan ocasión de viajar por la parte sur de Maine. Es una comarca muy bonita. Quizá hasta hagan una parada en el bar de Tookey para tomarse una copa. El local es muy acogedor y los nuevos propietarios no le han cambiado el nombre. Bébanse su copa y luego les aconsejo que sigan viaje hacia el norte. Hagan lo que hagan, no tomen el camino que lleva a Jerusalem's Lot.

Especialmente no después de que haya oscurecido.

Hay una niña que ronda por ahí. Y creo que sigue esperando su beso de buenas noches.

TANITH LEE

Roja como la sangre

[Red as Blood]



Traducción de Albert Solé

Roja como la sangre



La hermosa Reina Bruja abrió el estuche de marfil donde guardaba su espejo mágico. El espejo estaba hecho de oro oscuro, oro tan oscuro como la cabellera que se derramaba sobre la espalda de la Reina Bruja. De oro oscuro era el espejo, y tan antiguo como los siete árboles de troncos negros y achaparrados que había al otro lado del cristal azul claro de la ventana.

—*Speculum, speculum* —le dijo la Reina Bruja al espejo mágico—. *Dei gratia*.

—*Volente Deo. Audio*.

—Espejo —dijo la Reina Bruja—, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora —replicó el espejo—. Y todo lo que hay en esta tierra. Salvo a una persona.

—Espejo, espejo, ¿a quién no ves?

—No veo a Bianca.

La Reina Bruja se persignó. Cerró el estuche que contenía el espejo, fue lentamente hasta la ventana y contempló los árboles a través de los paneles de cristal azul claro.

Catorce años antes otra mujer se había detenido ante esta ventana, pero no era como la Reina Bruja. Aquella mujer tenía una cabellera negra que le caía hasta los tobillos; vestía un traje carmesí y llevaba el cinturón a la altura de los pechos, pues su embarazo estaba muy avanzado. Y esta mujer abrió la ventana que daba al jardín invernal, donde los viejos árboles se agazapaban entre la nieve. Cogió una afilada aguja de hueso, se la clavó en un dedo y dejó caer tres gotas de sangre sobre el suelo del jardín.

—Que mi hija tenga el cabello tan negro como el mío —dijo—, tan negro como la madera de estos viejos árboles retorcidos. Que tenga la piel como la mía, blanca como esta nieve. Y que tenga mi boca, roja como la sangre.

Y la mujer sonrió y se lamió el dedo. Llevaba una corona en la cabeza, y la corona brillaba en el crepúsculo como una estrella. Nunca se acercaba a la ventana antes del crepúsculo; no le gustaba el día. Era la primera Reina, y no poseía un espejo.

La segunda Reina, la Reina Bruja, sabía todo esto. Sabía que la primera Reina murió al dar a luz. Su ataúd fue llevado a la catedral y se dijeron misas por ella.

Corrió un feo rumor: se decía que unas gotas de sangre bendita habían caído sobre el cadáver y que la carne muerta había empezado a humear. Pero todo el mundo pensaba que la primera Reina le había traído mala suerte al reino. Desde su llegada el país se había visto afligido por una extraña plaga, una enfermedad consuntiva para la que no había cura alguna.

Pasaron siete años. El Rey se casó con la segunda Reina, que era tan distinta de la primera como el incienso lo es de la mirra.

—Y ésta es mi hija —le dijo el Rey a su segunda Reina.

La niña ya casi tenía siete años. Su negra cabellera le llegaba hasta los tobillos, su piel era tan blanca como la nieve. Su boca era roja como la sangre, y sonrió con ella.

—Bianca —dijo el Rey—, debes amar a tu nueva madre.

Bianca le dedicó una sonrisa radiante. Sus dientes relucían con el brillo afilado de las agujas de hueso.

—Ven —le dijo la Reina Bruja—, ven, Bianca. Te enseñaré mi espejo mágico.

—Por favor, mamá —dijo Bianca en voz baja—. No me gustan los espejos.

—Es muy modesta —dijo el Rey—. Y delicada. Nunca sale de día. El sol le molesta.

Aquella noche la Reina Bruja abrió el estuche que contenía su espejo.

—Espejo, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora. Y a todo lo que hay en esta tierra. Salvo a una persona.

—Espejo, espejo, ¿a quién no ves?

—No veo a Bianca.

La segunda Reina le regaló a Bianca un pequeño crucifijo hecho con filigrana de oro. Bianca no quiso aceptarlo. Fue corriendo a ver a su padre.

—Tengo miedo —murmuró en su oído—. No me gusta pensar en Nuestro Señor muriendo en la agonía clavado en Su cruz. Quiere asustarme. Dile que se lo lleve.

La segunda Reina cultivaba rosas blancas en su jardín e invitó a Bianca a pasear por él después del ocaso. Pero Bianca rechazó la invitación.

—Los espinos me herirán —le murmuró a su padre—. Quiere hacerme daño.

Cuando Bianca tenía doce años la Reina Bruja habló con el Rey.

—Bianca debería ser confirmada para que pudiera recibir la Comunión con nosotros.

—No puede ser —dijo el Rey—. Bianca ni tan siquiera ha sido bautizada, porque mi primera esposa me lo prohibió con sus últimas palabras antes de morir. Me suplicó que no la bautizara, pues su religión era distinta a la nuestra. Los deseos de los agonizantes deben ser respetados.

—¿No te gustaría estar bendecida por la iglesia? —le preguntó la Reina Bruja a Bianca—. Arrodillarte ante la barandilla dorada que hay delante del altar de mármol, cantarle a Dios, probar el pan del ritual y beber el vino del ritual…

—Quiere que traicione a mi auténtica madre —le dijo Bianca al Rey—. Pero ¿cuándo dejará de atormentarme?

El día en que cumplió los trece años Bianca se levantó de la cama y en la sábana había una mancha roja que parecía una flor muy, muy roja.

—Ahora eres una mujer —le dijo su nodriza.

—Sí —dijo Bianca.

Y fue al joyero de su auténtica madre, y sacó de él la corona de su madre y se la puso en la cabeza.

Cuando caminaba bajo los negros árboles durante el crepúsculo su corona brillaba como una estrella.

La enfermedad consuntiva que había dejado de atormentar al reino durante trece años volvió a caer sobre él, y no había cura alguna contra la plaga.

La Reina Bruja estaba sentada ante una ventana de cristal verde claro y blanco ahumado, y sostenía en sus manos una Biblia encuadernada en seda color rosa.

—Majestad —dijo el cazador, inclinándose ante ella hasta casi rozar el suelo.

El cazador tenía cuarenta años. Era fuerte y apuesto, y estaba versado en la sabiduría oculta de los bosques y la ciencia secreta de la tierra. También era capaz de matar sin vacilación, pues ése era su oficio. Podía matar al esbelto y frágil venado, y a los pájaros con alas de luna, y a las liebres de piel aterciopelada cuyos ojos están llenos de tristeza porque conocen el destino que les aguarda. Se compadecía de esas bestias, pero las mataba pese a su compasión. La compasión no podía detenerle. Era su oficio.

—Mira en el jardín —dijo la Reina Bruja.

El cazador contempló el jardín a través de un cristal blanco ahumado. El sol se había puesto y una doncella pasaba por debajo de un árbol.

—La Princesa Bianca —dijo el cazador.

—¿Qué más? —le preguntó la Reina Bruja.

El cazador se persignó.

—Por Nuestro Señor que no lo diré, mi Reina.

—Pero lo sabes.

—¿Y quién no?

—El Rey no lo sabe.

—Quizá sí lo sepa.

—¿Eres un hombre valiente? —le preguntó la Reina Bruja.

—En verano he perseguido al jabalí y lo he matado. He matado lobos en invierno.

—Pero ¿eres lo bastante valiente?

—Si vos lo ordenáis, mi Señora, haré cuanto esté en mi mano —dijo el cazador.

La Reina Bruja abrió la Biblia en cierto pasaje y sacó del libro un crucifijo de plata muy delgado que había estado tapando las palabras: *No temerás a los terrores de la noche ni a la pestilencia que camina en la oscuridad*.

El cazador besó el crucifijo y se lo colgó del cuello, colocándolo debajo de su camisa.

—Acércate y te explicaré lo que debes decir —le ordenó la Reina Bruja.

El cazador entró en el jardín y las estrellas ardían en el cielo. Fue hasta Bianca, que estaba inmóvil bajo un árbol enano de tronco negro y deforme, y se arrodilló ante ella.

—Princesa —le dijo—, perdonadme, pero debo daros malas noticias.

—Dámelas entonces —dijo la muchacha, jugueteando con el largo tallo de una pálida flor de la noche que acababa de arrancar.

—Vuestra madrastra, esa maldita bruja celosa, quiere hacer que os asesinen. No hay forma de impedirlo. Debéis huir de aquí esta misma noche. Si lo permitís, yo os guiaré por el bosque. Hay quienes cuidarán de vos hasta que podáis volver sin que vuestra vida corra peligro.

Bianca le miró, confiando en él.

—Entonces iré contigo —dijo.

Salieron del jardín por un camino secreto, fueron por un pasaje subterráneo, cruzaron un huerto de frutales que nadie cuidaba y siguieron un sendero de suelo abrupto y desigual flanqueado por grandes setos que llevaban mucho tiempo sin ser podados.

Cuando llegaron al bosque la noche era un parpadeo azul que latía en el cielo. Las ramas del bosque se unían entre sí como las varillas de plomo en un ventanal, y el cielo brillaba tenuemente por entre ellas como cristales multicolores.

—Estoy cansada —suspiró Bianca—. ¿Puedo descansar un momento?

—Descansad, os lo ruego —dijo el cazador—. De noche los zorros van a ese claro para jugar. Mirad en esa dirección y los veréis.

—Sabes muchas cosas —dijo Bianca—. Y eres muy guapo.

Se sentó sobre la hierba y contempló el claro.

El cazador desenvainó su cuchillo sin hacer ningún ruido y lo ocultó entre los pliegues de su capa. Fue hacia la joven y se detuvo a un paso de ella.

—¿Qué estáis murmurando? —preguntó el cazador, poniendo la mano sobre su cabello negro como el bosque.

—No es más que una cancioncilla que me enseñó mi madre.

El cazador la agarró por el cabello y la hizo girar de tal forma que su blanca garganta quedó ante él, lista para recibir el cuchillo. Pero no llegó a asestar el golpe, pues en su mano tenía los rizos color oro oscuro de la Reina Bruja, y su rostro sonriente se alzó hacia él, y la Reina Bruja le rodeó con sus brazos, riendo.

—Ah, hombre dulce y bondadoso, no era más que una prueba a la que te he sometido. ¿Acaso no soy una bruja? ¿Y acaso no me amas?

El cazador tembló, pues la amaba, y su cuerpo estaba tan cerca del suyo que el corazón de la Reina parecía latir dentro de sus mismas entrañas.

—Envaina ese cuchillo. Arroja ese ridículo crucifijo. No necesitamos tales cosas. El Rey no es ni la mitad de hombre que tú.

Y el cazador la obedeció, arrojando el cuchillo y el crucifijo bien lejos, entre las raíces de los árboles. La abrazó con todas sus fuerzas y ella enterró el rostro en su

cuello, y el dolor de su beso fue lo último que sintió en este mundo.

Ahora el cielo era negro. El bosque era aún más negro. Ningún zorro jugaba en el claro. La luna asomó por el cielo y creó encajes blancos por entre los arbustos, y detrás de los ojos vacíos del cazador. Bianca se limpió la boca con una flor muerta.

—Siete dormidos, siete despiertos —dijo Bianca—. Madera a la madera. Sangre a la sangre. Vosotros a mí.

Entonces se oyó el sonido de la tierra hendiéndose siete veces, y el sonido venía de más allá de los árboles, del sendero entre los setos, del huerto abandonado y del pasadizo subterráneo. Y después hubo un sonido terrible que parecía el eco de siete pisadas, y el sonido se acercó. Y siguió acercándose.

Saltando y saltando, saltando y saltando, saltando y saltando.

En el bosquecillo, siete estremecimientos negros.

En el sendero, entre los setos, siete cosas negras deslizándose.

La espesura crujió y las ramas se partieron.

Siete criaturas enanas y deformes de cuerpos encogidos sobre sí mismos se abrieron paso por el bosque hasta llegar al claro. Vello mohoso negro como el bosque, máscaras calvas negras como el bosque. Ojos como grietas relucientes, bocas como cavernas húmedas. Barbas de liquen. Dedos hechos de guijarros y ramas. Sonriendo. Arrodillándose. Pegando los rostros a la tierra.

—Bienvenidos —dijo Bianca.

La Reina Bruja estaba ante una ventana de cristal color vino aguado. Contemplaba el espejo mágico.

—Espejo, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora. Veo a un hombre en el bosque. Fue de caza, pero no a cazar venados. Tiene los ojos abiertos, pero está muerto. Veo todo lo que hay en esta tierra. Salvo a una persona.

La Reina Bruja se tapó los oídos con las manos.

El jardín que había al otro lado de la ventana estaba vacío, y los siete árboles enanos de troncos negros y retorcidos habían desaparecido.

—Bianca —dijo la Reina.

Las ventanas estaban cubiertas con cortinajes y no dejaban pasar la luz. La luz brotaba de una vasija y se esparcía en un haz de rayos que tenían el color del sol cuando cae sobre una gavilla de trigo. El resplandor iluminaba cuatro espadas que apuntaban hacia el este y el oeste, hacia el norte y hacia el sur.

Cuatro vientos soplaban en la estancia, y tres archivientos con ellos. Fuegos fríos habían nacido en ella, y océanos apergaminados, y los polvos gris y plata del Tiempo.

Las manos de la Reina Bruja flotaban como hojas dobladas en el aire, y los labios resecos de la Reina Bruja cantaban.

—*Pater omnipotens, mittere digneris sanctum Angelum tuum de Infernis*.

La luz se desvaneció y luego se hizo más brillante.

El Angel Lucefiel estaba de pie entre las empuñaduras de las cuatro espadas,

ataviado con sombríos ropajes, el rostro envuelto en las sombras y las alas color oro desplegadas llameando a su espalda.

—Me has llamado, por lo que sé cuál es tu deseo. Es un deseo que no te traerá consuelo alguno. Me pides el dolor.

—¿Y tú me hablas de dolor, Señor Lucefiel, tú que sufres el dolor más implacable de todos? Un dolor peor que el de los clavos en los pies y las muñecas, peor que los espinos y la copa amarga y la lanza en el costado… Eres invocado para hacer el mal, pero yo no te he llamado para eso pues comprendo tu auténtica naturaleza, hijo de Dios, hermano de El Hijo.

—Veo que me reconoces. Te concederé lo que pides.

Y Lucefiel (al que algunos llaman Satanás, Rex Mundi, pero que aun así sigue siendo la mano izquierda, la mano siniestra de los designios de Dios), arrancó el rayo del éter y lo hizo caer sobre la Reina Bruja.

El rayo la golpeó en el pecho. Cayó al suelo.

El haz luminoso creció hasta hacerse tan inmenso como una torre y su claridad bañó los ojos dorados del Ángel, que eran terribles aunque en ellos ardía la compasión, y las espadas se hicieron añicos y el Ángel se desvaneció.

La Reina Bruja se levantó lentamente del suelo de la estancia. Ahora ya no era hermosa. Se había convertido en una vieja marchita y babeante.

En el corazón del bosque el sol no brillaba ni tan siquiera al mediodía. Las flores cubrían la hierba, pero no tenían color alguno. De la techumbre negra y verde colgaban telarañas de un espeso crepúsculo verdoso por entre el que bailaban febrilmente mariposas y polillas albinas. Los troncos de los árboles eran tan lisos y suaves como los tallos de las algas que crecen bajo el mar. Los murciélagos volaban durante el día, y había pájaros que se creían murciélagos.

Y allí había un sepulcro del que goteaban barbas de musgo. Los huesos ya no estaban dentro del sepulcro, sino esparcidos a los pies de siete árboles enanos de troncos deformes. Parecían árboles. A veces se movían. A veces algo parecido a un ojo o a un diente brillaba por entre la humedad de las sombras.

Bianca estaba sentada a la sombra del sepulcro, peinando su cabellera.

Algo se movió en la espesura del crepúsculo.

Los siete árboles volvieron la cabeza.

Una vieja emergió del bosque. Tenía la espalda torcida y su arrugada y casi calva cabeza se inclinaba hacia delante como la de un buitre que se dispone a caer sobre su presa.

—Aquí estamos por fin —rechinó la vieja con la voz de un buitre.

Se acercó al sepulcro y se dejó caer lentamente de rodillas, e inclinó su rostro hasta pegarlo a la tierra y las flores que no tenían color.

Bianca se irguió y la miró. La vieja se levantó. Sus dientes eran como verjas amarillas.

—Te traigo el homenaje de las brujas, y tres regalos —dijo la vieja.

—¿Por qué?

—Ah, qué niña tan inteligente, y sólo tiene catorce años… ¿Por qué? Porque te tememos. Te traigo regalos para ganarnos tu amistad.

Bianca se rió.

—Enséñamelos.

La vieja movió su mano a través del aire verde. Un instante después sus dedos sostenían un cordoncillo de seda en el que había trenzados cabellos humanos.

—Este cordoncillo te protegerá de las armas de los sacerdotes, del crucifijo, del cáliz y de la maldita agua bendita. Contiene las trenzas de una virgen, y de una mujer que no era mejor de lo que debía ser, y de una muerta. Y aquí… —un segundo pase y sus dedos sostenían un peine esmaltado de azul y verde—, un peine de las profundidades del mar, el abalorio de una sirena, para encantar y dominar. Separa tus rizos con esto y el olor del océano llenará las fosas nasales de los hombres y el ritmo de las mareas colmará sus oídos, esas mareas que atan a los hombres como si fueran cadenas. Y por último —añadió la vieja—, ese viejo símbolo de la maldad, el fruto escarlata de Eva, la manzana roja como la sangre. Muérdela y el entendimiento del pecado de que alardeaba la serpiente no tendrá secretos para ti.

Y la vieja hizo su último pase con la mano en el aire y le ofreció la manzana, el cordoncillo y el peine.

Bianca se volvió hacia los siete árboles de troncos deformes.

—Me gustan sus regalos, pero no confío del todo en ella.

Las máscaras calvas la contemplaron por entre sus barbas de liquen. Los ojos brillaban. Las garras de madera y guijarros se abrieron y cerraron con un seco chasquido.

—No importa —dijo Bianca—. Dejaré que me ponga el cordoncillo en la cintura y haré que peine mi cabellera.

La vieja obedeció gimoteando con expresión temerosa. Fue hacia Bianca, moviéndose con la torpeza de un sapo. Le ató el cordoncillo a la cintura. Separó su cabellera de ébano con el peine. El aire se llenó de chispas, blancas las que salían del cordoncillo, color ojo de pavo real las que salían del peine.

—Y ahora, vieja, dale un mordisquito a la manzana.

—Me enorgullecerá contarle a mis hermanas que compartí esta fruta contigo —dijo la vieja.

Y mordió la manzana, y masticó ruidosamente el bocado, y se lo tragó chasqueando los labios.

Bianca cogió la manzana y la mordió.

Bianca gritó… y sintió que se asfixiaba.

Se levantó de un salto. Su cabellera giró a su alrededor como una nube de tormenta. Su rostro se volvió azul, amarillo pizarra y nuevamente blanco. Cayó sobre las flores que no tenían color, inmóvil, sin respirar.

Los siete árboles enanos agitaron sus miembros y sus cabezas de barbas

musgosas, pero no les sirvió de nada. Sin el arte de Bianca no podían moverse a saltos. Tensaron sus garras y arañaron la rala cabellera de la vieja y su chal, pero la vieja pasó corriendo por entre ellos. Corrió hasta llegar a la parte del bosque iluminada por el sol, corrió por el sendero de los setos, corrió por el bosque y por un pasadizo oculto.

La vieja entró en el palacio por el camino secreto y llegó a la estancia de la Reina por una escalera secreta. Iba tan encorvada que casi tocaba el suelo con la cabeza. Se apretaba las costillas con los brazos. Su flaca mano abrió el estuche de marfil que contenía el espejo mágico.

—*Speculum, speculum. Deigratia*. ¿A quién ves?

—A ti, mi señora. Y a todo lo que hay en esta tierra. Y veo un ataúd.

—¿Quién yace en el ataúd?

—No puedo verlo. Debe de ser Bianca.

La vieja que había sido la hermosa Reina Bruja se sentó ante la ventana de cristal verde claro y blanco ahumado. Sus drogas y sus pociones la aguardaban, listas para invertir el temible conjuro de los años que el Ángel Lucefiel había hecho caer sobre ella, pero la Reina Bruja no las tocó.

La manzana contenía un fragmento de la carne de Cristo, la hostia sagrada, la Eucaristía.

La Reina Bruja cogió su Biblia y la abrió al azar.

Y leyó con temor esta palabra: *Resurcat*.

El ataúd parecía estar hecho de un cristal lechoso. Ésta es la manera en que se formó: una tenue humareda blanca brotó de la piel de Bianca. Su cuerpo humeó como el fuego cuando se le arroja agua encima para apagarlo. El fragmento de hostia se había quedado atascado en su garganta. La Eucaristía, el agua que apagaba su fuego, hizo que Bianca humeara.

Después los frescos rocíos de la noche se fueron condensando, y con ellos llegaron las todavía más frías atmósferas de la noche. El humo emitido por Bianca al apagarse se fue congelando a su alrededor. Una delicada filigrana de escarcha plateada se fue formando sobre el bloque de hielo nebuloso que contenía a Bianca.

El gélido corazón de Bianca no podía calentar el hielo, y el verde crepúsculo sin sol del día no podía derretirlo.

Se la podía ver a través del cristal, acostada en el ataúd. Qué hermosa estaba Bianca… Negra como el ébano, blanca como la nieve, roja como la sangre.

Los árboles se cernían sobre el ataúd. Fueron pasando los años. Los árboles se esparcieron alrededor del ataúd, acunándolo en sus brazos. Sus ojos lloraron hongos y resina verdosa. Verdes gotas de ámbar se endurecieron como joyas sobre el ataúd de cristal.

—¿Quién yace bajo los árboles? —se preguntó el Príncipe al entrar en el claro.

Parecía haber traído consigo una luna dorada que brillaba alrededor de su cabeza de oro, sobre la armadura dorada y la capa de satén blanco adornada de oro, sangre,

tinta y zafiro. Los cascos del caballo blanco avanzaron sobre las flores que no tenían color, pero cuando los cascos habían pasado sobre ellos las flores volvían a erguirse. Un extraño escudo colgaba de la silla de montar. A un lado se veía el rostro de un león, y en el otro el de un cordero.

Los árboles gimieron y sus cabezas se hendieron formando bocas enormes.

—¿Es éste el ataúd de Bianca? —preguntó el Príncipe.

—Déjala con nosotros —dijeron los siete árboles.

Tiraron de sus raíces. El suelo se estremeció. El ataúd de cristal y hielo tembló y una gran grieta se abrió en su superficie.

Bianca tosió.

La vibración había hecho que el fragmento de la hostia saliera de su garganta.

El ataúd se rompió en un millar de fragmentos y Bianca se irguió. Miró al Príncipe y le sonrió.

—Bienvenido, amor mío —dijo Bianca.

Se puso en pie, movió la cabeza haciendo ondular su cabellera y fue hacia el Príncipe montado en el caballo blanco.

Pero le pareció que estaba caminando por entre las sombras de una habitación purpúrea, y luego en una habitación carmesí cuyas emanaciones la atravesaban como si fuesen cuchillos. Después caminó por una habitación amarilla donde oyó el sonido del llanto, y el llanto le perforó los oídos. Le pareció que iba siendo despojada de su cuerpo hasta no ser más que un corazón palpitante. Los latidos de su corazón se convirtieron en dos alas. Voló. Era un cuervo, después una lechuza. Voló hacia un panel de cristal reluciente. El panel la manchó de blanco. Blanca como la nieve… Era una paloma.

Se posó en el hombro del Príncipe y ocultó la cabeza debajo del ala. En ella ya no había nada negro ni nada que fuese rojo.

—Vuelve a empezar, Bianca —dijo el Príncipe.

La alzó de su hombro. Sobre su muñeca había una señal. Era como una estrella. Era la señal dejada por el clavo que atravesó su carne.

Bianca emprendió el vuelo y atravesó la techumbre del bosque. Voló hacia una ventana color vino. Estaba en el palacio. Tenía siete años.

La Reina Bruja, su nueva madre, le colgó del cuello un crucifijo hecho con filigrana de plata.

—Espejo —dijo la Reina Bruja—, ¿a quién ves?

—A ti, mi señora —replicó el espejo—. Y a todo lo que hay en esta tierra. Y a Bianca.



AUTORIZACIONES

King — *Uno para el camino (One for the Road),* de Stephen King, apareció en *Maine Magazine* en marzo/abril de 1977. © Maine Magazine, Company, Inc., del libro *Night Shift*. Reimpreso con permiso de Doubleday & Company, Inc.

Tenn — © 1956 by King-Size Publications, reimpreso con permiso del autor y de su agente, Virginia Kidd.

Keller — © 1947 by David H. Keller. Copyright renovado. Reimpreso por acuerdo con los herederos de David H. Keller y John Trevaskis jr.

Bloch — © 1939 by Street & Smith Publications; renovado en 1967 by Robert Bloch. Reimpreso con permiso de Kirby McCauley, Ltd.

Wellman — © 1951 by *Weird Tales* para *Weird Tales,* mayo de 1951. Reimpreso con permiso de Karl Edward Wagner, ejecutor literario de Manly Wade Wellman.

Leiber — © 1949, renovado en 1977 by Fritz Leiber. Reimpreso con permiso de Richard Curtis Associates, Inc.

Quinn - Reimpreso con permiso de los agentes de los herederos del autor. © Scott Meredith Literary Agency, Inc., 845 Tercera Avenida, Nueva York, NY 1022.

Derleth —© 1939 by *Weird Tales*. Copyright renovado. Reimpreso con permiso de Scott Meredith Literary Agency, Inc., 845 Tercera Avenida, Nueva York, NY 1022.

Wellman — *Cuando había luz de luna (When It Was Moonlight)* — © 1940 byStreet & Smith Publications, Inc. para *Unknown*, febrero de 1940. Copyright renovado en 1968 por The Conde Nast Publications, Inc. Reimpreso con permiso de Karl Edward Wagner, ejecutor literario de Manly Wade Wellman.

Matheson — © 1951; renovado en 1979 by Richard Matheson. Reimpreso con permiso de Don Congdon Associates, Inc.

Lee — © 1979 by Mercury Press, Inc. © 1983 by Tanith Lee. De *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*. Reimpreso con permiso de la autora y de DAW Books, Inc.

Notas

[1] Relativo al *od*, término acuñado en 1852 por el químico alemán Reichenbach para designar una emanación, una fuerza vital, que supuestamente desprenden ciertas personas, animales, plantas y minerales, y a la que sólo son sensibles determinados individuos. Constituye el fundamento de fenómenos como el hipnotismo o el magnetismo. (N. del T.) <<

[2] *El mercader de Venecia,* Acto I, Escena I, 1-3, con ligeros cambios. (N. del T.) <<

[3] Alusión al físico, matemático y naturalista francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon (1707-1788), cuya vasta y poco sistemática *Historia natural* (en 36 volúmenes) se empezó a publicar en 1749. (N. del T.) <<

[4] Charles Ferdinand de Schertz, 1706 (N. del T.) <<

[5] *De maravillas*, siglo II (N. del T.) <<

[6] *De la piedad para con los difuntos*, 421 (N. del T.) <<

[7] Johann Christoph Harenberg, 1739 (N. del T.) <<

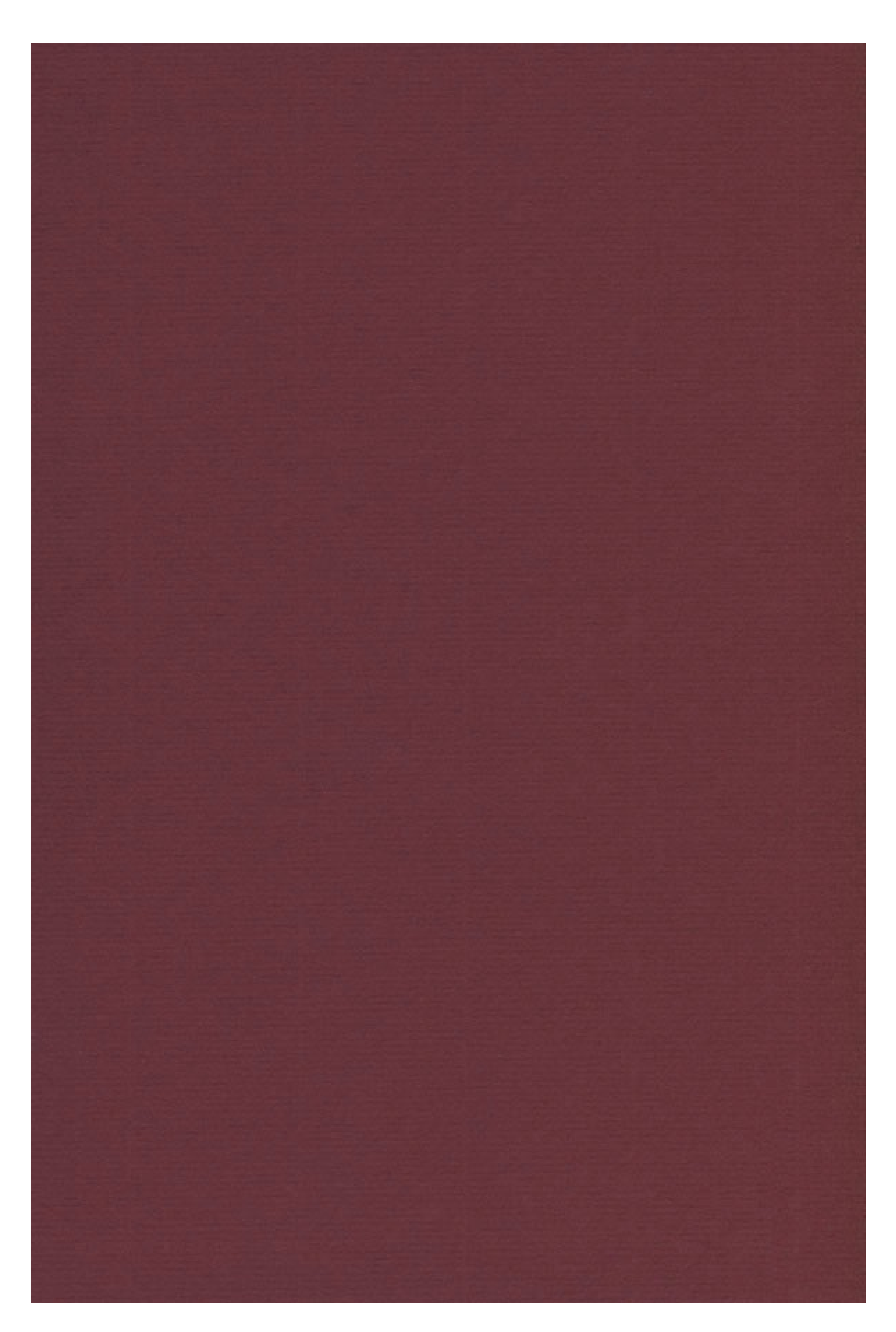


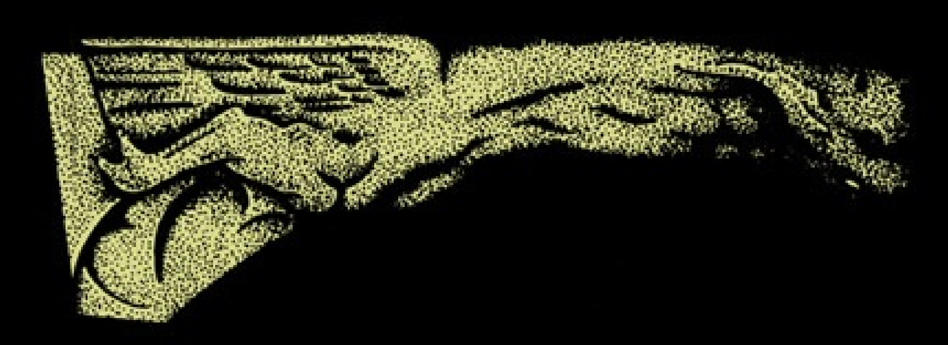
[8] El equívoco es más comprensible en inglés, ya que «light» (luz) y «life» (vida) suenan de forma muy similar. (N. del T.) <<

[9] «Lily», en inglés, aparte de ser un nombre propio significa «lirio». (N. del T.) <<

[10] Recuérdese que Jules de Grandin es un detective especializado en casos sobrenaturales, un verdadero «cazafantasmas», creado por Seabury Quinn. En la presente antología aparece en el relato titulado *Almas en pena*. (N. del T.) <<







Bajo la mirada cómplice de la Luna,
«las damas de la noche» abandonan sus fríos sepulcros,
sus estériles aposentos de la nada, y su cuerpo incorrupto,
mortalmente bello y subyugante, se yergue en la Vida
y se instala de nuevo en la Naturaleza...
«La mujer Vampiro» subsiste gracias a la fuerza
de los que todavía no han muerto, una fuerza que absorbe
a través de su sangre, pues la sangre es vida.
Debe chupar el aliento de aquellos que viven,
o no podrá respirar. Debe beber su sangre,
o morirá de hambre... Vaga en la noche alimentándose
incesantemente de los vivos, reclutando nuevos miembros
con que engrosar las horrendas filas de su estirpe maldita...

En esta antología se recogen los mejores relatos
sobre mujeres vampiro que se han escrito a lo largo del tiempo.
Desde "La muerta enamorada" de Téophile Gautier
y "Carmilla" de Sheridan Le Fanu, hasta
"Roja como la sangre" de Tanith Lee, pasando
por Stephen King, Richard Matheson, Robert Bloch,
Fritz Lieber y la época dorada de Weird Tales.
Un viaje a las sangrientas criptas del terror primigenio
en brazos de unas damas nada complacientes...